

Revista.

Cuestiones Criminales, 1 (1), 2018.

Nahuel Roldán y Esteban Rodríguez Alzueta.

Cita:

Nahuel Roldán y Esteban Rodríguez Alzueta (2018). *Cuestiones Criminales, 1 (1), 2018*. Revista.

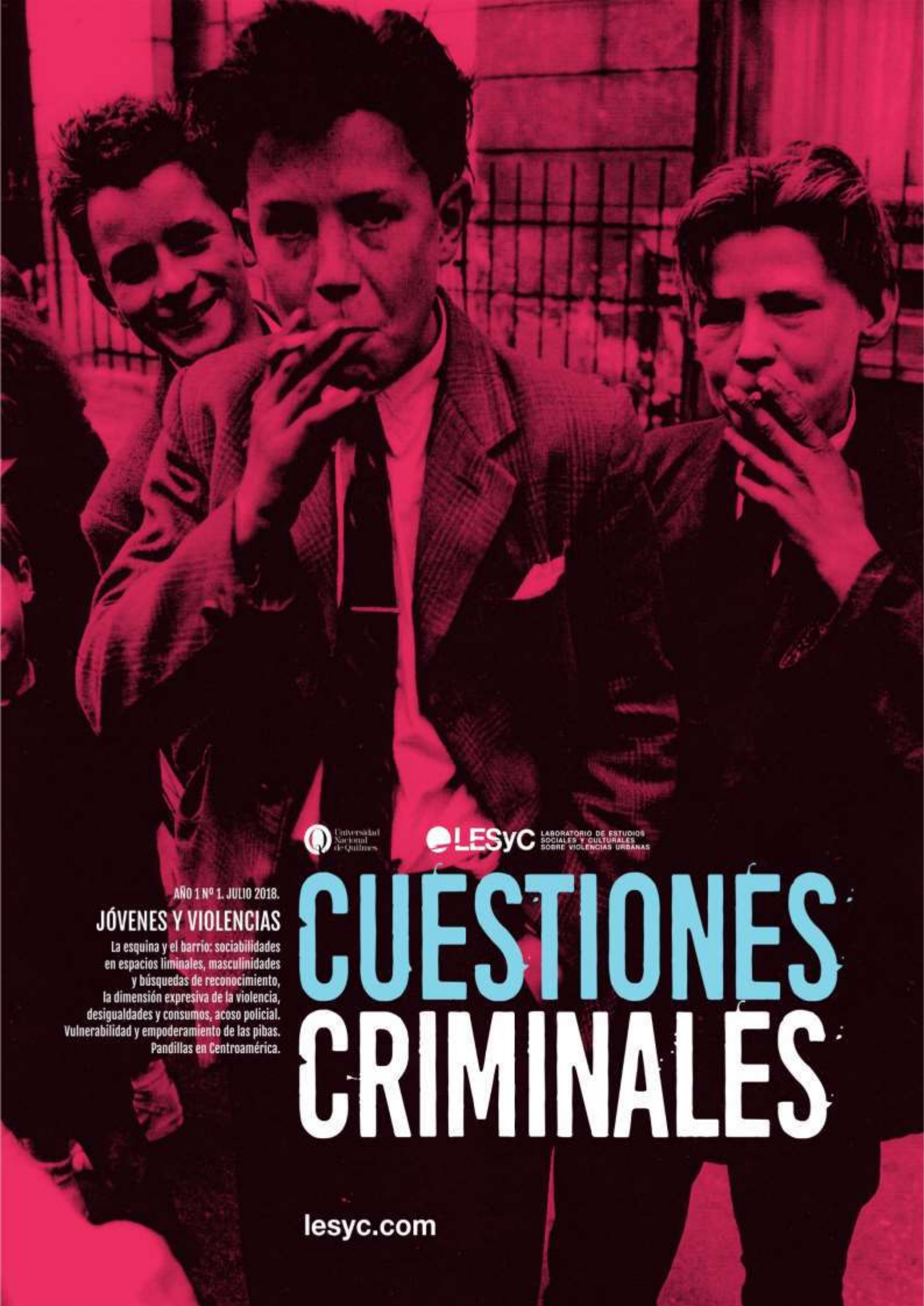
Dirección estable: <https://www.aacademica.org/nahuelroldan/4>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/phgk/yng>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



LABORATORIO DE ESTUDIOS
SOCIALES Y CULTURALES
SOBRE VIOLENCIAS URBANAS

AÑO 1 N° 1. JULIO 2018.

JÓVENES Y VIOLENCIAS

La esquina y el barrio: sociabilidades en espacios liminales, masculinidades y búsquedas de reconocimiento, la dimensión expresiva de la violencia, desigualdades y consumos, acoso policial. Vulnerabilidad y empoderamiento de las pibas. Pandillas en Centroamérica.

CUESTIONES CRIMINALES

lesyc.com

CUESTIONES CRIMINALES



Universidad
Nacional
de Quilmes

Rector

Dr. Alejandro Villar

Vicerrector

Mg. Alfredo Alfonso

Secretaría Académica

Lic. Daniel Fihman

Secretaría General

Prof. María Elisa Cousté

Secretaría Administrativa

Cdora. Carmen Chiaradonna

Secretaría de Investigaciones

Dra. Liliana Semorile

Secretaría de Innovación y Transferencia Tecnológica

Mg. Darío Gabriel Codner

Secretaría de Extensión Universitaria

Lic. Raúl Di Tomaso

Secretaría de Posgrado

Mg. Nancy Díaz Larrañaga

Secretaría de Educación Virtual

Mg. Walter Campi

Secretaría de Gestión Académica

Dr. Germán Dabat

Departamento de Ciencias Sociales

Directora: Mg. Nancy Calvo

Vicedirector: Mg. Néstor Daniel González

Laboratorio de Estudios Sociales y Culturales sobre Violencias Urbanas

Director: Mg. Esteban Rodríguez Alzueta

Director

Esteban Rodríguez Alzueta

Secretario

Nahuel Roldán

Comité Editorial

Ana Milena Passarelli

Nicolás Garibaldi Noya

Mariana Domenighini

Esteban Rodríguez Alzueta

Sairi Maitén Pauni Jones

Nahuel Roldán

Lucas Pablo Beriain

Juliana Miranda

Colaboradores

Fernando Kaler

Nahuel Valdez

Jeremías Zapata

Florencia Vallone

Manuel Vázquez

Daniel Corbalán



ISSN: 2618-2424
www.lesyc.com

Dirección Postal: Roque Saenz Peña 352 (CP 1876), Bernal,
Buenos Aires—Universidad Nacional de Quilmes, Dpto. Cs.
Sociales, of. 103. **Correo electrónico:** lesyc@unq.edu.ar

CONSEJO ACADÉMICO

NACIONAL

Lila Caimari (UDESa)
Gabriel Kessler (UNLP)
Máximo Sozzo (UNL)
Augusto Montero (UNL)
Gustavo González (UNL)
Sergio Tonkonoff (UBA)
Santiago Galar (UNLP)
Ezequiel Kostenwein (UNLP)
Agustín Casagrande (UNLP)
Luis González Alvo (UNT)
Mariana Chaves (UNLP)
Ramiro Segura (UNLP)
Sabina Frederic (UNQ)
Tomás Bover (UNLP)
Mariano D'Ambrosio (UNLZ)
Mariano H. Gutiérrez (UBA)
Victoria Ranguñi (UBA)
Mariana Lorenz (UBA)
Stella Martini (UBA)
Gabriel I. Anitua (UBA)
Mariana Galvani (UBA)
Jorge Núñez (INHIDE)
José Garriga Zucal (UNSM)
Enrique Font (UNR)
Eugenia Cozzi (UNR)
Juan Tapia (UNMP)
Gabriel Bombini (UNMP)
Alejandro Kaufman (UBA)
Marcelo Sain (UNQ)
Mariano Ciafardini (UNQ)
Angela Oyhandy (UNLP)
Hernán Olaeta (UNQ)
Vanina Ferreccio (UNL)
María Victoria Puyol (UNL)
Fabián Viegas (UNCo)
Eva Muzzopappa (UNRN)
Paul Hathazy (UNC)
José D. Cesano (INHIDE)
Ileana Arduino (INECIP)
Brígida Renoldi (UNaM)

INTERNACIONAL

Diego Galeano
Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro
Lucía Dammert
Universidad de Santiago de Chile
Iñaki Rivera Beiras
Universidad de Barcelona
Daniel Sandoval Cervantes
Universidad Autónoma Metropolitana de México
Luis Eduardo Morás
Universidad de la República
Marcelo Rossal
Universidad de la República
Michel Misse
Universidade Federal do Rio de Janeiro
Pilar Calveiro
Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Jack Katz
University of California
Mariana Valverde
University of Toronto
José Ángel Brandariz
Universidad de A Coruña
Jonathan Simon
University of California
John Pratt
Victoria University of Wellington
Didier Fassin
Institute for Advanced Study
Philippe Bourgois
University of California
Malcolm Feeley
University of California
Michael Welch
Rutgers University
Mauro Tomasini
SERPAJ, Uruguay



LABORATORIO DE ESTUDIOS
SOCIALES Y CULTURALES
SOBRE VIOLENCIAS URBANAS

lesyc.com



lesyc.com

ISSN: 2618-2424

CUESTIONES
CRIMINALES



SUMARIO

Nº 1 (JUL., 2018)

LESYC

CUESTIONES CRIMINALES

EDITORIAL	2
MIRADAS	
SE LES DOBLÓ EL CAÑO, PERDIERON EL HONOR Eugenia Cozzi	4
LAS CHICAS EN EL OJO DEL HURACÁN MACHISTA. ENTRE LA VULNERABILIDAD Y EL "EMPODERAMIENTO" Silvia Elizalde	22
CONTROLADAS Y DESPROTEGIDAS. EXPERIENCIAS DE MUJERES JÓVENES DE SECTORES POPULARES Paz Cabral	41
HACERSE JÓVENES ANDANDO EN LA CALLE. SOCIABILIDADES Y VIOLENCIAS EN ESPACIOS LIMINALES DE VILLA EL NAILÓN María Elena Previtali	77
SOBRE MARAS Y PANDILLAS EN CENTROAMÉRICA. ALGUNAS CLAVES PARA SU COMPRENSIÓN Irving García Estrada	107
ADOLESCENCIA Y JUVENTUD EN URUGUAY. MORATORIAS, MORALIDADES Y DESIGUALDADES Luisina Castelli y Marcelo Rossal	122
EN FOCO	
TRES MOVIMIENTOS PARA EXPLICAR PORQUÉ LOS PIBES CHORROS VISTEN ROPA DEPORTIVA Sergio Tonkonoff	136
TRES APROPIACIONES (O MÁS). DIALOGANDO DIEZ AÑOS DESPUÉS CON EL TEXTO DE SÉRGIO TONKONOFF Mariana Chaves	144
CULTURA DE CONSUMO, JUVENTUD Y DELINCUENCIA (ACERCA DE LOS PIBES CHORROS Y OTROS FANTASMAS) Sergio Tonkonoff	156
CONVERSATORIO	
LAS CAJAS NEGRAS DE LA INVESTIGACIÓN [ENTREVISTA A GABRIEL KESSLER] Nahuel Roldán y Esteban Rodríguez Alzueta	172
DESDE EL ARCHIVO	
FREDERIC THRASHER, GANGLAND Y LA FASCINACIÓN AMBIGUA POR LAS PANDILLAS Norberto Cambiasso	183
TIERRA DE PANDILLAS Frederic Thrasher	189
LA ORGANIZACIÓN SOCIAL DESDE LA ESQUINA Nahuel Roldán	192
CHICOS DE LA ESQUINA. UN ESTUDIO DEL COMPORTAMIENTO DE LA PANDILLA William F. Whyte	197
DESGRABACIONES	
EL DELITO Y EL ODIOS. EL CARACTER EXPRESIVO DE LA VIOLENCIA Esteban Rodríguez Alzueta	214
RESEÑAS	
TELMA RECA: DELINCUENCIA JUVENIL Nahuel Roldán	225
JUGUETES PERDIDOS: QUIEN LLEVA LA GORRA Lucas Pablo Beriain	227
JUAN PABLO HUDSON: LAS PARTES VITALES Esteban Rodríguez Alzueta	229
MAURO CERBINO: JÓVENES EN LA CALLE Manuel Vazquez	232
JOSÉ MANUEL VALENZUELA: JUVENICIDIO Nahuel Valdez	234
NATERAS DOMINGUEZ: JUVENTUDES SITIADAS Y RESISTENCIAS AFECTIVAS Florencia Vallone y Jeremías Zapata	238
RICARDO FRAIMAN Y MARCELO ROSSAL: DE CALLES, TRANCAS Y BOTONES Esteban Rodríguez Alzueta	241
SILVIA ELIZALDE: TIEMPO DE CHICAS Sairi Maitén Pauni Jones	243

Cuestiones Criminales, en plural. La pregunta por el crimen es una cuestión que hay que abordar más acá del crimen, un conflicto social que hay que leerlo al lado de otros conflictos sociales: al lado de la pobreza, del consumismo, de la bronca o rabia que genera la desigualdad, la expansión de las economías ilegales e informales, del desorden social o el debilitamiento de los vínculos sociales que pautan la vida cotidiana, de las subculturas juveniles, del hostigamiento policial, del encarcelamiento masivo, la selectividad judicial y la estigmatización social.

Más aún, así como no se puede compartimentar el crimen, tampoco hay que encapsularlo en la acción individual. Se trata de abordar la acción criminal no perdiendo de vista las otras acciones que los actores practican. La pregunta por el crimen, entonces, hay que buscarla más allá del crimen.

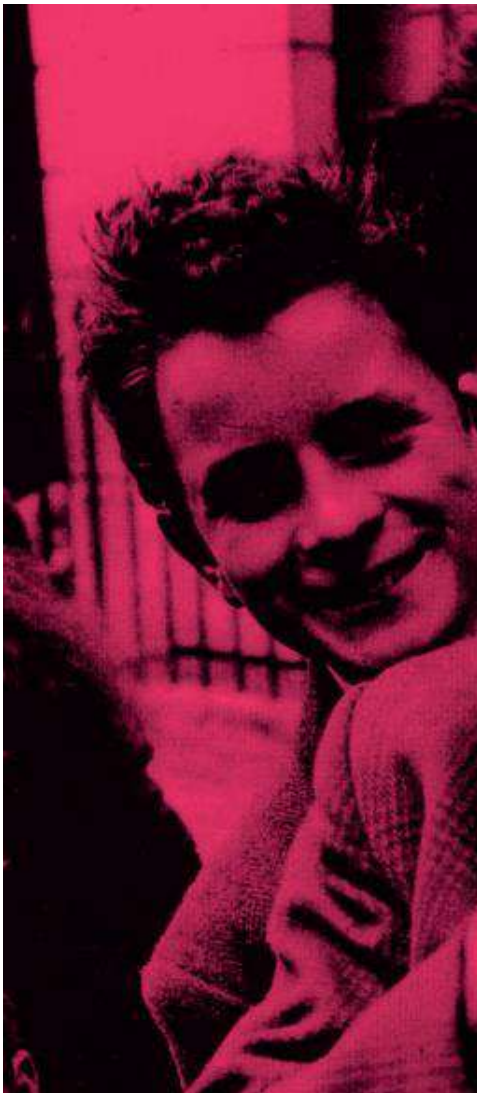
Editorial

Visto el crimen con su telón de fondo y su inscripción social, aquél se nos presenta como una cuestión bien compleja. La “complejidad” no es un clisé sino la sospecha que tenemos de que las cuestiones no son tan sencillas como se nos presentan en la televisión, una narración que tiende a abordar las cosas desde la superficie de las cosas. Se trata, por el contrario, de pensar sus diferentes factores o condiciones de posibilidad que actúan de manera más o menos visible.

Sabemos, como decía el Novalis, que sólo el que lance redes cogerá peces. Después de más de cien años de criminología tenemos el cajón de herramientas lleno de preguntas, estamos en condiciones de abordar al crimen con las múltiples perspectivas que aportan la sociología, la antropología, la ciencia política y la comunicación, la historia, los estudios culturales, la literatura y la filosofía. Es decir, contamos con diferentes estrategias metodológicas para ir asediándolo. Apostamos, entonces, a una *criminología bricolage*, capaz de leer el crimen desde múltiples ángulos, pero también con las perspectivas de los actores involucrados en los conflictos que queremos explorar.


En este primer número vamos a volver sobre una cuestión recurrente y lo hacemos sin ánimo de saldar un debate, sabiendo que todas las respuestas seguirán siendo provisionarias, que siempre deberemos recomenzar la tarea. *Jóvenes y violencia* es la cuestión. No estamos postulando una relación mecánica entre los términos, sino presentando una relación compleja mediada por múltiples factores que tenemos que seguir pensando.

La revista está compuesta por diferentes secciones, cada una de ellas, se hará cargo de un costado de la cuestión central. En la sección “miradas” presentamos una serie de avances de investigación que distintos especialistas de distintos países vienen realizando con diferentes utillajes teóricos y metodológicos. Contamos con los aportes de Eugenia Cozzi, Paz Cabral, María Elena Privatelli, Luisina Castelli y Marcelo Rossal, Irving García



Estrada y Silvia Elizalde. En la sección “en foco” vamos a visitar un texto clásico sobre la cuestión. En este número el artículo será “Tres movimientos para explicar porqué los pibes chorros visten ropa deportiva” de Sergio Tonkonoff, publicado hace diez años atrás. El artículo será el mejor pretexto para ensayar un diálogo entre Marina Chaves y el propio Tonkonoff. El “conversatorio” es la sección entrevista de la revista. En este número conversamos con Gabriel Kessler, autor del libro *Sociología del delito amateur* y *El sentimiento de inseguridad* que revitalizaron los estudios sobre el delito con aportes de diferentes interpretaciones teóricas. La sección “desde el archivo” está dedicada a recuperar textos clásicos. En este caso traducimos dos textos inéditos en español: “Tierra de pandillas” de Frederic M. Trasher y “Chicos de la esquina” de William Foote Whyte, presentados por Norberto Cambiasso y Nahuel Roldán respectivamente. Finalmente hay una sección de reseñas donde convidamos al lector algunas lecturas sobre determinados libros, algunos más nuevos que otros que nos parecen sugerentes para seguir indagando la cuestión principal.

Cuestiones Criminales es una revista editada por el Laboratorio de Estudios Sociales y Culturales sobre violencias urbanas (LESyC) de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Esperamos contribuir al campo abonando la reflexión con preguntas que nos inviten a pensar creativamente los problemas sociales con los que nos medimos cotidianamente. Como dijo alguna vez alguien por ahí: “Hic rhodus, hic salta!”. “¡Aquí está la rosa, baila aquí!”.



MIRADAS

JÓVENES Y VIOLENCIA



“Se les dobló el caño, perdieron el honor”

Prácticas, representaciones y valoraciones en relación con la participación de jóvenes en *robos* y en el *mercado de drogas ilegalizadas* en un barrio popular de la ciudad de Rosario*

“*The barrel of their gun is bended, they’ve lost their honor*”: practices, representations and evaluations related to the participation of the youth in *thefts* and in the *market of illegalized drugs* in an urban-popular neighborhood in the city of Rosario

RECIBIDO: 9/3/18
ACEPTADO: 15/5/18

Eugenia Cozzi

Universidad Nacional de Rosario

eugecozzi@hotmail.com

Resumen

Este artículo se propone describir y analizar algunas prácticas, representaciones y valoraciones ligadas a la participación de jóvenes en algunos *delitos*, en la ciudad de Rosario. Para ello se identifican y describen la participación en *robos* y en actividades ligadas al *mercado de drogas ilegalizadas* por parte de un grupo de jóvenes de un barrio popular de dicha ciudad. Interesa, especialmente, indagar cómo son valoradas por sus protagonistas, tanto la participación en una y otra actividad, para poder iluminar un complejo y contradictorio universo de creencias, códigos y valores morales que de alguna manera configura prácticas y acciones. En estos procesos, ciertas formas de obtención de prestigio social y búsquedas de reconocimiento, negados o difícilmente accesibles en otros ámbitos sociales, tienen particulares implicancias (Fonseca, 2000; Pitt-Rivers, 1977, Bourgois, 2003), a partir de las cuales se establecen formas de “ser” y “hacer”, valoradas positivamente—legitimadas—o negativamente por quienes pertenecen al grupo. Estas prácticas son entendidas, además, como formas de “resistencias”, “soluciones”, “aceptaciones” y/o “confrontaciones” a contextos de desigualdad y exclusión social, en los que sufren experiencias de humillación, de explotación económica y opresión política (Fonseca, 2000; Bourgois, 2003; Young, 1999/2003; Kessler, 2013; Cozzi, 2015).

Abstract

This article proposes describing and analyzing some moral practices, representations and evaluations linked to the participation of the youth in *criminal offenses*, in an urban-popular neighborhood in the city of Rosario. For this purpose, this article identifies and describes the participation in *thefts* and in activities linked to the *market of illegalized drugs* of young people who live in the abovementioned neighborhood. It is of great interest to look into the way they are evaluated by the protagonists participating in either one activity or the other so as to be able to enlighten a complex and contradictory universe of beliefs, codes and moral values that, in some way, configures practices and actions. Throughout these processes, the search for recognition and certain ways of obtaining social prestige, denied and/or hardly accessible in other social contexts, have particular implications (Fonseca, 2000; Pitt-Rivers, 1977, Bourgois, 2003) on the basis of which, certain forms of “being” and “doing”, valued positively—legitimized—or negatively by those belonging to the group, are established. At the same time, these practices are understood as forms of “resistances”, “solutions”, “acceptances” and/or “confrontations” to contexts of inequality and social exclusion from where they are originated and where experiences of humiliation, economic exploitation and political oppression are endured (Fonseca, 2000; Bourgois, 2003; Young, 1999/2003; Kessler, 2013; Cozzi, 2015).

* Este artículo está elaborado en base a mi Tesis de Doctorado titulada: “*De ladrones a narcos: violencias, delitos y búsquedas de reconocimiento en tres generaciones de jóvenes en un barrio popular de la ciudad de Rosario*”, Programa de Doctorado con Orientación en Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. 2018. Mimeo.

Introducción

En los últimos años, se fue consolidando una imagen de Rosario como “ciudad narco”, como consecuencia, en parte, de que varios actores sociales (policía, funcionarios políticos y judiciales, organizaciones sociales o políticas, periodistas, especialistas) caracterizaron a la ciudad como el epicentro del “avance del narcotráfico” en nuestro país. Por otra parte, a lo largo del trabajo de campo las actividades ligadas al mercado de drogas ilegalizadas—especialmente marihuana y cocaína—(producción, tráfico y comercialización al menudeo) aparecieron de manera destacada en todos los relatos; es decir, residentes adultos y jóvenes del barrio resaltaron cómo en las dos últimas décadas, por diversos motivos, se habían convertido en prácticas cada vez más frecuentes y extendidas, generando nuevas alternativas relacionadas a los eslabones más débiles y vulnerables de esa cadena.

Las condiciones de posibilidad de las actividades e intercambios relacionadas a ese novedoso rubro están, de algún modo, vinculadas a factores externos, ligados a procesos políticos y económicos macro-estructurales que tienen efectos en la configuración de las biografías de algunos de estos jóvenes. Es decir, su participación en estas actividades estuvo signada por cambios tanto en la forma de producción y comercialización de ese mercado—especialmente la cocaína—en un contexto de recuperación económica (Bergman, 2016; Kessler, 2013/2014), como en la moralidad asociada a esa forma de producción y comercialización.

Ahora bien, aproximarse a esas transformaciones más generales acarrea serios obstáculos. En este sentido, una de las dificultades, sumada—y relacionada en parte—al carácter ilegal de muchas de las actividades ligadas a este mercado, resultar ser la escasa cantidad y calidad de información y estudios sobre el tema, a pesar de la proliferación de publicaciones sobre “narcotráfico”; por lo que, en consecuencia, sólo se pueden mencionar tendencias o trazos gruesos de las diversas aristas que lo componen. La información disponible suele ser escasa, fragmentaria, poco sustentable y, muchas veces, contradictoria (Bergman, 2016; Touzé, 2008; Rangugni, 2006; Corbelle, 2010).

No obstante, a pesar de la escasez y mala calidad de la información disponible y de los pocos estudios sobre el tema; en términos generales y con matices, varios autores advierten una transformación y expansión del mercado—producción, tráfico y comercialización—de drogas ilegalizadas, acompañado por una sostenida expansión, diversificación y masificación del consumo local de drogas ilegalizadas en las últimas décadas (cocaína y marihuana, entre otras) (Touzé, 2006; Bergman, 2016; Dammert, 2009; Saín, 2015; Calabrese, 2010; Corbelle, 2010; Epele, 2012), en un contexto de recuperación económica y de expansión de consumo de bienes y servicios en general, en las últimas décadas (CELS, 2016; Bergman, 2016; Touzé, 2008; Rossi, 2014; Rangugni, 2006; Corbelle, 2010; Dammert, 2009; Epele, 2002/2010; Burzaco y Berensztein, 2014, entre otros). Dicho crecimiento vio florecer no sólo la economía formal, sino también la economía informal e ilegal, incluida la venta de drogas ilegalizadas.

De acuerdo a algunos estudios, en la última década se produjo un desplazamiento de la última fase de la producción del clorhidrato de cocaína, el último eslabón del proceso

productivo, con la instalación de cocinas en las que se procesa o se estira la pasta base que comenzó a importarse, en ciertas zonas de algunas ciudades del país, entre ellas Rosario y con la proliferación de laboratorios que producen precursores químicos; lo que habría generado una expansión y transformación del mercado local (Saín, 2015; Rangugni, 2006; Touzé, 2008/2010; Bergman, 2016; Lasa, 2015; Font, 2011).

En buena medida estos cambios en el mercado de cocaína, a principio y mediados de los años 2000, se han atribuido a políticas prohibicionistas desarrolladas en la década anterior, impulsadas por la Secretaría de Programación para la prevención de la drogadicción y la lucha contra el narcotráfico (SEDRONAR) y centradas en el control efectivo de la exportación de precursores químicos necesarios para el procesamiento de la pasta base de cocaína; que hasta ese momento se trasladaban en grandes cantidades a Bolivia y Perú (Rangugni, 2006). Las medidas de control—más o menos efectivas—en los años 90 se supone generaron la sustitución del ingreso de cocaína elaborada, por el de pasta base; y en consecuencia, el traslado de la última fase de producción a diversas ciudades de nuestro país, entre ellas Rosario, con la instalación de las primeras cocinas. Se produjo así una re-territorialización del circuito cultivo-producción-exportación (Rangugni, 2006).

Esto se supone generó una mayor y más compleja distribución del trabajo en relación a tramos de las actividades vinculadas a la producción, tráfico y venta—especialmente de cocaína—con la configuración de variados puestos y roles, relacionados a diversos eslabones de esa cadena, con diversa participación en las ganancias del negocio. De este modo, cambios en el mercado de drogas generaban nuevas alternativas disponibles para los jóvenes. Ahora bien, estas nuevas alternativas ¿podían funcionar como fuentes atractivas de ingresos, poder, reconocimiento y prestigio para los jóvenes? ¿Competían con las opciones de trabajo legales—formales e informales—disponibles y también con formas ilegales más tradicionales, como el hurto y el robo?

Durante el año 2013, mientras estaba realizando el trabajo de campo fui varias veces al archivo de *La Capital*, el diario de mayor tirada de la ciudad de Rosario, a relevar noticias sobre muertes de jóvenes en enfrentamientos físicos con la utilización de armas de fuego. En una de esas visitas al archivo me encontré con un periodista de policiales, no nos conocíamos personalmente pero él estaba al tanto de que yo quería investigar “los pibes [jóvenes] que matan y mueren en la ciudad” tal como caracterizó mi interés. Periodista de policiales de varios años de profesión, de esos que no confían en la versión policial y—siempre que pueden—van “al lugar de los hechos” a intentar relevar otras versiones.

Me saludó, nos pusimos a charlar y al rato me dijo “en Rosario ya no quedan ladrones, todos se pasaron a la venta de drogas, es mucho más seguro y mucho más redituable, ahora todos los pibes [jóvenes] quieren ser narcos”. Esa afirmación quedó retumbando en mi cabeza. ¿Era cierto que todos querían ser “narcos”¹? ¿Por qué? ¿Es acaso porque

¹ Es preciso realizar una distinción en relación al término *narco*. Por un lado, es una categoría local utilizada para mencionar a quienes participan en una determinada posición en el *mercado de drogas ilegalizadas*, en este caso—al igual que con el resto de los términos nativos—utilizo la cursiva. Por otro lado, “narco” o “narcotráfico” en su uso cotidiano por diversos actores sociales—periodistas, expertos, policías, funcionarios, jueces, fiscales—son categorías que incluyen acciones, transacciones, prácticas y actores muy diversos y dispares; y, suelen estar asociadas y/o utilizarse como auto-explicativas de diversos fenómenos; en este segundo caso, utilizo las comillas.

participar en el *mercado de drogas*² *ilegalizadas*³ resulta más redituable? Si es así ¿en qué sentido resulta una actividad más redituable para los jóvenes de sectores populares? ¿En términos económicos? ¿Les permite acumular en términos de honor y prestigio social o son, en cambio, fuente de vergüenza y desprestigio? ¿Acaso el *robo*, tradicional actividad delictiva, había perdido sus encantos? ¿Y qué pasaba con otras formas socialmente legítimas de “ser jóvenes”, vinculadas a actividades más convencionales, como el trabajo legal—formal o informal—o la escuela?

En este artículo ensayo algunas respuestas a algunas de esas preguntas, describiendo y analizando algunos cambios ocurridos en un grupo de jóvenes que llamaré *Los Topos*⁴ de un barrio popular de zona sur de la ciudad de Rosario, que llamaré *La Retirada* que participan de manera alternada en *robos* y en actividades ligadas al *mercado de drogas ilegalizadas*. El propósito es indagar cómo son valoradas por sus protagonistas tanto la participación en uno u otro *rubro* y de este modo iluminar un complejo y contradictorio universo de creencias, códigos y valores morales que de alguna manera configura prácticas y acciones. Parto del supuesto de que en la participación en estas actividades, las búsquedas de reconocimiento y obtención de prestigio social, tiene particulares implicancias (Fonseca, 2000; Pitt-Rivers, 1977), a partir de las cuales se establecen formas de “ser” y “hacer”, valoradas positivamente—legitimadas—o negativamente por quienes pertenecen al grupo. De este modo, el *honor* de los jóvenes se pone en juego participando de una u otra actividad.

Participar en estas actividades, situaciones y/o intercambios puede tener entonces efectos productivos, en determinadas circunstancias, en tanto formas de construcción de una auto-imagen aceptable; es decir, a través de un código de honor se da la posibilidad de enaltecer la auto-imagen conforme a normas sociales accesibles (Fonseca, 2000). Fonseca sugiere pensar el sistema de valores o el universo simbólico de los habitantes de una comunidad de bajos ingresos en términos del espacio social que ocupan en la sociedad de clases, y la cuestión de la “honra” como el elemento simbólico específico, que regula el comportamiento y, además, permite ennoblecer la propia imagen según las *normas socialmente establecidas*.

Ahora bien, resulta imprescindible situarlo en un contexto cultural, social y estructural más general (Billis, 1978; Young, 1999; Zaluar, 1985; Fonseca, 2000; Bourgois, 2003; Feltran, 2009; Kessler, 2013; entre otros). Es decir, por un lado, es preciso resaltar que ese universo simbólico no es construido en el vacío, “no estamos ante un libre flujo de significaciones” (Balbi, 2007) sino que está condicionado por valores hegemónicos o estandarizados, por “sentidos socialmente respaldados” (Balbi, 2007). Las valoraciones sobre las formas de hacer, sobre cuáles prácticas aparecen toleradas, aceptadas y/o

² Actividades vinculadas a la producción, tráfico y comercialización de *marihuana* y *cocaína*, en el mercado local.

³ Utilizo el término “ilegalizadas” a “ilegales” para poder dar cuenta de los procesos sociales complejos que las vuelven ilegales; es decir, que producen la prohibición penal de la producción, tráfico, comercialización y/o consumo de determinadas sustancias; como, a su vez, los procesos sociales de definición surgen de la iniciativa de determinados actores sociales y/o grupos, “*emprendedores morales*” en términos de Becker (2009).

⁴ Los nombres, apellidos y apodos de las personas, de los grupos y los barrios, de lugares, calles, plazas que se mencionan en este artículo han sido modificados para garantizar anonimato y confidencialidad.

censuradas y rechazadas, se construyen con elementos disponibles en el contexto social y cultural más general⁵.

Por otro lado, no es posible entender estas formas de construcción de prestigio social y honor, estas búsquedas de reconocimiento, sin situarlas como formas de "resistencias", "soluciones", "aceptaciones" y/o "confrontaciones" a contextos de desigualdad y exclusión social en las que se producen, en los que se sufren experiencias de humillación, de explotación económica y opresión política (Billis, 2008; Zaluar, 1985; Fonseca, 2000; Young, 1999/2003; Bourgois, 2003; Feltran, 2009; Kessler, 2013). Es decir, se trata de formas de construcción de reconocimiento social en los espacios sociales en los que les resulta posible, lo que también da cuenta de que ello les es negado en otros; se trata, entonces, de formas de afrontar experiencias de humillación que los jóvenes sufrieron en la escuela, al circular por la ciudad, en sus interacciones cotidianas con la policía, y, especialmente, en el mundo laboral legal—formal e informal—, ocupando los puestos más opresivos y peores pagos.

Al decir de Bourgois, son formas de resistencia, estrategias contradictorias, atractivas y—muchas veces—al mismo tiempo autodestructivas para hacer frente a la opresión que fuerzas más grandes les imponen (2003: 48). O, al decir de Fonseca, son formas de enfrentar experiencias de humillación sufridas en la "sociedad global" (2000: 19). Sostiene esta autora que esas personas se identifican y son identificados por otros como situados en el nivel más bajo de la jerarquía social y que por estar integrados en la sociedad global, esa condena moral por parte del mundo exterior los persigue en numerosas situaciones cotidianas; contexto en el cual los sectores populares sufren experiencias de humillación, en la escuela, en el transporte público, en el área de empleo. Reconoce, entonces, dificultades de enaltecer la propia imagen a través de los trabajos a los que pueden aspirar, esto es los trabajos manuales más bajos en la escala convencional de prestigio. Describe "vivir de ocho a diez horas por día en la evocación constante de su inferioridad en nada contribuye a enaltecer la propia imagen" (Fonseca, 2000: 30).

De este modo, para muchos jóvenes aparecen fuertes dificultades para lograr una autoimagen atractiva y reconocimiento social a partir de las instituciones convencionales, especialmente el trabajo legal—formal e informal—; pero, también a partir de algunas actividades delictivas, como la venta al menudeo de drogas ilegalizadas, como desarrollo en este artículo. Esos materiales para construir honor se encuentran difícilmente accesibles o resultan poco atractivos, siendo la más de las veces experiencias de humillación y opresión⁶. Se identifican en cambio actividades, situaciones y/o intercambios—legales e ilegales—que funcionan como mecanismos grupales, creativos y significativos, para generar alternativas accesibles para la construcción de reconocimiento, respeto y status de quienes se encuentran excluidos. Paradójicamente, en esos intentos de hacer frente a esas experiencias de opresión y humillación estos jóvenes reproducen esas mismas dinámicas (Billis, 1978; Bourgois, 2003; entre otros).

⁵ Una serie de estudios desde la sociología del delito y la criminología ha prestado atención a estas cuestiones, para mayor detalle sobre esa discusión ver Becker, 2009; Matza 1990/1969 y Matza y Sykes, 1957/1961. Sobre esto también trabajé en mi tesis de maestría, Cozzi (2013a/2015).

⁶ Afirma Young "si hay de hecho "seducciones de la delincuencia" como Katz (1988) lo sugiere, entonces estas seducciones son más dulces debido a la miseria de las alternativas" (Young 2003).

El artículo está organizado de la siguiente manera: en primer lugar, menciono cómo realicé el trabajo de campo. Luego, describo brevemente el grupo de jóvenes con el que trabajé. En segundo lugar, describo y analizo cuáles y cómo fueron los cambios que se produjeron en el grupo a partir de la muerte de uno de ellos y de la participación de otro joven en actividades ligadas al mercado de drogas ilegalizadas. Seguidamente analizo como fueron valoradas estas transformaciones dejando en evidencia cómo el honor se pone en juego en estos procesos. Finalmente, presento algunas conclusiones.

Del trabajo de campo

Comencé a trabajar a estudiar e investigar sobre la participación de jóvenes de sectores populares en actividades delictivas en el marco de un proyecto de cooperación internacional, denominado “intervención multiagencial para el abordaje del delito en el ámbito local”, desarrollado por la entonces Secretaría de Seguridad Interior de la Nación, en el marco del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD-SSI), implementado en barrios de la ciudad de Santa Fe, desde agosto de 2008 a diciembre de 2010⁷. El responsable provincial de la implementación y socio principal del proyecto fue la Secretaría de Seguridad Comunitaria (SSC) del Ministerio de Seguridad. El objetivo principal era promover la implementación de políticas integrales de seguridad con énfasis en la prevención, reconociendo la complejidad y multicausalidad de la problemática abordada (Font, Ales y Schillagi, 2008).

A partir del mes de Julio de 2009 comencé a trabajar en la SSC como Directora provincial de Planificación y Evaluación, función que ocupé hasta abril de 2011. Desde esa área política con el equipo de trabajo de PNUD-SSI y de la SSC lideramos las estrategias de inclusión sociocultural con jóvenes para la prevención del delito y reducción de la violencia, realizadas en los mismos barrios en donde se venía implementando el Proyecto PNUD-SSI a los que se sumaron barrios en la ciudad de Rosario. Con el tiempo, dichas estrategias constituyeron una de las principales líneas de trabajo durante nuestra gestión y conformaron el “Programa de Inclusión Sociocultural con jóvenes para la prevención del delito y reducción de la violencia”, liderado por la SSC, en el marco del Gabinete Social provincial, desde el mes de diciembre del año 2009 al mes de diciembre del año 2011 (Font, Cozzi y Broglia, 2011).

Durante esos años y en este marco, comencé a trabajar en *La Retirada* un barrio popular de la ciudad de Rosario y conocí a algunos jóvenes que participaban en estas actividades. No fue nada fácil vincularnos con ellos, para lo cual nos dimos diversas estrategias. En líneas generales, el contacto inicial lo realizamos en los lugares donde estos jóvenes habitualmente estaban—la *esquina*, el *pasillo*, la *plaza*—a través de referentes barriales que los conocían y funcionaban como una especie de “presentadores” y/o “traductores locales” de nuestra propuesta. La presencia sostenida en los barrios resultó un elemento clave en términos de consolidación de vínculos de confianza.

En el mes de abril del año 2011 renuncié al cargo en la SSC, por haber obtenido una beca de doctorado de CONICET y continué realizando actividades de investigación,

⁷ En este proyecto participé como consultora local durante el primer año de ejecución.

manteniendo el vínculo con varios grupos de jóvenes y referentes sociales del barrio. Así iniciaba una segunda etapa del trabajo de campo, ahora como investigadora de la universidad; tuve que aclarar, entonces, mi “nueva” pertenencia institucional y cómo habían cambiado los motivos por los que estaba en el barrio e incluso mi vínculo de trabajo.

Durante los años 2012 y 2013 visité esporádicamente *La Retirada* y a algunos referentes y grupos de jóvenes que ya conocían mi trabajo en la SSC. Algunas veces, se dieron encuentros casuales con los jóvenes y nos quedamos charlando varias horas en los lugares que cotidianamente habitan—la *esquina*, el *pasillo*, la *plaza*, la *cancha de fútbol*—o en los patios de sus casas. En otras oportunidades las visitas fueron coordinadas con anterioridad. Durante los años 2014 y 2015 las idas al barrio se hicieron mucho más frecuentes, llegando a veces a más de una por semana. En esta segunda etapa, conocí a personas entre treinta y cincuenta años de edad, que habían participado—algunas de ellas lo seguían haciendo—de *robos* y, también, en actividades vinculadas al *mercado de drogas ilegalizadas*. Hasta ese momento, en gran medida sólo había conocido a jóvenes del ambiente de quince a veinte años de edad, aproximadamente, quienes estaban en esos momentos participando en esas actividades o comenzaban a hacerlo.

Si bien el trabajo de campo estuvo en gran parte centrado en conocer, entrevistar—individual y grupalmente—y compartir diversas actividades y situaciones con jóvenes que participaban de actividades delictivas, significó también muchas otras tareas. Durante los años 2014 y 2015 conocí, entrevisté y conversé en reiteradas ocasiones—de manera individual y en grupo—a otros jóvenes de *La Retirada*, que no participaban de manera directa en esas actividades; las conversaciones se dieron en la escuela secundaria del barrio y/o en otros talleres de capacitación para jóvenes. Realicé, además, una serie de entrevistas en profundidad a otras personas que viven en *La Retirada*, algunos de ellos referentes barriales, a personas que trabajan o trabajaron en distintas instituciones del barrio—escuelas, centro de salud, áreas sociales—, al comisario que estuvo varios años a cargo de la subcomisaría del barrio y a personas que sin vivir, ni trabajar en el barrio tenían un conocimiento particular—me refiero a periodistas de policiales y abogados penalistas.

Los modos de presentarse configuran la escena donde las historias se cuentan, así quien presenta modifica significativamente la puerta de entrada de la investigación (Feltran, 2011). Sin lugar a dudas, las distintas pertenencias institucionales desde los cuales desarrollé la investigación, especialmente en la primera etapa, colaboró y facilitó mi entrada, pero al mismo tiempo me ubicó en un lugar particular, no neutral, que requiere ciertos cuidados y reservas (Tiscornia, 2008). Es decir, la forma en que construí los vínculos con estos jóvenes me permitió ver y conocer algunas cuestiones y no otras.

Sin embargo, considero que permanecer en el barrio durante casi seis años me permitió observar e interactuar en diversas situaciones (en un encuentro casual en la calle, en un taller de emprendimientos productivos, respondiendo ante un hecho de violencia policial, en una visita a la cárcel, ayudando a alguien a resolver un problema, entre otras), que no son obviamente todas las de las vidas de los jóvenes pero que son significativas en cuanto a su variedad y diversidad. Mantener vínculos con los jóvenes durante todo

ese tiempo, me habilitó un contexto de confianza, me permitió conocer y comprender entre otras cuestiones sus experiencias y a partir de ahí reconstruir prácticas, representaciones y valoraciones ligadas a su participación en *robos* y en el *mercado de drogas ilegalizadas*, entre otras.

Los topos

A *Los Topos* los conocí a principio del año 2011, nos lo presentó un joven del barrio. Por ese entonces *paraban*⁸ en una esquina donde funcionaba un salón de video juegos, donde escuchaban cumbia romántica alternando con rock nacional. *Los Topos* era un grupo de jóvenes sumamente numeroso y con una composición heterogénea; sin embargo, los unía ese lugar de encuentro para fumar, tomar bebidas alcohólicas o gaseosas, consumir drogas—*marihuana* y *cocaína*—o simplemente pasar el rato. Todos eran varones, de muy variadas edades, que iban desde los quince años hasta los treinta y cinco años. Algunos de ellos ya habían sido padres.

Los más grandes trabajaban en empleos informales e inestables, como *peones* en la industria de la construcción, principalmente, como albañiles o pintores. Otros, los menos, tienen empleos registrados en fábricas de la zona. Solían jugar al fútbol en descampados ubicados en esa misma zona del barrio, que habían limpiado y colocado arcos, y funcionaban como *canchitas*. Algunos, por lo general, los más jóvenes, a veces salían a *robar* fuera del barrio o sobre la autopista que lo delimita. Algunos de ellos, a veces, *andaban a los tiros*⁹ con otros *grupos* de jóvenes del barrio o de barrios cercanos, con quienes tenían *bronca*¹⁰.

Los volví a contactar a mediados del año 2014. Seguían juntándose en la misma esquina que cuando los conocimos años atrás. El grupo seguía siendo sumamente heterogéneo en cuanto a edades y actividades, pero seguía integrado exclusivamente por varones. Meses atrás de ese nuevo encuentro, unos jóvenes que pertenecían a *Los Payeros* (otro grupo de jóvenes del mismo barrio) habían matado a uno de los jóvenes del grupo. Frente a la esquina donde se juntaban, habían blanqueado una pared y pintado con letras negras: *Jacinto Siempre Presente*.¹¹

Entre ellos estaban los hermanos *Mansilla: El Viejo y Cristo*, quienes vivían con su mamá y sus hermanas, muy cerca de la esquina donde *paraban*. *El Viejo* era muy conversador, gracioso carismático y tenía un fuerte liderazgo en el grupo; *Cristo*, en cambio, era muy tímido, hablaba muy poco y también era muy querido entre *Los Topos*. Vivieron en el barrio desde que nacieron, su familia había llegado a *La Retirada* con los

⁸ Los jóvenes refieren de este modo al hecho quedarse durante varias horas, siempre en el mismo lugar, consumiendo bebidas o *drogas* compartiendo algún cigarrillo, o sólo pasando el rato.

⁹ Me refiero a disparar armas de fuego contra otros jóvenes.

¹⁰ Para los jóvenes con quienes trabajé la categoría *bronca* tiene varias acepciones. Por un lado, con *tener broncas* refieren a la posibilidad real de sufrir enfrentamientos armados con otros jóvenes o grupos de jóvenes, entre quienes ya ha habido intercambio de disparos de armas de fuego o amenazas de intercambios entre algunos de sus integrantes, por diversos motivos—muchos de ellos descriptos como faltas de respeto o agravios al honor—y en diversas situaciones. Por otro lado, *tener bronca* con algunos jóvenes o grupos señala que algunos de sus integrantes han matado a alguno de los integrantes del otro grupo, sintetizado en la frase “hay muertos de por medio”. Finalmente, los jóvenes refieren como *la bronca* a los grupos de jóvenes con los que están enfrentados, por un lado; y al conflicto que originó el despliegue de la violencia, por otro lado (Cozzi, 2015).

¹¹ Varias jóvenes murieron en manos de otros jóvenes durante la investigación y en muchas ocasiones otros jóvenes, días después de la muerte, realizaron murales recordatorios de sus amigos muertos.

traslados forzosos durante la dictadura cívico militar (Oszlak, 1991; Maceratini, 2013). Ambos fueron a la escuela primaria en el barrio y abandonaron la escuela secundaria. Tenían dos hermanos varones mayores presos, *Hernán*, uno de ellos había estado involucrado con *Los Montero* (célebre *banda* de un barrio cercano vinculada a la comercialización al menudeo de drogas ilegales, especialmente *marihuana* y *cocaína*).

Los dos hermanos pasaban muchas horas en la esquina junto a sus amigos, que sólo abandonaban para ir a jugar al fútbol. *El Viejo* con veintidós años de edad afirmó en varias oportunidades que nunca había trabajado; sin embargo, nos contó que junto a otros amigos de *Los Topos* había trabajado armando escenarios para recitales. A veces, salía a robar fuera del barrio o *andaba a los tiros* contra otros grupos de jóvenes, actividad esta última que se acentuó luego del asesinato de su amigo *Jacinto*. Hasta ese momento *Cristo* no participaba de esas actividades, ni de robar, ni de *andar a los tiros*, era tranquilo y no tenía *broncas* con nadie, sólo compartía la esquina.

La muerte del *Viejo* y la transformación de *Cristo*

A fines del año 2014, entre navidad y año nuevo, mataron a *El Viejo*. Me enteré de su muerte cuando había ido al barrio a saludar por las fiestas una tarde de diciembre de ese mismo año. No había leído ninguna noticia en el diario. Lo mataron en un barrio cercano, en el cual vive otro de sus hermanos. Según contaron sus amigos, *El Viejo* no tenía una *bronca* previa con los jóvenes que le dispararon. Había ido a la tarde a ese barrio, junto a su hermano *Cristo* y discutieron con otros jóvenes de ahí, los motivos no parecen claros y terminaron *a los tiros*.

Pocos días de la muerte de *El Viejo*, sus amigos de *Los Topos* juntaron dinero, blanquearon nuevamente la pared donde decía: *Jacinto Siempre Presente* y pusieron los nombres de sus amigos muertos con la siguiente frase: *El dolor de haber perdido a dos grandes amigos no nos hará olvidar los buenos momentos que hemos compartido. Jacinto y El Viejo Presentes*. Después de la muerte de *El Viejo*, el grupo cambió significativamente, dejaron de juntarse en la esquina habitual y empezaron a *parar* en frente, en la vereda de la vivienda de otro de los jóvenes. El grupo se redujo, algunos contaron que se dividió. Muchos jóvenes se alejaron y otros tomaron otros rumbos. Algunos se mudaron de barrio.

La muerte de *El Viejo* impactó fuertemente en la biografía de *Cristo*. Poco tiempo después, recuperó la libertad *Hernán* uno de los hermanos que estaba preso. Meses después, según contaron, *Cristo* habían comenzado a vender *cocaína* y *marihuana* con su hermano *Hernán* en su casa, y su mamá y sus hermanas se habían mudado del barrio. Los jóvenes de *Los Topos*, amigos de *Cristo*, dejaron de frecuentar su casa, “*ahora sólo vamos para comprar faso*”, relataron.

A mediados del año 2015 volvimos a contactarnos con *Cristo*, había cambiado mucho, parecía otra persona, ya no era el tímido joven que habíamos conocido, hablaba sin parar de manera acelerada e irascible. Tenía *broncas* con varios grupos de jóvenes del barrio, inclusive con quienes antes eran sus amigos. Estaba todo el día *enferrado* [portando un arma de fuego] y había participado en varios tiroteos contra otros grupos de jóvenes del barrio. Meses después *Cristo* fue herido por otros jóvenes y, luego de estar unas semanas internado, falleció.

En uno de esos encuentros previos a su muerte, *Cristo* nos presentó a su hermano mayor que había salido de estar preso, *Hernán*. *Cristo* ya no tenía la tranquilidad que lo caracterizaba, estaba muy alterado. Contó que ya no *paraba* en la esquina, “*tengo que estar siempre adentro de mi casa, ahora no puedo estar ni en la vereda, porque tengo broncas con todos los grupos del barrio*”, mencionó. Mostró la pared de su casa llena de agujeros por las balas y nos contó que esa semana se había *tiroteado* [intercambiado disparos de armas de fuego] con dos jóvenes que antes eran amigos. “*Mirá cómo tengo que andar*”, dijo, mientras se levantaba la remera y mostraba una pistola que tenía en la cintura.

Volvimos a contactarnos con otros jóvenes de *Los Topos*, tampoco *paraban* ya en la esquina que solían hacerlo. Una tarde los vimos reunidos en una esquina cercana y nos acercamos a saludarlos. Entre ellos estaba *Robert*, quien sólo compartía la esquina con *Los Topos* pero que no participaba ni de *robos* ni de los *tiros*, solía hacer trabajos de pintura, pero estaba desempleado en ese momento. *Robert* estaba con un *faso* [cigarrillo de marihuana] entre sus dedos y se lo pasó a unos de los jóvenes que nosotras no conocíamos. El joven con timidez por nuestra presencia no aceptó. *Robert* se rió e intervino “*está todo bien, ella me conoce*”. Entonces el joven aceptó el *faso* y se puso a fumar delante de nosotras¹².

Robert se mudó de *La Retirada* tiempo después de la muerte de *El Viejo*, pero siempre vuelve al barrio porque tiene a todos los amigos ahí. Le pregunté, entonces, por el resto de los jóvenes de *Los Topos* e inmediatamente preguntó si sabía de la muerte de *El Viejo*, le dije que sí, que los había visto a los *pibes* después de lo que pasó. *Robert* contó que ya no era lo mismo, que algunos “*habían perdido el honor*” y que ya no se juntaban todos como antes. Cuando le pregunté porque habían perdido el honor, dijo “*porque agarraron otro camino*”, dando a entender que estaban vendiendo *drogas*. “*Se les dobló el caño* [arma de fuego], *dejaron de ser chorros* [ladrones] *para ser narcos*”, sentenció. El resto de los jóvenes presentes asintieron.

Se le *dobló el caño, perdió el honor* valoraciones de las actividades ligadas al mercado de drogas ilegalizadas

La venta de drogas es una actividad que es presentada por muchos actores sociales—periodistas, expertos, policías, funcionarios políticos, referentes sociales, jóvenes y adultos de *La Retirada*—, como más redituable y no sólo en términos económicos. Muchos residentes del barrio—adultos y jóvenes—reconocían que participar en este mercado resultaba una actividad más redituable; es decir, mayor margen de ganancia—en relación con otras actividades ilegales como el *robo* o de los trabajos legales (formales e informales) disponibles o posibles—, que les permite acceder al consumo de bienes suntuosos y deseados: autos de alta gama, por ejemplo; sino también en relación a ser conocidos y tener *poder*, relacionado con la disponibilidad de más y mejores armas de

¹² En numerosas ocasiones los jóvenes fumaron *marihuana* delante de nosotras; sin embargo, nunca consumieron *cocaína* en nuestra presencia, a pesar de que muchos de ellos lo hacían.

fuego y armamento, con *tener cabida*¹³ con los contactos adecuados, por ejemplo, contar con prestigiosos abogados y/o con *protección policial*.

En este sentido, en una entrevista con Tattú, un joven de unos treinta años de edad, referente barrial que había dejado atrás su pasado de *ladrón* y estaba intentando armar un taller de capacitación para jóvenes del barrio, reconoció algunas de las ventajas que le significaba a los jóvenes estar ligados a los *narvos*; sin dejar de mencionar, al mismo tiempo, cómo para él constituían un problema y una fuente de preocupación. “Hoy en día se hace más poderoso el pibe que agarra un arma cuando el traficante lo avala, cuando están respaldados por el traficante” detalló preocupado. Al preguntarle que quería decir con tener el aval o el respaldo del *narco*, contestó “*es así, si el pibito cae preso [es detenido por la policía] el traficante le paga un abogado y lo saca o va y arregla con la policía, al traficante le sirve que el pibe tenga esas facilidades, si el traficante le da un arma, le da una bolsa [de cocaína], lo va a usar, y le compra zapatillas, le da de comer, ¿a quién va a seguir el pibe?, ¿soldado de quién va a ser?*”. En otra de nuestras conversaciones mencionó de manera similar por qué para los jóvenes el *rubro narco* resultaba una actividad más redituable,

“Los jóvenes corren mucho riesgo hoy en día porque el narcotráfico se fue haciendo mucho camino, se le fueron abriendo más los caminos al narcotráfico y el narcotráfico es un canal donde acceden a muchas cosas. Si un traficante tiene facilidad para traficar droga, entonces, tiene facilidad para traficar armas, entonces llegan más armas a los barrios, más armas a los pibes, corrompe más el traficante porque llega no sólo a enriquecerse sino a corromper todo un barrio, corrompe juventudes, porque agarra los pibes cómo yo que luchan por un cartel, que luchan por ser alguien, ¿qué pasa si el traficante le ofrece armas, le ofrece chalecos [antibalas], le ofrece droga fácil? para el pibe ese es el camino más rápido. Los Montero se aprovechan de los pibitos, les dan merca y plata y así los enganchan para que laburen para ellos. Enseguida los pibes tenían fierros, droga, plata, moto, auto, todo de un día para el otro. Hoy creo que tenemos más soldados que choros acá en la calle, porque el traficante ha tomado mucho terreno. También por el tema de la necesidad, porque si hoy vos salís a robar, corres peligro, tenés que ir a poner el pecho y vos sabes que está jodido hoy en día por la cantidad de policías que hay; y sí es más fácil cuidar un kiosquito y te pagan. Hoy en día puede estar ganando hasta cinco mil pesos por semana.

Yo tenía un pibe en el taller que estaba atendiendo un kiosco, le daban cinco mil pesos por quincena, yo lo estaba animando para que él se fabrique un carro para que cambie, para que salgue a cirujear, para que se gane su moneda, su changa cortando el pasto. El traficante vino y le ofreció cinco mil pesos cuando yo fui a hablar me dijo «¿y viste que es plata? y yo necesito», se me fue de las manos.

Muchos optan por eso, hay algunos que cuidan búnker, hay otros que venden [droga], también hay lugares que le pagan para que le armen la bolsita [de cocaína] y ganan buena plata. Hay muchos pibes que se están vendiendo hoy en día, antes no se vendía fácilmente el pibe que andaba en la calle se relacionara con el traficante, porque tenía problemas con

¹³ Expresión utilizada por los jóvenes para mencionar el mayor de poder que otorga cierta posición en las redes relaciones de este espacio social.

todos después, por eso te digo han cambiado mucho los códigos, el cartel de soldado era lo peor que vos podías tener en la calle, porque te iba mal en la calle y te iba mal en la cárcel”.

De algún modo, participar como *soldadito* pareciera resultar más redituable en diversos sentidos. Así, “el narcotráfico es un canal por el que se accede a muchas cosas”, señaló *Tattú*. En este sentido, el aval o el respaldo del *narco* no sólo permiten acceder a buenos abogados y arreglos favorables con la policía, conseguir mejores condiciones de detención, en caso de ser detenido; también, es un canal para proveerse de armas fuego y *drogas*, entre otras cosas. Presenta ventajas económicas en relación a las opciones laborales legales—formales o informales posibles. Resultaba al mismo tiempo menos riesgoso que *salir a robar*, por ejemplo.

Sin embargo, no siempre redundará en respeto y prestigio; es decir, coexistían otras apreciaciones y valoraciones sobre la participación de los jóvenes en este novedoso rubro. En este sentido, presencié en muchas ocasiones cómo la participación en estas actividades era fuertemente censurada y desaprobada por adultos del barrio, pero también por los propios jóvenes. La censura de la actividad surgió claramente en las transformaciones que se produjeron en *Los Topos*, luego de la muerte del *El Viejo* y, especialmente, cuando *Cristo* empezó a vender droga con su hermano *Hernán*, en su casa.

Los Topos dejaron de juntarse en esa esquina—solo iban a comprar marihuana o cocaína a la casa de su amigo, lugar donde antes pasaban largas horas—; además, se distanciaron y se diferenciaron de *Cristo*. Según sus amigos, el joven había perdido el *honor*, porque realizaba una actividad censurada y eso generaba más bien desprestigio, vergüenza y distanciamiento. Pero, también, porque existían riesgos y peligros, porque podían resultar heridos como consecuencia de los problemas de *Cristo* o por permanecer con él en la esquina.

A pesar de las ventajas, sólo algunos pocos jóvenes que conocí participaban de algunas de las actividades ligadas al mercado de drogas ilegalizadas; aún en un contexto como el que describí en el que este *rubro* creció y se extendió significativamente. Identifiqué una fuerte carga valorativa negativa o cierta sanción moral socialmente extendida ligada al “mundo de las drogas” imbuida del modelo prohibicionista imperante. Es decir, estas prácticas aparecieron toleradas y/o permitidas por algunos y, al mismo tiempo, fuertemente censuradas y/o rechazadas por otros. Esa valoración negativa, en parte, apareció relacionada a que las actividades ligadas a este mercado, no permiten demostrar coraje y valentía, ambas dimensiones importantes del honor masculino.

Así convivían—de manera contradictoria y conflictiva—diversas valoraciones y evaluaciones morales sobre estas prácticas. Al mismo tiempo que aparecían valoradas positivamente, persistían fuertemente las censuras y desaprobaciones por adultos del barrio, pero también por los propios jóvenes. La valoración negativa incluía especialmente a la *venta de drogas* en el barrio. Por otra parte, el rechazo o la censura a ese mercado se vinculó a los daños que se supone puede producir el consumo de drogas, con la idea que “el traficante arruina a los pibes”.

Esta valoración negativa vinculada al consumo de drogas era compartida por varios residentes de *La Retirada*, mencionada cómo “envenenan a nuestros jóvenes”, no muy alejada de esa valoración hegemónica sobre *las drogas*. Esto a pesar de que muchas de las personas del *ambiente* y demás residentes—jóvenes y adultos—de *La Retirada* consumen o consumieron *drogas*—especialmente *maribuana*, *pastillas*¹⁴ y *cocaína*. Es decir, la censura incluía especialmente la venta de las sustancias prohibidas, censura que no siempre pareciera alcanzar al consumo de las mismas que aparecía más menos aceptado (al menos el consumo de *maribuana*; en cambio, el de *cocaína* permanecía en ámbitos más privados). Recordemos que a *Robert* no le daba vergüenza consumir marihuana en nuestra presencia, pero a pesar de consumir cocaína nunca lo hizo delante de nosotras, ni en la esquina donde paraban.

La censura o rechazo a las actividades ligadas al *mercado de drogas ilegalizadas* surgieron, además, entre bromas o peleas iluminando aún más ese universo de sentido, de algún modo compartido; es decir, a veces, entre bromas y/o peleas los jóvenes utilizaban el término *narco/transero/traficante* o *soldadito de narco* como insulto. Durante el año 2011 estábamos en un taller de capacitación con jóvenes de *Los Topos*, en un recreo de la actividad nos quedamos un rato en la vereda y paso un joven en una moto con una joven. Uno de los jóvenes del taller les gritó “*eh transero*” y todos rieron. El joven de la moto, se dio vuelta para mirar y gritó “*eh gil, ¿qué te pasa?*” y se fue. Al rato volvió el mismo joven en moto ahora sólo, se bajó y buscó a unos de los chicos del taller, lo increpó y le pidió explicaciones de por qué le había dicho *transero*. Tuvo que intervenir el referente social a cargo del lugar “*¿qué pasa acá?, no vengas a buscar bronca a los pibes*” ordenó, siguieron discutiendo un poco más hasta que el joven se volvió a subir a su moto y se fue.

Ahora bien, pareciera que las alternativas de ingreso vinculadas a prácticas delictivas resultan, de algún modo, atractivas o más redituables en relación a las características de las opciones laborales legales—formales e informales—disponibles y/o posibles para los jóvenes de sectores populares. Si bien estos jóvenes empezaron a participar en estas actividades en un contexto de activación económica y de recuperación del empleo, en general (Kessler, 2013)—y con muchas dificultades¹⁵—accedían a empleos en las tareas menos calificadas en el área de servicios, especialmente vinculado al rubro gastronómico—en sus escasas y fluctuantes experiencias laborales se desempeñaron como *bacheros* [lava copas], repositores, mozos, cocineros, ayudante de cocina, repartidores—o en la industria de la construcción—como ayudantes de albañil, pintores, herreros.

Los Topos, y a pesar de que muchos de ellos trabajaban, sobre todo los más grandes del grupo, caracterizaron sus experiencias laborales como humillantes y de explotación, más que como fuente de prestigio y placer, “*te tienen de esclavo*”, se quejaron una y otra vez. “*Nosotros estamos en la esquina porque queremos*”, dijeron los más chicos del grupo, cuando les pregunté si trabajaban.

¹⁴ Con *pastillas* refieren a medicamentos psicotrópicos, suelen consumirse mezclado con bebidas alcohólicas y la mayoría de las veces son adquiridos sin las respectivas recetas médicas obligatorias.

¹⁵ Los jóvenes mencionaron en varias oportunidades las dificultades con las que se encontraban a la hora de buscar empleo por residir en *La Retirada*.

Estos relatos fueron frecuentes entre los jóvenes; de algún modo, muchas de las opciones laborales legales disponibles o posibles resultan poco atractivas, mal remuneradas—muchas veces—aburridas y fuertemente opresivas, “*no te dan trabajo o si te dan te tratan como si fueras un esclavo*”, mencionaron una y otra vez. En términos de *Fonseca* esta experiencia, en poco colaboraba a ennoblecer la propia imagen en la escala social de prestigio. Sin embargo, la mayoría de ellos alternaba entre distintos trabajos (legales), y ser *trabajador* seguía siendo productivo en términos de prestigio social, en determinados contextos y situaciones.

De similar modo, en varias oportunidades algunos jóvenes que habían participado en la venta de drogas ilegalizadas caracterizaron a la participación en este mercado, más bien como una experiencia de humillación y explotación, muy cercanas a las experiencias en el mercado de trabajo legal—formal e informal—que mencioné. En este sentido, en algunos relatos estas “nuevas” opciones disponibles, aparecen como sumamente opresivas, peligrosas y más bien como fuentes de privación de status. Una división del trabajo más compleja y sofisticada al interior del mercado de drogas ilegalizadas generó variados puestos y roles, relacionados a diversos eslabones de esa cadena, con diversa participación en las ganancias del negocio. Puestos y roles que se tradujeron y/o impactaron en (nuevas) jerarquías—en relación a los distintos segmentos de este mercado—que ubican a las personas en distintos niveles de poder, prestigio social y participación en la ganancia del negocio.

Diversos estudios en la región han revelado la participación subordinada de jóvenes de sectores populares en el mercado de drogas (Marcus Day, 2014; de Oliveira, 2008; Zamudio, 2013; Misse, 2007; Bourgois, 2003); es decir, alternativas vinculadas a la comercialización de drogas ilegales, atractivas, redituables no sólo en términos económicos sino también de prestigio social no resultan disponibles para todos (Ruggiero, 2005; Zaitch, 2008). Ruggiero señala sobre los paralelismos entre los mercados legales e ilegales, al mencionar que ambos tienen características similares, en términos de opresión y explotación. El autor sostiene “...uno de los problemas de las economías ilegales es que en demasiados aspectos son, tristemente, similares a las legales” (Ruggiero, 2005: 63).

Para muchos jóvenes aparecen fuertes dificultades para lograr una autoimagen deseable, atractiva y con reconocimiento social a partir de las instituciones convencionales, especialmente el trabajo legal—formal e informal—; pero, también a partir de algunas actividades delictivas, como la participación subordinada en la venta de drogas ilegalizadas. Esos materiales para construir un nombre, una buena reputación, que les permita contar con honor y prestigio social se encuentran difícilmente accesibles o resultan poco atractivos, siendo la más de las veces experiencias de humillación, sometimiento y explotación. Aparecen, entonces, otras actividades que funcionan como mecanismos grupales, creativos y significativos, para generar alternativas accesibles y posibles para la construcción de reconocimiento, respeto y status de quienes se encuentran excluidos. Entre ellas, participar en una tradicional actividad delictiva, me refiero a los *robos*.

El *robo* no había perdido sus encantos. Los jóvenes describían detalladamente *los robos* en los que habían participado y, a diferencia de la participación en los eslabones más débiles de la cadena del *mercado de drogas ilegalizadas*, esos relatos estaban cargados de adrenalina y excitación. En los eslabones más bajos del mercado de drogas ilegalizadas, en los cuales subordinación es mayor, puede pensarse más bien como una particular relación entre *jefes y empleados*, en un contexto de trabajo, experiencia cercana al mundo del trabajo legal, que en nada colabora para ennoblecer la propia imagen; en cambio, *el robo*, sigue siendo preferido entre los jóvenes frente al del *soldadito*, en tanto actividad autónoma, sin patrón, sin subordinación.

Fonseca presenta una productiva clave de lectura, la autora señalada que ser asalariado equivale a trabajar duro, ser mandado por un jefe, frecuentemente más joven y menos experimentado, casi siempre perteneciente a una clase social superior, vivir de ocho a diez horas por día en la evocación constante de su inferioridad en nada contribuye para enaltecer la propia imagen. Advierte que los moradores son perfectamente conscientes de que pueden aspirar solamente a esos trabajos manuales más bajos, en la escala convencional de prestigio. Frente a esto la respuesta colectiva es de denigrar los empleos denigradores y valorizar cualquier trabajo sin patrón. Prefieren ser trabajador autónomo, “si es para ser esclavo, mejor ser esclavo en casa” (Fonseca, 2001: 20). Algunos jóvenes, en similar sentido, por momentos, rechazan tanto las posibilidades legales—formales e informales—como ilegales de trabajo, rechazan ser *esclavos* de otros, y valorizan *el andar sin patrón*.

Observaciones Finales

En este artículo describí y analicé algunas prácticas, representaciones y valoraciones ligadas a la participación de jóvenes en algunos *delitos*, en la ciudad de Rosario. Para ello describí la participación en *robos* y en actividades ligadas al *mercado de drogas ilegalizadas*, por parte de un grupo de jóvenes de un barrio popular de dicha ciudad. Me interesó, especialmente, indagar cómo son valoradas por sus protagonistas, tanto la participación en una y otra actividad, para poder iluminar un complejo y contradictorio universo de creencias, códigos y valores morales que de alguna manera configura prácticas y acciones.

En estos procesos, ciertas formas de obtención de prestigio social y búsquedas de reconocimiento, negados o difícilmente accesibles en otros ámbitos sociales, tienen particulares implicancias (Fonseca, 2000; Pitt-Rivers, 1977; Bourgois, 2003), a partir de las cuales se establecen formas de “ser” y “hacer”, valoradas positivamente—legitimadas—o negativamente por quienes pertenecen al grupo. Estas prácticas son entendidas, además, como formas de “resistencias”, “soluciones”, “aceptaciones” y/o “confrontaciones” a contextos de desigualdad y exclusión social, en los que sufren experiencias de humillación, de explotación económica y opresión política (Fonseca, 2000; Bourgois, 2003; Young, 1999/2003; Kessler, 2013; Cozzi, 2015).

La participación en el *rubro narco* es presentada por muchos actores sociales—periodistas, expertos, policías, funcionarios políticos, referentes sociales, incluso personas del *ambiente*, en otros—como más redituable no sólo en términos económicos; es decir, mayor margen de ganancia—en relación con otras actividades ilegales como el

robo o de las opciones laborales legales—formales o informales—disponibles y/o posibles—, que les permite acceder al consumo de bienes suntuosos y deseados; sino también en relación a ser conocidos y tener *poder*, relacionado con la disponibilidad de más y mejores armas de fuego y armamento, con *tener cabida* con los contactos adecuados, por ejemplo, contar con prestigiosos abogados y/o con *protección policial*. Sin embargo, no siempre redundará en respeto y prestigio al interior del *ambiente*.

La participación en estas actividades era fuertemente censurada y desaprobada por varios jóvenes y adultos, nutridas de cierta sanción moral socialmente extendida ligada al “mundo de las drogas” imbuida del modelo prohibicionista imperante. De alguna manera, conviven—de manera contradictoria y conflictiva—diversas valoraciones y evaluaciones morales sobre las prácticas ligadas a este mercado. Al mismo tiempo que aparecían valoradas positivamente, persistían fuertemente las censuras y desaprobaciones por adultos del barrio, pero también por los propios jóvenes. La valoración negativa incluía, especialmente, a la *venta de drogas* en el barrio.

Además, en varias oportunidades algunos jóvenes caracterizaron a su participación en este mercado como experiencias de humillación y explotación, muy cercanas a las experiencias en el mercado de trabajo legal—formal e informal. De este modo, los puestos que están en la cima de la escala social de prestigio al interior del *rubro* narco—que permite tener poder, respaldo, mayores ganancias—no resultan fácilmente accesibles para todos los jóvenes. Diversos estudios en la región han revelado la participación subordinada de jóvenes de sectores populares en el mercado de drogas ilegalizadas (Marcus Day, 2014; de Oliveira, 2008; Zamudio, 2013; Misse, 2007; Bourgois, 2003); es decir, alternativas vinculadas a la comercialización de drogas ilegales, atractivas, redituables no sólo en términos económicos sino también de prestigio social no resultan disponibles y posibles para todos (Ruggiero, 2005; Zaitch, 2008).

Muchos jóvenes pertenecientes a los sectores populares experimentan fuertes dificultades para lograr una autoimagen deseable, atractiva y con reconocimiento social a partir de las instituciones convencionales, especialmente el trabajo; pero, también a partir de algunas actividades delictivas, como la venta de *drogas*. Esos materiales para construir un nombre, una buena reputación, que les permita contar con honor y prestigio social se encuentran difícilmente accesibles y/o resultan poco atractivos, siendo la más de las veces experiencias de humillación, sometimiento y explotación, que en nada colabora para ennoblecer la propia imagen (Fonseca, 2000). Aparecen, entonces, otras actividades que funcionan como mecanismos grupales, creativos y significativos, para generar alternativas accesibles y posibles para la construcción de reconocimiento, respeto y status de quienes se encuentran excluidos. Entre ellas, participar en *robos*.

El *robo*, una de las tradicionales actividades delictivas no había perdido sus encantos. Los jóvenes describían detalladamente *los robos* en los que habían participado y, a diferencia de la participación en los eslabones más débiles de la cadena del *mercado de drogas ilegalizadas*, esos relatos estaban cargados de adrenalina y excitación. De algún modo, el ser *ladrón* seguía siendo preferido entre los jóvenes frente al del *soldadito*, en tanto, actividad autónoma, sin patrón, sin subordinación. Algunos jóvenes, por

momentos, rechazan tanto las posibilidades legales—formales e informales—como ilegales de trabajo, y valorizan *el andar sin patrón* (Fonseca, 2000).

Bibliografía:

Balbi, F.: *De leales, desleales y traidores: valor moral y concepción de política en el peronismo*, Antropofagia: Buenos Aires, 2007.

Becker, H.: *Outsiders: Hacia una sociología de la desviación*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2009 [1971].

Bergman, M.: *Drogas, narcotráfico y poder en América Latina*, FCE: Buenos Aires, 2016.

Billis, P.: *Aprendiendo a trabajar: cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, Ediciones Akal: Madrid, 2008 [1978].

Bourgois, P.: *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2010 [2003].

Burzaco, E. y Berensztein, S.: *El poder narco. Drogas, inseguridad y violencia en la Argentina*, Sudamericana: Buenos Aires, 2014.

Calabrese, A.: *Prevención del consumo problemático de drogas desde el lugar del adulto en la comunidad educativa*, Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación, 2010.

Corbelle, F.: *La construcción del consumidor de drogas en el proceso judicial*, UBA: Buenos Aires, 2010.

Cozzi, E.: *De clanes, juntas y broncas. Primeras aproximaciones a una explicación plenamente social de la violencia altamente lesiva y su control, entre grupos de jóvenes de sectores populares, en dos barrios de la ciudad de Santa Fe*, Santa Fe, Tesis de Maestría, mimeo, 2013.

Cozzi, E.: “De juntas, clanes y broncas: Regulaciones de la violencia altamente lesiva entre jóvenes de sectores populares en dos barrios de la ciudad de Santa Fe”, *Delito y Sociedad* N° 39, Año 24, 2015, Santa Fe.

Cozzi, E.: *De ladrones a narcos: delitos, violencias y búsquedas de reconocimiento en tres generaciones de jóvenes en un barrio popular de la ciudad de Rosario*, Buenos Aires, Tesis de Doctorado, mimeo, 2018.

Dammert, L.: “Drogas e inseguridad en América Latina: una relación compleja”, *Nueva sociedad*, 2009, vol. 222, 112-131.

Day, M.: “Haciendo una montaña de un grano de arena: mitos sobre jóvenes y delincuencia en Santa Lucía”, *TNI, Serie Mercados de drogas y violencia* N° 3, 2014.

De Oliveira, P. P.: “Sobre a adesão juvenil às redes de criminalidade em favelas”, en: Machado Da Silva (org.): *Vida sob cerco: violência e rotinas nas favelas do Rio de Janeiro*, Nova Fronteira Editora: Rio de Janeiro, 2008.

Epele, M.: “Etnografía, fragmentación social y drogas: hacia una política de las miradas”, en: *Etnografías Co* 26

Font, E., Ales, C. y Schillagi, C.: “Intervención multiagencial para el abordaje del delito en el ámbito local”, *Cuadernos de Seguridad* N° 7–8, publicación del Consejo de Seguridad Interior, Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, 2008.

Font, E.: “Economías delictivas, complicidad policial y connivencia judicial”, *Hoy la Universidad. Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año 3, N° 5, 2011.

Font, E., Broglia, F. y Cozzi, E.: “Avances en las Intervenciones de Inclusión Socio-cultural con jóvenes como mecanismos de prevención del delito y reducción de la violencia en dos ciudades de la provincia de Santa Fe”, *IV Seminario Internacional Políticas de la Memoria: “Ampliación del campo de los derechos humanos. Memoria y perspectivas”*, Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti. 29 y 30 de septiembre – 1 de octubre de 2011, Buenos Aires.

Kessler, G.: “Ilegalismos en tres tiempos”, en: Castel, R., Kessler G., Merklen, D. y Murrard, N.: *Individuación, precariedad, inseguridad: ¿desinstitucionalización del presente?*, Paidós: Buenos Aires, 2013.

Kessler, G.: *Controversias de la desigualdad: Argentina 2003/2013*, FCE: Buenos Aires, 2014.

Lasa, M. A.: *Narco Made in Argentina, Bastion Digital*, 2015.

Maceratini, E.: “Buenas prácticas de intervención integral en asentamientos

- informales”, *Bitácora Urbano Territorial*, 2013, vol. 2, N° 23.
- Matza, D.: *El proceso de desviación*, Taurus: Barcelona, 1981 [1969].
- Matza, D. y Sykes, G.: (1957) “Técnicas de neutralización: una teoría de la delincuencia”, *Delito y Sociedad*, N° 20, Año 13, UNL, Santa Fe, 2004 [1957].
- Matza, D. y Sykes, G.: “Delincuencia juvenil y valores subterráneos”, *Delito y Sociedad*, N°38 Año 23, UNL, Santa Fe, 2014 [1961].
- Matza, D.: *Delincuencia y deriva: cómo y por qué algunos jóvenes llegan a quebrantar la ley*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2014 [1990].
- Misse, M.: “Mercados ilegais, redes de proteção e organização local do crime no Rio de Janeiro”, *Estudos Avancados*, (21), 61, 2007, 139-157.
- Oszlak, O.: “Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano”, Buenos Aires, HVMANITAS – CEDES, 1991.
- Pitt-Rivers, J.: *Antropología del honor o política de los sexos: la influencia del honor y el sexo en la vida de los pueblos mediterráneos*, Grijalbo: Barcelona, 1979 [1977].
- Rangugni, V.: “El paco bajo la lupa, el mercado de la pasta base de cocaína en el cono sur”, *Transnational Institute (TNI)*, 2006.
- Rossi, A.: “Narcotráfico y seguridad en América Latina”, *Revista de la Bolsa de Comercio de Rosario*, 2014.
- Ruggiero V.: *Delitos de los débiles y de los poderosos: ejercicios de antirriminología*, Ad-Hoc: Buenos Aires, 2005 [1999].
- Sain, M.: *La regulación del narcotráfico en la provincia de Buenos Aires*, Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo (UMET), 2015.
- Tiscornia, S.: *El activismo de los derechos humanos y burocracias estatales. El caso Walter Bulacio*, Editores del Puerto/CELS-Colección Antropología Jurídica y Derechos Humanos: Buenos Aires, 2008.
- Touzé, G.: *Saberes y prácticas sobre drogas. El caso de la pasta base de cocaína*, Intercambios ONG: Buenos Aires, 2008.
- Touzé, G.: “Argentina: ¿la reforma que viene?”, *Transnational Institute y Washington Office on Latin America*. Serie reforma legislativa en materia de drogas, N° 6, 2010.
- Young, J.: *La sociedad excluyente. Exclusión, delito y diferencia en la Modernidad Tardía*, Marcial Pons: Madrid, 2003 [1999].
- Young, J.: “Merton con energía, Katz con estructura. La sociología del revanchismo y la criminología de la transgresión”, *Delito y Sociedad*, Año 17, N° 25, 2008 [2003].
- Zaitch, D.: “Reducción de daños, seguridad y tráfico de drogas ilícitas”, *Cuadernos de Seguridad* N° 2, Ministerio de Seguridad-Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 2009.
- Zaluar, A.: *A máquina e a revolta: as organizações populares e o significado da pobreza*, Editora brasiliense: São Paulo, 1994 [1985].
- Zamudio Angles, C.: “Jóvenes en el narcomenudeo: el caso Ciudad de México”, *Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana* (13), 2013, 111-123.

Las chicas en el ojo del huracán machista

Entre la vulnerabilidad y el “empoderamiento”

Girls in the eye of the macho storm: between vulnerability and “empowerment”

RECIBIDO: 5/2/18
ACEPTADO: 30/3/18

Silvia Elizalde

Universidad de Buenos Aires—CONICET

silvitaelizalde@gmail.com

Resumen:

El trabajo aborda el vínculo entre mujeres jóvenes y violencia de género en la Argentina a partir de revisar datos estadísticos, argumentos conceptuales y prácticas concretas relevadas etnográficamente. Parte de asumir que dicho vínculo forma parte de una articulación contextual más amplia entre orden de género y relaciones de poder en la cual leer de manera específica el funcionamiento de la hegemonía cultural y política. Desde esta perspectiva, analiza las condiciones tanto de posibilidad como de restricción, así como algunos de los discursos y fuerzas ideológicas que informan contradictoriamente la vida cotidiana de las jóvenes, se articulan con sus propias prácticas, y construyen interpelaciones estratégicas que les otorgan y les quitan poder en sus posibilidades de respuesta a la violencia de las que son objeto en función de cruces específicos de clase, género y edad.

Abstract:

This article addresses the link between young women and gender violence in Argentina by reviewing statistical data, conceptual arguments and specific practices relieved ethnographically. We start assuming that this link is part of a wider contextual articulation between gender order and power relations in which the functioning of cultural and political hegemony can be specifically read. From this perspective, it analyzes the conditions of both possibility and restriction, as well as some of the discourses and ideological forces that contradictory inform the daily life of the young women, articulate with their own practices, and construct strategic interpellations that grant them and remove them power in their possibilities of responding to the violence of which they are subject based on specific crossings of class, gender and age.

“La única sangre que debería correr es la menstrual”. La frase se lee en una pancarta de confección artesanal donde hay pegada una representación gigante de una toallita femenina manchada de rojo¹. La porta una chica de unos 20 años en la Marcha del Ni Una Menos del 3 de junio de 2016, una de las experiencias político-culturales más dinámicas de las luchas de género en el presente, en la que es posible leer parte de los reclamos y apuestas políticas de los feminismos, hoy, así como las demandas de miles de mujeres y jóvenes “comunes” en contra de los femicidios y las violencias hacia ese colectivo². Va con amigas, por fuera de una organización, como tantas otras, grandes y chicas, que ese día recorren por segundo año consecutivo las calles céntricas de Buenos Aires hasta la Plaza del Congreso con carteles hechos de cartulina y un repudio común a la violencia machista³. A cien metros, un grupo de chicas del centro de estudiantes del Normal 11 de Parque Patricios despliega una bandera que dice: “Nos tocan a una, nos organizamos todas”, mientras bailan ritmos de murga con el cuerpo tatuado de mensajes rebeldes⁴.

En tanto signos de provocación y, a la vez, de protesta, ambas consignas condensan algunas de las orientaciones de sentido que asumen hoy las respuestas culturales de las jóvenes ante un contexto de relaciones de poder que las encuentra en una doble y simultánea condición: impotentes y “empoderadas”.

Impotentes, porque la subordinación de género, el sexismo y la experiencia de la desigualdad—aunque modificadas—siguen siendo parte persistente del paisaje cotidiano de las jóvenes—aunque no exclusivo de ellas—cada vez que salen a la calle, pese a que el mercado y las políticas del “neoliberalismo progresista” (Fraser, 2017) las impulsen a *comerse el mundo* a través del consumo, en pos de alguna libertad de nuevo tipo. Mientras la ausencia sistemática de políticas públicas específicas las sigue alejando, sobre todo a las más pobres, de toda chance de inclusión social sustentable. Y al conjunto extenso de chicas, de las garantías mínimas para transitar libremente por la vía pública, vestirse como quieran, salir de noche o viajar sin compañía masculina.

“Empoderadas”, porque forman parte de una generación que goza de logros decisivos en materia de género y sexualidad plasmados en un conjunto significativo de leyes que fueron resultado de años de luchas feministas por parte de mujeres que las precedieron largamente en la ocupación del espacio público para hacer oír sus reclamos. Pero que también son resultado de sus propias e intensas batallas en clave generacional, como la que protagonizaron y siguen protagonizando en relación con la sanción de una ley de legalización y despenalización del aborto, y con las profundas transformaciones que esas demandas movilizan en el conjunto de la sociedad. En efecto, el

¹ Registros de campo, junio de 2016.

² Para una revisión histórica de las acciones y demandas feministas en relación con la violencia hacia las mujeres, que precedieron a dicha manifestación y prepararon el terreno social y cultural para la emergencia de las marchas iniciadas en 2015, ver Laudano 2017. Para una lectura multidimensional de las reflexiones, significados y experiencias femeninas que despertó este fenómeno, ver el libro colectivo *#NiUnaMenos. Vivxs Nos Queremos* (VVAA, 2015).

³ En comparación con la primera marcha, de 2015, la de 2016 amplió el espectro de los reclamos. En palabras de Laudano “En un contexto político diferente, se volvió a exigir la implementación del plan nacional integral contra las violencias con presupuesto adecuado y la capacitación del poder judicial con perspectiva de género, a la vez que se reclamó por los puestos laborales perdidos desde que asumiera el gobierno Mauricio Macri en diciembre de 2015 y por la falta de políticas públicas en el sentido extendido de los tipos de violencia” (2017: 9).

⁴ Registros de campo, junio de 2016.

“empoderamiento” juvenil femenino ocurre en condiciones epocales precisas. Hoy las jóvenes cuentan con un contexto que las habilita—sobre todo a las más favorecidas en términos de capitales culturales e inclusión social, pero de ninguna manera a todas—“a vivir más libremente su sexualidad, aflojar los lazos de su confinamiento a la esfera doméstica como destino ineluctable, ampliar sus márgenes de autonomía económica, dilatar y diferenciar sus definiciones de pareja e hijos, e incluso, expandir sus oportunidades y circunstancias de maternidad gracias a las nuevas tecnologías reproductivas” (Elizalde, 2015a: 16). En esta nueva configuración cultural han adquirido un protagonismo inédito en clave de género, que experimentan intensamente como parte de un momento histórico que, por fin, les pertenece. Un “tiempo de chicas”, como llamé hace unos años a esta coyuntura de emergencia de nuevas feminidades juveniles (*ibidem*).

“Las jóvenes tienen cada vez más en claro cuáles son sus derechos y los hacen valer. Se movilizan, se organizan”, sostiene Raquel Vivanco, coordinadora nacional de MuMaLa (Mujeres de la Matria Latinoamericana), una de las organizaciones que reporta anualmente los índices de violencia hacia las mujeres en la Argentina. “El problema—puntualiza—es que la ausencia del Estado da un manto de impunidad a los violentos que intentan accionar sobre las mujeres a las que no pueden controlar y hoy las jóvenes están en el ojo del huracán machista” (Peker, 2018).

En este marco el análisis del vínculo que tiene hoy lugar en nuestro país entre mujeres jóvenes y violencia de género adquiere una significatividad clave. No porque revele algún sesgo especial en términos de un particularismo cultural que reclame para sí respuestas aisladas, sino porque forma parte una articulación contextual más amplia entre orden de género y relaciones de poder en la cual leer de modo específico el funcionamiento de la hegemonía cultural y política. Fundamentalmente en relación con el sostenimiento de un Estado de hondo calado patriarcal, la producción de jerarquías de género en base a criterios morales, la naturalización de una lógica meritocrática como modelo de estratificación que desgarrar el tejido social y vuelve “descartables” a ciertos sujetos y grupos, y finalmente, la instrumentalización del género y de la sexualidad en ciertas retóricas políticas y de la industria cultural en tanto tópicos “modernos”, cuya politicidad en la versión neoliberal actual resulta, cuanto menos, problemática.

Las ideas de fondo en las que se sustenta el presente trabajo parten, pues, del interés por revisar las bases culturales e ideológicas que organizan las narrativas de género actualmente extendidas en ciertos discursos nodales en la Argentina, así como el lugar que ocupan los argumentos y repertorios de acción feministas respecto del combate a la violencia hacia las mujeres en las agendas sociales más amplias sobre estos temas⁵. El propósito general es analizar los modos en que este conjunto de fuerzas informa contradictoriamente la vida cotidiana de las jóvenes, se articulan con sus propias prácticas, y construyen interpelaciones estratégicas que les otorgan y les quitan poder

⁵ Si bien en este trabajo no abordamos los contrastes que tienen lugar en el interior del movimiento feminista local en relación con el punitivismo frente a las prácticas y sujetos violentos, reconocemos la importancia crucial de analizar dichas tensiones como parte de las disputas ideológicas que organizan el horizonte de reclamos y demandas políticas de esta perspectiva en el presente.

en sus posibilidades de respuesta a la violencia de las que son objeto en función de cruces específicos de clase, género y edad.

Para ello asumimos una mirada feminista de estudios culturales que atienda a la formulación históricamente situada de estas articulaciones, y evite toda presunción apriorística o autoverificativa del grado de emancipación o sujeción que dichas respuestas juveniles comportarían respecto de las estructuras más amplias de poder en las que se inscriben. Por el contrario, entendemos que es precisamente en los intersticios o zonas grises de la cultura y en las interpretaciones no maniqueas ni heroicizantes del “bien pensar” de la investigación social—que suele ver en las acciones de los sujetos subalternos resistencias al poder y subversiones oposicionales a cada paso—, que una reflexión exploratoria sobre este vínculo puede alojarse.

Los datos que se consignan provienen tanto de evidencias relevadas etnográficamente en investigaciones propias como del análisis *ad hoc* de fuentes secundarias, revisadas especialmente para este escrito. Por su parte, la trama conceptual en la que se sustentan los argumentos involucra un conjunto acotado de referencias pues no se trata de un trabajo que resulta de una investigación específica sobre estas intersecciones sino de un intento reflexivo por trazar el campo de fuerzas que constituyen el “ambiente vivido” en el que las mujeres jóvenes pueden, y no pueden, dar batalla a las prácticas violentas que virtualmente hoy todas padecen por su propia condición de chicas.

Cartografías de la violencia hacia las jóvenes

De acuerdo con el relevamiento realizado por Observatorio de la Violencia contra las Mujeres del movimiento MuMaLa a partir del análisis de medios gráficos y digitales de todo el país, entre el 1 de enero y el 31 de diciembre del 2017 se registraron en la Argentina un total 298 femicidios⁶ (1 cada 29 horas), dentro de los cuales hubo 16 femicidios vinculados⁷ de mujeres y niñas y 21 femicidios vinculados de hombres y niños. Como consecuencia de esos crímenes 321 niños y niñas quedaron huérfanos de madre. Del total nacional, el 30% de los femicidios fueron cometidos contra mujeres jóvenes de entre 15 y 25 años. Es decir que tres de cada diez muertes de mujeres por su condición de género tienen como víctimas a adolescentes y jóvenes, a quienes se les quita un promedio de entre sesenta y cincuenta años de expectativa de vida (Peker, 2018: 240).

A su vez, mientras que la mayoría de los femicidios de mujeres adultas fue cometido por hombres de su círculo íntimo y conocidos (el 90% de los casos), a las

⁶ De esta cifra, el 18% había realizado denuncias previas, el 12% tenía medidas de protección. El 44 % de las víctimas tenían entre 21 y 40 años. El 65 % de los agresores, entre 21 y 60. El 65 % de los femicidios fue en la vivienda de la víctima, y el 25 % en la vía pública. El 28% de las víctimas fue asesinada con arma blanca, el 27% con arma de fuego, el 19% murió por asfixia, el 16% a golpes, el 4% quemada, el 4% con otras modalidades (atropelladas, envenenadas, empujadas desde un balcón, etc.). El 52 % de las víctimas era madres y el 6 % estaba embarazada; el 47 % vivía con su agresor. El 13 % de ellos se suicidó; el 8 % pertenecía a fuerzas de seguridad. En 2017 también se registraron 6 travesticidios. Respecto de 2018, solo en los primeros quince días de enero de ese año 13 mujeres fueron asesinadas por razones de género (MuMaLa, 2017).

⁷ El término “femicidio vinculado” refiere a las personas que fueron asesinadas por el femicida al intentar impedir el crimen o que quedaron atrapadas “en la línea de fuego”. Y también a las personas con vínculo familiar o afectivo con la mujer, que fueron asesinadas por el agresor con el objeto de castigar y destruir psíquicamente a la mujer a quien consideraba de su propiedad.

chicas las atacaron—también—vecinos, desconocidos, u otro tipo de agresores, y no sólo ni mayoritariamente sus novios o ex novios (242). El 13% de estas jóvenes fue violada y abusada (contra el 8% registrado en el caso de las adultas) y el 28% estuvo desaparecida (MuMaLa, 2017). Entre 2008 y 2017 el total de jóvenes de entre 16 y 21 años asesinadas por su condición de género en cruce con la edad fue de 329 (Alcaraz, 2017).

Por su parte, según el Comité de América Latina y el Caribe para la Defensa de los Derechos de las Mujeres (CLADEM, sección Argentina) sobre estadísticas del Ministerio de Salud de la Nación⁸ e inferencias de datos cruzados, la violación es una de las primeras causas de los embarazos de chicas menores de 15 años en el país, seguida del uso incorrecto de métodos anticonceptivos, por falta de acceso o desinformación. De acuerdo con la fuente ministerial, entre 2010 y 2015 en la Argentina más de quince mil niñas y jóvenes menores de esa edad pasaron por la experiencia de un parto de un nacidx vivx, lo que da un promedio diario de 8 adolescentes y niñas que se convirtieron en madres sin necesariamente haberlo deseado (CLADEM, 2018). Teniendo en cuenta que los embarazos de adolescentes menores de 13 años es una de las situaciones previstas desde hace casi un siglo por la legislación nacional para acceder al aborto legal—junto con embarazos producto de violación y casos en los que el embarazo ponga en riesgo la vida la madre—queda claro que la negativa a esta posibilidad ha constituido una acentuación de la vulnerabilidad, fundamentalmente de las más pobres, al tiempo que ha comportado una forma de violencia institucional por parte de los agentes estatales toda vez que han impedido el ejercicio de un derecho. En este sentido, de acuerdo con la cantidad de internaciones producidas en hospitales públicos por complicaciones de abortos inseguros—contabilizadas hasta el tratamiento de la ley de legalización y despenalización del aborto en el Congreso Nacional—una investigación de Mónica Gogna y Georgina Binstock de fines de 2017 señalaba que “la cifra de veinticinco egresos hospitalarios de chicas de 10 a 19 años por esta causa cada día es sólo la punta del iceberg de esta problemática, ya que no están computadas aquellas que no han sufrido complicaciones, las que son atendidas por guardia, ni quienes mueren como consecuencia de un aborto inseguro” (2017: 127)⁹. Para la mayoría de las más chicas “el embarazo resulta un acontecimiento inesperado que genera angustia y preocupación, y que restringe su vida cotidiana y afecta sus oportunidades de desarrollo a futuro” (130).

Una lectura rápida de las razones que entranpan a las jóvenes en esta urdimbre de la violencia y las fijan en una condición fáctica de minusvalía señala a “la vulnerabilidad económica y social, la pobreza, la incidencia de códigos machistas del narcotráfico, la corrupción policial, la falta de perspectiva de género de la justicia y la falta de políticas

⁸ Estadísticas Vitales (2010 a 2015) Partos Nacidos Vivos de Menores de 15 años. Dirección de Estadísticas e Información de Salud, Ministerio de Salud de la Nación. Disponible en: <http://www.deis.msal.gov.ar/>

⁹ En 2013, 49.000 mujeres se internaron en los hospitales públicos por problemas relacionados con el aborto: 135 mujeres por día. De ellas, 2 de cada 10 tenían 19 años o menos; y 3 de cada 10, entre 20 a 24 años (Ministerio de Salud de la Nación, 2015 citado en REDAAS-ELA-CEDES, 2018).

públicas pensadas para las más chicas”¹⁰ (Peker, 2018: 241-242) como algunos de los factores que delimitan los bordes de esta precarización juvenil y de género. En efecto, la escasa y dispar implementación del Programa Nacional de Educación Sexual Integral, prácticamente desactivado por el actual Ministerio de Educación de la Nación, la inexistencia de políticas de prevención y atención de noviazgos violentos, así como de campañas de comunicación masiva y de protocolos de intervención ante situaciones de acoso callejero, laboral o en el transporte público—entre otras posibles medidas por parte del Estado—agrava aún más un panorama de por sí complejo. Al respecto, sabido es que aún en los países de América Latina que cuentan con áreas del Estado más activas y presupuestos públicos más holgados para desplegar una batería de políticas y programas contra la violencia de género, el índice nacional de femicidios—y por ende, el regional—no baja si no que recrudece considerablemente (Segato, 2017).

En este punto cabe señalar que partimos de una definición multidimensional y situada de la violencia. Asumimos que ninguna forma de violencia, como ninguna otra práctica social, puede ser aislada de sus articulaciones con otras prácticas, aunque esas intersecciones puedan y de hecho se modifiquen constantemente. Solo puede ser entendida, entonces, de manera relacional, como un lugar de cruce y/o condensación de múltiples determinaciones y efectos, superpuestos y encarnados en sujetos, lenguajes y prácticas concretas. De allí que el carácter político o moral—por nombrar algunos de los estatutos más comunes que se les presuponen a las prácticas violentas—no esté nunca dado de antemano de forma total, automática o irreversible, ni sea previo a la ocurrencia de ciertas posibilidades, giros y articulaciones históricas del sentido y la praxis humana.

Siguiendo los lineamientos que propone Lawrence Grossberg (2012) para pensar el *contextualismo radical* en tanto apuesta política e intelectual de los estudios culturales, reconocemos que no todas las articulaciones y conexiones entre prácticas sociales son iguales ni igualmente importantes. Más bien un contexto—en nuestro caso, el contexto de producción de la violencia de género hacia las mujeres jóvenes—debe entenderse como “las relaciones que se han establecido por la operación del poder, en respuesta a los intereses de ciertas posiciones de poder” (38), por lo que su forma y estructura no son inevitables. Esto no significa que la realidad de las relaciones no tenga impactos determinantes sobre personas e instituciones sociales específicas, sino que no podemos dar por sentado que tales relaciones y efectos deban ser lo que necesariamente son. “El contexto—dice Grossberg—está siempre ya estructurado, no solo por las relaciones de fuerza y poder, sino también por voces que expresan ira, desesperación y esperanzas políticas” (62).

Pensando, entonces, en el lazo actual entre violencia de género y mujeres jóvenes en nuestro país, esta conceptualización implica asumir un horizonte político de análisis que reconozca, y a la vez problematice, las articulaciones presentes en la vida cotidiana de las chicas. Tanto en relación con la expectativa de cambio que alimentan respecto

¹⁰ Tal como sostiene Luciana Peker “El 80 por ciento del presupuesto del Concejo Nacional de las Mujeres, en el marco del Plan Nacional de Acción contra la Violencia (presentado el 26 de julio del 2016) está destinado a la construcción de refugios para mujeres maltratadas. Los refugios, sin dudas, son necesarios para situaciones límites. Pero no son una política que pueda contener los femicidios de las más jóvenes” (2018: 245).

de la regulación cultural y moral que el orden patriarcal ejerce sobre ellas, como, y simultáneamente, con la sensación de impotencia que las habita en relación con no poder evitar seguir siendo blanco de las agresiones sexistas.

“Quiero dejar de pensar si voy a ser la próxima”, escribió una de las alumnas del Normal 11 sobre una cartulina que alzó en lo alto ese día de la segunda Marcha anual del Ni Una Menos. Varias cuerdas más adelante, otra, que caminaba junto a su madre, apretaba contra su cuerpo una pancarta donde se prometía a sí misma y a los demás lo que aún no parecía asegurado en su presente: “Un día ya no tendré miedo de morir por tu machismo”¹¹.

¿Cuál es, en este marco, la coyuntura que hace posible la emergencia y expresión de estas confesiones a gritos de las chicas?

Según los agudos análisis que viene realizando Rita Segato (2003, 2006, 2016) para pensar la relación entre Estado, trama simbólica y crímenes de poder sobre los cuerpos profanados de las mujeres, asistimos a una configuración contemporánea de la violencia de género que experimenta, como nunca antes, una “torción feminicida” extrema: hunde sus raíces en una matriz cultural “de prolongada vigencia” (2003: 13) organizada alrededor de la masculinidad como mandato de dominio sobre lo femenino y fuente de obtención de estatus viril ante otros varones, pero se enfrenta—sobre todo desde su conversión poscolonial—con los signos inocultables de su debilitamiento. La exacerbación de la agresión masculina se revela así como la respuesta corporativa de los varones ante el “desacato” de las mujeres, hoy históricamente habilitadas ante sí para la expansión pública de su vitalidad y de su dimensión deseante. Es, pues, esta autoafirmación femenina la que pone tácitamente en jaque la potencia tan costosamente conquistada por algunos ante la cofradía de los demás hombres, únicos actores relevantes en el juego del poder patriarcal, donde lo femenino y/o feminizado funge como el capital controlado o acumulado que le sirve de medida. La autonomía femenina—el ponerse fuera de la subyugación de un varón—deviene entonces ostensible amenaza para una masculinidad anclada en la capacidad de control sobre los otros. Segato (2017) denomina *emasculación* a este proceso que da cuenta del “decaimiento de la posición masculina” y de la menor capacidad de los varones de percibirse como sujetos potentes. “En el momento presente—dice la autora—la precariedad de la vida fragiliza a los hombres de una forma muy particular” (*ibidem*)¹².

Ahora bien, si bien es cierto que “ese mandato de masculinidad penaliza también a los hombres, exigiéndoles permanentemente una prueba de potencia” (*ibidem*) e, incluso, impulsa a algunos a proponer iniciativas que desmonten críticamente dichas prescripciones a favor de una “nueva masculinidad” o de un éxodo radical respecto de ese “ejército de falos que sostiene el poder masculino” (Colectivo de varones heterosexuales—CVH, 2015: 44)¹³, cierto es que la reacción generalizada a la mayor

¹¹ Registros de campo, Junio de 2016.

¹² Desgrabación ad hoc de la conferencia.

¹³ “No se trata de una terapéutica de la masculinidad herida, ni de un intento de readaptación de la masculinidad a los tiempos que corren. No queremos revitalizar el modelo masculino que es parte de la ruina del modelo civilizatorio. Problematicamos nuestro género como una forma más de liberar nuestro cuerpo de una realidad que no nos dice, que nos es ajena. Nuestras preguntas tienen la intención

soberanía de las mujeres sigue siendo la violencia machista que, de modo ya indisimulado, asume un carácter fuertemente aleccionador para el conjunto. La plenitud de las mujeres se vuelve, de este modo, insoportable.

“Las pibas asesinadas, además de la edad, tienen algo en común: aparecen muertas después de protagonizar escenas de placer, de puro goce mundano como ir a bailar, comer un asado, disfrutar con otros amigos o amigas. Frente esos cuerpos femeninos empoderados y deseantes y los machos que las matan hay un hiato. Y en ese hueco encuentra lugar el femicidio. Un desfase entre las pibas y las masculinidades prepotentes”, escribió la periodista Florencia Alcaraz (2017) frente al asesinato de Araceli Fulles, una joven de 22 años cuyo cuerpo fue hallado 25 días después de su desaparición, en un contexto plagado de elementos macabros y de irregularidades manifiestas en el proceso de intervención policial.

La violación, por caso, señala con claridad esta impronta moralizadora de la conducta femenina. Lejos de ser un suceso excepcional, concentrado en la coerción sexual ejercida por cierto perfil de hombres sobre ciertas víctimas, encarna la expresión máxima del imperativo del patriarcado y opera eficazmente como condición necesaria para la reproducción de la economía simbólica del poder, cuya marca es el género (Segato, 2003 y 2006). Esto es, la diferencia construida como justificación de una estructura jerárquica de posiciones en la cultura. En palabras de Virgine Despentes la violación “es un programa político preciso: esqueleto del capitalismo, es la representación cruda y directa del ejercicio del poder” (2007: 43) y una forma específica de terrorismo. “Cada violador es un terrorista que trabaja para sus compañeros. Para una ideología. No todos violan, pero todos disfrutan de la fuerza que otorga el miedo de la mujer” (2018). Un terror cuyo horizonte inmediato es la posibilidad o la proximidad de la muerte, de la no sobrevivida para evitar que la víctima hable o denuncie: el propio terror que despierta “la sumisión al odio deshumanizado de los otros” (Despentes, 2007: 45).

Esta no es, por supuesto, la única forma de agresión de género contra las jóvenes y las demás mujeres¹⁴. Los llamados micromachismos¹⁵ ponen en escena un universo vasto de prácticas cotidianas que activan regulaciones disciplinadoras sobre la libertad y el disfrute del propio cuerpo que las chicas ejercen y reclaman para sí. Constituyen la gramática de un “neo patriarcado que busca restablecer esos mandatos sociales de

de dar un paso hacia afuera de este barco, que no vemos más opción que la de abandonarlo” (CVH, 2015, contratapa). Ver también, entre otros, los trabajos académicos de Fabbri (2015 y 2016).

¹⁴ Ya la ley 26.485 de Protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollan sus relaciones interpersonales “contempla una noción extendida de violencia hacia las mujeres, en tanto distingue cinco tipos: física, psicológica, sexual, económica y patrimonial y simbólica; a la vez que reconoce diferentes ámbitos donde se puede manifestar: doméstico, institucional, laboral, contra la libertad reproductiva, obstétrica y mediática” (Laudano, 2015: 2).

¹⁵ Respaldadas por el carácter irreflexivo, automático y/o naturalizado del sentido común sexista, las prácticas micromachistas asumen formas que van del *manspreading* (actitud masculina de sentarse a sus anchas en el transporte público, invadiendo el espacio de otras personas o rozando sus cuerpos) hasta el hábito de interrumpir a las mujeres mientras hablan, desplegar gestos condescendientes con ellas presuponiendo su inferioridad, o hacer uso de la autorización social de la que gozan los varones para opinar sobre sus cuerpos, su estética, y sus capacidades, evaluarlas o hipostasiarlas inconsultamente, como en el caso del piropo callejero. Al respecto, es interesante mencionar que Segato denomina “violación alegórica” a la *male gaze* o mirada fija masculina, en tanto “depredación simbólica del cuerpo femenino fragmentado” (2003: 41). La dimensión imperativa y forzada de esta *gaze* es, en sus palabras, “ese mirar abusivo, rapaz, que está al margen del deseo y, sobre todo, fuera del alcance del deseo del otro. Como tal, constituye la forma más despojada de violación (*ibidem*).

pasividad social que se espera de nosotras” (Alcaraz, 2017). Y lo hacen a partir de dos elementos claves: la restitución de una retórica inferencial del miedo, y la presunción de que lo femenino y/o feminizado detenta un estatus de ciudadanía y de probidad moral que no está garantizado sino que debe ser demostrado cada vez. El argumento de base de lo primero parece infalible: históricamente “el acceso a los poderes tradicionalmente masculinos implic[ó] el miedo al castigo” en la medida en que “desde siempre, salir de la jaula se ha visto acompañado de sanciones brutales” (Despentes, 2007: 20). Por su parte, la inmoralidad presupuesta de las mujeres transversaliza la misma socialización de género, en clave de sexualidad subyugada o, en su defecto, impúdica, desde tiempos casi inmemoriales. En su *Teoría King Kong* Despentes (2007) señala de modo descarnado esta internalización de la violencia, cuyo núcleo es la creencia fantasmática en la propia repugnancia: “el dispositivo cultural omnipresente que predestina la sexualidad de las mujeres a gozar de su propia impotencia, es decir, de la superioridad del otro a gozar contra su propia voluntad más que como zorras a las que les gusta el sexo” (44) tiene implicancias perturbadoras para el ejercicio de la independencia. “Que nos [hayan inculcado el mandato de que nos] atraiga lo que nos destruye, nos aparta siempre del poder” (45).

Tan cierto como esto es que hoy las jóvenes no solo experimentan alguna forma de impotencia—miedo, desazón, bronca, vulnerabilidad, indignación—ante la violencia de género que puede activarse a cada paso en su entorno. Muchas de ellas también desafían con fuerza el argumento del castigo inminente si se sublevan contra el control masculino o si se muestran plenas, libres, vitales. Más aún: ensayan distintas respuestas a las prácticas opresivas que insisten en responsabilizarlas del deseo que suscitan. Se resisten a volver la violencia sobre sí mismas y a sentirse culpables, sucias o mancilladas. Se reconocen potenciadas en su valentía compartida para reclamar acciones concretas, justicia y compromiso del Estado, así como para interpelar a los varones en su endeble mascarada de dominio sin fisuras. “El machismo es el miedo del hombre a la mujer sin miedo”¹⁶, escriben en otro cartel, mientras marchan juntas.

“Vivas y empoderadas nos queremos”

En efecto, aún ante la devastación inenarrable que comporta la afrenta sexual (Alcoff, 1999 en Elizalde, 2008)¹⁷, o el efecto eventualmente paralizador para el conjunto que podría producir la insignia moralizadora del crimen de género, una porción significativa de chicas—de clase media y escolarizadas, mayoritariamente, pero no sólo—despliega crecientemente una voluntad inédita para la expresión pública de una protesta mancomunada. Cada vez más son ellas “las que reivindican sus derechos,

¹⁶ Registros de campo, junio de 2016.

¹⁷ Linda Alcoff se ha preguntado agudamente sobre la relación entre el discurso y la experiencia concreta de la violencia sexual. Al respecto, sostiene que el lenguaje impregna y afecta la experiencia pero no alcanza a convertirse nunca en condición exclusiva de su inteligibilidad. De este modo, propone pensar en el amplio conjunto de conocimientos que surgen de distintas experiencias corporeizadas vinculadas con la opresión y la violencia—da el ejemplo de la violación y otras formas de explotación y abuso sexual—, cuya marca, memoria y/o sedimento no encuentran formulación adecuada bajo los regímenes reinantes del discurso. “Mi [propia] experiencia vivida—ejemplifica—incluye cosas tales como lecciones, intenciones y una vasta extensión de sentimientos inarticulados que exceden el raciocinio” (1999: 135, en Elizalde, 2008:26, *traducción propia*).

se organizan en los colegios, salen a la calle, impulsan sus ideas en redes sociales y claman por vivir libres y autónomas” (Peker, 2018).

Es, pues, en este proceso emergente de rearticulación específica de prácticas y sentidos históricamente situados donde el argumento central de este escrito encuentra asidero. Vale decir: en simultáneo a su ubicua vulnerabilidad ante la violencia como manifestación expresa del poder de género, las jóvenes están hoy notablemente “empoderadas”.

Y aquí cabe aclarar que si bien el término “empoderamiento” (*empowerment*) nombra en general al proceso de creación de condiciones para la autodeterminación cívica y personal de individuos o grupos, en la teoría y praxis feminista tiene un significado y una relevancia específicos. En este terreno alude, básicamente, a la posibilidad de tomar conciencia por parte de las mujeres respecto de las resonancias político-ideológicas de su autoadcripción de género. Sobre todo, a través de la revisión de los sentidos y prácticas culturales dominantes (creencias, modos de percepción, representaciones) que suelen ubicarlas en lugares subordinados de la estructura social, las relaciones entre los géneros, y las oportunidades de toma de decisión. Refiere, entonces, al proceso de potenciación de la capacidad reflexiva de las mujeres para poder expresar y defender sus derechos, ampliar su autoconfianza y ejercer soberanía sobre sus relaciones personales y sociales. En su sentido más fundamental e inmediato, significa que las mujeres se fortalecen a sí mismas. Sin embargo, es claro que este proceso no opera en el vacío; requiere de marcos legales favorables y de acceso a información y a recursos que le sirvan de sostén, aunque—como veremos—, esto tampoco es suficiente¹⁸. De hecho, lejos de haberse cristalizado como una mera pretensión de principios, en la Argentina el término “empoderamiento” es objeto de un profundo debate por parte del discurso feminista actual, especialmente preocupado por articular el análisis del género con la pregunta por el vínculo entre diferencia y desigualdad.

Respecto del horizonte normativo nacional, es innegable que el entramado de leyes acuñado en los últimos doce o quince años en relación con tópicos claves como la salud sexual y reproductiva (2002), la educación sexual integral (2006), el parto respetado (2007), la prevención y sanción de la trata de personas (2008 y 2012), la violencia hacia las mujeres (2009), el matrimonio igualitario (2010) y la identidad de género (2012) ha aportado de forma decisiva al corrimiento de antiguos umbrales ideológicos y a su reorientación hacia la ampliación de libertades eróticas, reproductivas y de derechos humanos comprendidos en una idea global de ciudadanía sexual y de género, con alcance indiscutible entre los y las jóvenes. Hasta marzo de 2018, que recibió por primera vez tratamiento parlamentario y, tres meses después, media sanción en la Cámara de Diputados¹⁹, la histórica excepción todo este tiempo fue, cabe aclararlo, la inexistencia de una ley que legalizara y despenalizara la interrupción voluntaria del embarazo y que evitara que decenas de mujeres siguieran muriendo cada año debido a

¹⁸ Para conocer en detalle una historia del concepto, ver Routledge International Encyclopedia of Women (2000), Tomo 2. Por su parte, para una lectura altamente crítica del mismo, ver Fraser (2013 y 2017). Algunos de los planteos y objeciones de esta autora se retoman en la parte final de este texto.

¹⁹ Al momento de edición de este texto (junio de 2018), el proyecto de ley aprobado en la Cámara Baja estaba a la espera de su pronto tratamiento en el Senado.

complicaciones por abortos realizados en condiciones precarias o inseguras (Elizalde, 2015a). Situación que históricamente ha representado la primera causa individual de muerte materna en la Argentina desde 1980, con un total de 3030 víctimas desde entonces (REDAAS-ELA-CEDES, 2018)²⁰.

“Muchas veces ni las abuelas ni las madres fueron feministas. Pero ellas [las jóvenes] sí. Porque quieren dejar de arrastrar las estructuras que las mantienen alejadas unas de otras”, indicó Agustina Lanza, una periodista de poco más de 20 años, sobre la presencia de las chicas en las asambleas de organización del paro internacional de mujeres del 8M de 2018 en Buenos Aires (2018).

En efecto, a diferencia de las generaciones previas, las jóvenes de hoy crecieron ya en un ambiente cultural que las dotó de un vocabulario de derechos y les señaló una batería amplia de posibilidades de “toma de conciencia” y de expresión en clave de género y de libertades sexuales para sus vidas. Entre otros aprendizajes, este nuevo capital cultural y político las habilitó a leer signos de acoso u hostilidad masculina donde antes el conjunto de mujeres desarrollaba tolerancia o donde reinaba, incluso, la falta total de registro público del abuso. Esto las impulsó a ampliar el repertorio representacional de la violencia más allá de la figura extrema del femicidio -otrotra “crimen pasional”-, y a entender definitivamente que se trata de un asunto público y no personal, aunque afecte la integridad psíquica y/o corporal individual.

En esta línea, sostenemos que estas formas de conciencia colectiva intragénero de las nuevas generaciones de mujeres están de alguna manera redoblando la apuesta de la ya subversiva consigna del feminismo de la segunda ola, “lo personal es político”. Y esto porque resulta cada vez más patente que lo que está en juego no es sólo la vida de cada mujer sino el quiebre mismo de los lazos básicos de la solidaridad social como consecuencia tanto de un capitalismo rapaz anclado en alianzas corporativas de alta concentración de capital como de la reconfiguración de políticas neoliberales en el núcleo de la acción del Estado. Esta renovada recomposición hegemónica crea, pues, condiciones históricas específicas de rearticulación de la violencia con formas y significados también específicos de las diferencias de poder entre los géneros. En este punto, retomamos la reflexión abierta por Segato (2017) cuando señala que la creciente ola de femicidios y de afrentas sexuales con saña extrema a mujeres en América Latina no es tanto un indicador de una intimidad estallada por la violencia en singular como la aplicación sistemática y creciente de una lógica de “ajenización” de la condición femenina (y feminizada) de ciertos otros/as que, de este modo, se vuelven seres “descartables”. O, más precisamente, se convierten en el terreno fáctico donde se libra una guerra de poder patriarcal por el control de la vida. Un indicador no menor de esto es, como mencionamos al inicio, el aumento en la Argentina de las violaciones y los abusos sexuales perpetrados sobre los cuerpos de las jóvenes en los casos de femicidio

²⁰ Según un informe de principios de 2018 las muertes por abortos inseguros en Argentina representaron el 17% del total de las muertes maternas en el trienio 2014-2016. Por su parte, 2 de cada 10 de las mujeres fallecidas por causas maternas murieron por abortos inseguros: 47 mujeres por año (REDAAS-ELA-CEDES, 2018).

reportados para esta franja de edad (15 a 25 años), en comparación con los asesinatos de mujeres adultas, así como el incremento exponencial de los travesticidios²¹.

Ahora bien, es este mismo clima de derechos y de proliferación de argumentos “pro género y sexualidades divergentes” que mencionábamos antes—puestos en circulación tanto por los activismos en estas materias como por su reapropiación estratégica por parte de la política y la cultura de masas—lo que condujo también a las jóvenes a identificar en los medios de comunicación, sobre todo en los audiovisuales, una doble y oscilante inscripción con la cual discutir y adherir, alternadamente. Así, por un lado, los medios continúan siendo confirmados por muchas chicas como el lugar donde reside el enemigo—la cosificación femenina, el humor sexista, las coberturas misóginas—, convirtiéndose en foco recurrente de sus encendidos dardos. Por ejemplo, cuando acusan a la publicidad de imponer una normatividad estética y corporal discriminadora y des-subjetivante, o a los noticieros, por regodearse del morbo que despiertan los crímenes sexuales contra las adolescentes, y por volver a violentar a las víctimas bajo la forma de una sospecha constante sobre su estatuto moral y del juzgamiento público de ciertas acciones y consumos, que allí son inmediatamente leídos como “transgresiones” a las expectativas de feminidad que le son impuestas (Elizalde, 2015a).

Pero por otro lado y en simultáneo, para muchas chicas los medios—y su intenso reprocesamiento en las redes y plataformas digitales (Laudano, 2018)—vienen constituyéndose, también, en el terreno donde actrices, modelos y *trenders* se revelan por primera vez como víctimas de abuso, declaran abortos y denuncian a los violentos, dando por tierra con la presunción de que a las jóvenes bellas y “exitosas” la violencia de género no las alcanza. En nuestro país, la emergencia de estas voces “famosas” en primera persona, muchas de las cuales se muestran desmarcadas o ambivalentes respecto del feminismo como movimiento político (Spataro, 2018), se canalizó sugerentemente en un formato televisivo un tanto inesperado: los programas de chimentos y espectáculos, que pasaron así a integrar una suerte de nuevo ágora deliberativo del género y las sexualidades en tanto “fuente de recursos e información para procesar eventos de la vida cotidiana” (Justo von Lurzer, 2017: 49).

De estas dinámicas nos interesa resaltar su relación con el giro reciente en las formas de poder de género entre las chicas, que aquí denominamos globalmente como el proceso históricamente situado de su “empoderamiento”, en cruce y tensión con su persistente vulnerabilidad. Afirmamos al respecto que tanto “la presencia feminista, sostenida durante décadas en diversas instancias del espacio público” (Laudano en

²¹ El reconocimiento formal de la muerte de una persona trans por su condición de tal como “crimen de género” sólo fue posible a partir de la sanción de la ley de identidad de género, en 2012, lo cual no supone, por supuesto, que antes de ello no ocurriera. Desde mucho antes de esa fecha las organizaciones LGBT de Argentina insisten en remarcar el aumento de los travesticidios en los últimos años. Para estos colectivos, el término—consagrado públicamente a partir del asesinato de la activista trans Diana Sacayán, en octubre de 2016 y del fallo histórico que en junio de 2018 condenó a su homicida a cadena perpetua por este motivo—no sólo nombra el deceso de una travesti o trans en manos de un asesino individual sino las muertes de estas personas como resultado de la persecución y el hostigamiento policiales, el recorte de programas sociales para este sector, que produce precarización de sus condiciones de vida, y la desatención en materia de salud de la que son objeto dichos grupos. En 2016 se registraron 11 travesticidios y 6 en 2017 (Observatorios de Violencia de La Casa del Encuentro y MuMaLa en Agencia Presentes-Tiempo Argentino, 2017). Las organizaciones agrupadas en la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans (FALGBT), por su parte, denuncian cifras mayores, en función de la noción extendida de “travesticidio social”.

Loto, 2018) como la emergencia mediática de una posición de subjetividad femenina individualizada (McRobbie, 2009) que encarnan las “famosas” que denuncian y confiesan en televisión el dolor de haber sido abusadas o presionadas sexualmente, constituyen dos narrativas muy distintas pero igualmente pregnantes debido a su capacidad de empatizar con la propia indignación de muchas jóvenes “comunes”.

El conjunto de estas condiciones creó, así, un caldo de cultivo que les dio valor para salir a la calle, alzar los puños en alto al grito de “Vivas nos queremos” y desplegar un rico y heterogéneo universo de lenguajes, estéticas y prácticas culturales para la expresión pública de su hartazgo ante los femicidios, el acoso callejero y otras formas transversales de agresión de género. Su presencia masiva en las marchas y en las acciones de protesta que desde hace unos años se replican en todo el país en repudio a la cultura patriarcal y a su connivencia con el Estado señala, en efecto, su activa participación en una escena política donde los diálogos (y las tensiones) intergeneracionales con las mayores, y la variabilidad de posicionamientos que asumen frente a los feminismos organizados, impiden cualquier previsibilidad en la comprensión de estos procesos.

En este sentido, si bien la “juvenilización” del movimiento feminista es evidente como fenómeno *in crescendo* (Masson, 2018) en las principales institucionalidades de su lucha transversal²², y que las propias jóvenes lideran otras, creadas en los últimos años por su iniciativa contra formas específicas de violencia de género²³, no todas comparten, adhieren o se sienten interpeladas por estos repertorios de disputa ni por sus argumentos de politización y colectivización de los reclamos contra la inequidad y las violencias.

“Empoderamiento” personal y sororidad en círculo

Desde un lugar bien distinto al de una agrupación militante, un centro de estudiantes o el universo extenso del ciberactivismo de género, otras jóvenes, en su mayoría de clase media—no tantas en número respecto de la masividad convocante de la “marea feminista”, pero de significativa incidencia entre muchas otras—participan cada vez más de un vasto circuito de prácticas culturales alternativas, de impronta espiritual, que integran legítimamente el arco de intervenciones que las chicas diseñan hoy para responder a la dominación y a la violencia patriarcales. Nos referimos de manera prioritaria a los llamados “círculos de mujeres” pero también a otros nucleamientos e instancias de encuentro ritual femenino, como talleres de ginecología natural, de crianza “en tribu”, de “sexualidad sagrada”, entre otros. Basados en ideas asociadas a la “celebración de las mujeres”, la sororidad femenina, la desnaturalización de prejuicios y mandatos hegemónicos sobre el cuerpo y la sexualidad, y la promoción del “empoderamiento” personal en las tomas de decisión sobre asuntos públicos y privados, estos espacios se revelan como territorios culturales emergentes donde leer

²² De manera significativa, en la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, el colectivo federal Socorristas en Red, de difusión y apoyo a las mujeres en procesos de aborto con misoprostol, el movimiento Ni Una Menos, y las asambleas por el Paro Internacional de Mujeres, entre otras.

²³ Como “Acción Respeto: por una calle libre de acoso”.

modos específicos de agenciamiento y politicidad de la condición juvenil, sexual y de género por parte de las chicas (Elizalde, 2015b, 2017).

Así como los “grupos de concienciación” que organizaban las feministas en los ‘70 constituían ámbitos donde las mujeres podían compartir en voz alta sus vivencias personales, confesar sus miedos o relatar situaciones de violencia, y en ese proceso, comprender la dimensión política y colectiva de esas experiencias, los “círculos de mujeres” son también ambientes donde las participantes intercambian relatos sobre sus vidas, acceden a información valiosa para decidir autónomamente sobre sus cuerpos, y construyen “hermandad” femenina. La diferencia radical entre ambos es que los “círculos de mujeres” no invocan una pertenencia feminista—tampoco lo contrario—y asumen un carácter espiritual (no religioso) en sus propuestas de autoafirmación en clave personal y grupal. En este sentido, buscan potenciar y “honrar” la condición femenina y poner en valor los cuerpos menstruantes como cuerpos guiados por una ciclicidad orgánica y cultural creativa que el poder masculino ha intentado sistemáticamente estigmatizar como algo sucio o vergonzante (Rodríguez Morales, 2016), mientras exhibe con goce o sin pudor la sangre vertida en ocasión de muerte, crueldad, dolor o exterminio. En estos “círculos” se denuncia con argumentos no clásicos la opresión de género, se promueve la autodeterminación y se aboga por la transformación personal para la creación de un mundo equilibrado, justo y sin violencia hacia las mujeres. En ellos la sexualidad femenina aparece inscrita en un campo de significación política y espiritual que vincula individual y colectivamente a las jóvenes con ciertos atributos potenciadores de su autonomía de género, como la inventiva, la asertividad y la no violencia. Al tiempo se reconecta la sexualidad con un “saber ancestral” de las predecesoras y un “orden natural” revisitado (Rich, 1976; Simonis, 2012) que promueven la autogestión soberana del cuerpo y su contraposición respecto del modelo extractivista y desubjetivante del capitalismo masculinista. De hecho, para cierta perspectiva teórica del feminismo de la diferencia, las mujeres que participan de iniciativas de este tipo “están creando una nueva cultura que celebra los lazos [de sororidad] entre ellas, el poder que les confiere la naturaleza, la sexualidad de sus cuerpos y la voluntad de actuar” (Simonis, 2012: 39)²⁴.

Queda claro que, puestos en relación respecto de la implicación de las jóvenes en los repertorios de combate contra la violencia de género que proponen los activismos feministas, estos nucleamientos alternativos sugieren un programa muy distinto de contestación al patriarcado. Si la colectivización de las disputas en la arena pública es fundamental para las organizaciones feministas como forma de interpelación a un Estado que conciben como patriarcal y femicida, a los “círculos de mujeres” les interesa más bien promover el despliegue de un “empoderamiento” por la vía individual en tanto proyecto de autotransformación biográfica. La consigna “si yo cambio, cambia el mundo” condensa de alguna manera esta perspectiva. El argumento se desplaza, así, de la idea de “lucha”, en su acepción beligerante y antagónica respecto a unos otros (los machistas que agreden a las mujeres, las agencias del Estado que las violentan

²⁴ Para una discusión enfocada en el denominado “feminismo espiritual” y/o el debate sobre los lazos entre feminismo y espiritualidad, y feminismo y Nueva Era, ver, entre otros Crowley (2011), Simonis (2012), Ramírez Morales (2014 y 2016).

institucionalmente) a la de “reconexión” con la propia “energía femenina”, que no aspira a ningún poder de control sobre los otros sino que opera en el terreno de la subjetividad a favor de la reconquista, para las mujeres, de su propio poder personal, su libertad y autoafirmación. Pero también, de su expansión creativa y pacífica en la sociedad que habitan, y de la construcción de un “nosotras” que no iguala sino que hermana y potencia.

No es la intención, como puntualizamos antes, dicotomizar la reflexión en términos de someter a juicio a unas y otras prácticas para mensurar su “progresismo” y/o el grado de “emancipación” que provocan, como tampoco evaluar la legitimidad de sus lógicas y/o las respectivas y específicas politicidades que activan. Tanto el fenómeno de la creciente autoinclusión de las jóvenes en las luchas feministas—que ellas recrean ingeniosamente con su propio sello generacional, en un vaivén de complicidad y distancia con las pioneras—como las propuestas culturales de los “círculos de mujeres” en las que interviene un ascendente número de chicas que en su mayoría no se reconoce como feministas, corroboran el activo desempeño de las jóvenes en éstas y otras modalidades de respuesta a las desigualdades de género que están en la base de las violencias de ese orden.

El género en clave neoliberal. Desafíos y posicionamientos

Hoy las jóvenes tienen coraje, hartazgo y un clima de época a su favor. Pero también—lo hacemos notar—el reto de un neoliberalismo que encontró en los temas de género y en el argumento de la “emancipación” femenina una veta explotable para reforzar su comprensión liberal-individualista del “progreso”, en términos de meritocracia, “diversidad” y “empoderamiento” (Fraser, 2017).

Al respecto, nos interesa dejar al menos señalada²⁵ la influencia que imprimen, en esta coyuntura, las apropiaciones estratégicas que la política de signo liberal viene haciendo de ciertas consignas asociadas a la autonomía de las mujeres y a la lucha contra la violencia machista, como parte de las disputas ideológicas de las que participa por la construcción y organización de relaciones de poder.

De manera notable en los últimos años, el feminismo, su lenguaje y muchas de sus banderas se han incorporado a las agendas sociales y periodísticas más amplias y se han “instrumentalizado” en la vida política e institucional, deviniendo una suerte de “nuevo sentido común social” (McRobbie, 2009). Desde conductores de televisión de grandes corporaciones mediáticas y funcionarios públicos de derecha portando una remera blanca con el exhorto de “Ni Una Menos”, hasta acciones públicas de gestión estatal directamente dirigidas a las jóvenes para su “empoderamiento” individual por la vía del mercado, la tendencia transversal de este tipo de gestos lleva la impronta de lo que Nancy Fraser (2017) llamó, para el caso norteamericano, el “neoliberalismo progresista”. Es decir, la “peligrosa alianza” de ciertas perspectivas de los nuevos movimientos sociales—el feminismo, el multiculturalismo y los derechos de los grupos

²⁵ Entendemos que, por su relevancia, un análisis pormenorizado de este tema ameritaría un desarrollo *in extenso*, del que aquí apenas podemos dar mención.

LGBT—, con las fuerzas del capitalismo industrial y cognitivo, “asociado a sectores de negocios de alta gama ‘simbólica’ y sectores de servicios” (Fraser, 2017). En nuestro país, dicha alianza tuvo un momento bien visible en oportunidad del proceso de “onegeización” de los temas de género iniciado en los 90, cuyo resultado fue no solo la domesticación del contenido disruptivo de las demandas históricas de los feminismos y de las mujeres comunes por mayor equidad, ciudadanía y una vida libre de violencia, sino el hecho de que dotó a las políticas neoliberales de entonces de un cierto “lustre emancipatorio” (*ibidem*). De todos modos, en paralelo al desarrollo de estas formas de gobernanza seudo “progresistas”—y de manera notoria desde mediados de los 2000—, los feminismos de extracción de izquierda, los feminismos populares y el movimiento amplio de mujeres fueron muy críticos de estas amalgamas de intereses que, sin dudas, representaron menos una apuesta por la incorporación real de la desigualdad de género como problemática a desarmar, que un frente de alarma ante el potencial político de las mujeres organizadas, y un intento de reaseguro de las jerarquías de poder y de género existentes.

Con todo, el ciclo de lo políticamente correcto de la década del ‘90 parece haber dejado lugar, en el presente, a un neoliberalismo que gestiona el cambio social desde una malla ideológica un tanto más sofisticada. Basado en nuevas formas restrictivas de poder de género, el giro actual “identifica ‘progreso’ con meritocracia en vez de igualdad, y equipa ‘emancipación’ con el ascenso de una pequeña elite de mujeres ‘talentosas’, minorías y gays en la jerarquía empresarial del quien gana-se-queda-con-todo” (Fraser, 2017), mientras refuerza recortes y políticas de ajuste con consecuencias sociales devastadoras para el conjunto de la sociedad, y de las mujeres de forma específica.

En este marco, el “empoderamiento” que el neoliberalismo le propone a las jóvenes—a condición tácita de su desactivación política—es sinónimo de su completa inmersión en la cultura del consumo como terreno donde cifrar nuevas libertades, alentar la promoción individual y/o quedar a salvo de las tramas del peligro que sufren las “otras”, las más pobres; tramas justamente que el neoliberalismo ayuda a construir y profundizar. Esta interpelación presupone, asimismo, la participación de las jóvenes en una fuerza de trabajo que, además de estar desigualmente remunerada en relación con los varones, el propio proyecto liberal no puede garantizar a una gran mayoría de la juventud, cercenadas como están sus oportunidades de acceso y sostenimiento en un sistema educativo desfinanciado, y más globalmente, del retiro del Estado en bienes y servicios básicos para el ejercicio ciudadano. Se trata, pues, de una acepción de “empoderamiento” que, a las claras, no sólo es restrictivo y políticamente espurio sino abiertamente meritocrático. Un convite ilusorio a una tramposa potenciación femenina: aquella que proviene de ciertas “recompensas empoderadoras” que ofrecen los medios y la industria del entretenimiento (McRobbie, 2009) cuando prometen libertad e independencia mediante narrativas en las que las feminidades son celebradas a partir de la obtención de bienes materiales, éxito en las redes sociales y/o la conquista de una

identidad “glamorosa”²⁶. Sucedáneos de la emancipación femenina que dejan inalterado, de manera general, el orden capitalista y, de modo específico, el orden patriarcal, en su histórica y recursiva connivencia.

En este punto, la coyuntura local actual muestra un desplazamiento sugerente. Como indica Florencia Alcaraz en una nota sobre el “boom” del feminismo en los programas de chimentos de la tarde, “cuando parecía que la agenda feminista había quedado otra vez encapsulada en la denominada ‘agenda de género’ de corte onegeísta y hasta liberal. O que las funcionarias de Cambiemos iban a capitalizarla *in eternum* como lo vienen haciendo con anuncios, maquillajes de cambios de nombres y polvo de estrellas, se abrió una conversación que todavía está vigente y así seguirá hasta que el Estado asuma las responsabilidades que lo vinculan al tema [de la violencia hacia las mujeres] con presupuestos acordes a la problemática, hasta que se despenalice el aborto, se achique la brecha salarial, hasta que haya equidad y un largo listado de etcéteras” (2017).

El contraste entre estas rearticulaciones hegemónicas y las propias chicas manifestando en la calle o reunidas en “círculos sagrados” para fortalecerse a sí mismas y responder con firmeza pero sin violencia a la violencia de género socialmente “disponible” para ellas señala un punto máximo de tensión en el escenario de luchas culturales y políticas que protagonizan. Es claro que no quieren ser esas mujeres “exitosas” que dicen no haber sufrido nunca discriminación, acoso o miedo a ser violentadas por un varón. Prefieren “banarle los trapos” a la modelo o actriz que denuncia en cámara una agresión de género, sin desconocer por eso que el medio de comunicación intentará sacarle plusvalor a ese episodio, mientras ellas se lo apropian y lo vuelven común cuando gritan “Ni Una Menos” y marchan por ésa y por todas. “Somos las nietas de las brujas que nunca pudiste quemar”, alertan mientras se saben, o intuyen, en el centro de una malla político-ideológica que delinea de modo cada vez más intrincado los contornos contemporáneos de las prácticas violentas por razones de género, pues ellas son tanto una de las víctimas sobre las que recae una creciente crueldad como quienes ensayan una variedad inédita de respuestas a estas tramas del peligro.

De allí, pues, finalmente, que ante la complejidad de estas dinámicas simultáneas de desvalimiento y potenciación insistamos en la necesidad de promover, desde los estudios culturales feministas, un trabajo de la crítica que evite reducir su objeto a la

²⁶ Ejemplo palmario de esto fue la iniciativa oficial auspiciada en julio de 2016 por el gobierno de la Alianza Cambiemos de montar un pabellón titulado “Club de Estilo” en Tecnópolis, el parque temático dedicado a la ciencia, la tecnología, la cultura y el arte en el partido bonaerense de Vicente López. La invitación, dirigida a las jóvenes, era “a vivir la experiencia de una *It girl*, mostrando cómo las mujeres son protagonistas en las redes sociales a través de la belleza, la vida saludable, el humor, la música y los libros”, en alusión a las figuras emergentes de los *trenders*, *youtubers* y *booktubers* en las plataformas digitales. La grilla de actividades comprendía talleres para aprender a sacarse *selfies* o hacer un tutorial de maquillaje y compartirlos en las redes sociales, a desfilarse como una modelo, encontrar la rutina de ejercicios adecuados para adelgazar mediante la aplicación digital gerenciada por una vedette, o conseguir “que miles te sigan en tus redes sociales” gracias a los consejos de dos chicas expertas en estas plataformas, contratadas especialmente por el gobierno nacional. Ante las objeciones recibidas por parte de ciertas organizaciones de mujeres, el responsable del diseño de los contenidos del espacio dio esta justificación pública: “Esta selección se hizo así porque son los *pools* más fuertes que mueve este negocio” (*Noticias*, 2/8/2016).

descripción y/o la evaluación de su “capacidad (o incapacidad) de proporcionar una posición moral o política clara sobre el mundo” (Illouz, 2007: 195). En este sentido, nuestro análisis no se interesó por mensurar el modo en que ciertas prácticas culturales desplegadas por las jóvenes frente a la violencia de género logran combatir o transformar las relaciones de poder existentes, si no por problematizar cómo un contexto específico de articulación de relaciones históricas “se constituye, se pone en tela de juicio, se deshace, se modifica, se rehace, etc., en cuanto estructura de poder y dominación” (Grossberg, 2012: 39).

Bibliografía

- Comité de América Latina y el Caribe para la Defensa de los Derechos de las Mujeres: “Datos sobre niñas y jóvenes madres en la Argentina”, 2018, digital.
- Colectivo de varones heterosexuales: *Machos eran los de antes. Masculinidades mutantes hacia una afectividad radical*. Mimeo: Buenos Aires, 2015.
- Crowley, K.: *Feminism's New Age. Gender, Appropriation, and the After Life of Essentialism*, State University of New York Press: Albany, 2011.
- Despentes, V.: *Teoría King Kong*, Editorial Melusina: España, 2007.
- Elizalde, S.: “Debates sobre la experiencia. Un recorrido por la teoría y la praxis feminista”, *Revista Oficios Terrestres*, N° 23, Año XIV, octubre 2008, 18-30.
- Elizalde, S.: *Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder*, Grupo Editorial Universitario: Buenos Aires, 2015a.
- Elizalde, S.: “Chicas en círculo: cuerpo, sexualidad femenina y espiritualidad grupal en el ejercicio de nuevas libertades. ¿Feminismo en clave juvenil?”, *XVII Jornadas sobre Alternativas Religiosas en América Latina*, 2015b, digital.
- Elizalde, S.: “El otro Encuentro de Mujeres. Cartografías y desafíos de una agenda de ‘activismo espiritual’ para las mujeres”, *XIII Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y VIII Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*, 2017, digital.
- Fabbri, L.: “¿Qué (no) hacer con la masculinidad? Reflexiones activistas sobre los límites de los ‘colectivos de varones/grupos de hombre’”, V Coloquio de Estudios de Varones y Masculinidades, 2015, digital.
- Fabbri, L.: “Colectivos de hombres y feminismos. Aportes, tensiones y desafíos desde (y para) la praxis”, *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista latinoamericana*, N° 22, abril 2016, 355-368.
- Fraser, N.: “De cómo cierto feminismo se convirtió en criada del capitalismo. Y la manera de rectificarlo”, *Sin permiso*, 20/10/2013, digital. Traducción: Lola Rivera.
- Fraser, N.: “El final del neoliberalismo ‘progresista’”, *Sin permiso*, 12/01/2017, digital. Traducción: María Julia Bertomeu.
- Gogna, Mónica y Georgina Binstock: “Adolescencia, derechos sexuales y reproductivos y equidad económico-social” –117-132, en: Faur, E.: *Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros en movimiento*, Siglo XXI-Fundación OSDE: Buenos Aires, 2017.
- Illouz, E.: *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Katz: Buenos Aires, 2007.
- Justo von Lurzer, C.: “‘Esto le puede servir a alguien’. Demandas de derechos en el espectáculo televisivo contemporáneo en Argentina”, *Estudos em Comunicação*, Vol. 1, N° 25, diciembre 2017, 23-52.
- Kelly, E.: “Review Essay: A New Generation of Feminism? Reflections on the Third Wave”, *New Political Science*, Vol. 27, N° 2, 2005, 233-243.
- Laudano, C.: “Movilizaciones #NiUnaMenos y #VivasNosQueremos en Argentina. Entre el activismo digital y #ElFeminismoLoHizo”, *11° Seminário Internacional Fazendo Gênero y 13° Women's Worlds Congress*, 2017, digital.

McRobbie, A.: *The Aftermath of Feminism. Gender, Culture and Social*, SAGE: London, 2009.

Ministerio de Salud de la Nación: "Estadísticas Vitales (2010 a 2015) Partos Nacidos Vivos de Menores de 15 años", 2016, digital.

Mujeres de la Matria Latinoamericana (2017): "Registro de Femicidios 2017", 2017, digital.

Peker, L.: *Putita Golosa. Por un feminismo del goce*, Galerna: Buenos Aires, 2018.

Ramírez Morales, M.R.: "Del tabú a la sacralidad: la menstruación en la era del sagrado femenino", *Ciencias Sociales y Religión/ Ciências Sociais e Religião*, Año 18, N° 24, enero/julio 2016, 134-152.

Red de Acceso al Aborto Seguro (REDAAS), Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA) y Centro de Estudios Demográficos y Sociales (CEDES), "Las cifras del aborto en la Argentina", 2018, digital.

Rich, A.: *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, Cátedra: Madrid, 1986 [1976].

Routledge International Encyclopedia of Women: *Global Women's Issues and Knowledge*, Tomo 2, Routledge: New York, 2000.

Segato, R.: *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Prometeo-Universidad Nacional de Quilmes: Buenos Aires, 2003.

Segato, R.: *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía, y crímenes de segundo estado*, Universidad del Claustro de Sor Juana: México, 2006.

Segato, R.: *La Guerra contra las mujeres*, Traficantes de Sueños: Madrid, 2016.

Segato, R.: "Cuerpos y territorios en disputa". Conferencia pronunciada en el marco del Seminario-taller *Mujeres y Ciudad: (In) justicias territoriales*, mayo 2017.

Simonis, A.: "La diosa feminista. El movimiento de espiritualidad de las mujeres durante la segunda ola", *Revista Feminismo/s*, N° 20, diciembre 2012, 25-42.

Spataro, C.: "Abajo el femistómetro", *Revista Bordes*, 8/2/2018, digital.

VVAA: *#NiUnaMenos. Vivxs Nos Queremos*, Milena Caserola: Buenos Aires, 2015.

Notas de prensa:

Alcaraz, F.: "No la buscaron (el femicidio de Araceli Fulles)", *Revista Anfibia*, abril 2017, digital.

Bianco, D.: "El 'Club de Estilo' de 'it girls' de Tecnópolis, creado por un manager de youtubers", *Noticias*, 2/08/2016, digital.

González, P.: "No tenemos que limpiar a Woody Allen para que su cine sea bueno. Entrevista a Virgine Despentes", *El País*, 15/2/2018, digital.

Lanza, A.: "La juventud feminista", *Revista Anfibia*, marzo 2018, digital.

Laudano, C.: "El feminismo es tendencia en redes sociales luego de marcar agenda en la televisión", *Agencia Telam*, 7/2/2018, digital.

Loto, N.: "Voces feministas en la televisión argentina. Entrevista a Claudia Laudano", *Servicio de Noticias de la Mujer de Latinoamérica y el Caribe*, sección México, 31/1/2018, digital.

Ludueña, M.E. y Fornaro E.A.: "Travesticidios y violencia institucional: retrocesos que denuncian colectivos LGBTIQ", *Tiempo Argentino/Agencia Presnetes*, 19/11/2017, digital.

Masson, L.: "El feminismo renovado que irrumpió en la escena pública", *Infobae*, 8/08/2018, digital.

Peker, L.: "Femicidio en Argentina, y la mayoría son jóvenes", *Diario El Mundo*, 5/5/2018, digital.

Controladas y desprotegidas

Experiencias de mujeres jóvenes de sectores populares

Controlled and unprotected. Experiences of young women from low-income sectors

RECIBIDO: 1/2/18
ACEPTADO: 26/3/18

Paz Cabral

Universidad Nacional de La Plata—CONICET
paz.cabral@hotmail.com

Resumen

En el presente trabajo se exponen algunos avances de investigación en torno al estudio de violencias y conflictividades que experimentan y protagonizan mujeres jóvenes de sectores populares. A partir de un trabajo etnográfico basado en observaciones participantes y entrevistas a jóvenes habitantes de la localidad de Melchor Romero, se analizan cuestiones vinculadas a las experiencias de las mujeres en el barrio, sus dinámicas de sociabilidad y las violencias, tanto aquellas que sufren por parte de los varones, como las que se dan entre mujeres. De este modo, exploramos la interrelación entre diversas formas de violencias y mostramos que el clivaje de género constituye una dimensión central que atraviesa los conflictos e imprime particularidades a los mismos y a los modos en que éstos se resuelven. En este estudio, mostramos que las mujeres sufren controles y violencias por parte de varones, tanto en sus casas como en el barrio, frente a las cuales se hallan, en gran medida, desprotegidas. También analizamos las peleas que se producen entre las jóvenes, a partir de lo cual planteamos que este tipo de violencias suelen ser de menor intensidad y letalidad que aquellas en las que los varones intervienen, y esbozamos algunas claves explicativas para comprender dicho planteo.

Abstract

The present study introduces research advance on the analysis of violence and conflictive situations that young women from low-income sectors experience and participate in. Based on an ethnographic work conducted through participant observation and interviews to young residents of Melchor Romero, we explore issues related to women's experiences in the neighborhood and the dynamics of their sociability and violent interactions, both the ones they suffer from men, as well as the ones that take place between women. Furthermore, we explore issues related to the interrelation between different forms of violence and show that gender cleavage constitutes a central dimension that influences and characterizes conflicts and the ways in which they are resolved. In this work we show that, both in their homes and in the neighborhood, women are subjected to control and violence by men, against which they are, to a large extent, unprotected. We also analyze the fights that take place among young women, proposing that this type of violence is usually of less intensity and lethality than those in which men intervene, and we outline some explanatory cues to understand this proposal.

Introducción

En el presente trabajo se expondrán algunos avances de investigación en torno al análisis de violencias y conflictividades que experimentan y protagonizan mujeres jóvenes de sectores populares. Exploraremos cuestiones vinculadas a las experiencias de las mujeres en el barrio, sus dinámicas de sociabilidad y las violencias, tanto aquellas que sufren por parte de los varones, como las que se dan entre mujeres.

Este análisis se inscribe en el marco de una investigación más amplia—aún en curso—que indaga en las sociabilidades, violencias y conflictos de jóvenes—principalmente varones y mujeres, aunque no se excluyen otrxs géneros—de sectores populares, y que se pregunta por las causas, sentidos y las formas de gestión de los conflictos. La investigación constituye un estudio de caso realizado en la localidad de Melchor Romero¹ y desarrollado a partir de un trabajo etnográfico basado en observaciones participantes y entrevistas a jóvenes de allí, con el propósito de explorar en profundidad sus prácticas, relaciones e interacciones e indagar en los sentidos que ellxs le otorgan a las mismas.

La importancia de este tipo de investigaciones se vincula con los señalamientos realizados por otros estudios de las ciencias sociales (Isla, Míguez, Da Silva Catela, Cid Ferreira y Cozzani, 2006; Míguez, 2006; Míguez, 2010; Instituto de Investigaciones de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, Informes de Homicidios Dolosos 2010, 2011, 2012; Oyhandy, 2014; Comisión Provincial por la Memoria, 2016) que plantean que los niveles más altos de delitos—y en particular, los de homicidios, lesiones y amenazas—afectan en mayor medida a las zonas más desfavorecidas económicamente—lo cual se halla vinculado a conflictividades vecinales, violencias interpersonales y violencias de género—y que las principales víctimas de estos fenómenos, son los mismos miembros de los sectores populares y especialmente los jóvenes. Por otro lado, a partir de la idea de que “los pobres se matan entre ellos” ciertos discursos de amplia difusión mediática contribuyen no solo a la invisibilización de estas muertes y violencias, sino que además justifican la construcción de tales víctimas como víctimas de segunda, desestimando dicha problemática y con ello, el desarrollo de políticas públicas que intervengan en la misma (Bermúdez, 2010; Cozzi, 2014; Núcleo de Estudios sobre la Violencia y la Muerte, 2017). En oposición a estas miradas, esta investigación destaca la importancia de realizar estudios que problematicen los conflictos y violencias que se producen en tales ámbitos y busquen explicar sus causas, sentidos y los modos de resolución de los mismos.

La mayoría de los estudios que han abordado estas temáticas han señalado los modos en que los jóvenes varones de sectores populares pueden utilizar la violencia de manera instrumental o expresiva para el acceso a bienes materiales o a formas de identificación positiva entre sus pares (Rossini, 2003; Kessler, 2004; Míguez, 2004; Míguez, 2008; Tonkonoff, 2007; Cozzi, 2013; Cabral, 2015; Rodríguez Alzueta, 2016).

¹ Dicha localidad se ubica en la periferia de la ciudad de La Plata y—si bien es heterogénea en su interior—en líneas generales es posible decir que presenta condiciones socioeconómicas precarias y elevados niveles de conflictividad.

Sin embargo, la literatura de este campo de estudios no incluyó un análisis de género que problematice las experiencias diferenciales de varones y mujeres en el barrio e indague en las especificidades de cada uno de estos géneros—y de las relaciones entre ambos—en torno a las dinámicas de sociabilidad y las principales formas de violencias y conflictos, así como sus motivos, sentidos y modos de regularlas, cuestiones que la presente investigación se propone explorar. En esta línea, junto a Pauni Jones (2016) nos preguntamos si los usos de la violencia mencionados aparecen dentro del abanico de posibilidades de las mujeres. Además, teniendo en cuenta los hallazgos en torno a las dinámicas de sociabilidad masculina ligadas al establecimiento de “juntas” de jóvenes, surge la pregunta en torno a la participación de las mujeres en tales ámbitos, las especificidades que ella adquiere y el modo en que es concebida, así como por las modalidades específicas que adquiere la presencia de las mujeres en el barrio y las formas en que ocupan, transitan, circulan o se apropian de sus espacios. Algunos estudios actuales (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014; Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios, 2016; Sandá, 2017) han problematizado estas cuestiones y las han sintetizado construyendo una nueva pregunta: “¿Qué onda las pibas?”.

Otro de los interrogantes que aún no ha sido abordado en profundidad por el campo de estudios sobre seguridad, delitos y violencias es la relación entre diversas formas de violencias, tales como las violencias interpersonales, las de género y los delitos (Kessler, 2014). A partir del concepto de “cadenas de violencia”, Auyero y Berti (2013) buscan evidenciar la interrelación entre estas diversas formas de violencia y su efecto expansivo. Kessler destaca la importancia de esta vía de análisis y señala la necesidad de “enfocar nuestros estudios a elucidar las distintas economías de la violencia en distintos planos. No sabemos si hay patrones comunes de uso de violencia en distintas situaciones o, por el contrario, tienden a ser violencias circunscriptas a acciones específicas” (2014: 215). En el presente avance de investigación nos interesa indagar en estas vacancias y para ello subrayamos la importancia de abordar al *género como una dimensión de análisis*, es decir problematizando los modos en que los conflictos y violencias son vivenciados, significados y gestionados diferencialmente según el género. Pero también rescatamos la necesidad de utilizar una *perspectiva de género* que permita echar luz sobre los vínculos entre aquellos y las construcciones de la masculinidad y la feminidad. En el presente trabajo exploramos algunos aspectos de estas cuestiones, centrándonos en las experiencias de las mujeres. Para luego, en futuras oportunidades, profundizar el análisis comparativo con las experiencias de los varones, las cuales ya han sido—en mayor medida—abordadas en otros estudios.

Asimismo, creemos que la dimensión espacial es otra cuestión central que merece atención al momento de problematizar las lógicas de la violencia. Particularmente, en este trabajo, cobraron relevancia dos ámbitos diferenciados que imprimen particularidades a los modos en los que las violencias son concebidas, experimentadas y significadas: la casa y el barrio. Aquí distinguiremos analíticamente ambos espacios, aunque aún resta profundizar en el análisis de los mismos en tanto dimensiones productoras de lo social y constitutivas de las prácticas.

En la casa

"Estoy siempre adentro de casa"

Del mismo modo que ha sido señalado en varios estudios (Jelin, 2007; Arriagada, 2007; Longo, 2009; OIT-PNUD, 2009; Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios, 2016) las mujeres jóvenes con las que venimos desarrollando nuestra investigación, dedican gran parte de su tiempo al hogar y sus quehaceres. Muchas jóvenes deben encargarse de varias tareas vinculadas a la limpieza y lo doméstico, así como a los cuidados de la casa y de sus hijos/as, hermanos/as o sobrinos/as. Tareas que muchas veces son significadas a partir de la idea del aburrimiento o cansancio; y que, al no ser reconocidas socialmente como trabajo, se hallan desprestigiadas. Esto es así tanto por parte de quienes aún viven con su familia de origen, como también en el caso de las jóvenes que ya abandonaron dicho hogar y han constituido un nuevo núcleo familiar, con su pareja y/o hijas/os. Si bien, en ambos casos dicha experiencia es concebida a partir de la idea de encierro, el significado que dicha categoría tiene, para unas y otras, es distinto. El encierro no implica necesariamente que no salgan de su hogar, más bien, "muchas veces, la mujer sale de la casa y sus roles en el exterior reafirman su pertenencia al espacio interior. Y es precisamente esta experiencia la que se significa como 'encierro'" (Chaves, Segura, Speroni y Cingolani, 2017: 49). Especialmente, quienes se han emparejado y han formado un nuevo núcleo familiar hacen énfasis en la demanda y el tiempo que los quehaceres domésticos les implica, lo cual las confina a dedicar gran parte de su tiempo en ello.

"Yo no soy de salir mucho... no.... estoy siempre adentro de casa, haciendo algo, limpiando, cocinando (...) no soy de salir, no es que no me guste, pero no me hallo en la casa ajena, voy un rato y ya está, quiero volverme a casa. Como que... pienso... tengo que hacer esto, esto, esto. Muchas veces no me da el tiempo" (Sandra, 24 años. Entrevista, mayo 2017).

Sin embargo, las más jóvenes, que aún siguen conviviendo con su familia de origen, experimentan el encierro que implica no solo la dedicación de tiempo a tareas y cuidados domésticos, sino y en mayor medida en lo que se refiere al control sobre sus salidas fuera de la casa.

"Paz: Pero... ¿a ellos [refiriéndose a sus padres] no les gusta que salgas porque es de noche o...?"

Fabiana: no, no, hasta ni de día me dejan... es como que me tienen muy acorralada y no me gusta (...) no sé qué les agarra, o ven viste cosas en el Face² de que están secuestrando chicas, que se yo..." (Fabiana, 16 años. Entrevista, noviembre 2016)

² Facebook.

En relación a muchos varones de su edad, las chicas tienen mayores restricciones para salir, pasear, juntarse con amigas y amigos, andar en la calle e ir a la plaza. Los tiempos, espacios y modos en los que sus padres, madres o responsables les permiten transitar, son más limitados y regulados. Muchas veces ellos/as tienen miedo de que sus hijas circulen solas por el barrio, por lo cual, no las dejan salir en tales circunstancias. El hecho de que puedan circular solo estando acompañadas, hace que no puedan asistir a ciertos lugares, tanto a la escuela, como a talleres barriales, al club de deportes o a las casas de sus amigas. Ello sucedía con frecuencia en el marco de los talleres del Programa Envión que funcionaba en el barrio, donde la mayoría de las chicas, en especial las de alrededor de trece años, eran acompañadas hasta la puerta y retiradas a la salida—generalmente por sus madres—, mientras que los varones de la misma edad, e incluso más chicos, solían concurrir solos. En casos de inasistencia, era común que las chicas dijeran que no habían podido ir al taller ya sea porque tenían que quedarse en la casa, realizando alguna labor o cuidando a algún hermano/a o sobrino/a, o porque no tenían quien la acompañe para ir o la vaya a buscar al finalizar el taller.

Pero, incluso acompañadas, muchas veces no pueden salir a pasear por el barrio y menos aún a lugares más distantes, como otros barrios o el centro de la ciudad.

Luego de varias horas charlando en la casa de Romina (16 años), miro mi celular y ya son más de las tres de la tarde. Les digo [a ella y a Melina, su prima (18 años)] que me tengo que ir. Romina le pregunta a la madre si me pueden acompañar a la parada de colectivo, ubicada a cuatro cuadras de su casa. A la madre mucho no le gusta la idea y va a preguntarle a su marido, padre de Romina. Nos quedamos un rato esperando y cuando vuelve les dice que pueden ir pero que regresen enseguida. En el camino les pregunto si no las dejan andar mucho en el barrio solas. Melina dice que a ella sí pero que a Romina no. Romina me explica que a sus padres les da miedo que le pase algo. Por eso Melina la tiene que pasar a buscar para ir al Envión y cuando ella falta Romina tampoco puede asistir. Al padre tampoco le gusta que ande dando vueltas por el barrio, ni siquiera acompañada. Les pregunto si van para el centro de vez en cuando y Melina dice que sí, pero Romina no, porque no la dejan (Nota de campo, diciembre de 2016).

En general cuando salen, las jóvenes deben avisar a dónde van, qué van a hacer, y tienen permitidos horarios restringidos para volver a sus casas. Ellas notan la diferencia con sus hermanos varones que pueden salir de su hogar y circular sin tantos límites impuestos por sus padres, madres o responsables:

“Soy la única mujer, eso es lo que pasa... para él [su padre] sigo siendo la bebé (...) El tema es que están acostumbrados a todos varones y a los varones los soltaron por ahí e hicieron la suya” (Romina, 16 años. Entrevista, diciembre de 2016).

Al igual que ha sido señalado en otros trabajos (Elizalde, 2015; Hudson, 2016; Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios, 2016; Sandá, 2017) notamos que padres y madres limitan la posibilidad de circulación de las jóvenes por miedos a que sufran robos, abusos sexuales, secuestros u otro tipo de violencias. Los mismos les son inculcados a sus hijas para que se queden en las casas y salgan demasiado a la calle.

“Mi papá me lleva y me trae porque tiene miedo de todas las cosas que andan pasando ahora (...) Viste esto de que andan violando chicas, matándolas, robándoles y todas esas cosas y a ellos no les gusta, entonces me dicen que es mejor llevarme y traerme que andar por la calle sola” (Tamara, 16 años. Entrevista, noviembre de 2017).

“Salgo poco y nada, más con todas las cosas que están pasando en la calle eso (...) porque con todo lo que está pasando de las chicas que desaparecen y todo eso (...) yo prefiero prevenir antes que hacer sufrir a mi familia. Prefiero estar en mi casa, estar tomando mates tranquila... antes de estar en la calle, (...) yo hago todo de una, cuando salgo a comprar, así, a las seis ya le digo a mi mamá ‘dame todo, que ya traigo el pan, traigo todo...’, compro todo de una. No salgo dos veces a comprar” (Micaela, 17 años. Entrevista, mayo 2017).

Miedos internalizados a lo largo de los años y que se recrudecen en la medida en que cobran visibilidad mediática y relevancia como problema público tanto el fenómeno de la inseguridad, como el de los femicidios y la violencia de género. En esta línea, Segura (2006) plantea que la frontera entre casa y calle que existe en relación con el miedo es vivida diferencialmente según el género, reforzándose para el caso de las mujeres. De modo que, incluso independizadas de su familia de origen y sus respectivos controles, las restricciones a la circulación pueden continuar como decisión propia en la medida en que el miedo sigue presente.

“A mí nunca me paso nada todavía, por suerte, pero siempre se escucha que a Fulanito le robaron, le dispararon, le asaltaron, le entraron a la casa y a mí me da miedo muchas veces, estoy adentro con llave y con el candado todo cerrado y no salgo de casa. Y a la tarde, a la noche, si, directamente no salgo. Si me falta, ponele, azúcar, o leche no salgo, me quedo adentro” (Sandra, 24 años. Entrevista, mayo 2017).

Pero las normas familiares que restringen la circulación de sus hijas, se acompañan no solo de la inculcación del miedo, sino también de la vergüenza (Pitt-Rivers citado en Previtali, 2014). Como dice Previtali, “el mandato de permanecer más en *la casa* se acentúa para estas últimas, y en el respeto a estos mandatos se juegan también prestigios, diferenciaciones y status de las distintas familias de la villa y de los grupos familiares en una jerarquía moral en la que las familias que logran retener más tiempo

en la casa a sus hijas mujeres se encuentran mejor posicionadas que aquellas a las que sus hijas *se les pisan*³ *todo el tiempo*. (...) En una división dicotomizada de los espacios de socialización entre géneros, *la calle*, más vinculada al delito y a la violencia, queda en dominio de los varones, mientras las chicas que *ambientan*⁴ *con amigas y amigos* no son vinculadas al delito, pero sí a la mala junta y a la peligrosidad que se asocia a ésta” (2014: 127-128). De este modo, la autora afirma que mientras que a los varones sus “andadas en la calle” le otorgan masculinidad, las mujeres deben construir su feminidad a partir de mostrar que llevan “una vida rescatada”. Así, se ponen en juego determinados criterios morales sobre cómo deben actuar, sobre los espacios que pueden frecuentar, los horarios en lo que circular y especialmente, los comportamientos sexuales esperables. Se busca evitar que las chicas anden en “mala junta”, que consuman alcohol y drogas, que frecuenten los bailes y salgan de noche, que se vistan con ropa corta y ajustada, que tengan relaciones sexuales, que tengan muchos novios. Ello muchas veces se logra a partir de prohibiciones: “Si mi papá no nos dejaba llevar ni compañeros de la escuela a mi casa” (Camila, 23 años), “Cuando [mi papá] se enteró [que estaba de novia] se pudrió todo” (Romina). Estas normativas y prohibiciones familiares aparecen reforzadas con la inculcación de vergüenza, a partir de la descalificación de este tipo de prácticas en función de la construcción social de la idea de “puta” como identidad estigmatizada.

Como veremos más adelante, este tipo de juicios morales y controles que recaen sobre las prácticas de las jóvenes no solo se desarrollan al interior de las familias, sino también se extienden al espacio barrial y, podríamos decir, que a la sociedad en general. Por otro lado, tal como mencionamos en el siguiente apartado, además de la inculcación del miedo a los peligros exteriores y de la vergüenza, también los límites y las prohibiciones impuestas en el ámbito familiar pueden ser sostenidas a partir del ejercicio de la violencia física, es decir de nuevos miedos en torno a posibles castigos al interior del hogar. Como dice Camila: “más miedo le teníamos a mi papá”.

Mi papá, “el macho alfa”

A estas experiencias de encierro se le añaden nuevos malestares cuando se convive con alguien que ejerce violencia en el hogar. El ámbito doméstico constituye uno de los espacios privilegiados en los que se desarrollan violencias de género y también generacionales. Jelin (2007) plantea que “la violencia familiar tiene género: las víctimas son las mujeres en la relación conyugal, las niñas y, en menor medida, los niños en la relación filial y como víctimas de otros adultos”, y aclara que “no es un fenómeno privativo de los sectores más pobres o menos educados; existe en todas las clases sociales” (p. 110). Para el caso de las jóvenes con las que desarrollamos nuestra investigación, en muchas de sus familias de origen se presentaba la situación de un padre o padrastro que ejercía violencia, especialmente hacia su madre, pero también

³ Según la autora, *pirarse* refiere a la acción de irse a la calle.

⁴ En palabras de la autora, “*ambientar* se refiere a reunirse con otros jóvenes en los pasillos y callejuelas que suelen frecuentar y permanecer allí hasta altas horas de la noche” (p. 127).

hacia ellas o sus hermanos/as. Ello aparecía en sus relatos asociado al consumo de alcohol:

Charlando con las chicas, Luciana (18 años) cuenta que ella ya no vive más en su casa. Hace unos meses se fue porque ya no aguantaba más seguir ahí. Explica que su papá “es alcohólico” y que cuando toma se pone re violento con todo el mundo, en especial con sus hermanos que lo enfrentan para frenar las agresiones: “El otro día pasó que llegó mi papá re borracho y se puso re agresivo con mi mamá y ahí saltó mi hermano y se re pelearon entre ellos dos, se agarraron a las piñas”. Dice que hace varios años que su padre toma alcohol de manera excesiva. En un momento dejó el consumo cuando su madre quedó embarazada, pero a los dos o tres años lo retomó y las violencias volvieron a repetirse: “capaz que no toma y está tranquilo, pero cuando toma se la agarra con todos”. Más tarde, hablando con Romina en el camino que va hacia la parada de colectivo y que luego ella continúa hasta su casa, me dice: “se ve que yo no soy la única con problemas de este tipo. En mi familia pasa lo mismo. El mismo problema tiene mi papá con el alcohol (...) y es verdad eso de que la persona llega alcoholizada y se la agarra con alguien que nada que ver (...) Mi papá está cada vez peor”. Me cuenta que en un momento su madre se quiso separar e irse de la casa y que, para evitarlo, su padre dejó el alcohol, pero que hace unos años volvió a tomar y que cuando toma, se pone muy violento (Nota de campo, marzo 2017).

Si bien en estos discursos el consumo de alcohol es considerado como una causa inmediata que permite explicar las prácticas violentas, entendemos que las mismas deben ser inscriptas en el marco de una violencia estructural producto de un sistema general de opresión. Dicho en palabras de Femenías, “la agresión contra las mujeres no es obra ni de varones enfermos ni con trastornos de personalidad, ni de individuos que desatan sus odios bajo los efectos del alcohol u otras sustancias tóxicas. Se trata de personas consideradas normales, que deciden recurrir a la agresión para conseguir el objetivo que desean alcanzar: controlar y someter a una mujer en particular y, a través de ella, a todas las mujeres en general como modo de ejercicio de poder” (2008: 10). Tal como ha sido señalado por una gran producción bibliográfica que ha abordado la temática de violencia contra las mujeres desde una perspectiva de género, este tipo de violencias se inscribe en el marco de la estructura de dominación patriarcal en la que vivimos (Segato, 2003; Herrera, 2008; Femenías, 2008; Femenías y Soza Rossi, 2009). Las violencias ejercidas por los varones contra las mujeres no constituyen un acto excepcional, ni anormal, más bien se hallan naturalizadas y extendidas en la sociedad. Y comprenden variadas formas—no sólo físicas, sino también psicológicas, económicas y simbólicas—, muchas de las cuales aparecen invisibilizadas (Herrera, 2008).

Camila (23 años) cuenta que, cuando era más chica, su padre no solo ejercía violencia física hacia su madre, su hermana y ella, sino toda otra serie de violencias que incluían

desde amenazas, controles, sometimientos en torno a los trabajos del hogar y violencia económica. Los relatos de Camila constituyen un caso extremo, pero testigo de los sometimientos a los que se ven expuestas algunas chicas por la violencia machista de su padre.

“Camila: Cuando uno iba a la escuela, venía, tenía que tener la casa limpia, ehh, todo ordenado, porque el chabón [refiriéndose a su padre] te rompía las bolas. Trabajabas y vos le tenías que dar la mitad, o sea, es tu papá, y bueno, vos tenías que hacerle caso.

Paz: O sea, ¿ustedes le tenían que dar la plata...?

Camila: Sí, a mi papá. (...) Papá venía a la madrugada y mamá se tenía que levantar a cocinarle y si no le cocinaba tiraba todo. O sea, nuestra infancia, con mi hermana, fue una cagada. (...) Nosotras éramos presas en nuestra propia casa. (...) Íbamos a la escuela (...) salíamos a las doce [hs.] y doce y diez [hs.] teníamos que estar en nuestras casas. Veníamos a casa y teníamos que ordenar o cocinar y a las cinco [17 hs.] teníamos que tener todo preparado nosotros para cuando llegue él, como si él fuera un príncipe. Y ya te digo, era toda la vida vivir con miedo. (...) A mi papá nada le venía bien, nada, nada. Él era el macho alfa ahí y hacía lo que se cantaba el orto con nosotros, ¿me entendés? venía y vos tenías que tener todo ordenado, tenías que... vos de la escuela no podías hablar, no podías hacer cosas de la escuela, nada.

Paz: ¿Por qué?

Camila: Y porque vos tenías que hacer las cosas de la casa primero. O sea, brillaba la casa. Y a las cinco [17 hs.], me acuerdo, que tenía que él llegar y tener la ropa preparada en el baño con el calefón enchufado, el agua bien y después cebarles mates, hasta que él quiera. (...) Cuando yo empecé a salir con Marcos le hizo la vida imposible a él también.

Paz: Ah ¿sí?

Camila: Sí, de todo le decía.

Paz: Pero ¿y a vos no te dejaba estar con él o...?

Camila: No, no me... a él no le gustaba nadie porque yo tenía que estar ahí en mi casa laburando para él. Lo bueno es que nunca se zarpó con nosotras, que se yo, en manoseo o violación, en eso nada. Pero después en todo lo otro, no le importaba” (Camila, 23 años. Entrevista, octubre 2016).

Por otro lado, también cuentan situaciones de engaños, de hijos o hijas no reconocidos por parte del padre y de conflictos desarrollados porque su madre “ya no aguantaba más, porque mi papá le metió los cuernos con todo el mundo, con todo el barrio” (Camila). Estas situaciones también afectan a las jóvenes, que se sienten avergonzadas por los actos de su padre y que muchas veces son objeto de chismes y burlas dentro del barrio:

“Venía [refiriéndose a su padre] del laburo ya borracho, ya se quedaba por algún bar ahí borracho... antes había Cabaret en Ruta 36 y el chabón se iba ahí. Y los amigos de él nos decían ‘no, porque a tu papá lo vimos’ y para nosotras era una cagada verlo o saber... es nuestro papá, o sea.” (Camila, 23 años. Entrevista, octubre 2016)

“Tamara: Él [refiriéndose a su padre] quiere salir a bailar... quiere salir con sus amigos... pero el tema es que... es que a mí me da vergüenza lo que él hace.

Paz: ¿En qué sentido?

Tamara: Porque él sale a tomar y viene re borracho, a las 5 o 6 de la mañana y después yo salgo por la calle y me empiezan a decir que mi papá estuvo con otra, que mi mamá es re cornuda (...) paso yo, agarran y dicen ‘acá viene la hija de Pedro’ y agarro y yo lo quedo mirando así, y empiezan a decir ‘ay si tu papá esta con la otra’ (...)” (Tamara, 16 años. Entrevista, noviembre 2017).

Nos interesa retomar sus historias para indagar en los modos en que este tipo de violencias suelen resolverse y en los recursos y actores sociales e institucionales disponibles para regularlas. Ante situaciones de extrema violencia física, algunas mujeres acuden a la policía, pero las respuestas institucionales brindadas no constituyen un medio eficaz para solucionar estas problemáticas: “la policía nunca hizo nada” (Andrea), “Lo llevaron preso un par de horas, vino, y cuando vino, peor” (Camila). Por su parte, en este tipo de casos extremos puede ocurrir que los y las vecinas intervengan—como cuenta más abajo una de las referentes del barrio—sin embargo, la mayoría de las veces esto no sucede. Desde el sentido común se concibe este tipo de situaciones como problemas privados, por lo cual, generalmente no se involucran en la situación.

“Camila: Él [refiriéndose a su padre] venía en la madrugada re borracho y a mi mamá la cagaba a palos a la madrugada y nosotros escuchando desde la pieza y no podíamos hacer nada. (...) Era cagada a palo a mi vieja, a mi vieja la vimos tirada una vez y llena de sangre porque no daba más. Le dio una paliza tremenda y nadie se metía. Y nosotras teníamos ocho, nueve años, ¿qué íbamos a hacer?

Paz: ¿Y los vecinos tampoco?

Camila: Nada, nada. Nada, jamás, nada. Nunca se metían los vecinos. Jamás” (Camila, 23 años. Entrevista, octubre 2016).

Dada la falta de recursos institucionales que aborden eficazmente este tipo de problemáticas, los lazos familiares y sociales aparecen como una cuestión clave. Los/as hijos/as suelen intentar frenar la situación, en especial los varones mayores, lo que puede redundar en nuevas violencias: “casi siempre con el mayor se la agarra” (Micaela). Como veremos, una opción recurrente para escapar a esa situación de violencia—en el

caso de las hijas que ya tienen alrededor de dieciséis años o más—es conseguir una nueva pareja, mudarse y formar un nuevo núcleo familiar. Pero también, como en el caso de Camila, aun permaneciendo en el núcleo familiar de origen, esa nueva pareja representa una forma—precaria—de disminuir los niveles de violencia:

“Yo me junté a los 16. Me junté a los 16 porque mi papá era tremendo y era la única solución, para mí, era juntarme. (...) me junté por una cosa más de miedo porque mi papá desde que yo tengo noción era cuchillo, cagadas a palos, a mi mamá y a mí, a mis hermanas, no le importaba nada al chabón, entonces me junté... más... digamos fue una contención. Me junté y a los dieciocho [años] me fui. De los dieciséis a los dieciocho [años] me junté, estaba viviendo en mi casa. Y ahí, dentro de todo, estábamos contenidos todos, porque mi marido no dejaba que mi papá por ejemplo la cague a palos a mi mamá delante de nosotros. Entonces fue una contención, digamos” (Camila, 23 años. Entrevista, octubre 2016).

En general, las situaciones relatadas dan cuenta de casos en los que sus madres quieren separarse, pero quienes emplean la violencia no quieren abandonar el hogar. Y dada la falta de acciones institucionales efectivas para brindar respuestas ante tales situaciones, muchas veces las mujeres se ven obligadas a seguir soportando las violencias. Incluso en casos en que el agresor tiene medidas de restricción, señalan que esa medida no es respetada y que la violencia continúa. Ellas cuentan, Micaela y Carla sobre la situación de su tía:

Carla (14 años) cuenta que ella en noviembre cumple los quince [años]. Le pregunto si lo va a festejar y me dice que tal vez lo festeja en febrero porque no quiere que esté su tío: “siempre hace quilombo, si está él seguro se pelea con alguien y arruina el cumpleaños”. Me muestra una foto del tío y me dice que le pega a la esposa y a los hijos e hijas. Cuenta que tiene un montón de denuncias, que supuestamente no puede estar cerca porque tiene “el perímetro” pero que no lo respeta.

“Paz: ¿Pero tu tía no se separa?”

Micaela: No puede porque [él] siempre vuelve, no se quiere ir de la casa.”

Cuenta que su tío se había ido por seis meses, que estuvo viviendo en Misiones con otros familiares, pero que también “hacía quilombo” ahí, así que lo terminaron echando y volvió. Pero su tía no lo puede echar porque no se quiere ir (Nota de campo, mayo 2017).

La opción de las mujeres por irse de la casa se dificulta cuando no cuentan con los recursos necesarios y más aún si tienen hijos/as chicos/as. Estas dificultades hacen que la convivencia y las violencias se prolonguen. Y desde algunas lecturas de sentido común ello se interpreta a partir de la idea de que “se quedan calladas” o “les gusta que le peguen”. En este sentido, Liliana, vecina y referente del barrio, dice:

“Yo antes tenía una vecina, acá al lado, un día el marido... vino el tipo, alcoholizado, la cagó a palo, la agarró del pelo arrastrando, ella gritaba, yo no sé, yo estaba embarazada, yo no sé cómo hice para saltar el tejido, agarrarlo a las trompadas al tipo, sacarlo a la calle y asistir a la mujer. La llevé al hospital porque estaba en una crisis, le había dado una hemorragia (...) A los dos días los veo juntitos viniendo del hospital. Entonces eso también es la impotencia. O sos masoquista o te gusta que te maltraten...” (Liliana, referente barrial. Entrevista, mayo 2017).

Aunque, por otro lado, Liliana sabe que “como no tenía donde ir la mujer, muchas veces se aguantaba las palizas” y que incluso en ocasiones en que las mismas mujeres violentadas abandonaban su hogar, sus maridos “hasta el día de hoy no las dejan (...) las siguen constantemente, fueron los maridos, averiguaron donde estaban y han llegado y las han cagado a palos”. Por otro lado, en casos en los que la mujer se defiende a partir del uso de la fuerza aparece la idea de que “ella también es violenta”:

“Liliana: Hoy en día estoy casi de los dos lados porque también hay mujeres bravas que ahora el marido las hicieron violentas.

Paz: ¿Cómo?

Liliana: Que hoy en día los maridos, a las mujeres, las hicieron violentas. Yo tuve un caso ayer que la mujer casi lo apuñaló al marido, sufrió tanta violencia tantos años que ahora la mujer es violenta y ahí empieza la agresión... tanto del hombre que no se deja pegar, machista y ahí faja a la mujer, porque no vas a comparar la fuerza de la mujer con la fuerza de un hombre. (...) Yo hoy lo estoy viviendo con mi propia hermana, mi hermana fue golpeada toda su vida. El tipo la sigue persiguiendo, la sigue persiguiendo, la sigue persiguiendo y ahora mi hermana es agresiva hacia él. ¿Entendés? Entonces en esos... ¿cómo actúas? Porque el hombre la hizo violenta” (Liliana, referente barrial. Entrevista, mayo 2017).

Este tipo de ideas, de gran difusión mediática y social, ocuyen el trasfondo estructural y desigual en el que se presentan estas situaciones; pero también, ponen en evidencia algunas formas de acción de las mujeres frente a estas situaciones: por un lado, el continuar soportando esas situaciones dadas las dificultades estructurales para evitarlas y por el otro, la respuesta a partir del uso de la violencia como un recurso para defenderse. Las mismas “evidencian la encrucijada en la que se encuentran muchas mujeres, por un lado al no poder excluir al agresor de la vivienda familiar (...). Y por el otro, con la imposibilidad de contar con una vivienda alternativa donde poder quedarse, lo cual es un factor que incide fuertemente al momento de decidir alejarse de quien las somete a situaciones violentas” (Documento del Observatorio de Violencia de Género, *s.f.*). Por eso, los movimientos que luchan contra este tipo de violencias plantean la necesidad de acceso al trabajo y a la vivienda para las personas victimizadas

dentro del encierro doméstico, porque “ninguna mujer puede defenderse de la violencia machista si no puede sostener su autonomía económica y la soberanía sobre su cuerpo; pero de todo esto rara vez se habla” (Documento de NiUnaMenos citado en LATFEM, 2017).

En algunas ocasiones, confrontadas ante situaciones extremas de violencia y ante la desprotección estatal y la falta de respuestas institucionales a la problemática, las mujeres terminan yéndose de sus casas. Este es el caso de las madres de algunas de las chicas con las que dialogamos en el barrio. Ahora bien, en estas situaciones ¿qué pasa con las pibas? Sus relatos hablaban de nuevas fuentes de malestares. Ya sea porque su madre se las llevó consigo, lo cual implicó que tuvieran que abandonar el hogar y sufrir las consecuencias de las dificultades económicas extremas que dicha acción supone en contextos de pocos recursos; o bien, porque se quedaron en la casa con su padre quien continuaba ejerciendo violencias contra ellas y sus hermanos/as, ya sea física, económica y/o psicológica. A veces, la madre se llevaba consigo a alguno de sus hijos/as más pequeños/as y sino, las hijas mayores debían hacerse cargo del cuidado de sus hermanos/as y de muchos de los quehaceres del hogar.

Andrea me cuenta que cuando ella tenía doce años sus padres se separaron porque su papá le pegaba a la madre y “casi la prende fuego”. Me explica que el 31 de diciembre el padre había estado tomando alcohol a la tarde y que cuando llegó a la casa no quería hacer el asado—que supuestamente iba a hacer—porque quería irse a dormir. A partir de eso comenzaron a discutir y su padre le empezó a pegar y la quería prender fuego a la madre. Ella se metió para defender a la madre y el padre la empujó y la tiró al piso y le seguía pegando... cuando ella se pudo levantar volvió a tirarse encima del padre para defender a su madre. Entre forcejeos la madre pudo salir. Me dice que ahí el padre no la dejó entrar más y a ella y sus hermanos no los dejó salir (...). A partir de allí, Andrea y sus hermanas más chicas—una de nueve años y otra que era bebé—se quedaron viviendo con su padre. Éste trabajaba todo el día afuera de la casa y ella tenía que cuidar a sus hermanas y hacerse cargo de las cosas del hogar, lo cual le resultaba agotador: “Yo extrañaba a mi mamá, porque no es lo mismo un padre que una madre, yo tenía que hacerme cargo de mis hermanas y todo eso... ya no era vida”. (Nota de campo, diciembre 2017)

“Mi mamá se fue. Mi mamá no aguantó más. Estuvo desde los quince años con mi papá (...) Pero se fue porque nosotros le dijimos. No es que mi mamá nos dejó tirada, nos abandonó. Yo le dije ‘mamá, andate, ya basta, cortala, andate y chau, llevate a la más chica...’ Se fue mi mamá y se quedó mi hermana y... mi hermana se quedó y un día vengo y la estaba cagando a palos en el piso, mi hermana es flaquita, la dejó toda marcada y le tiró toda la ropa afuera, en el medio de la calle, como si fuera un perro. Y bueno nosotros lo único que pudimos hacer es levantarla y llamar a un Remis y que se vaya (...)

Aguanté hasta diciembre, hasta el ocho de diciembre aguanté y ese día no aguanté más y me fui" (Camila, 23 años. Entrevista, octubre 2016).

Las chicas buscan irse de sus casas para liberarse de los encierros, maltratos y violencias, principalmente a medida que van creciendo:

"Paz: Y tus papás ¿siguen juntos o están separados ahora?

Luciana: Siguen juntos, yo igual no estoy viviendo con ellos ahora, me fui a vivir a lo de un amigo.

Entrevistadora (...): ¿Por qué te fuiste a vivir con tu amigo?

Luciana: Porque ya no aguantaba más estar en mi casa."

Luciana cuenta que no quería estar más en la casa, porque tiene muchos problemas con el padre, quien ejerce violencias en el hogar. Por eso, hace dos meses se fue a vivir a lo de un amigo del colegio. Me dice que su madre quiere separarse, pero el problema es que el padre no quiere irse de la casa. Entonces, ahora su madre está pensando en irse a vivir a Santa Fe—donde tiene parientes—y llevarse a su hermana menor de siete años. El resto de sus hermanos y hermanas se quedaría allí y ella tendría que quedar al cuidado de su sobrino (Nota de campo, marzo 2017).

En muchos de sus hogares las jóvenes vivencian violencias, pero—y a diferencia de los varones que desde más pequeños tienen mayor libertad para circular por el barrio—ellas también experimentan el encierro y la obligación de hacerse cargo de trabajos y cuidados domésticos. En ese sentido, el irse de su casa aparece como un deseo no solo para liberarse de violencias, sino también para ganar libertad y autonomía: para poder salir con las amigas, para poder verse y estar con el novio.

"Tamara: Yo tengo mi ex mejor amiga, el domingo cumplió los quince [años] bueno...

Paz: ¿Quién? ¿Carolina?

Tamara: Sí, ella se fue de su casa con el novio... Se fue dos meses de su casa con el novio. (...)

Paz: ¿Y qué? ¿la empezaron a buscar? ¿o no?

Tamara: Sí, por Face⁵, por ahí, todo, no la encontraban. Yo sí sabía dónde estaba, pero no iba a ser tan gila de ir y decir 'ahí está, en esa parte' pero yo sabía que estaba bien, todo. (...) Fueron a vivir a la casa del papá del chico... es acá a la vuelta, a tres cuadras de acá.

Paz: ¿Y ella se fue porque quería?

Tamara: Es que quería estar con el chico y la mamá no la dejaba" (Tamara, 16 años. Entrevista, noviembre de 2017).

⁵ Facebook.

Como señala Hudson “ese encierro es un padecimiento de las mujeres específicamente por ser mujeres, no de los varones. Es un problema de género”, y en ese sentido, “de alguna manera estas salidas intempestivas de las casas, estas recorridas brumosas que no terminamos de conocer, son modos que tienen de insertarse y de vivir” (citado en Sandá, 2017). Lo que vemos entonces es que, si como dicen Kessler y Dimarco (2013), los jóvenes están sobrecontrolados, pero desprotegidos en lo que atañe a su vínculo con la policía; las jóvenes están sobrecontroladas pero desprotegidas en su propio hogar, y como veremos en el próximo apartado, también al circular por las calles de su barrio. Del mismo modo que ha sido señalado en otros trabajos, notamos que ellas no solo sufren la violencia barrial sino también la violencia puertas adentro (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014), a lo cual se suma una disconformidad con los modos de vida que se les imponen por ser mujeres y que se traducen en la experiencia del encierro (Hudson, 2016; Sandá, 2017). Una salida que esbozan frente a esta situación es irse de sus casas, y muchas veces lo logran formando una pareja. Según Herrera en estas prácticas “está presente un patriarcado salvaje que marca esos estereotipos, porque no se van con una amiga sino con un varón, a veces mayor, en busca de la misma vida que se les instala socialmente de casarse y ser madres. Reproducen mandatos” (citado en Sandá, 2017). Coincidimos en que, en muchos casos, las jóvenes consideran que “la única solución” es “juntarse” con un varón—como nos decía Camila. Pero también vemos que van buscando construir vidas por fuera de esas violencias y encierros, a partir del establecimiento de nuevos vínculos y abriendo otras posibilidades a futuro.

“Con todo lo que pasé, no quiero que mi hijo pase todo lo mismo que yo, o sea, me junté con un marido, un chabón que no fuma, no toma, jamás me levantó la mano, ni nada, pasó mil y una conmigo, o sea, porque él también paso conmigo cuando mi papá venía, pateaba todo y él paró un montón de veces eso, ¿me entendés? O sea, todas pasamos por algo distinto. Y como que ya todas hicimos nuestras vidas” (Camila, 23 años. Entrevista, octubre 2016).

Vemos casos como el de Luciana, que se fue a vivir con un amigo, que está trabajando y piensa empezar la facultad. O el de Melina, que se fue a vivir con su abuela y que está proyectando irse a vivir con su prima luego de construir una casilla en un terreno fiscal que les pudo conseguir su madre a partir de la participación política y organización popular, proyecto por el cual rechazó la propuesta de su ex novio de irse a vivir con él. O de Josefina, quien está alojando a una amiga con su hija dadas las dificultades que atravesaba en su casa. También nos encontramos con jóvenes lesbianas y trans que piensan su sexualidad, vínculos y deseos desde lugares que cuestionan la norma heteropatriarcal, o con jóvenes que buscan postergar el momento de construir parejas y tener hijos o hijas.

Marcia (16 años) y Melina (18 años) dicen que por ahora no se ven como madres. Marcia dice que a ella le gustaría tener hijos después de los treinta

años, que primero le gustaría tener una pareja, tener sus estudios, trabajo y casa y después lxs hijxs. Melina coincide, aunque dice que tampoco le gustaría tener hijos o hijas de muy grande porque tampoco quiere ser una madre vieja, le gustaría ser joven para no estar tan cansada. Dicen que les gustaría que sus hijos tengan sus apellidos, se quejan de que muchas veces tienen solo el apellido del padre que no se hace ni cargo. Le pregunto a Melina si sigue en pareja y me dice que no, que le cortó al novio porque estaba avanzando muy rápido la relación. Dice que él ya quería conocer a la madre, también quería que ella se vaya a vivir con él. Y explica que ella no quería irse de la casa todavía, tiene ganas de quedarse y construir una vivienda en su terreno. La idea sería mudarse con su prima Paula y armar primero una casilla en el terreno de ella. Y vivir ahí mientras va construyendo la suya, de manera de estar presente en el barrio para cuidar los materiales y las cosas de construcción (Nota de campo, octubre 2017).

Sin dejar de reconocer que en muchos casos las jóvenes buscan formar pareja y/o ser madres como formas de liberarse de malestares en sus hogares de origen y ganar autonomía, también notamos en ellas la existencia de deseos que escapan a los estereotipos y mandatos patriarcales, y una búsqueda por construir nuevas experiencias, distintas a las de la generación de sus madres.

En el barrio

“Los vecinos son unas cámaras de seguridad”

Como ha sido señalado en varios estudios (Rossini, 2003; Míguez, 2004; Tonkonoff, 2007; Cozzi, 2013), en las últimas décadas los barrios de sectores populares se construyeron como un ámbito central para el establecimiento de sociabilidades de los jóvenes varones a partir de su encuentro en espacios como las esquinas, veredas, plazas y canchas de fútbol, y de la conformación de “juntas” o “barras”. Aquí, nos interesamos por explorar la posibilidad de participación de las mujeres en tales ámbitos y por indagar en las especificidades que adquiere dicha participación y el modo en que es concebida.

Con solo transitar el barrio, en especial cuando comienza a bajar el sol, se hace evidente que los pibes se aglutinan, se encuentran. Se juntan en veredas, esquinas, plazas y canchitas y se quedan a “pasar el rato”. Charlan, escuchan música, toman alguna bebida, fuman porro, hacen un fogón. Van ocupando ciertos espacios y haciéndolos propios, marcándolos con elementos—bancos, garitas del gauchito, banderas, estampitas, botellas—para transformarlos en lugares habitables y amenos para su encuentro. Estos ámbitos suelen ser de sociabilidad casi exclusivamente masculina. Esto no quiere decir que las mujeres no tengan presencia en el barrio. Por el contrario, en sus calles siempre se ven mujeres circulando, haciendo compras, llevando a niños y niñas al jardín, a la escuela o a la plaza, yendo al club, al local de alguna organización, o al comedor barrial. Pero, al igual que señalan en su estudio Chaves, *et. al.* (2017), para las mujeres, el barrio es un espacio de tránsito y su sociabilidad en tiempos de ocio se desarrolla, en mayor medida, a partir del encuentro en las casas.

De todos modos—aunque con menor frecuencia y en grupos más pequeños, generalmente de dos, tres o cuatro amigas—las jóvenes también se juntan con sus amigas en la vereda o esquina de su casa, pero eso no implica que estén “haciendo esquina”. ¿Por qué ello no es “hacer esquina”? Porque dentro de los sentidos que circulan en el barrio, “andar en la junta” o “esquineando” va asociado a prácticas como el consumo de alcohol y de marihuana, así como al “hacer bardo”, es decir, escuchar música fuerte, gritar o molestar a los/as vecinos/as e incluso tal vez, robar. Y en el barrio no existen agrupamientos de chicas que encuadren en estos sentidos. Las “juntas” son predominantemente masculinas, aunque existen algunos casos, más bien excepcionales, de mujeres que también participan de la sociabilidad de las mismas.

Hay muy pocas pibas que están en la esquina, pero sí, hay, hay pibas también que están con los pibes, tomando, drogándose, porque son novias del pibe que está ahí, están involucradas en el grupo (Liliana, referente barrial. Entrevista, mayo 2017).

Generalmente, las jóvenes que frecuentan estos ámbitos, son novias, hermanas o primas de algunos de los chicos del grupo. Es el caso de Fabiana, quien cuando era más chica se juntaba con sus primos y los amigos en la esquina.

“O sea, la pasaba más bien ahí [en la “junta”] que en mi casa, porque en mi casa eran todos los días peleas, pero... si estaba ahí era como que me olvidaba de todo ¿viste? me quedaba ahí y los chicos me hacían reír cada cinco minutos... estaba bueno” (Fabiana, 16 años. Entrevista, noviembre 2016).

Mientras los varones suelen conformar “juntas”, ámbitos donde pueden encontrarse entre amigos y sociabilizar entre pares, pero también huir de malestares o incomodidades que viven en sus casas, las mujeres se hallan más constreñidas por encierro del hogar y además por las cargas morales que pesan con más fuerza sobre ellas, en tanto, como dijimos, está mal visto que se junten con los varones y más aún que participen de sus “juntas”:

“Me tenían bronca, porque por ahí ellas [refiriéndose a algunas compañeras del colegio] decían ‘ah, vos sos una drogadicta porque te juntás con los chicos de la esquina’ yo digo ‘no porque me junte con los chicos de la esquina me voy a drogar yo también’. Como era la más chiquita y eran todos grandes, por ahí pensaban mal las mamás de las chicas, de mis compañeras, y decían ‘vos no te juntes con ésta’ o ‘hay que discriminarla porque se junta con todos los chicos’ y era como que me discriminaban porque yo me juntaba con todos los chicos, pero era porque yo lo decidía porque me gustaba, me sentía más cómoda estando con todos los chicos ahí en la esquina que juntarme con ellas” (Fabiana, 16 años. Entrevista, noviembre 2016).

Existe una presión social hacia las chicas en tanto se ve con malos ojos la circulación de las mujeres por ciertos espacios y en determinados horarios. En especial, que participen de la sociabilidad en las "juntas", que tomen alcohol o que salgan demasiado por las noches, que se junten mucho con varones y en mayor medida si éstos son más grandes. Tal como señala Elizalde existe un "pánico sexual" que implica, para las jóvenes de sectores populares, "constantemente intentos de monitoreo y de evaluación moral (...) en función de ciertas prácticas, acciones o disposiciones que despliegan y que son inmediatamente leídas como 'transgresiones' a las expectativas de feminidad que le son impuestas (2015: 13). Las jóvenes con las que desarrollamos nuestra investigación sienten que se controlan y juzgan sus prácticas, especialmente con quién salen o se vinculan sexo-afectivamente. "Los vecinos son unas cámaras de seguridad" nos dice Melina y nos cuenta que si ella se pone de novia trata de que no sea con un chico del barrio porque "acá se conocen todos y todo el mundo se fija en lo que andás haciendo". Las chicas me cuentan que los vecinos y las vecinas critican a las mujeres que salen con muchos jóvenes o que se inician sexualmente temprano. Como le pasó a Melina: cuando tenía doce años se había generado un rumor falso de que ella había tenido relaciones sexuales con un chico cinco años más grande y hasta sus mismos primos repetían el chisme y la juzgaban. "Todo el mundo anda viendo lo que hacés, la gente se mete, chusmetea y dice cosas, y encima inventa" nos dice.

Pero, además de las normas en torno a sus andanzas, "juntas" y relaciones sexo-afectivas, las jóvenes tienen presiones en torno al tipo de vestimenta que pueden o deben usar: el uso de ropa corta y ajustada puede ser motivo de críticas y estigmatizaciones.

Es sábado de un noviembre caluroso en el barrio. Las actividades de la organización de apoyo escolar con niños/as están por empezar y yo decido salir del local e ir a buscar a Tamara para ir a charlar a la plaza. Voy para su casa y golpeo las manos. Al ratito sale ella con una remera azul y un short de jean y me saluda alegremente. Le pregunto si quiere que vayamos a la plaza a charlar y le digo que, si tiene ganas, puedo entrevistarla. Me dice que sí, pero que la espere así le pregunta a sus padres si puede salir y se cambia. Yo le insisto en que venga así como esta y le digo que está bien vestida. Y ahí me explica "no, no voy de short a la plaza". Entra, tarda unos diez minutos, y vuelve a salir, esta vez con unas calzas largas y otra musculosa, y nos vamos para la plaza. Después, a lo largo de la charla y la entrevista fui comprendiendo el porqué de esa frase. Particularmente, mientras hablábamos de la iglesia evangélica a la que, de vez en cuando, asiste:

"Tamara: vamos a la del centro, vamos las dos juntas [con su amiga Clara], porque acá no nos gusta, la del centro está re buena esa iglesia.

Paz: ¿Por qué?

Tamara: Está bueno porque ahí no te critican y todas esas cosas...

Paz: Che, pero acá, qué onda, ¿te critican mucho?

Tamara: Siiii, ahí la iglesia a la vuelta de casa, es un quilombo esa iglesia (...) agarran y viste que, porque salís con un short que ‘sos re puta’, salís con una remera cortita ‘no, porque sos re zorra’ y a mí no me gustan todas esas cosas (...)

Paz: Pero qué ¿no les gusta que vayas de short a la iglesia?

Tamara: No, de short no voy a la iglesia, ni al colegio, ni a ningún lado, yo si voy, voy con... completamente... así como estoy vestida ahora, yo no voy vestida así, en mi casa sola me visto así.

Paz: Pero ¿por qué?

Tamara: Por el tema de que te critican por pelotudeces que no son verdad

Paz: Pero ¿quiénes?

Tamara: Así, las personas, cualquiera, vos pasas por ahí y te dicen cualquier cosa... (...) ‘ésta, ¡mirá cómo se viste!’ te dice (...) o pasás, ‘ésta ¡está re barata!’ te dicen” (Tamara, 16 años. Nota de campo y entrevista, noviembre de 2017).

Las que se visten con ropa ajustada y corta, son acusadas de “turras”, “putas”, “fáciles”. Son juzgadas tanto por la mirada adulta de los vecinos y vecinas, como por la mirada de los jóvenes y, como veremos luego, también de las jóvenes.

Mientras vamos caminando con Tamara y Luisina, su hermana, hacia la casa de Lucho pasa un chico de su edad o unos años más grande y en voz baja dicen que “el chabón es un pelotudo”. Les pregunto por qué y Tamara me dice que es re celoso, que la critica por cómo se viste, a veces le dice que el short es muy corto y la molesta (Nota de campo, noviembre 2016).

Desde estas miradas, el uso de este tipo de vestimenta constituye una provocación hacia los varones, lo cual podría explicar abusos y violaciones.

“Emiliano: Y hoy el respeto se perdió.

Paz: ¿En qué sentido?

Emiliano: En todo sentido. Hacia vos. Hacia tu familia.

Paz: Pero ¿por qué?

Emiliano: No sé porque la sociedad es así, las personas cambian, cambia una y empieza a cambiar todo el mundo. Es la verdad, antes, por ejemplo, con el tema de la moda también es algo fundamental hoy en día. Porque antes... vos nunca ibas a ver a una mina con ropa transparente en la calle, es un ejemplo, pero después se quejan que la violaron, que le hicieron cosas, que les tiraron piropos feos, este... pero las mismas mujeres terminan... o sea, provocan eso, yo lo tomo así. (...) Para mí es así, yo le digo a mi señora para mí las mujeres, obvio yo soy hombre, me gustan las mujeres, pero... yo voy a la calle, yo trabajaba en 1 y 60, fiscalía de Estado, estuve trabajando ahí un año.

Y hasta fiscal y abogada, provocativa, pero mal, eh” (Emiliano, 25. Entrevista, junio 2017).

La mirada de Emiliano, lejos de ser una mirada singular y aislada, aparece promocionada cotidianamente en los medios de comunicación hegemónicos, donde muchas veces los femicidios—al igual que otras formas de violencia contra las mujeres—son explicados en función de las prácticas y vestimentas de las mujeres víctimas (Pereyra, 2015; Cabral y Acacio, 2016). Estas nociones de sentido común recrudecen los miedos, la vergüenza y las moralidades que son inculcadas a las jóvenes, promoviendo censuras y límites a sus prácticas como estrategia de prevención frente a hostilidades y violencias. Las jóvenes en su barrio no solo están sobrecontroladas, sino que allí también experimentan diversas formas de violencias. La desprotección estatal frente a ellas, hace que las formas de cuidado oscilen entre prevenciones que limitan la libertad de las mujeres y protecciones de varones que refuerzan aún más la dominación hacia ellas, al tiempo que recrean nuevas conflictividades en el ámbito local.

“Pasás por ahí y te gritan cosas”

Al acercarnos a las experiencias de las jóvenes notamos una forma de violencia muy presente que sufren en su barrio, por parte de los varones: los acosos y abusos callejeros. Y también, aunque en menor medida, violaciones. Los acosos son cotidianos:

Paz: ¿Y a ustedes les pasa que van caminando por el barrio y que pibes les gritan cosas o no?

Tamara: Sí

Clara: A ella todo el tiempo

Tamara: A mí, todos los días

Paz: ¿Sí? pero ¿pibes que vos conocés? ¿o que no?

Tamara: Sí, que sí, y que no, todo.

Paz: ¿En algún lugar particular?

Tamara: Más por la calle, si hasta cuando estoy en mi casa me dicen cosas

Paz: ¿Cómo?

Tamara: Eh, pasan por ahí, y yo estoy ahí afuera y me empiezan a gritar cosas (...)

Paz: ¿Y a veces te da miedo pasar y que te digan cosas? ¿o no?

Tamara: Sí, eso sí, me llegan a agarrar... por eso... no salgo mucho por el tema ese” (Tamara, 16 años y Clara, 15 años. Entrevista, noviembre 2017).

Y las situaciones que nos relatan se repiten: “pasás por ahí y te empiezan a gritar” (Micaela), “teníamos que pasar sí o sí por ahí y nos empezaron a tocar” (Tamara), o “pasaban y te tocaban una teta” (Camila). Estas experiencias concretas y cotidianas de violencias callejeras, se complementan con casos resonantes a nivel mediático de violaciones, desapariciones y femicidios, pero también con casos sucedidos en el barrio y que son repetidos en las conversaciones cotidianas: “hace poquito violaron a una

chica, acá, no sé si escuchaste” (Sandra). Todo ello, contribuye a reforzar los miedos de las jóvenes a la hora de circular por la calle, en especial por las noches. También lleva a desarrollar estrategias de prevención ante tales violencias, las cuales van desde el no salir y quedarse en las casas, hasta salir acompañadas o en grupo, pedir que las lleven o busquen, evitar circular por ciertos espacios y en ciertos horarios. Dado que muchas veces los varones les “gritan cosas” cuando están en grupo, para evadirlo ellas intentan no circular por donde ven una “junta”: “yo no me acerco” (Fátima), “yo me voy para otro lado, yo le evado” (Soledad). Pero también, suelen ignorar los acosos callejeros de los varones y quedarse calladas como estrategia para evitar que tal situación se prolongue:

“Paz: ¿Te gritan qué?”

Tamara: ‘Ay’, que ‘mi amor’, que ‘estás re linda’, que esto, que aquello, que ‘me quiero casar con vos’ (...)

Paz: ¿Y a vos te gusta o no que te digan cosas?”

Tamara: No.

Paz: ¿Y les decís algo?”

Tamara: No, me callo. Si les digo algo van a seguir. Entonces me callo y se callan ellos también” (Tamara, 16 años. Entrevista, noviembre 2017).

A su vez, como venimos desarrollando, los lazos y relaciones sociales son centrales a la hora de gestionar conflictividades locales. La trama barrial se caracteriza por las relaciones de proximidad y por el conocimiento mutuo de los moradores, pero además por la presencia de una amplia y heterogénea red de lazos familiares. Estos lazos cobran gran importancia en la organización de las relaciones sociales en el barrio, así como en el desarrollo y resolución de los conflictos ya que los mismos suelen implicar compromisos de cuidado y protección, así como lealtades en las discusiones y enfrentamientos con otros/as. Muchas de las conflictividades locales son gestionadas a partir de la intervención e involucramiento de otros miembros de la familia y particularmente del varón que encabeza la misma, quien es concebido como el principal garante de su seguridad. Es por ello que el hecho de ser hija de un varón respetado en el barrio, aparecía para las chicas como una forma de seguridad frente a posibles hostilidades:

“A nosotros nos tenían bastante respeto porque éramos dos hermanas, yo y mi hermana, y mi papá era re loco ahí. Entonces nos tenían respeto por ese tema, porque éramos hijas de tal persona. Entonces nosotras podíamos ir tranquilamente y no nos hacían nada. (...) A mi papá le decían el Toro, en Romero. Como éramos las hijas del Toro y sabían que el Toro era re cuchillero, o sea, mi papá, entonces nadie nos tocaba” (Camila, 23 años. Entrevista, octubre 2016).

Pero justamente, esta idea del varón jefe de familia como protector de la misma, conlleva su contracara de dominio al interior de la misma, especialmente cuando dicha protección va de la mano de la portación de armas. Tal como señala Cosecha Roja (2017)—en relación a las armas de fuego, pero cuyo análisis podemos extender a la portación de armas en general—“la tenencia de armas de fuego está justificada a partir del modelo de masculinidad hegemónico: la pistola como representación de la potencia sexual y el hombre armado como garante de la seguridad de su familia. Este modelo—sostiene el estudio⁶—tiene una doble connotación: el poder de protección se convierte en un poder de dominación. (...) En la práctica, el uso de las armas está más vinculado a un ejercicio de dominación de las parejas que de protección ante una amenaza externa: las mujeres mueren más en manos de sus parejas, familiares o conocidos, que por ataques de desconocidos”. Como vimos anteriormente, al interior del hogar la protección puede transformarse en nuevas violencias y las armas en mecanismos de amenaza y de creación de miedos que limitan las libertades y autonomía de las mujeres.

“Lo que pasa es que sabían todos, que [mi papá] chupaba el viernes y cagaba a palos a cualquiera, le fascinaban los cuchillos. Yo cuando él se estaba separando de mi mamá, a mi mamá la tenía amenazada y cuando le íbamos a tender la cama o algo, porque nosotras nos teníamos que levantar y tenderles las camas, todo, tenía todos cuchillos debajo de la cama” (Camila, 23 años. Entrevista, octubre 2016).

Como dice Fonseca (2000) en su estudio sobre vínculos familiares, relaciones de género y violencias en sectores populares, el honor del hombre casado tiene como uno de sus elementos constitutivos a la capacidad de protección del hogar y sus miembros/as. En este sentido, las violencias contra los y las integrantes del hogar pueden considerarse también una ofensa al honor de aquel y, por ende, suscitar su intervención, lo cual puede dar lugar a nuevos conflictos. La sexualidad juega un lugar central en estos intercambios ya que, como también plantea la autora mencionada, la protección de la mujer se convierte en un control sobre su sexualidad. En tanto el jefe de familia regula la sexualidad de su esposa e hijas, los acosos y abusos callejeros implican una afronta hacia él. En este sentido, es probable que éste intervenga para limitar tales violencias, pero también para restaurar el honor vulnerado a partir de la ofensa. Y ello generalmente implica nuevas violencias, amenazas o conflictividades.

Paz: Che y acá ¿han tenido bardos con los vecinos?

Tamara: ¡Sí! mi papá los cago a trompadas, todo.

Paz: Ah ¿en serio?

Tamara: Sí, porque el viejo de cincuenta años gustaba de mí, cuando yo tenía once años.

(..) Paz: Pero ¿qué? ¿te decía cosas?

⁶ Se refiere al estudio “Violencia de género y armas de fuego en Argentina” realizado por el Instituto de Estudios Comparados en Ciencias Penales y Sociales (INECIP).

Tamara: Sí, pasaba yo por ahí y me decía cosas y mi papá se re enojaba. Fue y le pegó.

Paz: ¿Y el chabón qué onda?

Tamara: Después de ahí no me dijo más nada. Pero [antes] cuando pasaba por ahí me decía cosas, (...) hasta a mi mamá la miraba. El señor nos decía cosas cuando pasábamos... nos miraba todos los días... Y mi papá... es re... coso (...). Mi papá lo cagó a trompadas, dijo que conmigo y con mi mamá y mi hermana no se iba a meter nadie” (Tamara, 16 años. Entrevista, noviembre 2017).

En ocasiones, a partir de dicha intervención el conflicto puede resolverse, pero también puede generar nuevas necesidades de respuestas y venganzas. Notamos que el orden resultante de la gestión del conflicto es precario y que este último puede perdurar en la memoria, disponible para ser reactualizado en algún futuro. De todos modos, no siempre el varón que ejerce la autoridad en la familia se involucra en los conflictos:

“Camila: Ahí hay un viejo que ha manoseado a varias chicas, incluso a la nieta, y nunca hicieron nada, y vive ahí hoy en día. Y te digo porque nosotros lo vivimos, lo pasamos en carne propia con el chabón. Y la familia nunca hizo nada (...). Nadie decía nada, ‘pobre, porque es un viejo’. ¿Y qué tiene? Incluso a mi hermana. Mi hermana más chica fue... la agarró una vez y no pudimos hacer nada, porque la familia nos dijo que si decíamos algo nos prendían fuego la casa.

Paz: O sea que nunca hicieron la denuncia.

Camila: no, nunca nada.

Paz: y, pero ¿qué? la familia tiene...

Camila: nada, son gente normal, pero son mucha, entonces, viste, al ser nosotros pocos, por ahí vos tenías miedo de que vengan y te lo hagan en serio. Después, al tiempo de lo que pasó con mi hermana, nos enteramos de que había abusado a la nieta de un año, año y medio, y que no querían que digan nada porque se destrozaba la familia ¿en qué cabeza cabe eso? Es una locura. Pero ese viejo era un asco, hoy en día vive, es un asco. (...) Y nosotros no podíamos decir nada. (...) Y más miedo le teníamos a mi papá, porque mi papá era re loco. Porque para mi papá siempre la culpa la tiene la mujer. Siempre. Nosotras decíamos ‘sí, porque este nos chifló, nos dijo una guarangada’ ‘y jodansen, jodansen, ustedes son las putas’ te decía” (Camila, 23 años. Entrevista, octubre 2016).

Camila lo explica en función de una economía de la protección: por cuestión de inferioridad en la capacidad de enfrentamiento, su familia no puede responder e intervenir, ya que dicha intervención podría resultar en mayores conflictos. En este caso, su padre vería en mayor medida perjudicado su rol de protector. Pero también, la no intervención se vincula con lo naturalizado e impunes que resultan este tipo de

abusos y violaciones en nuestra sociedad, en tanto—como ya mencionamos—existe un sentido común extendido que los explica responsabilizando a las propias víctimas en función de sus prácticas y/o formas de vestirse. En línea con esto, y a partir de la atribución de la idea de “putas”, el padre de Camila puede desplazar la carga de la culpa hacia las jóvenes y así, proteger su honor. Es decir, si sus hijas son las culpables de los acosos, entonces no es necesaria respuesta, ni intervención.

De todos modos, el honor que se ve vulnerado a partir de este tipo de violencias, no es exclusivamente el del padre o autoridad de la familia, sino también puede extenderse a otros miembros varones como novios, hermanos, primos o tíos. En base a estas ideas de protección y su asociación con el honor, vemos que se desarrollan muchas de las conflictividades entre varones, e incluso este tipo de conflictividades explican parte de las violencias que se ejercen sobre las mujeres. Porque, si como dijimos en otros trabajos (Cabral, 2015) muchos conflictos entre varones pueden ser explicados comprendiendo los usos ritualizados o expresivos de la violencia en el marco de disputas por poderes o prestigios, y a su vez, las mujeres aparecen como propiedad de ciertos varones que deben protegerlas para mantener su honor, entonces las violencias contra las mujeres constituyen una forma de enfrentarse a otros varones, y de desprestigiarlos o humillarlos.

Lautaro me cuenta que se peleó con un joven de su barrio:

“Paz: pero... ¿por qué fue?

Lautaro: No sé... porque cuando yo estaba con mi novia, le agarró la mano, le quiso tocar el culo...

Paz sorprendida: ¿Le quiso tocar el culo a tu novia?

Lautaro: Sí, le agarró la mano y le quiso tocar... ‘¿Para, boludo, que haces?’ Le digo yo (...). O sea, él vino así para saludarme, me saludó, saludó a mi novia, todo bien, después le agarró la mano y le quiso hacer así [ademanos de tocarla en la cola] y agarro y le digo ‘¡pará! ¿Qué haces? ¡Pelotudo!’.

Paz: ¿Y por qué hizo eso?

Lautaro: No sé, capaz que para buscarme pelea a mí” (Lautaro, 16 años. Entrevista, junio 2017).

No solo las mujeres aparecen como “objetos de deseo que donan sentido a muchas disputas barriales” (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014), sino que al mismo tiempo, en estas disputas sus cuerpos pueden configurarse como escenarios de los mismos, de modo que ellas pueden sufrir distintas formas de violencias producto de conflictos y enfrentamientos entre varones. Según Femenías “en toda sociedad, aunque con características propias, los cuerpos de las mujeres siempre han tenido un valor simbólico adicional, como garantía de sutura de conflictos o como lugar de ejercicio de poder para humillar, deshonorar, negar o enviar mensajes cifrados a otros varones, aunque se lo niegue o ignore” (2008: 25). Ello también se puso en evidencia a partir de otro conflicto sucedido en el barrio. Mientras hacía mi trabajo de campo, un hecho comenzó a repetirse en las conversaciones cotidianas tanto de las jóvenes, como de los

varones y los/as adultos/as del barrio: una chica del barrio había desaparecido. Familiares de la víctima acusaron a otra familia del barrio—particularmente a un señor y sus hijos varones—y denunciaron el hecho a la policía. Posteriormente, la chica fue encontrada y se comprobó que había sido violada. A partir de tales hechos, y luego de un allanamiento en el que se encontraron drogas en el domicilio de los acusados, los hijos del señor mencionado resultaron detenidos. Por otro lado, este último fue ajusticiado por los vecinos—y especialmente por los familiares de la víctima—quienes le quemaron la casa y lo echaron del barrio. Pero también, en el barrio circulan versiones que complejizan esta historia:

“No, no, eso fue un cuento... no, no fue... La pusieron de punta a la piba porque era familia de ellos y dijeron que los pibes, los tipos la habían secuestrado, la habían violado, eso no... nunca se esclareció. Era como que ir a hacer justicia por mano propia, acusar de algo, pero tenían otro conflicto ellos, porque todos los que vinieron e hicieron quilombo, prendieron fuego la casa y salieron a bardear, ellos mismos generaban violencia y ellos mismos son los que consumían ¿entendés? porque ese grupito hoy sigue estando y es el único grupo que quedó, los corrieron a los otros y quedaron ellos. (...) Eso fue un arreglo... un rival entre ellos, para poner una excusa, justificada por la piba, ¿entendés? entonces, sacaron a todos los otros para quedarse ellos. (...) Lo acusaron de todo, lo acusaron de que tenía droga. (...) Y era para usar de excusa como se tenían bronca, se tienen bronca entre ellos” (Cristina, vecina del barrio. Entrevista, mayo 2017).

Efectivamente, entre la familia de la víctima y la familia de los acusados preexistían conflictos y disputas en torno a lógicas de poder dentro del barrio. Mientras que los varones de la primera son considerados en el barrio como “los que mandan” y se sospecha de sus prácticas delictivas ligadas a robos, los de la segunda son concebidos como “transas” y se hallan involucrados en causas por ventas de drogas. Y era conocida la rivalidad entre ambos grupos. Independientemente de cual versión tiene más elementos que se ajustan a los hechos efectivamente sucedidos, lo que se revela de fondo es la presencia de lógicas machistas en las que las jóvenes sufren violencias producto de conflictos entre varones que disputan por su poder en el barrio, y más aún, que pueden usar a las chicas como botín de guerra en enfrentamientos masculinos.

Peleas y conflictos entre las jóvenes

Tamara tiene dieciséis años. Es suelta para desenvolverse, se destacan su sonrisa y su simpatía, pero a la vez su carácter firme. Tiene pelo lacio y castaño, y una tez blanca que deja ver las pecas de su rostro. Sus ojos de color marrón claro se resaltan con el delineador y sus pestañas lucen arqueadas por el efecto del rímel. Es de estatura mediana y un cuerpo delgado pero curvado, modelado tanto en el gimnasio como en sus prácticas de twerking. Su vestimenta ajustada permite remarcar sus curvas y las fotos en su Facebook las ponen en evidencia. Debajo de sus posteos una lista larga de

chicos le escriben entre halagos e invitaciones a salir. Resulta atractiva para muchos de los pibes del barrio y ha sido novia de algunos de ellos. Si bien en el último tiempo ha ido intercalando entre períodos de noviazgo y de soltería, casi siempre tenía algunos amigos con los que se vinculaba de manera sexo-afectiva. Ello genera celos de algunas jóvenes que le quieren pegar y ella lo sabe: "me quieren agarrar, yo tengo una re lista". Y me cuenta el caso particular de un grupo de chicas que le quieren pegar por celos por un chico:

"Paz: que ¿vos estabas saliendo con un pibe y...?"

Tamara: No, yo no estaba saliendo con el chico, ni lo conocía. Es que ellas piensan que como yo me junto mucho con chicos, piensan que yo estoy con ese también, pero no, yo no los conozco e igual se la agarran conmigo" (Tamara, 16 años. Entrevista, noviembre 2017).

En ocasiones las jóvenes se pelean entre ellas. Las narraciones de sus peleas o las de sus amigas muchas veces son explicadas a partir de las habladurías: "porque si habla muy mal de vos y empieza... y yo me enojo y yo las voy a agarrar si me dicen cosas" (Tamara), "dijo que yo andaba hablando mal de ella (...) y me cagaron a palos" (Micaela). En estos casos hablar "mal" generalmente suele referirse a descalificar a la otra persona diciendo que es "re puta", "zorra", "fácil" o que "está con todo el mundo". Como hemos visto, el realizar este tipo de descalificaciones y estigmatizaciones no es una práctica exclusiva de las jóvenes, sino que entronca con representaciones sociales machistas que definen a las mujeres que se vinculan sexo-afectivamente con varios varones como "putas" y que se hallan ampliamente difundidas no solo en el ámbito barrial, sino en toda la sociedad. Este tipo de moralidades contribuye a la producción de violencias de género y también al desarrollo de ciertos conflictos entre las propias jóvenes. Muchos de ellos se dan "por un pibe", es decir por relaciones o lazos de las chicas con algunos varones o por celos en torno a tales vínculos. Pero también varios de los conflictos entre mujeres son expuestos a partir de la idea de les quieren pegar porque "son lindas" o por cómo se visten: "cuando son bonitas, se visten bien. Hay algunas que las agarran a las piñas por eso nomás" (Fátima). Tal como le sucedió a Josefina un tiempo atrás, a la salida de un boliche:

"Cuando volvíamos nos topamos con tres pibas. Bueno, vienen, nos piden un cigarro, se lo damos, le doy fuego y no me lo devuelve el encendedor, le digo 'flaca, devolveme el encendedor' no sé que, 'ah no! por tu cara' no sé que, pero viste esas pibas, que salen... no sé de un pabellón, porque estaban todas cortadas, tatuadas... las tres encima, un horror, me la quedo mirando 'pero ¿con qué prendo?' ah qué se yo, no sé, me estaba buscando roña, 'andate a la concha de tu madre' le dije, agarré y seguí caminando. Y, no sé, empiezan a bardear de lejos, y una de las chicas no sé que le grita y yo seguí caminando y vienen de vuelta y nos empezaron a seguir. 'Eh, ¿qué bardeás?' que se yo, vino y me empieza a empujar la piba, le digo 'para loco! ¿qué te pasa?', no que

se yo, ‘ahora parate de manos’ me decía. ‘Por un encendedor yo no me paro de manos con nadie’ le digo ‘aparte yo vine a joder, a bailar, estoy cansada, no voy a pelear con vos, por nada’, ‘no, ahora que bardearon, que se yo, ahora parate de manos, dale gata’ ‘no salí, no’ y yo seguí caminando, y me iba empujando ¿viste? ‘dale, que dale, peleá, peleá’ me quería pelear ‘dale, peleá’ eh... le digo ‘pero, ¿cuál es tu problema?’ le digo ‘no, que que se yo, vos sos una gata, que esto que lo otro’. Yo la miraba, viste, le digo ‘no tenés excusa de venir a querer pegarme, ¿a ver cuál es tu excusa?’ le digo ‘no, vos sos una gata, que se yo’, ‘que, ¿por qué? a ver decime’ le decía yo. Y salta una ‘no, porque sos rubia de ojos claros’ le dice la otra, yo me las quedo mirando, viste. Me pegué media vuelta y seguí caminando, ‘ah, encima te da la espalda, la gata’ agarró y me agarró de atrás ¿viste? cuando me agarra de atrás me empecé a pegar. Y ahí quedé re tocada, me di vuelta y le empecé a pegar, obviamente, encima yo hacía boxeo, imaginate, así la trompa le dejé. Le digo, ‘yo te dije que no quería pelear’ era rubia, pero yo me sé defender, ¿entendés? y a la otra, a una de mis amigas así le dejaron la jeta, pero a mí no me tocaron. O sea, me quisieron pegar, me tiraban piñas, todo, pero no... eso sí, una bronca tenía” (Josefina, 23 años. Entrevista, mayo 2017).

Otros trabajos, también señalan la existencia de diferenciaciones de estilo entre las mujeres de sectores populares que pueden dar lugar a conflictos: especialmente las que se dan entre las “lindas” o “chetas”, por un lado, y las “rochas” o las que “tienen calle”, por el otro. “Con respecto a la última pregunta que me hacen, sobre qué imágenes y modelos de mujer circulan como habituales y hegemónicas, hoy en los barrios periféricos o en las villas, ante todo es la ropa, la vestimenta (...) Las chetas son las chicas que usan ropa de último momento, siempre nueva, que usan campera, remeras, botas o zapatos. Las rochas son las que usan ropa deportiva, zapatillas deportivas y en su mayoría son de marca. Ellas se van identificando y se diferencian así, en el colegio y dentro de la villa igual. Van conformándose diferentes grupos, van esquinando, van diferenciándose” (Martínez citado en Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios, 2016). De manera similar, aunque enfatizando más en el plano de las prácticas, Elizalde (2015) plantea la distinción entre “hacerse la linda”⁷ y “tener calle”. En torno a esto, y en semejanza a lo que ha sido planteado para el caso de los varones de sectores populares (Previtali, 2014; Cozzi, 2013; Cabral, 2016), vemos que ciertas jóvenes también buscan la construcción de prestigio, honor, respeto, posiciones de poder o liderazgos, lo cual aparece en los relatos a partir de la idea “se hace la que manda”. Y para ello, las chicas también pueden usar la violencia de manera expresiva. En ciertos contextos, el hecho de saber pelear constituye una fuente de popularidad y contribuye al establecimiento de lazos sociales, así como también, a la diversión. Y la presencia difundida del uso de redes sociales y de tecnología portátil para la

⁷ En los casos estudiados por la autora “hacerse la linda” va asociada a la idea de “chicas buenas” que mantienen actitudes más reservadas en torno a su sexualidad. Por el contrario, en nuestro estudio notamos que el uso del “se hace la linda” como forma de desprestigio, puede estar destinado a jóvenes que buscan poner en juego su capacidad de seducción de varones y que mantienen con ellos vínculos sexo-afectivos de manera relativamente frecuente.

comunicación, conforman una plataforma que refuerza estos intercambios. En este sentido, los y las jóvenes del barrio nos cuentan que es común que las peleas entre chicas sean filmadas y que posteriormente los videos sean subidos a Facebook. A partir de ello, las protagonistas y en especial las ganadoras en el conflicto, van obteniendo popularidad y haciéndose nuevos amigos en la red social. Por el contrario, las perdedoras o quienes rechazan la pelea pueden sufrir críticas en dicho ámbito.

“Tamara: Es que hasta por Face⁸ pasa. Ponele, vos te peleás con alguien y si perdés te empiezan a tirar⁹ unos palazos¹⁰ por el Face...

(...) Clara: Corte vas a pelear con una chica porque te tiene bronca y perdés, ya ahí empiezan a hablar cosas.

(...) Tamara: Te tiran unos re palazos de que sos re cagona, de que sos re coso” (Tamara, 16 años y Clara, 15 años. Entrevista, noviembre 2017).

Las redes sociales permiten una fácil y cotidiana comunicación, al tiempo que promueven la hipervisibilización de las experiencias personales y ponen en juego la valoración social a partir de ellas. Su uso creciente, facilita los intercambios e interacciones de todo tipo, dando lugar a mayores elogios, prestigio y popularidad, así como también, críticas y amenazas. En este sentido, imprimen nuevas dinámicas a los conflictos entre jóvenes.

“Paz: Y ahora, lo del celular... que te lo sacaron ¿por qué fue?

Tamara: Porque me porto mal...

Paz: ¿En qué sentido?

Tamara: Es que yo contesto mucho, digo las cosas que no tengo que decir, me meto en pelotudeces... porque no me gusta que me pasen por encima, entonces mejor me defiendo yo.

Paz: Mj [muletilla asintiendo], pero ¿qué tiene que ver eso con lo del celular?

Tamara: No sé porque me bardean por el celular, le pasan mi número a otro y a otra y no me gusta.

Paz: Pero ¿te pasó de que alguien te bardeó, así, por el celular?

Tamara: Sí, hasta me amenazaron. Le mostré a mi mamá y por eso me lo sacó.

Paz: Pero ¿qué te decían?

Tamara: Que cuando me iban a encontrar me iban a cagar a trompadas y me iban a matar” (Tamara, 16 años. Entrevista, noviembre 2017).

Pilar (15 años) me cuenta que una compañera del curso le pasó su número de celular a otro de sus compañeros, el cual la odia y le hace bullying. A partir de ahí el compañero le empezó a mandar mensajes poniéndole “sos fea” y cosas así. Me muestra su celular con los mensajes y hay un número sin agendar

⁸ Facebook.

⁹ Decir.

¹⁰ Críticas.

desde el que le escriben “sos fea”, “sofeaa” “awwrrr” y varios mensajes del estilo (Nota de campo, noviembre 2017).

Pero, si bien como dijimos más arriba, hay ciertas jóvenes que usan la violencia de manera expresiva para construir popularidad y liderazgos, muchas otras se desentienden de estas lógicas y rechazan la participación en enfrentamientos. Incluso frente a prácticas que pueden ser concebidas como provocaciones o desafíos al respeto, las jóvenes nos dicen que optan por no pelear y rehúsan la violencia como forma de respuesta. Si bien desde algunos discursos se pueden deslizar críticas a estas posturas – del estilo “es re cagona”– también vemos que en general para las jóvenes el hecho de no pelear no suele implicar un demérito. En varias ocasiones mencionan que no saben la causa por la que les quieren pegar, o que ellas no pelean por la causa que aparece como generadora del conflicto, por lo tanto, defienden la idea de no enfrentarse. Y ello no deviene en mayores conflictos.

“Paz: ¿Y vos Clara? ¿Te pasó alguna vez de pelarte con alguna chica o con algún chico?

Clara: Con chicas sí, pero, o sea, nunca me fui a pelear, o sea, me querían agarrar, pero yo les decía que no, porque ni sabía por qué me querían pegar, entonces yo les decía que no. Aparte yo no arreglo las cosas peleando y todos lo saben.

Paz: Pero es casi siempre con chicas.

Tamara: Sí

Clara: Con chicas y por chicos.

Tamara: Sí, es más por chicos. Y yo, nosotras, por chicos no nos peleamos porque ¡hay muchos chicos!

Clara: No vale la pena” (Tamara, 16 años y Clara, 15 años. Entrevista, noviembre 2017).

“Micaela: Nunca era de andar en quilombo, nada de eso, a mí no me gusta que armen quilombo por nada, nunca fui... yo nunca me peleé con nadie, sí me cagaron a palos una vez, pero yo nunca...

Paz: ¿Por qué te cagaron a palos?

Micaela: Porque hubo un malentendido, una chica pensó que yo andaba con el novio, y no era yo... O sea, había una chica que me tenía bronca a mí, que no le gustaba como yo me vestía, me envidiaba ¿viste? y le empezó a llenar la cabeza la otra chica y dijo que yo andaba hablando mal de ella, que le mandaba caritas¹¹ al novio y todo eso, y ella vino y me dijo y yo le dije ‘no, nada que ver’. Y me empezó a gritar y me agarraron entre cinco chicas, pero no me hicieron tanto, pero sí me cagaron a palos... pero quedó ahí, nunca... vos le preguntás a mi mamá si tuvo quejas mías en el colegio, y nunca tuvo quejas

¹¹ Se refiere al envío de *emoticons* por las redes sociales.

mías porque yo nunca busqué problemas con nadie..." (Micaela, 17 años. Entrevista, mayo 2017).

Aunque también, y principalmente, cuando las amenazas de violencia física se tornan más efectivas y contundentes, las jóvenes responden. Pueden hacerlo solas o acompañadas, solicitando la intervención de otras mujeres, familiares y amigas, y demostrando capacidad de defensa y reacción. Y, en las historias que nos cuentan, ello tampoco suele derivar en nuevos conflictos.

"Tamara: Me dicen 'tal día tenés que ir para allá o sino cuando te encontremos por acá te vamos a cagar a trompadas, más de lo que te queremos pegar'.

Paz: ¿Y te pasó y fuiste alguna vez?

Tamara: Sí, fui, le dije a mi mamá y mi mamá me acompañó.

Paz: Fuiste con tu vieja y ¿qué onda?

Tamara: Y mis primas. Y no, no me pegaron porque estaban todas y estaban las otras también pero igual...

Paz: Y vos ¿por qué fuiste?

Tamara: Y para... coso, para ver qué pasaba ahí, y después quedó todo bien con la chica" (Tamara, 16 años. Entrevista, noviembre 2017).

Aquí, nuevamente destacamos la importancia de los lazos sociales en la gestión de los conflictos y especialmente de los lazos familiares y cómo ello se halla ligado al honor de la familia. Sin embargo—y a diferencia del varón—, el honor de la mujer, y especialmente el de madre, no se vincula tanto con la protección del hogar, sino más bien con el cuidado del mismo. En este sentido Artiñano citando a Tena y Jiménez afirma "en referencia a *proteger a la familia*, consideran que la imagen de padre-protector difiere de la mujer en cuanto a ésta se le demanda el cuidado de los otros, mientras que del hombre se requiere la protección de los débiles, entendiendo por débiles a quienes están bajo su dominio: la mujer y sus hijos" (2011: 15). Las mujeres no necesariamente tienen que responder e involucrarse en los conflictos. Tal vez por ello, en sus historias no aparecen relatos de venganzas sucesivas, sino más bien conflictos puntuales que de una forma u otra terminan resolviéndose o por lo menos, aplacándose. Asimismo, en los casos de peleas o enfrentamientos entre mujeres que nos cuentan, no había presencia de armas. Ambas cuestiones aparecen con frecuencia en los enfrentamientos entre jóvenes varones de sectores populares (Cozzi, 2013) y creemos que constituyen una parte explicativa de las dinámicas diferenciales de la violencia en función del género.

El clivaje de género constituye una dimensión central que atraviesa los conflictos e imprime particularidades a los mismos y a sus modos de resolución. En el caso de enfrentamientos entre mujeres, quienes intervienen para responder a las violencias, también son mujeres, del mismo modo que en otros trabajos observábamos que los conflictos entre varones se resuelven entre varones (Cabral, 2016). Nuestra hipótesis es que, en ambos casos, esto es así porque, de lo contrario, los varones involucrados

sufren desprestigio. Dicho de otro modo, tanto el involucramiento de un varón en las peleas entre mujeres, como el involucramiento de una mujer en los enfrentamientos entre varones constituye un motivo de deshonor para el varón. Y en el caso de las violencias de los varones contra las mujeres, en tanto los agresores son varones, también son los varones quienes se ven comprometidos a intervenir para brindar su protección.

A la hora de indagar de modo comparativo en las conflictividades y violencias de sectores populares a partir de la dimensión de género, notamos que las violencias entre mujeres, suelen ser de menor intensidad y letalidad que aquellas en las que los varones intervienen, ya sea ejerciendo violencias contra mujeres—como vimos en este trabajo—o en conflictos entre varones—abordados en otros estudios (Cozzi, 2013; Previtali, 2014; Cabral, 2016). ¿Cómo explicamos esto? En línea con los planteos que venimos desarrollando, proponemos algunas hipótesis explicativas.

En primer lugar, para las mujeres, rehusar la violencia, no suele implicar un demérito. El hecho de declinar ofertas de enfrentamiento y no pelear, no atenta contra el honor femenino, ni implica vergüenza. Y muchas veces, es una forma valorada de resolver los conflictos a diferencia de lo que sucede con los varones quienes experimentan mayores presiones para hacer uso y responder a partir de la violencia, en tanto de ello depende la construcción de masculinidades hegemónicas.

En segundo lugar, las diferencias en la intensidad de las violencias en función de los géneros, también se vincula al hecho de que las armas de fuego sean, casi exclusivamente, de portación masculina (Cosecha Roja, 2017). Lo cual podría vincularse al hecho de que, incluso las mujeres que usan la violencia de manera expresiva para construir prestigio, no suelen recurrir a las armas como elemento para su construcción identitaria (Mistura en Tessa, 2013). Y, como han señalado ciertos estudios (Briceño-León, 2002; DerGhougassian y Fleitas, 2007), la presencia de armas de fuego incrementa la nocividad de los conflictos y aumenta la probabilidad de letalidad de los mismos. Asimismo, las armas representan una amenaza, lo cual agrega mayor conflictividad a las interacciones cotidianas.

En tercer lugar, y comparando especialmente los conflictos entre mujeres con los que se dan entre varones, creemos que estos últimos se hallan en mayor medida vinculados con ciertos ilegalismos lo cual puede abonar a una intensificación de las violencias, en especial cuando los mismos se asocian a la presencia de economías y mercados ilegales.

Y, por último, creemos que la construcción de la feminidad hegemónica de las mujeres adultas tiende hacia el abandono de este tipo de prácticas asociadas a los conflictos. Si dijimos que algunas jóvenes, en particular aquellas que se presentan como “con calle”, podían hacer uso de la violencia de manera expresiva para ganar popularidad o prestigio, a medida que crecen, su honor se halla cada vez más evaluado en función de su posibilidad de casarse y ser madres, y por ende, de abandonar tales prácticas violentas más asociadas a la masculinidad, y así cumplir adecuadamente las funciones de cuidado. Esto mismo plantean Cozzi y Mistura sobre las experiencias de las “chicas de la esquina” en Rosario: si bien notan que ellas “no se satisfacen ya con

los roles domésticos y de maternidad" (Mistura citada en Tessa, 2013), también "en las más grandes (de unos 25 años) persiste mucho más ese rol tradicional de cuidado del hogar" (Cozzi citada en Tessa, 2013). Como dice Fonseca (2000) fundamentalmente el honor de la mujer se construye a partir del ser buena madre y esposa, de la dedicación al hogar y a las tareas domésticas. En nuestro caso, notamos que en este proceso se pone en juego una idea de rescate. Rescate que implica abandonar tanto aquellas prácticas vinculadas a la construcción de masculinidad, la calle y las "andadas" con los varones, como aquellas otras en las que la feminización se expone en su versión "puta", haciendo alarde del poder de seducción y poniéndolo en evidencia a partir de vínculos sexo-afectivos frecuentes y de una vestimenta que para el sentido común resulta "provocativa".

"Yo antes era re zorrita, ¡rel... y después empecé a... se ve que... no sé, no sé qué me pasó y ya no quiero estar con ningún chico, y si estoy con alguno, estoy con ese solo" (Tamara, 16 años. Entrevista, noviembre 2017).

"Fabiana: Igual era re salvaje cuando lo conocí a él [su novio] yo. Era re salvaje. Como que era re marimacho. (...) Era como un macho, como un varón.

Paz: ¿en qué sentido?

Fabiana: En todo, era como que me comportaba como un varón (...) era re salvaje, era como muy bruta. Bah y lo sigo siendo, pero ya viste como que... por lo menos estoy más... más calmadita que antes" (Fabiana, 16 años. Entrevista, noviembre 2016).

Entonces, a medida que crecen, los modelos de feminidad esperados en tanto mujeres adultas implican, por un lado, que se abandonen los usos expresivos de la violencia vinculados al "tener calle", y por el otro, al formar pareja y su sexualidad quedar bajo la tutela de un varón, que se restrinjan sus vínculos sexo-afectivos con otros varones, lo cual conlleva a la disminución de los conflictos entre mujeres desarrollados a causa de sus relaciones con varones o celos en torno a los mismos. Si bien, como vimos, algunas jóvenes pueden tener deseos y prácticas que escapan a estos modelos y mandatos en torno a la feminidad y que buscan la construcción de experiencias distintas a las de la generación de sus madres, ello no implica desconocer el peso que aún tienen los mismos en tanto ideales normativos que orientan las acciones. Todas estas cuestiones contribuyen a explicar el hecho de que las violencias y conflictos entre mujeres sean de menor intensidad y letalidad, que aquellas otras que involucran a los varones.

Reflexiones finales

A lo largo del presente trabajo exploramos algunos aspectos vinculados a las violencias que experimentan y protagonizan las mujeres jóvenes de sectores populares, tanto en su casa, como en el barrio. Vimos que las mujeres en su casa se sienten

encerradas. Ellas no solo se ven obligadas a hacerse cargo de responsabilidades domésticas, sino que además el miedo, la vergüenza y los límites impuestos por padres y madres contribuyen a restringir su circulación y limitar sus prácticas. A su vez, muchas de ellas vivencian, o han vivenciado, la violencia de su padre hacia su madre e incluso también hacia ellas y sus hermanos/as. Y dada la desprotección estatal y la falta de políticas eficaces para abordar este tipo de problemáticas, se ven obligadas a soportar tales violencias. Todo esto lleva a que muchas de ellas deseen irse de su casa para liberarse de encierros y maltratos, pero también para ganar libertad y autonomía, para poder salir con las amigas, o verse con el novio. Generalmente, lo logran formando una nueva pareja y/o siendo madres. Pero también notamos en las jóvenes la existencia de deseos que se corren de los estereotipos y mandatos patriarcales, y de una búsqueda por construir nuevas experiencias, distintas a las de sus madres.

Las jóvenes sufren violencias no solo al interior del hogar sino además fuera del mismo, en su barrio. Ellas sienten que se controlan y juzgan sus prácticas, especialmente con quién salen o se vinculan sexual y afectivamente, pero también cómo se visten, por dónde circulan y en qué horarios. Allí, no solo están sobrecontroladas, sino que experimentan diversas formas de violencias, en especial, acosos y abusos callejeros. La falta de políticas estatales frente a este tipo de violencias, hace que las formas de cuidado oscilen entre prevenciones que limitan la libertad de las mujeres y protecciones de sus padres u otros varones, lo cual refuerza desigualdades y dominaciones, al tiempo que recrea nuevas conflictividades en el barrio. En función de la idea del varón como protector de la familia—y en especial, del padre o jefe de la misma—, a partir de lo cual se construye el honor masculino, vimos que se desarrollan muchas de las conflictividades entre varones, e incluso que este tipo de conflictividades explican parte de las violencias que se ejercen sobre las mujeres.

Por otro lado, exploramos los conflictos y las violencias que se dan entre mujeres. Vimos que en ocasiones las jóvenes se pelean entre ellas, lo cual muchas veces se vincula a habladurías o a celos en torno a los varones. A partir de las ideas de “putas” o “zorras” las jóvenes son juzgadas y cuestionadas, no solo por los/as vecinos/as adulto/as y por los jóvenes varones, sino también por las propias chicas. En este sentido creemos que estas ideas y normativas sobre las prácticas de las mujeres también contribuyen a reproducir ciertos conflictos. Dicho de otro modo, varios de los conflictos entre mujeres se hallan relacionados con representaciones machistas en torno a los modos en que las mujeres deberían vestirse y comportarse. También vimos que las pibas se pelean y disputan por liderazgos. Notamos que ellas podían hacer uso de una violencia expresiva para ganar popularidad en el marco de la sociabilidad barrial. Sin embargo, vimos que la mayoría de las jóvenes se desentendía de estas lógicas y rechazaba la participación en enfrentamientos, lo cual no solía implicar un demérito, ni devenía en mayores conflictos. No escuchamos relatos de venganzas sucesivas, sino más bien conflictos puntuales que de una forma u otra terminaban resolviéndose o por lo menos, aplacándose. Por otra parte, en los casos de peleas o enfrentamientos entre mujeres, no había presencia de armas y tampoco éstos se vinculaban al desarrollo de ilegalismos. Estas cuestiones, sumadas al hecho de que la feminidad adulta—y

especialmente de la mujer en pareja o casada—tendía al rescate—abandonando los usos expresivos de la violencia, pero también restringiendo los vínculos sexo-afectivos con otros varones—, abonaban a que las violencias entre mujeres sean de menor intensidad y letalidad que aquellas en las que los varones intervienen.

Esto lo vinculamos a los modos en que se construyen las masculinidades y feminidades, por lo cual planteamos que la dimensión de género constituye una cuestión clave que atraviesa los conflictos e imprime particularidades a los mismos y a sus modos de resolución. El hecho de comparar las dinámicas de las violencias que se dan entre mujeres, con las que se desarrollan entre varones y también entre ambos, permite avanzar en la comprensión no solo de los vínculos entre la violencia y las construcciones de género, sino también profundizar en el análisis sobre los sentidos y usos de la violencia, las formas de resolución de las conflictividades y las interconexiones entre diversas formas de violencias. Por ello consideramos que ésta es una vía de análisis interesante que debe continuar siendo estudiada a la hora de problematizar las conflictividades barriales y sus formas de resolución.

Bibliografía

Arriagada, I.: “Transformaciones familiares y políticas de bienestar en América Latina”, en: Arriagada, I. (comp.): *Familias y políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros*, Publicación de las Naciones Unidas: Santiago de Chile, 2007.

Artiñano, N.: “Juventud y familia como reproductoras del Modelo Masculino Imperante”. *II Jornadas del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género*, La Plata, Argentina, 2011.

Auyero, J. y Berti, M. F.: *La violencia en los márgenes*, Katz Editores: Buenos Aires, 2013.

Bermúdez, N.: *Entre traiciones, ajuste de cuentas y muertes injustas. Una etnografía sobre las clasificaciones, los valores morales y las prácticas en torno a las muertes violentas (Ciudad de Córdoba, Argentina)*, Tesis para obtener el grado de Doctor en Ciencias Sociales. UNGS/IDES, mayo 2010.

Briceno-León, R.: “Introducción. La nueva violencia urbana en América Latina”, en: Briceno-León, R. (comp.): *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*, CLACSO: Buenos Aires, 2002.

Cabral, P.: *Sociabilidades, violencias y conflictos. Estudio sobre jóvenes de un barrio periférico de la ciudad de La Plata*. (Tesis de grado) - Presentada en Universidad

Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al grado de Licenciada en Sociología, 2015.

Cabral, P.: Picas y peleas: ganarse el respeto. El uso expresivo de la violencia, en: Rodríguez Alzueta, E. (comp.): *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. Buenos Aires: Malisia, 2016.

Chaves, M.; Segura, R.; Speroni, M.; Cingolani, J.: “Interdependencias múltiples y asimetrías entre géneros en experiencias de movilidad cotidiana en el corredor sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires (Argentina)”, *Revista Transporte y Territorio*, 16, 41-67. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina, 2017.

Colectivo Juguetes Perdidos: *¿Quién lleva la gorra?: Violencia, nuevos barrios y pibes silvestres*. Tinta Limón: Buenos Aires, 2014.

Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios: *Los cuerpos de las mujeres en la mira de los poderes territoriales*, Publicación de la Comisión Investigadora de la Violencia en los Territorios: Buenos Aires, 2016.

Comisión Provincial por la Memoria: *Informe anual 2016: El sistema de la crueldad X. Sobre el sistema de encierro y las políticas de seguridad en la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, 2016.

- Cosecha Roja: "Armas de fuego, un dominio masculino", *Cosecha Roja*, 2017.
- Cozzi, E.: *De clanes, juntas y broncas. Primeras aproximaciones a una explicación "plenamente social" de la violencia altamente lesiva y su control, entre grupos de jóvenes de sectores populares, en dos barrios de la ciudad de Santa Fe* (Tesis de Maestría en Criminología). Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad Nacional del Litoral. Mimeo: Santa Fe, 2013.
- Cozzi, E.: *De juntas, clanes y broncas: Regulaciones de la violencia altamente lesiva entre jóvenes de sectores populares en dos barrios de la ciudad de Santa Fe*, *Delito y sociedad*, 24(39), 72-102, 2014.
- DerGhoughassian, K. y Fleitas, D.: "Violencia y uso de armas de fuego en la provincia de Buenos Aires", en: DerGhoughassian, K. (comp.): *Las armas y las víctimas*, Universidad de San Andrés: Buenos Aires, 2007.
- Documento del Observatorio de la Violencia de Género: *El modelo de abordaje territorial de la violencia familiar en la provincia de Buenos Aires. Diagnóstico, propuestas e instrumentos técnicos*. Observatorio de la Violencia de Género de la Defensoría del Pueblo de la Provincia de Buenos Aires, Sin fecha.
- Elizalde, S.: *Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder*, Grupo Editor Universitario: Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2015.
- Femenías, M. L.: "Nuevas violencias contra las mujeres", *Nomadías*, 10, 2008.
- Femenías, M. L. y Soza Rossi, P.: "Poder y violencia sobre el cuerpo de las mujeres", *Dossier de Revista Sociologías*, 11, 21, 42-65, Porto Alegre, 2009.
- Fonseca, C.: *Família, fococa e honra. Etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares*, Editora da UFRGS: Porto Alegre, 2000.
- Herrera, M. M.: "La categoría de Género y la violencia contra las mujeres", 55-73, en: E. Aponte Sánchez y M. L. Femenías: *Articulaciones sobre la violencia contra las mujeres*, Editorial de la Universidad de La Plata: La Plata, 2008.
- Hudson, J. P.: "La comunidad desollada", *Revista crisis*, 2016.
- Instituto de Investigaciones de la Corte Suprema de Justicia de la Nación: *Informes sobre Homicidios Dolosos, 2010, 2011, 2012*.
- Isla, A., Míguez, D., Da Silva Catela, L., Cid Ferreira, L., Cozzani, M.: *Violencia, delito, cultura política, sociabilidad y seguridad pública en conglomerados urbanos*, PAV 2003-065, 2006. FLACSO. Programa Argentina, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Universidad Nacional de Córdoba, Universidad Nacional de Tucumán, Universidad Nacional de Cuyo.
- Jelin, E.: "Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales", en: Arriagada, I.: *Familias y políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros*. Publicación de las Naciones Unidas: Santiago de Chile, 2007.
- Kessler, G.: *Sociología del delito amateur*, Paidós: Buenos Aires, 2004.
- Kessler, G.: "Interrogantes pendientes sobre el delito urbano en la Argentina". *ESTUDIOS*, N° 32, julio-diciembre 2014, 203-217.
- Kessler, G. y Dimarco, S.: "Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires", *Espacio Abierto*, Vol. 22, N° 2, abril-junio, Universidad del Zulia, Venezuela, 2013.
- LATFEM: "Ni demagogia punitiva ni garantismo misógino ¡Ni Una Menos!". *LATFEM. Periodismo feminista*, 2017.
- Longo, M. E.: "Género y trayectorias laborales. Un análisis del entramado permanente de exclusiones en el trabajo", *Trayectorias*, Vol. 11, N° 28, enero-junio, 2009, 118-141. Universidad Autónoma de Nuevo León Monterrey, Nuevo León, México.
- Míguez, D.: *Los pibes chorros. Estigma y marginación*, Capital Intelectual: Buenos Aires, 2004.
- Míguez, D.: "Transgresión y pobreza urbana: ideología, ética y teoría en la constitución de un campo", *Etnografías contemporáneas*, UNSAM, Buenos Aires, Año 2, N° 2, abril, 2006.
- Míguez, D.: *Delito y Cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*, Biblos: Buenos Aires, 2008.
- Míguez, D.: "Algunas precisiones sobre la relación entre pobreza, juventud y violencia: exploraciones etnográficas y estadísticas comparadas", en: Saintout, F. (comp.): *Jóvenes argentinos: pensar lo político*, Prometeo: Buenos Aires, 2010.
- Núcleo de Estudios sobre la Violencia y la Muerte: "Víctimas de segunda". *Revista Anfibia*, 8 feb. 2017.

OIT-PNUD: *Trabajo y familia: Hacia nuevas formas de conciliación con corresponsabilidad social*. Oficina Internacional del Trabajo y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo: Chile, 2009.

Oyhandy, A. (coord.): *Violencias y delitos en la provincia de Buenos Aires. 2009-2012: Un análisis a partir de la estadística oficial*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación: Comisión Provincial por la Memoria: Observatorio de Políticas de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires, 2014.

Pauni Jones, S. M: "Las pibas y la violencia: Reflexiones desde una perspectiva de género", en: Rodríguez Alzueta, E. (comp.): *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*, Malisia: Buenos Aires, 2016.

Pereyra, M.: "Como te ven te tratan. La percepción social de la violencia contra las mujeres y los medios de comunicación", Congreso Latinoamericano de Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Previtali, M.: *Entre bailes, fútbol y evangelios. Una etnografía sobre sociabilidades y violencias en jóvenes de la ciudad de Córdoba* (tesis doctoral), Facultad de Ciencias Sociales—Universidad de Buenos Aires, Córdoba, 2014.

Rodríguez Alzueta, E. (comp.): *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*, Malisia: Buenos Aires, 2016.

Rossini, G.: "Vagos, pibes chorros y transformaciones de la sociabilidad en tres barrios periféricos en una ciudad entrerriana", en: Isla, A. y Míguez, D. (coords.): *Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*, Editorial de las Ciencias: Buenos Aires, 2003.

Sandá, R.: ¿Qué onda las pibas? *Página 12*, 2017.

Segato, R. L.: *Las estructuras elementales de la violencia*, Universidad Nacional de Quilmes: Bernal, 2003.

Segura, R.: "Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico", *Cuadernos del IDES*, 9, 2006, 3-24.

Tessa, S.: "Las chicas de la esquina", *Página 12*, 2013.

Tonkonoff, S.: "Tres movimientos para explicar porqué los pibes chorros visten ropas deportivas",

en: AAVV, *La Sociología Ahora*. Siglo XXI: Buenos Aires, 2007 [republicado en *Cuestiones Criminales*, 1 (1), Jun., 2018].

Hacerse jóvenes andando en la calle

Sociabilidades y violencias en espacios liminales de Villa El Nailon, Córdoba*

Becoming youngs wondering around in the street. Sociabilities and violence in liminal spaces of Villa El Nailon, Córdoba.

RECIBIDO: 14/12/17
ACEPTADO: 26/3/18

María Elena Previtali

Universidad Nacional de Córdoba

Resumen

El presente artículo analiza etnográficamente las vidas de jóvenes que habitan en una villa de la ciudad de Córdoba, signada como tantas otras a procesos de exclusión y ostigamiento institucional. Pretende mostrar cómo estos jóvenes experimentan las *andadas en la calle* y las violencias que en ellas protagonizan, describiendo no sólo qué hacen las violencias con ellos, sino también qué hacen ellos con las violencias. A partir de un trabajo de campo etnográfico de siete años he documentado los procesos de socialización y de sociabilidad que se forjan dentro de una compleja red de relaciones altamente endogámica, donde las lógicas del honor, la reputación y los prestigios (familiares y personales) rigen gran parte de las mismas.

El trabajo sobre ciertas trayectorias particulares, Tali y Maco, me permite dar cuenta de procesos de construcción identitarios que muestran ambigüedades y tensiones irresolubles. Aquellas que definen la misma condición de liminalidad con la que estos jóvenes transitan su paso desde la niñez a la adultez. Esta liminalidad se configura en tanto estos chicos y chicas comienzan a experimentar prácticas de sociabilidad en los distintos “entres” que se construyen tanto espacial como simbólica y moralmente. Así, en las disyuntivas de ser *un chico que anda en la calle* o *un chico de su casa* se juegan no sólo capitales y prestigios personales, sino también familiares y parentales. Y es allí donde niños y jóvenes negocian con adultos, otros jóvenes y agentes del Estado cómo significarán y desarrollarán estas disyuntivas, mostrando que muchas veces éstas se combinan de formas ambiguas y no dicotómicas, y se construyen así identidades que apelan o que se ven atravesadas por diversas formas de violencias. Se construyen así identidades situaciones, lábiles y abiertas a las dinámicas de relaciones sociales que devienen siempre en la bisagra, bisagra que a veces se dirime entre la vida y la muerte.

Abstract

This article analyzes ethnographically the lives of young people who live in a villa in the city of Córdoba, signed like so many others to processes of exclusion and institutional persecution. It aims to show how these youngsters experience the *strolls on the streets* and the violence that they are involved in, describing not only what violence does to them, but also what they do with violence. From a seven-year ethnographic fieldwork I have documented the processes of socialization and sociability that are forged within a complex network of relationships highly endogamic, where the logics of honor, reputation and prestige (family and personal) govern much of them.

Working on certain particular trajectories, Tali and Maco, allows me to account the identity construction processes that show ambiguities and irresolvable tensions. Those that define the same condition of liminality with which these young people pass their passage from childhood to adulthood. This liminality is configured as these boys and girls begin to experience social practices in the different “betweens” that are built both spatially and symbolically and morally. Thus, in the dilemmas of being a *boy who strolls in the street* or a *boy of his house* they play not only capitals and personal prestige, but also family and parental. And it is there where children and young boys negotiate with adults, other young boys and agents of the State how these disjuncts will mean and develop, showing that many times these combine in ambiguous and non-dichotomous ways, and identities are thus constructed that appeal or that are crossed by different forms of violence. Situations identities are thus constructed, labile and open to the dynamics of social relations that always become the hinge, hinge that sometimes is between life and death.

* El presente artículo constituye una reelaboración del capítulo 2 de la tesis de doctorado presentada por la autora y defendida en marzo de 2015, titulada: “Entre bailes, fútbol y evangelios. Una etnografía sobre sociabilidades y violencias en jóvenes de la ciudad de Córdoba.” El trabajo de campo para dicha tesis fue realizado entre los años 2005 y 2012 y constó de observaciones participantes de diversas situaciones y eventos de la vida social, familiar y grupal de los jóvenes de la villa, así como de entrevistas y charlas informales con éstos y con diversos integrantes de la comunidad.

Introducción

Luego de un partido de fútbol entre el equipo de la villa y el de Hipólito, algunos espectadores seguían disfrutando de la tarde, de los encuentros, de las miradas. Estaban los que acababan de jugar al fútbol, descansando del partido sentados sobre el cordón de la vereda, y estaban los que sólo habían ido *a ambientar*, pero que no estaban dispuestos a ensuciar su ropa y arruinar su aspecto en la tierra de la cancha.

Comentando con Lara y Betiana sobre quiénes andaban circulando por allí esa tarde observo dos grupos de chicos de unos seis integrantes cada uno. Sus vestimentas consistían en buzos de algodón o polar, algunos de color llamativo; pantalones de gabardina o jean, algunos con bolsillos a los costados. La ropa lucía como nueva o muy limpia. Ambos grupos avanzan al encuentro de los otros sobre la calle de asfalto para luego intercambian gestos y movimientos que daban cuenta de que se conocían previamente. Uno de ellos escupe a un chico del otro grupo. Luego se empujan y uno tira un objeto que tenía en la mano. Tanto unos como otros se reían de la situación, que al parecer estaban disfrutando. Mientras tanto, Lara y Betiana, que pretendían disimular la ropa sucia de haber estado limpiando la casa de Lara, reconocían que entre estos *chicos de Hipólito*¹ estaban aquellos que les gustaban, y bajando el tono de la voz también agregan que esos chicos *son choros*. *Ser choro* puede ser presentado y reconocido como algo a sancionar moralmente, al mismo tiempo en que puede constituirse en el rasgo más atractivo de un posible candidato amoroso. En estos encuentros entre chicos, entre chicos y chicas, entre adultos y jóvenes, entre niños y jóvenes, se van definiendo las tramas relaciones en las que chicos y chicas de Villa El Nailon pueden forjar sus construcciones identitarias. Dichas relaciones van construyendo sentidos diferenciales sobre quiénes son y cómo son los jóvenes de la comunidad. En ese devenir jóvenes tienen un lugar particular las violencias que atraviesan sus vidas.

* * *

A partir del trabajo de campo en Villa El Nailon he documentado cómo "los jóvenes"² son construidos a partir de experiencias de indefiniciones, riesgos, liminaridades, dilemas morales, que éstos comenzarían a transitar, a *andar* en el proceso de hacerse "jóvenes de una villa". Las legitimidades e ilegitimidades construidas en torno a las violencias que pueden vivenciar y producir en las *andadas en la calle* no se construyen de modos estáticos, coherentes, de una vez y para siempre. Las prácticas y

¹ Hipólito Yrigoyen es un barrio de la ciudad de Córdoba ubicado al noroeste de la misma y colinda con Villa El Nailon y Marqués de Sobremonte.

² Las comillas simples serán usadas para relativizar o resaltar expresiones, mientras que las comillas dobles serán usadas para citas y nociones de autores, y las cursivas para las expresiones nativas de mis interlocutores en el campo. Los nombres de los mismos han sido modificados a los fines preservar la intimidad de éstos. Se utilizará sólo el masculino en la pluralización de "joven" y "niño" para facilitar la lectura, pero en ello se están contemplando los múltiples modos de ser joven genéricamente, lo que incluso puede exceder el binomio masculino/femenino.

significaciones sobre éstas van variando en las diversas situaciones y contextos, haciendo de las mismas proceso dinámicos y complejos, como las relaciones sociales de las que son producto. Del mismo modo, las identidades que los jóvenes construyen a partir de éstas también se observan ambiguas, siempre en un *entre*, variables, dinámicas, nunca acabadas (Hall, 2003).

En esta línea, el presente artículo buscará mostrar cómo los modos de *andar en la calle*, de transitar entre mundos morales aparentemente dicotómicos, de asumir y hacer cuerpo ciertas interpelaciones a las que son llamados en tanto “jóvenes”, o bien de contestarlas, es que éstos devienen tales de ese modo: “andando sus identidades”.

A través de la comprensión etnográfica de los modos de circulación de los jóvenes por los distintos espacios que habitan, los enfrentamientos que protagonizan en éstos con otros jóvenes, así como los sentidos que éstos adquieren al interior de sus grupos familiares y en sus barrios, analizo los sentidos referidos a las prácticas violentas que desarrollan en sus intercambios en *la calle*³.

La trayectoria de Tali, así como la de su hermano Maco⁴ me servirán para mostrar justamente ese permanente *entre* en el que se mueven los jóvenes. La temprana apropiación de Tali de *la calle* y luego su continuo afán por mostrarse alejado de ésta, en combinación con la presentación de sí ligada al conocimiento profundo y valorado de los códigos de *la calle*, lo colocan en la posición bisagra que aquí me interesa analizar. La vida de Maco zigzagueante entre tiros y carros, y una masculinidad legitimada comunitariamente lo muestran en una permanente tensión propia de una liminalidad construidas desde violencias estructurales, así como de profundos sufrimientos subjetivos que decantan en violencias familiares. Las experiencias y significaciones que Tali y Maco fueron construyendo a lo largo de sus vidas respecto a *la calle*, lo que en ella se ganan, aprenden, así como lo que se pone en riesgo y perjudica, me permitirán mostrar cómo se construyen identidades juveniles en una villa de Córdoba, donde las incertidumbres y liminaridades emergen de particularidades locales, pero siempre en relación a transformaciones y condiciones macro-sociales.

La comprensión de estas dimensiones de las sociabilidades juveniles⁵ debe realizarse a la luz de las relaciones que chicos y chicas entablan con distintos actores en juego. Las familias, adultos, niños/as, miembros de las escuelas, gestores políticos, etc. forman parte ineludible de los escenarios en los que jóvenes de una villa despliegan prácticas y sentidos en torno a *la calle* como espacio central en sus vidas. De este modo, las vicisitudes, significaciones, dinámicas y conflictos, que la familia de Tali atravesó

³ He realizado observaciones participantes en actividades que realizan los chicos y chicas de villa El Nailon y que implican trasladarse hacia barrios aledaños o bien reunirse en la villa, he ido a los bailes de cuarteto que se realizan en la zona, y hemos ido a visitar a los cantantes que viven cerca de sus barrios.

⁴ Si bien no realizo aquí un trabajo sobre trayectorias en tanto reconstrucción profunda y 'acabada' sobre de vida de alguien, sí me apoyo en el trabajo de Auyero (2004) para entender que los trayectos (discontinuos, dinámicos, incompletos) sólo se comprenden sobre el entendimiento de una trama social más amplia, de una red de relaciones estructurales que las sostiene y les da sentido.

⁵ Tomo la noción de sociabilidad que desarrollara Simmel (2003) y que es luego ampliada por otros autores (Dubet y Martuccelli, 1998; Míguez, 2008; Chaves, 2010) para trabajar sobre los modos de estar con otros que desarrollan los jóvenes, construyendo reglas y sentidos sobre ese “estar juntos” en el que su finalidad principal no es otra que compartir ese tiempo y espacio y en donde priorizan los sentimientos, emociones y deseos por sobre la respuesta a conductas estandarizadas y esperadas desde parámetros tradicionales.

durante la etapa en que éste comenzaba a erigirse como "joven"⁶ me permiten ilustrar con profundidad etnográfica cómo se puedan configurar las dinámicas comunitarias, familiares, institucionales, para que chicos y chicas de una villa de Córdoba diriman sus trayectorias en tanto "jóvenes", y cómo las violencias que emergen y se construyen como tales en *la calle* son claves para comprender dicho proceso. Estas identidades lábiles, múltiples, fluidas, se constituyen por procesos de oposicionamiento y diferenciación con "otros" (Hall, 2003). Procesos que para los jóvenes de la villa se traduce muchas veces en rivalidades que se (re)producen (a veces porque se "heredan"), y resignifican con grupos de jóvenes de otros barrios, así como con grupos al interior de la villa.

Los desarrollos de Hall me permiten dar lugar al análisis de identidades que no son posiciones fijas en una estructura, sino relativas a los contextos históricos y situaciones, así como "volátiles y subsumidas a la voluntad del individuo" (Restrepo, 2004: 58). En esta no linealidad en las construcciones de adscripciones identitarias, los jóvenes pueden no sólo convivir con múltiples identidades (Restrepo, 2004; Sen, 2007), sino que éstas pueden yuxtaponer antagonismos y aparentes contradicciones.

En este sentido, analizo las relaciones que jóvenes de Villa El Nailon forjan con jóvenes *del Pueblito* (en *el Marqués*)⁷. Estas prácticas pueden no formar parte de acciones delictivas, y son más bien experimentadas como actividades legítimas para construir identidades valoradas en sus relaciones sociales. Así veremos cómo estos enfrentamientos otorgan la posibilidad del encuentro con un Otro que hace emerger aquello que de semejante construyen en esa relación (Restrepo, 2004).

Distintos autores en nuestro contexto han analizado estos intercambios entre jóvenes de sectores populares mostrando cómo la violencia puede constituirse en un capital que los posiciona de manera favorable o desfavorable ante otros según qué se juegue en las distintas situaciones (Kessler, 2002b; Rossini, 2003; Míguez, 2008; Garriga Zucal, 2010). Articulando la construcción de identidades, los espacios barriales y las violencias Garriga Zucal plantea la identidad como "una ficción verdadera que nos hace parte de un 'nosotros', una marca distintiva construida para diferenciarnos" (2011: 19), enfatizando así el eje relacional de ésta, que se produce y construye en cada encuentro con la presencia de un "otro", que posibilita así erigir reconocimientos propios en un "nosotros".

A su vez, concibo las identidades como construcciones socio-culturales para sí y para otros que al no darse nunca como procesos acabados y coherentes conllevan las ambigüedades y tensiones de toda trama relacional y situada. Las vidas de jóvenes, interpeladas muchas veces a ocupar posiciones de indeterminación y liminalidad, permiten observar más que otras, cómo los jóvenes resuelven y transitan las ambigüedades, violencias y los *entre* en que se desarrollan sus vidas. Me interesa entonces analizar aquí cómo "jóvenes de la villa" se construyen como tales a partir de

⁶ Entiendo desde Lenoir (1993) que desde la indagación sociológica es posible rastrear la "invención" de categorías, terminologías, "problemáticas", como la de la juventud o los jóvenes, y así comprender el proceso por el cual ésta devino en foco de atención, en motivo para la creación y sostenimiento de agencias, actores e intereses en torno a la misma.

⁷ *El Marqués* y *el pueblito* son dos modos nativos en que los habitantes de aquella zona de la ciudad se refieren a quienes habitan en dos sectores delimitados de barrios Marqués de Sobremonte.

ciertos modos de ocupar ese espacio de *la calle*. A partir de desentrañar antropológicamente quiénes son los jóvenes en la villa muestro el lugar que *la calle*, como espacio físico, pero principalmente social y simbólico, ocupa en sus vidas; cómo los modos de ocupar y significar *la calle*, y las violencias que en ella pueden experimentar, se torna crucial para comprender la construcción de identidades en jóvenes de una villa de Córdoba.

Villa El Nailon... entre *la calle* y la casa

Villa El Nailon se encuentra en el cruce de cuatro barrios importantes de la ciudad de Córdoba (Marqués de Sobremonte, Sargento Cabral, Alta Córdoba e Hipólito Yrigoyen⁸), a dos kilómetros del centro de la ciudad. Esta villa se construyó a los costados de las vías del tren de carga General Belgrano⁹ y rodeando hacia el noreste parte de la central de energía nuclear Dioxitek que produce dióxido de uranio¹⁰. Es una de las tradicionalmente llamadas “villas de emergencia” construidas en la ciudad de Córdoba en la década de 1950 bajo el contexto peronista de la época, período durante el cual se implementaron importantes medidas que implicaban una fuerte atención a los sectores más subordinados económicamente, lo cual de todos modos no alcanzó a morigerar la creciente situación de pobreza y exclusión social que estas comunidades vivieron y continúan viviendo desde su creación.

Al acercarse caminando hacia la villa es llamativo el contraste entre caminar por las veredas de los barrios aledaños, donde casi todo parece transcurrir en el interior de las viviendas, y el sumergirse en la villa, donde es posible encontrar a adultos, niños y jóvenes en los pasillos, frente a sus casas, sobre las vías del tren, caminando por las callejuelas, sentados sobre un tronco o un ladrillo. Casi todo sucede “afuera”. Ese *casi* permite dilucidar que hay un *entre*. Entre dos espacios vitales que se articulan de maneras imbricadas: la casa y la calle.

Los jóvenes y los niños son los sujetos predominantes en la circulación y ocupación de ese “afuera” de las casas. Tantos unos como otros circulan permanentemente entre una casa y otra, entre pasillos, ocupan distintos lugares, distintos grupos, se reúnen, juegan, miran a quienes pasan. En Villa El Nailon los espacios se ocupan de diversas formas; y la configuración física de sus casas, callejuelas y pasillos permite dar lugar a estas múltiples formas de estar en ella. Algunas viviendas están separadas entre sí por tejidos de alambre, otras están conectadas por largos pasillos que a modo laberíntico permiten pasar de pequeños patios al comedor de otra casa, hasta llegar a una calle central. Por momentos pareciera haber una mayor intencionalidad de diferenciar

⁸ Alta Córdoba es uno de los barrios más antiguos y tradicionales de Córdoba. Es además uno de los considerados “barrios pueblo” por ser uno de los primeros barrios de la ciudad y por sumarse durante la primera mitad del siglo XX a ciertos intentos independentistas del resto de la ciudad. En el caso de Marqués de Sobremonte es uno de los barrios que más espacio abarca territorialmente, mientras que Sargento Cabral e Hipólito Yrigoyen son considerados barrios populares y de renombre en la ciudad.

⁹ El tren continúa pasando dos veces por días a alta velocidad y a sólo tres metros de las viviendas.

¹⁰ La planta funciona en dicho lugar desde el año 1982, sin embargo, recién desde el año 2011 comenzaron algunas gestiones desde la Municipalidad para exigir el traslado de la misma, sumado a reclamos de vecinos que exigían su retiro del barrio por lo que consideraban problemas ambientales y a la salud que ésta pudiera provocar. Entre los habitantes de la villa conviven apreciaciones que no adjudican ningún mal ni riesgo a la existencia de la planta, con aquellas que le adjudican la responsabilidad de enfermedades como cáncer y úlceras en algunas personas.

espacialmente una casa y otra, pero generalmente esto no se traduce en los usos y prácticas de intercambios y ayudas mutuas constantes¹¹.

Las viviendas suelen tener un espacio alrededor de la estructura techada de la misma donde transcurre gran parte de la vida social de la familia: es donde se toma mate, donde se charla y comentan entre familiares y vecinos, donde los más pequeños aprenden a caminar, donde se lava la ropa, donde se arregla la moto, la bici, el carro. Es un espacio que permite observar lo que sucede más allá y tener un asiduo contacto con quienes circulan, pasan, se van y llegan. No sólo las características de los materiales que delimitan el espacio propio con el "afuera" (puertas, alambrados, rejas) dan cuenta de esta separación que a la vez no pretende serlo, sino que es principalmente el permanente flujo de personas entre éstos lo que muestra cómo la cotidianeidad de estas familias se desarrolla "adentro", en el "afuera" y en el "entre" de las viviendas. La vida, y principalmente la vida de los niños, niñas y jóvenes, sucede fundamentalmente en ese "entre". Entre un supuesto adentro y un supuesto afuera.

Las distintas familias que fueron poblando la villa configuraron los distintos espacios y sus usos a partir de las alianzas y distanciamientos construidos entre los mismos. A la manera en que Elias y Scotson (2001) plantean la relación entre "establecidos" y "outsiders" a partir de la marcación entre quienes llegaron primero y quienes llegaron después, en Villa El Nailon la diferenciación entre los Villega, como primeros en ocupar los terrenos, y los Ortega, como llegados de un posterior proceso migratorio provenientes de la localidad de Mansilla, produce diferentes modos y distribuciones en las ocupaciones y usos del espacio, así como legitimidades construidas sobre las mismas.

Los chicos y chicas en la villa han crecido en un entorno en el que conviven con un alto número de personas que constituyen para ellos vínculos significativos en tanto son clasificados en algún grado de la estructura parental. Esta red de relaciones parentales y de afinidades es vivenciada por las distintas generaciones en la villa como un entorno que brinda resguardo y seguridad ante peligros que se adjudican principalmente al afuera de la villa. El riesgo siempre suele provenir de otros barrios, pero difícilmente desde el interior de la misma.

Durante el día los niños y niñas pueden circular libremente entre una casa y otra, por las calles y pasillos de la villa y siempre habrá algún adulto cerca que, si no es familiar, los conoce y conoce a sus padres. Muchos adultos organizan permisos y límites a partir de un saber compartido de que sus hijos están "vigilados" por la mirada de otros adultos que circulan por el lugar y que muy probablemente son familiares más o menos directos de éstos. A esto se suma el hecho de que la villa sea un espacio que no es generalmente transitado por otras personas más que por quienes allí habitan, lo cual constituye una garantía de que allí no encontrarán "extraños". Esto encierra la paradoja de que aquellas representaciones de que la villa es un lugar "peligroso", construidas generalmente en el afuera, son las que al mismo tiempo constituyen un resguardo en

¹¹ Fue paradójico el afán con que dos familias se esforzaron hasta llegar a construir un alambrado romboidal de dos metros de alto que separara el espacio verde que unía sus dos viviendas. Sin embargo, éste alambrado dificultó el fluido intercambio que venían sosteniendo ambas familias (alimentos, niños, charlas), aunque por otro lado acercó más sus viviendas a los modos "tradicionales" de clase media de nuestra sociedad de delimitación de la propiedad privada.

tanto garantizan el no ingreso de aquellos “otros” que, en tanto los subvaloran¹², pueden ser otros “peligrosos” para sus hijos. Delia, una mujer de 45 años y madre de cinco hijos, describe cómo los chicos se mueven constantemente de un lado a otro dentro de la villa y de esa forma están a resguardo de los riesgos que se hallan fuera de ésta: *Vos viste que acá no entra nadie... si acá es como una gran familia...*

Los niños aprenden desde pequeños a manejarse por el lugar, y adquieren así destrezas para moverse entre los escombros, la basura, las vías del tren, los carros y caballos. En ese andar no sufren mayores accidentes, ya que la habilidad que adquieren en esa práctica los protege en parte de riesgos que otros niños no sortearían fácilmente. *Si los chicos en los ranchos saben cuando viene el tren... ellos saben... y vos viste que nunca el tren ha agarrado a algún chico. Si no es culpa del tren...*, comenta Nati a razón de que en el año 2009 el tren alcanzara a una niña, amputándole algunos dedos de la mano de ésta.

Las instancias en las que he observado a los más pequeños jugando con objetos punzantes, chapas oxidadas, cerca de la basura acumulada o del humo cuando la quemaban, y a pocos metros de los caballos, me confrontaban permanentemente con las sensaciones de “riesgo permanente” que todo ello me inspiraba, según mis propios criterios respecto a “lo riesgoso” y lo “seguro”. En un intento de construir allí una distancia analítica que me permita comprenderlo pienso en la noción de *habitus* de Bourdieu (1997) para analizar esta incorporación hecha cuerpo, desde temprana edad, de una condición social, de una posición social y económica que hace que estos niños crezcan con un sentimiento que, lejos de ser el temor ante “el afuera”, sea una fascinación por ese “mundo de *la calle*”, aún con sus “riesgos” y “peligros”, que no serían vividos como tales. Así lo expresan algunas de las madres en referencia a sus hijos más pequeños, aquellos que recién comienzan a caminar o incluso que aún gatean:

¡El Piri quiere estar en la calle! Si no está en la calle empieza a llorar (Victoria, sobre su hijo de 8 meses).

¿sabés lo que quiere? Quiere calle, quiere calle... por eso llora (Bety, sobre su nieta de 6 meses).

El Miqueas no sabe caminar pero vos te descuidás y ya se fue a la calle. ¡Se va solo a lo de la vecina! (Rosa sobre su nieto de 10 meses).

En ese “entre” espacial en el que desde pequeños van forjando subjetividades, los niños también van formando parte de la trama de sentidos en la cual *la calle* y la casa aparecen no sólo como espacios físicos aparentemente delimitados, sino como mundos moralmente diferenciados¹³, donde lo que los distingue no es tanto dónde se está sino qué se hace en ellos, o principalmente cómo se hacen “jóvenes”, y qué jóvenes se hacen en ellos. De este modo, los sentidos divergentes o compartidos que, tanto para los adultos como para los jóvenes, adquieren el *andar en la calle* o *estar en la casa* aparecen

¹² Di Leo (2013) analiza con la categoría “miradas que lastiman” cómo la estereotipación que los jóvenes de estos barrios reciben por parte de aquellos barrios de clase social más acomodada se constituye en una de las principales violencias que vivencian en sus vidas.

¹³ Da Matta toma estos ámbitos no sólo como espacios geográficos sino—y principalmente—como “entidades morales, esferas de acción social, provincias éticas dotadas de positividad, dominios culturales institucionalizados y, por causa de eso, capaces de despertar emociones, relaciones, leyes, oraciones, músicas e imágenes estéticamente modeladas e inspiradas” (DaMatta, 1997: 15, *traducción propia*).

como correlatos morales¹⁴ de *ser un chico o una chica que anda* o *ser un chico o una chica de su casa*.

Estos parámetros morales no se presentan de manera tan claros o discretos en las vidas de los jóvenes y sus familias, sino que más bien muestran una fluctuación, un permanente ir y venir, o bien una convivencia, no sólo espacial sino simbólico y moral de estos sentidos muchas veces presentados de modos dicotomizantes. Como veremos a continuación para el caso de Tali y su familia, esta configuración de un “entre” (Turner, 1999) en el que los jóvenes devienen como etapa liminal (Levi y Schmit, 1996; Margulis y Urresti, 2008) puede extenderse durante varios años, y es vivenciada por los propios jóvenes y sus familiares como momento de indefinición, suspensión temporaria de ciertas normas y posiciones. A partir de transitar estas experiencias los jóvenes se constituyen como tales, reafirman dicha condición que se les adjudica, y en ese mismo proceso dan fuerza a ciertas dimensiones claves de la estructura social de la cual forman parte.

Tali y la construcción de sí en *la calle* y *la casa*

Tali nació y creció en Villa El Nailon junto con sus hermanos mayores por parte de madre y con sus hermanos menores por parte de madre y padre. Desde que su madre se unió en pareja con Osvaldo Ortega, a quien considera su padre, vive con ambos, una hermana mayor, y dos hermanas y un hermano menores que él. Durante su temprana infancia, Tali construyó una fuerte afinidad y amistad con Yoni, quien fuera a su vez hermano por línea paterna de sus propios hermanos mayores¹⁵. Con Yoni experimentaron todas las travesuras y dañadas que en la villa caracterizan a los niños y niñas del lugar. Juntos aprendieron desde pequeños a *andar en la calle*, a conocer algunos barrios de los alrededores, a saltar tapias, y a escaparse de la policía¹⁶. Cuando lo conocí a Tali tenía 13 años, y en una ocasión me comentó que a Yoni lo había llevado la policía. *¡Lo llevaron por DP al Yoni! ¡Está becho un indio el Yoni!* Llevar por DP es llevar “a Disposición Padres”¹⁷. Desde entonces sus vidas comenzaban a tomar rumbos distanciados. Tali se juntaba más con amigos de la escuela y Yoni afianzó amistad con los amigos de la villa y de *la calle*¹⁸.

¹⁴ Entiendo desde los desarrollos de Balbi (2007) que los valores morales contienen un triple carácter: cognitivo, emotivo y moral de manera tal de darle importancia no sólo a lo que se enuncia y se sostiene discursivamente, sino a cómo dichas valoraciones cobran matices y heterogeneidades en las distintas circunstancias en las que anclan en las prácticas de los individuos. Por tanto, entiendo desde los desarrollos del autor que los valores morales no sólo contienen una jerarquización en juicios respecto el objeto o acción en cuestión, sino que entrañan un modo de comportarse y conducirse en las interacciones sociales, como guía en la orientación de conductas. Por último, vale resaltar que el entendimiento de las moralidades se debe realizar en consideración de los contextos de significación en que tienen lugar y por tanto éstas deben interpretarse situacionalmente, para lo cual el tomar todos los desarrollos de Evans-Pritchard (1976). En una línea semejante Míguez (2004) plantea que “las actitudes de la gente son fundamentalmente situacionales. Es decir: los individuos reaccionan en relación a un conjunto básico de valores que guían sus acciones; pero la manera en que aplican esos valores varía de acuerdo al contexto en el que están inmersos. Y eso a veces da lugar a posiciones contradictorias” (Míguez, 2004: 45).

¹⁵ Yoni y los hermanos mayores de Tali son hijos de Bety y de Marcio Villegas.

¹⁶ Durante algunas de las primeras charlas con Tali se extendía en largos relatos en los que daba detalles sobre cómo habían logrado burlar con Yoni detenciones policiales, huidas de la comisaría y demás hazañas.

¹⁷ Como el código penal ni el contravencional les permite detener a menores de 18 años, la policía creó la figura de DP a través de la cual detienen a un menor y llaman a los padres para que vayan a retirarlo.

¹⁸ Desde entonces Yoni nunca dejó la calle y comenzó una “carrera institucional” (Previtali, 2012) que lo llevó a cinco años de prisión por delito penal. Pena que todavía se encuentra cumpliendo.

Tali participaba por entonces de algunas actividades que organizaban los sacerdotes misioneros católicos que trabajaban en la villa, y a los pocos meses sus padres se involucraron de lleno en una iglesia evangélica ubicada en Alta Córdoba, a lo cual sumaron a todos sus hijos. Al mismo tiempo, había iniciado el primer año del nivel secundario de la escuela, y el resto del día lo dedicaba en gran parte a jugar al fútbol con sus amigos de la escuela (de los cuales algunos también eran de la villa) y con sus hermanos mayores, cuando éstos se lo permitían.

A partir de la adscripción a dichas actividades Tali realizaba una presentación de sí (Goffman, 2006) como un chico alejado de aquellas prácticas que desde las representaciones sociales hegemónicas y homogeneizantes presentan a todos los jóvenes que viven en una villa como jóvenes que no van a la escuela, que están todo el día en la calle y que terminan involucrados en el delito. *Si yo no me junto con los de acá... o sea... mucho tiempo no paso, no me gusta estar mucho tiempo acá en la villa*, decía en relación a cuáles eran sus espacios favoritos.

Tali lograba así presentarse como *un chico de su casa, un chico diferente a los demás, que no anda con la junta*, al mismo tiempo que se mostraba a través de cierto estilo al hablar, moverse, vestirse como un *chico que tiene calle*, que conoce los códigos de ese mundo y sabe moverse en sus relaciones. Vestido con campera con capucha, pantalón de jean con bolsillos a los costados y zapatillas deportivas, Tali caminaba balanceando levemente su torso mientras me señalaba y nombraba los barrios que se encuentran alrededor de la villa. Esta afinidad con valores y sentidos de *la calle* no se expresaban sólo en la dimensión más gestual y corporal, sino que también en sus referencias al hablar daba cuenta de cierta valoración a prácticas y experiencias que aparentemente él mismo u otros jóvenes habrían desarrollado en *la calle*. Durante nuestros primeros encuentros llamaba la atención la convivencia y el permanente *fluir* entre esta presentación de sí más ligada a ser un chico que *anda* con aquella que lo mostraba más como como *un chico de su casa*.

Male: *¿Vos decías que tratás a veces de que no hagan lío de otro modo?*

Tali: *¡No! si yo paso por cobarde... Ellos sí buscan el lío, pero yo... muchas veces pasás por cobarde. Yo directamente me callo, me quedo callado y dejo que hablen nomás...*

Male: *¿Vos no harías esto que hacen ellos?*

Tali: *No, a mi no me gusta pelear con navaja. Yo si peleo peleo a las trompadas* (entrevista a Tali, septiembre de 2005).

En ese fragmento se observa cómo en primer lugar Tali intenta mostrarse alejado de la recurrencia a las peleas entre bandas, al uso de armas, a la violencia. Pero cuando se siente interpelado a explicitar esta diferenciación con respecto a aquellos jóvenes que sí están dispuestos a buscar lío y pelear, entonces allí la presentación de su persona adscribe a los códigos de *la calle*, donde los jóvenes van al frente y pelean a puño y no con navaja, pero siempre pelean.

De algún modo Tali sabe que ha comenzado a atravesar una etapa de su vida en la cual para sí como para su entorno familiar y social se torna crucial los caminos que

emprenda en la definición de qué tipo de joven será. Este "entre" en el que se mueven los jóvenes cuando comienzan a atravesar una etapa de indefinición respecto a ámbitos sociales y morales donde se moverán sus vidas se puede analizar desde la noción de liminaridad que trabaja Turner (1988, 1999), no desconociendo ciertas distancias entre los ritos de pasaje que trabaja el autor con los procesos aquí contemplados. En el tránsito que implica esta vivencia de la juventud de una etapa de la vida (niñez) a otra (adulthood) se construyen recorridos vitales en donde, como en el caso de Tali, pueden en ciertas circunstancias mostrar adhesión a aspectos y valores de *la calle*, en otras a sentidos y valoraciones de *la casa*, y en muchas situaciones una ambigüedad entre ambas. Esto que desde otros enfoques sería "explicado" sólo como una mera contradicción, puede entenderse desde esta lectura como un proceso inmanente al pasaje hacia la adultez, en el que la más o menos larga liminaridad puede no tener que ver tanto con condiciones socio-económicas (Margulis y Urresti, 2008) sino más con qué sentidos y aspectos de sus mundos sociales están encarnando jóvenes como Tali. Siguiendo entonces a Turner (1988) encontramos que la combinación que se produce durante este período de elementos diferentes entre sí produce la posibilidad de diferenciarlos más claramente más que de mezclarlos. Y mediante ese momento en que se permiten hacer convivir estos elementos es que se regenera la trama social que les dio lugar inicialmente. Se regenera así el tejido social que se había deteriorado por los conflictos surgidos de las distinciones de status y de las discrepancias de las normas estructurales¹⁹. Este "entre" que nos permite interpretar el autor muestra cómo los jóvenes van configurando subjetividades y van construyendo modos de ser que les permiten luego posicionarse en la estructura de relaciones sociales de la villa y de otros espacios de sociabilidad. De este modo, este *andar* en los "entre" constituye una liminaridad que a su vez se hace fundamental para el sostenimiento de comprensiones morales y diferenciadas en los mundos sociales y familiares de estos jóvenes.

Esto no implica que los jóvenes actúan meramente movilizadas como por una corriente que los empuja a actuar de cierto modo sin tener alguna injerencia estratégica en ella, sino que más bien operan también allí modos elegidos y creados por ellos de presentarse ante las distintas personas y situaciones. De esta manera, presentarse como un chico *que tiene calle* le permitía a Tali negociar la aceptación a jugar un partido de fútbol con su hermano Sebastián a amigos de éste, la posibilidad de participar de la iglesia sin por ello caer en un desprestigio, y sobre todo lograr cierto reconocimiento dentro de grupos para él altamente valorados como serían los amigos y primos de sus hermanos mayores. A su vez, mostrarse como un chico más ligado al espacio de *la casa*²⁰ y todo lo que ello implica le permitía a Tali diferenciarse moralmente de aquellas

¹⁹ Si bien esta mirada permite salir de la pretensión de resolver tensiones que se deben sostener como tales para dar sostenimiento y sentido a muchos marcos sociales, al mismo tiempo no quiero dejar de hacer la salvedad respecto a que esta liminaridad que transitan los jóvenes no los hace necesariamente experimentar una *communitas* como desarrolla Turner (1988) para el caso del sacerdocio sanfranciscano y otras experiencias de la "cultura primitiva" y del mundo contemporáneo.

²⁰ Así como la calle, la casa tampoco se reduce al espacio físico donde se habita con la familia, sino que condensa más bien todo un conjunto de símbolos y significados asociados a la vida de bien, al camino de la buena moral y la reputación legitimada comunitariamente.

valoraciones que recaen sobre aquellos que *andan* y que son vistos como quienes no cuidan y valoran la familia, la reputación de ésta, el trabajo, el esfuerzo, etc²¹.

Considerando los dos tipos de comunicaciones que Goffman (2006) distingue para analizar cómo un sujeto busca definir una situación y una valoración de sí a partir del rol que construye ante otros, en el caso de Tali no se trataría meramente de una presentación verbal de cierta fachada que entra en “contradicción” con lo que mostraba su conducta, su cuerpo y su estilo. Sino que más bien Tali apelaba a la demostración de signos propios de ambos mundos morales, tanto en una comunicación más verbal expresiva como en las expresiones corporales y gestuales de su persona. Tali podía no saber con exactitud qué valoración podía hacer yo respecto a sus *andadas en la calle* y a su “nueva” vida más ligada a la iglesia y a la escuela, pero en sus interacciones con hermanos, primos y vecinos Tali parecía también apelar tanto a unas como a otras en una misma escena, mostrando que ambas presentaciones y construcciones de sí le resultaban productivas en tanto le permitían ganar ciertos status y prestigios en función de lo que se jugaba en cada contexto.

Tali puede moverse y optar estratégicamente por estos modos de ser “un joven de la villa”, en el marco siempre de ciertas posibilidades que están ciertamente condicionadas por factores estructurales que hacen a la vida en la villa, en el contexto cordobés y nacional más amplio. Tali puede armar una fachada (Goffman, 2006), y ésta podrá ir variando o permaneciendo en función de los diferentes contextos de interacción en los que se encuentre. Pero a su vez, las posibilidades con las que cuenta Tali para armar las distintas fachadas que irán construyendo su persona, están a su vez fuertemente condicionadas por el abanico de opciones que se le presentan en relación a las condiciones educativas, económicas, familiares, culturales en las que su vida se desarrolle. En función de éstas es que la predominancia de *la calle* como espacio de socialización y sociabilidad emerge en la vida de jóvenes como Tali.

Transformaciones en la escuela y el trabajo. ¿Emergencia de un “nuevo espacio”?

Desde que Bety y Osvaldo conformaron su familia se propusieron garantizar ciertas aspiraciones que tenían para con sus hijos y su vida como familia, lo que de algún modo venía a marcar una etapa de diferenciación respecto a las vidas previas de cada uno de ellos²². Querían que sus hijos fueran a la escuela y que finalizaran el nivel secundario. Para ello habían organizado la dinámica familiar de manera tal que con el salario de Osvaldo en el rubro de la construcción, Tali y sus hermanas no tuvieran que salir a trabajar y pudieran dedicar tiempo a la escuela y el estudio. De este modo lo explicaba Bety:

²¹ Douglas (2007) toma de Van Gennep para pensar desde sus desarrollos sobre la contaminación y el peligro, en cómo los estados marginales como pasos de uno a otro se presentan cargados de peligro para los demás en tanto dan cuenta de la indefinición, de quien no está siendo ni una cosa ni otra, y todas las amenazas asociadas a ello.

²² Bety había tenido cinco hijos con Marcio Villagra, pero no habían cohabitado todos juntos como familia, sino que los mayores de estos hijos fueron criados por la madre de Bety, mientras que los menores convivieron durante su infancia con la que fue luego la mujer de Marcio.

Nosotros les damos todo lo que podemos para que ellos estudien, para que sean alguien en la vida. No te digo que les damos oro, porque no tenemos. Pero lo que tenemos se lo damos para que ellos no tengan que trabajar y puedan estudiar. Y lo único que les pedimos es que estudien, que no anden en la calle (entrevista Bety, septiembre de 2007).

Bety daba cuenta de la apuesta familiar que implicaba que sus hijos vayan a la escuela y coloca así a ésta como la institución que a través de sus títulos otorgaría un plus de sentido para aquellos: les permitiría *ser alguien*. Uno de los principales roles que viene a cumplir la escuela dentro de las familias de la villa es el de hacer que sus hijos se mantengan alejados de *la calle*, o por lo menos esa es la ilusión que esta mueve en los adultos y en varios jóvenes. Ilusión en tanto la asistencia a la escuela convive muchas veces con la participación en prácticas propias del mundo de *la calle*²³ como el *choreo*, *andar* por otros barrios, consumo de drogas ilegales, ciertos *negocios*, etc.

De algún modo, durante esos primeros años de apuesta al secundario que realizaba Tali y su familia, podía éste experimentar aquella “espera” o “tolerancia” respecto a la latente exigibilidad de aportar a la familia con un trabajo propio. Esta posibilidad de tener un tiempo de espera antes de las exigencias de insertarse en el sistema productivo del trabajo es una de las características principales que describían el “ser joven” tradicionalmente (Margulis y Urresti, 2008). Este tiempo de espera les permitiría formarse para “la vida adulta”, preparándose en el sistema educativo, aprendiendo un oficio, adquiriendo las condiciones para formar una familia propia, etc. Sin embargo, como bien señalan Margulis y Urresti (2008), en los sectores populares de nuestro país los jóvenes de sectores populares no tendrían la misma posibilidad que los de otros barrios y sectores sociales de gozar de dicha moratoria, por lo que se verían impelidos a ocupar con mayor urgencia roles de sustento económico, de asumir más prontamente roles parentales, de abandonar más tempranamente la escuela. De este modo, aunque muchos de estos jóvenes no encuentren suficientes oportunidades para insertarse laboralmente, y esto entonces implicaría una “moratoria obligada”, vivirían dicha condición con la frustración y presión de tener que responder a ella, lo que tampoco les permitiría sacar verdadero provecho de dicha espera²⁴. Las fuertes expectativas que Bety y Osvaldo tenía sobre la educación formal de Tali contribuían a que éste realizara algunos esfuerzos para no abandonar la escuela. *Problemas de indisciplina*, decía la directora y algunas docentes; discriminación y hostigamiento desde los compañeros e indiferencia por parte de los docentes, contra-argumentaban Tali y sus padres. Así fue como Tali finalmente desistió de persistir en el sistema educativo formal, abocando desde entonces sus actividades a los trabajos temporarios que conseguía, a la participación en la iglesia, a jugar al fútbol con amigos y a las salidas que realizaban con éstos los fines de semana.

²³ Kessler (2002a) plantea que muchos jóvenes con los que él trabajó alternaban entre la participación en prácticas delictivas y los trabajos formales y la escuela, o muchas veces lograban la convivencia de ambas actividades.

²⁴ Para el autor sería la “moratoria vital”, como condición objetiva de contar con mayor lejanía respecto a la muerte, lo que definiría para distintos grupos sociales la juventud como etapa diferencial. Lo cual también puede ser discutido en tanto para estos jóvenes la muerte es experimentada y significada como una posibilidad muy cercana y se constituye así dentro del campo de lo posible, lo que los haría vivir más desde una perspectiva de vidas pueden acortarse muy rápidamente bajo las balas de la policía o bien de un enfrentamiento entre bandas.

La experiencia de Tali en relación a la escuela refleja la de muchos jóvenes que viven bajo condiciones socio-económicas semejantes, donde la desafiliación de espacios institucionales tradicionalmente legitimados se puede explicar a partir del entrecruzamiento de diversos factores. El crecimiento de las desigualdades económicas contribuyó a que grandes sectores se vean en desventaja para acceder a aquellos capitales (culturales, sociales, simbólicos)²⁵ que los acercan a las lógicas propuestas desde el sistema educativo formal. Esto toma un matiz más profundo si consideramos, junto con Saintout (2009), que la escuela, a pesar de las diferentes crisis y deslegitimidades, “se fue consolidando como una de las instituciones de mayor peso en la vida social. Una institución cuyo valor positivo no era puesto en duda” (Saintout, 2009: 127). En este sentido, la exclusión de muchos jóvenes de una de las instituciones que se pensaba como importante factor de integración, incide en la posibilidad de avizorarse con un futuro legitimado socialmente. La misma crisis económica e institucional lleva a que muchos de estos mismos jóvenes que se ven con escasas posibilidades de negociar accesos y permanencias en las escuelas, comienzan a construir expectativas sobre otros ámbitos de inserción social y a devaluar los contenidos, relaciones y lógicas de dichas instituciones (Saintout, 2009; Ramírez, 2013). Y así también caen las expectativas que los docentes pueden construir respecto a los alumnos. Ramírez (2013) plantea dentro de la investigación con jóvenes de sectores populares de Buenos Aires que si bien se continúa valorando positivamente la inserción en la educación formal, los jóvenes perciben que esta institución no parece tener en consideración las distintas realidades socio-culturales de las que ellos provienen y no se sienten convocados desde las propuestas de las mismas, como si ésta no los entendiera. Esto es lo que lleva a que se constituya en un espacio vaciado de los sentidos que otrora tuviera para generaciones anteriores, donde las propuestas pedagógicas parecían acompañar las vidas y aspiraciones de los estudiantes.

Este escenario se da en el marco de transformaciones estructurales que en nuestro país sufrieron una acentuación desde fines de la década de 1970 y que tiene sus más evidentes consecuencias en la desintegración social y política de sus principales instituciones, con la consiguiente deslegitimación y desconfianza que muchos miembros de la sociedad construyen sobre éstas.

Otra de las instituciones que se vio afectada por esta transformación es el trabajo. Wacquant (2007) y Bourgois (2010) señalan la reestructuración que sufrió el mercado de trabajo con la acentuación del capitalismo tardío en diversos contextos en los que la alta disponibilidad de mano de obra comienza a ser distribuida desigualmente en el rubro servicios más que en cualquier otro ámbito de la industria. La lectura que brindan de la modificación acaecida en las opciones que ofrece el mercado de trabajo para los jóvenes de barrios precarizados nos permite comprender con perspectiva global aquello

²⁵ Tomo de Bourdieu las nociones de capital cultural, social y simbólico, donde el primero se refiere a los conocimientos, diplomas, capacidades adquiridos por los sujetos a través de las instancias de formación formales (escuelas, oficios, universidades, etc.); con capital social se refiere a las redes de relaciones sociales, los apoyos y obligaciones que los individuos tienen para con otros y que conforman la red social en la que están insertos; y por capital simbólico entiende que es aquel prestigio y reconocimiento otorgado por todos los participantes del campo, es el capital relativo al campo de relaciones que le dan sentido y le permiten regular relaciones aún careciendo de capital económico (Bourdieu, 1997, 2007).

que Tali y jóvenes de la villa experimentan en las últimas décadas en nuestros contextos particulares:

“El desequilibrio del mercado de trabajo de la industria hacia los servicios con importantes incorporaciones de empleos calificados, por un lado, y generadores de ‘pequeñas changas’ descalificadas, por otro, el impacto de las tecnologías electrónicas e informáticas y la automatización en las fábricas y los sectores terciarios como la seguridad y las finanzas, la caída de los sindicatos de protección social, todos estos factores se han combinado para alimentar la destrucción, la precarización y la degradación del trabajo ofrecido a los jóvenes de los barrios desheredados de las ciudades” (Wacquant, 2007: 43).

Tali ha realizado en los últimos años diversos trabajos y ha fluctuado entre unos y otros en reiteradas oportunidades. Los trabajos más transitorios los desarrollaba en el ámbito de la construcción, permaneciendo en algunas ocasiones hasta tres meses trabajando en una obra, para luego abandonar dicho trabajo (ya sea porque renunciaba o bien porque lo echaban) para volver siempre a su puesto en la feria de verduras. En dicha feria Tali trabaja hace ocho años, con intervalos en los que se dedica a la construcción, o bien está desempleado. En la feria trabaja siempre como vendedor en el mismo puesto, con el mismo patrón. La feria es ambulante: recorre los distintos barrios de la ciudad permaneciendo un día en cada barrio desde temprano en la mañana hasta las 14hs. aproximadamente. Estos horarios implican para Tali tener que levantarse todos los días a las cinco de la mañana para a las seis y media estar en el Mercado Central donde se ocupa de cargar el camión de verduras y frutas, para luego dirigirse a la zona de la ciudad donde descargan y preparan el puesto. También ha trabajado en verdulerías fijas en barrios cercanos a la villa. Si bien el salario percibido en el rubro de la construcción era mayor que lo que cobraba en la feria, Tali sentía que ésta última era “su mundo”. Allí podía desarrollar sus habilidades para socializar:

...son paraguayos también. O sea el dueño del edificio es (uno que es de Córdoba), pero a ese no lo vemos nunca. Pero los demás, los encargados de la obra y todo son paraguayos. (...) No... pero a mi no me gusta eso, porque tenés que estar ahí revocando todo el tiempo, y con esos arneses que te tenés que poner, incómodo para trabajar. A mi no me gusta, viste cómo soy yo. A mi me gusta estar al aire libre como en la feria, tratando con la gente, vender, así... Abí en la obra tenías que estar encerrado todo el tiempo, no te dejan salir para nada, es todo oscuro (Tali, julio de 2011).

Estas habilidades que Tali desarrollaba en la feria luego se las enseña a uno de sus amigos, Santi, que vive en barrio Sargento Cabral y con quien solíamos reunirnos en la puerta de su casa. Le explicaba a Santi cómo debía tratar a las señoras que iban a comprar, cómo hablarles, qué ofrecerles, etc. En este trabajo, que no le garantizaba ni estabilidad ni un salario holgado, le permitía negociar otros capitales. Encontraba allí

un espacio que le permitía construir legitimidades en otras relaciones, como en la relación con Santiago.

Lo cierto es que a la desarticulación del campo de opciones laborales a las que antaño podían acceder antiguas generaciones hay que sumarle “las escasas credenciales educativas y la rotación constante a la cual se ven sometidos a causa de los contratos temporarios” (Svampa, 2000: 142). Los trabajos en la construcción y en el rubro servicios no sólo brindan opciones temporales, sino que se constituyen en espacios que promueven para jóvenes como Tali relaciones con cierto nivel de autoritarismo y escasas posibilidades de sostener dignidades legitimadas en ellas. Tali relataba cómo en uno de los trabajos de albañilería le pedían que traslade una bolsa de cemento, para a los cinco minutos pedirle que las vuelva a trasladar al lugar de origen, para al ratito nuevamente pedirle que las coloque en otro lugar, y así sucesivamente mientras se reían de observar a Tali ir y venir en tal tarea. En la otra punta del continente, y bajo condiciones socio-históricas disímiles, Bourgois (2010) pudo dar cuenta de procesos que bien nos iluminan esto que Tali estaba experimentando. Este autor plantea cómo las transformaciones socio-económicas acaecidas desde los años 80 en adelante en Estados Unidos llevaron a un progresivo deterioro del trabajo industrializado como posibilidad de inserción laboral para los descendientes de puertorriqueños en Harlem y habilitó sólo el rubro servicios con altísimos costos culturales y psicológicos para estos hombres y jóvenes. Las interacciones y las condiciones que implicaban estos trabajos chocaban con las identidades y dignidades masculinas construidas en la “cultura callejera” que éstos venían forjando en la venta de crack.

En nuestros contextos el relativo crecimiento del rubro de la construcción a partir del año 2008 brindó mayores opciones de inserción laboral para muchos jóvenes. Lo que sucedía con dicho ámbito laboral es que éste constituía generalmente una opción transitoria en medio de otros trabajos precarizados que no presentaban competencia en relación a obreros de la construcción con mayor experiencia, referencias y fuerza corporal para algunos requerimientos.

Así, ámbitos que eran tradicionalmente fundamentales para la construcción y sostenimiento de identidades que garantizaban un supuesto tránsito de la juventud a la edad adulta, no estarían constituyéndose en espacios de sociabilidad para desarrollar sus adscripciones identidades más valoradas y legitimadas (Di Leo y Camarotti, 2013)²⁶.

Emergen entonces otros ámbitos donde podrán desarrollar prácticas y construcciones de sí altamente valoradas entre pares. Allí es donde *la calle* cobra relevancia ya que permite insertar en la trama de significados que la constituyen identidades variables, lábiles y dinámicas en función de los momentos históricos y situacionales. Así, los espacios de intercambio con pares, las reuniones cotidianas en

²⁶ En el texto “*Quiero escribir mi historia*”. *Vidas de jóvenes en barrios populares*, los autores trabajan a partir de los relatos biográficos de diez jóvenes de la ciudad de Buenos Aires y del conurbano para analizar cómo estos jóvenes construyen sus vidas a partir de eventos que marcan hitos significativos en las mismas. En estas biografías analizan cómo en el contexto de la “segunda modernidad” y en entornos sociales marcados por la creciente desigualdad y difícil acceso a recursos materiales, éstos jóvenes encuentran otros espacios de desarrollo y de construcción de soportes a diferencia de los ámbitos tradicionales—escuela, familia, iglesia, trabajo—así, el barrio, la calle, las “nuevas iglesias”, los amigos, aparecen como espacios que actualmente cobran presencia en las vidas de los jóvenes con variados sentidos. En esa compilación, Ramírez (2013) analiza cómo el barrio aparece como uno de los principales ámbitos donde construyen pertenencias, como lugar para edificar un nosotros y resguardarse de los temores del afuera, al mismo tiempo en que encuentran en esta reafirmación a partir del barrio la acentuación de aquello que alimenta estigmas que sobre ellos recae por vivir en dichos territorios.

puntos claves del barrio, las salidas a los bailes de cuarteto en grupo, los “osados” recorridos por barrios vecinos, las interacciones ágiles a través de las redes sociales virtuales; todos ellos, comienzan a adquirir cada vez más un lugar central en la comprensión del lugar que ocupan las relaciones mediadas por la violencia. Aquella “cultura callejera” que Bourgois contrapone a las habilidades que les son requeridas a los jóvenes en el rubro servicio de los grandes edificios de Nueva York estaría compuesta principalmente de cierta demostración de capacidad de apelar a la violencia, a la agresión física, de ser alguien que no se deja amedrentar fácilmente, que ostenta masculinidades no cuestionadas. Todas ellas, habilidades y modos de ser y estar adquiridos principalmente en *la calle*.

Los trabajos de Di Leo y Camarotti (2013) plantean los distanciamientos que jóvenes de barrios populares en Buenos Aires experimentan respecto de instituciones como el trabajo y la educación formal como parte de un proceso más amplio de desafiliación de amplios sectores de la población que vienen sufriendo en sus vidas, corporalidades, subjetividades, afectividades, las consecuencias de políticas neoliberales que traen de la mano la deslegitimación y precarización de instituciones que anteriormente se ofrecían como ámbitos donde construir pertenencias, identidades, afiliaciones valederas, etc. Si bien coincido con estos autores en la necesidad de prestar atención a estos procesos de deslegitimación en relación a contextos socio-políticos mayores, me parece oportuno agregar que lo que muchas veces se produce no es un completo alejamiento o desafiliación, sino más bien una transformación de los valores y sentidos anteriormente construidos sobre estas instituciones, para actualmente resignificarlas y reconvertirlas en función de nuevas lógicas de relación y de construcción de vínculos en los jóvenes. En esta consideración por algunas de las instituciones que cumplen roles centrales en la regulación y control de las interacciones entre individuos y entre grupos debe tener lugar también las fuerzas de seguridad, ya que éstas se han tornado en agentes centrales a la hora de comprender cómo las violencias penetran en las vidas de jóvenes de sectores populares y qué hacen éstos con las distintas formas de violencias que atraviesan sus vidas.

Violencias que desencadenan otras violencias

La noción de “violencia institucional” (Wacquant, 2007) permite echar luz sobre los ejercicios de poder discrecional, con o sin uso de la fuerza física, que agentes estatales aplican sobre quiénes ocupan posiciones de exclusión social y no gozan entonces—en las relaciones e instancias más cotidianas y prácticas—de los mismos derechos garantizados a todos los ciudadanos según la Constitución y normativas internacionales de protección de derechos a los que adhiere el Estado²⁷. Esto no puede comprenderse cabalmente sin considerar cuál fue el proceso experimentado en la provincia de Córdoba respecto a políticas de seguridad y criminológicas.

²⁷ Para desarrollar esta definición me apoyo en los trabajos de Tiscornia (1996), Tiscornia y Pita (2005), Bermúdez (2011) y Rodríguez Alzueta (2014).

Así, desde el año 2000 en adelante comenzó a observarse una acentuación en el monopolio del control ejercido desde las fuerzas de seguridad y una progresiva desinversión en materia de prevención, junto con un aumento del gasto público en dispositivos punitivos y de propaganda y visibilización política. Como señala Riveira Beiras, “la seguridad se ha convertido en una mercancía que centra los debates políticos, a la vez que también se recurre como instrumento electoral a las promesas de mayor rigor y severidad” (2005: 19).

Estas direcciones que se tomaban en la provincia acompañaban cambios más globales a nivel nacional. En el año 2000 Argentina importa el modelo de “tolerancia cero” en materia de “seguridad” y “combate contra el crimen” de la mano de William Bratton, quien diseñó medidas policiales ultra represivas para la ciudad de Nueva York (Wacquant, 2004). Dicho modelo fue adoptado por el gobernador de la provincia de Córdoba José Manuel De la Sota, quien firmó en 2004 un convenio con el Manhattan Institute y con la Fundación Axel Blumberg, en el marco del cual se continuaron desarrollando partes de un programa que consistía en la creación del Comando de Acción Preventiva en 2003 (vehículos especiales y policías controlando zonas “peligrosas” de la ciudad); la construcción del complejo penitenciario Bower²⁸ para hombres y mujeres a cinco kilómetros de la ciudad de Córdoba, y del complejo de cinco Institutos de Menores “Nueva Esperanza”; el desarrollo del programa “Mi casa, mi vida” desde el año 2002 y 2003, que consistió en el traslado de 12.000 familias que vivían en “villas de emergencia” a nuevos barrios construidos en zonas alejadas de la ciudad, según disposiciones arquitectónicas y urbanísticas distantes a las lógicas relacionales e intereses de sus habitantes²⁹.

Estos cambios en la gestión de la seguridad fueron inevitablemente acompañados de nuevas configuraciones y estructuraciones socio-espaciales así como nuevas dinámicas en las relaciones barriales, sectoriales, generacionales (Bermúdez y Previtali, 2014). Estas políticas se traducían para los jóvenes de las villas en restricciones concretas a la posibilidad de circular libremente por distintos barrios de la ciudad. Comenzaron a ser constantemente detenidos, controlados y aprehendidos por los agentes policiales, que amparados en el Código de Faltas de la Provincia de Córdoba realizaban constantes controles, detenciones y razzias³⁰. Estas medidas contribuían al cercenamiento en libertades sobre uso del espacio, así como al interior de la villa y de los grupos familiares construía restricciones para la circulación de niños y jóvenes por barrios alejados para las salidas con amigos/as los fines de semana. A su vez, agudizaba el señalamiento de estos grupos sociales como foco de la “peligrosidad social” a través rasgos físicos, en la vestimenta, en los modos de andar y hablar.

²⁸ Este complejo penitenciario, de hombres y mujeres, está localizado en proximidades de la comunidad que lleva el mismo nombre, a cinco kilómetros de la ciudad de Córdoba.

²⁹ Para un análisis de estos programas ver Boito, Sorribas y Espoz (2012) y Hathazy (2014).

³⁰ El 3 y 4 de diciembre de 2013 se produce una huelga policial con acuartelamiento, dejando “zona liberada” en toda la ciudad y desatando una ola de incidentes callejeros, entre ellos saqueos a supermercados y otros comercios, así como linchamientos a jóvenes de sectores populares que circulaban en moto por barrios céntricos de la ciudad. A partir de entonces, y mediante nuevos acuerdos salariales, la policía de la provincia sale a tomar las calles buscando relegitimar su vapuleada imagen post diciembre, y lo hace a través de lo que llamaron “operativos saturación” que consistían básicamente en razzias en barrios populares de Córdoba, ya que se efectuaban allanamientos sin órdenes judiciales en los que detenían a una veintena de varones jóvenes y adultos que permanecían expuestos a la mirada pública durante horas en plazas y espacios abiertos de los barrios.

En el trabajo de campo que he realizado en Villa El Nílon, he observado una articulación compleja entre las violencias de las que los jóvenes son “víctimas” por crecer en contextos de pobreza, y aquellas configuraciones en las que se presentan como hacedores de las situaciones de violencias hacia otros o hacia sus propias vidas (Bourgois, 2010; Epele, 2010)³¹.

Considero, como bien lo expone Rifiotis y Vieira (2012), que en las lecturas de ciertos procesos con violencia conviene tomar los recaudos de no caer en una victimización de los sujetos que impida considerar la capacidad de agencia de éstos para no perder de vista qué están haciendo los jóvenes cuando apelan a algunas formas de violencia en sus relaciones sociales. Este riesgo de la “victimización” se ve ciertamente acentuado cuando trabajamos con grupos sociales que vienen siendo largamente colocados en posiciones antagónicas: como victimarios culpables de los “peores males” de la sociedad, o como víctimas inocentes y pasivas de mecanismos de opresión y exclusión.

En esta línea es que se tornan “útiles para pensar” las propuestas de Butler para articular estas experiencias de jóvenes de sectores populares con violencias y políticas estatales, y ver allí interpelaciones a ocupar posiciones sociales de “vidas que no valen”, que no cuentan, que no se duelen ni se lloran (Butler, 2006). Esta autora plantea cómo se construyen ciertas vidas como vidas “que no valen la pena”, es decir, que no merecen ser dolidas, como sí lo fueron las muertes estadounidenses del 11-S. Podríamos pensar que los jóvenes que habitan en barrios empobrecidos son cada vez más posicionados en la deshumanización de la que hablan Heritier (1996) y Burgat (1996), cayendo muchas veces ellos mismos en cierta desvalorización de sus propias vidas (Previtali, 2012). Siguiendo la idea de continuum de violencia planteada más arriba, he propuesto en otros trabajos (Previtali, 2012) cómo estas posiciones de subvalor que experimentan los jóvenes se estereotipan en interacciones cotidianas con personas de otros barrios y con agentes institucionales, traducándose muchas veces en interacciones recíprocas de uso “naturalizado” de la violencia en las relaciones más cotidianas en el barrio y dentro de sus familias.

Forjarse en *la calle*. Hacerse chicos y chicas en las violencias...

Otra de las expectativas que Bety y Osvaldo tenían respecto a la socialización de sus hijos era que éstos se mantuvieran lo más alejado posible de *las andadas en la calle*, lo cual implicaba reestructurar dispositivos de control espaciales, parentales, de coacciones morales sobre éstos, para así garantizar lo más posible que permanecieran en *la casa*. Estas aspiraciones y sus respectivos mecanismos de control, compartidos por la mayoría de las familias de la villa, se flexibilizaban más para el caso de los varones que para las mujeres. De las chicas se espera que permanezcan más tiempo en la casa y para ellas se rigidizan más estos controles. Esto comentaba Bety al respecto:

³¹ Bourgois (2010) analiza los constantes flujos entre la violencia estructural a las violencias interpersonales. El autor analiza cómo los vendedores de carck pasan de una forma a otra de violencia a través de un continuum en el que no siempre es sencillo dilucidar el paso de una posición a otra.

El Osvaldo siempre le dice a la Sandra que si quieren ir al parque algún día con algunas amigas, que las traiga a las amigas así las conocemos y vemos si son buenas chicas. Porque sino te puede decir que va al parque con la Diana y después resulta que también se va con otras chicas que nosotros no conocemos. La Sandra se sabe juntar a charlar ahí en la puerta con sus amigas y yo le digo que pasen, que vengan adentro, porque sino después se quedan ahí y pasan los chicos y que gritan y corren por ahí. Y no es que ella se ande juntando con los chicos pero viste que acá enseguida empiezan a hablar, entonces yo le digo que no se queden ahí afuera, sino que entren acá con las amigas (Bety, septiembre de 2007).

Estas pretensiones se correspondían con la organización de la dinámica familiar, así como con las progresivas transformaciones que fueron realizando en la construcción de su vivienda y del espacio que delimita a ésta con el “afuera” o pasillos de la villa. Mientras sus hijos eran más pequeños y tenían menos de 12 años, la delimitación entre el espacio que rodea la vivienda y la callejuela de la villa estaba conformado por unos alambres sobre los que se apoyaban unas chapas y maderas. Asimismo, la puerta de ingreso por este alambrado no tenía sistema de cerramiento, por lo que todo aquel que quisiera o tuviera suficiente confianza con los Ortega, podía ingresar por allí. A medida que Tali y sus hermanos menores iban creciendo esta delimitación espacial comenzó a reforzarse. Colocaron chapas de dos metros de alto y reforzaron las maderas. La puerta comenzó a cerrarse con una cadena que se ataba con candado. Sin embargo, las chapas oxidadas que delimitaban el adentro del afuera formaban hendiduras entre sus viejas soldaduras que eran usadas como mirillas fundamentales para reconocer quiénes se acercaban, quienes se alejaban, quienes andaban cerca. Nuevamente, la demarcación no era absoluta, por algún resquicio se sostenía la vinculación con el “afuera”.

Pero las preocupaciones habían comenzado a crecer, y junto con éstas las limitaciones, que se hacían cada vez más infranqueables. Lo cual no evitaba que niños y jóvenes constituyeran diversas estrategias para sortear dichos obstáculos. Uno de ellos, quizás el más importante, es la acción de *pirarse*³². Desde pequeños los jóvenes *se piran* para poder experimentar *la calle* y todo lo que en ella pueden encontrar. Cuando los niños y jóvenes *andan en la calle* generalmente es porque *se han pirado*, sobre todo aquellos que viven controles más estrictos por parte de sus padres.

Facundo³³, hermano menor de Tali, estaba incursionando en *andadas* en barrio Marques de Sobremonte. Visitaba a unas ex compañeras de la escuela que vivían en Marques anexo, y se estaba ganando enemigos varones de la misma zona. En una oportunidad en que lo acompaño *al Marqués* relata:

Facu: *yo ya no voy más solo para allá (al pueblito), es para problemas...*

Male: *¿por qué? ¿qué pasó?*

Facu: *porque la otra vez casi me agarro a trompadas con unos chicos...*

³² Un pequeño de tres años que pregunta por su madre, es respondido por su abuela: *se fue porque vos te andas pirando por ahí*. Pirarse es escaparse, salir de la casa sin permiso de quien corresponda.

³³ Facundo tenía 15 años al momento de esta observación. Desde muy pequeño colabora en el trabajo en el carro con sus hermanos mayores, y en los últimos años ha pasado a ser el responsable de manejar alguno de los carros de su familia, acompañado por sobrinos y primos más pequeños.

Male: *¿por qué? ¿cómo fue?*

Facu: *el sábado a la noche fui para allá y le estaba diciendo cosas a unos chicos y sale uno y me empieza a decir: "dejá de hacerte el vivo que le voy a decir a mi hermano y te vamos a hacer cagar". Entonces yo le dije "vení dale...". Le querían quitar la bicicleta al Benja³⁴, que había ido conmigo, así que le dije que se volviera con la bicicleta y después vino un amigo del chico y estaba el hermano también, pero ellos después dijeron no (se arrepintieron de querer pelear) y se fueron... (Facu, abril de 2011).*

Vestido con un overol de obrero o mecánico de autos, Facu estaba queriendo ostentar de alguna manera su semblante de ya joven más maduro, más parecido a sus hermanos mayores. Recorrer barrios vecinos, ir a visitar amigos, encontrarse con enemigos, son prácticas que permiten ganar experiencia en *la calle*, adquirir estatus en el marco de una clasificación social en la cual *la calle* constituye uno de los principales, sino el principal, espacio de interacción en el cual construir distinciones, reconocimientos, identidades.

Las relaciones de rivalidad y alianza se constituyen, entre otras cuestiones, a partir de limitaciones espaciales, a su vez que esas delimitaciones se forjan a partir de las relaciones de amistad y/o confrontación, y dan cuenta así de cómo éstas están edificadas sobre las dinámicas de viejos y nuevos enfrentamientos. La rivalidad de la villa con *el Marqués* no siempre se vivió del mismo modo por las distintas generaciones. Así, muchas veces los jóvenes reinventan los significados y relaciones en las cuales se desarrollan. Los chicos y chicas con los que trabajé hacen referencia a ciertas posibilidades de construir amistad con algunos grupos *del Marqués*, como vínculos excepcionales que se dan en el marco de una relación de larga data marcada por el conflicto y las disputas, y que los excede y los precede históricamente.

Cuando nos acercábamos con Facu hacia el sector del *pueblito*, él me iba indicando por dónde debíamos doblar y por dónde continuar para llegar a una calle angosta de tierra, un poco más ancha que un automóvil, muy poseada, donde se encontraba la casa de su amiga Mica. Percibí que a cierta altura del recorrido comenzaba a ser fundamental la decisión de qué calles tomar para llegar hasta la casa de su ex compañera. *Por allá por la calle del medio no paso más porque están siempre los chicos esos que te dije*, contaba Facu, fundamentando lo complicado que parecía el circuito que estábamos realizando³⁵. Las percepciones sobre los espacios más próximos, como es el Marqués y el *pueblito*, así como sobre algunas de las relaciones sociales más significativas o eventos fundamentales en sus vidas, se organizan a partir de la siempre latente posibilidad de vivir un enfrentamiento entre los de la villa y *los del marqués*. Esta posibilidad puede surgir ante el intento de evitarla o bien ante la intención de buscar esa confrontación. No siempre esos enfrentamientos tienen un desenlace fatal, como ocurrió en el caso del primo de Nati, sino que muchas veces se desarrollan dentro de un intercambio "controlado" de fuerzas en el que los implicados comparten y acuerdan ciertos sentidos sobre dicho encuentro. No siempre hay una búsqueda de "eliminar" al otro, sino que a

³⁴ Benja es sobrino de Facu y tenía 8 años en ese momento.

³⁵ Estas apropiaciones y vivencias de los espacios y las grupalidades de los jóvenes son analizadas también en Previtali (2014)

partir de una pelea con ciertos chicos o chicas del Marqués o de la villa es posible que cada uno obtenga otros tipos de “beneficios” altamente valorados en sus entornos familiares y comunitarios. A través de estos intercambios con violencia construyen prestigios para unos u otros por mostrarse sin temor, por saber moverse en esas situaciones, así como también pueden adquirir honor³⁶ por ser quien encarna en ciertos momentos la defensa del barrio, del grupo de amigos, de la familia. Si pertenecen a una familia con alta y valorada reputación en la red de relaciones de la villa, los jóvenes deben reafirmar el propio honor y el del grupo de pertenencia (Peristiany, 1968) al “heredar” las rivalidades que forjaron sus hermanos, padres, tíos y situarse del modo socialmente esperado dentro de la lógica de las mismas.

El relato de Facu muestra un intercambio ya sucedido o posible, pero construido dentro de marcos relativamente guionados, donde cada una de las líneas responde a la increpación del desafiante desde la posición de quien en vez de hacer un paso atrás ante la provocación, la enfrenta con valentía. Cuando un chico del *pueblito* se encuentra con uno de la villa sabe que una forma de provocar o alimentar la enemistad que los precede sería a través de una frase como la que Facu relató: *dejá de hacerte el vivo que le voy a decir a mi hermano y te vamos a hacer cagar*. Y cuando se pretende responder a la misma con la intención de mostrar que no se teme a la amenaza, sino que contrariamente a ello se la enfrentará con más valentía que la que el oponente presentaba inicialmente, se debe responder algo como: *vení dale...*

Se podría argumentar que las interacciones que los jóvenes pueden desarrollar en *la calle* tienen mucho de inesperado, desconocido, incierto y riesgoso. Sin embargo, más que una absoluta incertidumbre, lo que orienta muchas veces las interacciones son más ciertas pautas regladas, conocidas, y hasta a veces previsibles (Tambiah, 1997; Míguez, 2008). Peristiany los plantea en términos de “juegos reglamentados” del siguiente modo:

“Luchas, guerras entre ligas políticas o guerreras, (ecffuf) y guerras entre tribus, son juegos estrictamente reglamentados. En ese contexto no socavan el orden social, sino que lo salvaguardan. (...) Ese ritual de conflicto, pretende Bourdieu, constituye una perfecta expresión de la lógica del honor, en cuanto facilita a la sociedad una palestra social bien regulada en la que desplegar, en forma simbólica, los valores y creencias más apreciados” (Peristiany, 1968: 18).

De este modo, lo fundamental no es sólo atravesar dichas experiencias sino poder luego relatarlas, dar cuenta de que se conocen y manejar los códigos que rigen en ellas, ya que es ante el público que escucha y constata la misma que ésta se convierte en un valor que jerarquiza la posición del joven en cuestión. Entender que aquello constituye un ritual que pauta la interacción entre un joven de la villa y uno *del Marqués* no exime

³⁶ Para el honor tomo la definición que brinda Pitt-Rivers como “el valor de una persona a sus propios ojos, pero también a los ojos de su sociedad. Es su estimación de su propio valor o dignidad, su pretensión al orgullo, pero es también el reconocimiento de esa pretensión, su excelencia reconocida por la sociedad, su derecho al orgullo” (1968: 22).

de considerar los riesgos en dichas incursiones, sobre todo cuando no se forma parte plenamente de dichos grupos de pertenencia. Al charlar con Nati³⁷ sobre mis visitas al Marques me advierte:

Tené cuidado Male si vas al pueblito. No digo que no vayas, pero tené cuidado. Porque acá en la villa los chicos serán moqueros³⁸, pero a vos te respetan. En cambio allá pueden ser atrevidos, no son como los de acá. Además hay bronca entre la villa y el pueblito.

Male: ¿pero entre todos? ¿no hay algunos que tienen amigos?

Nati: yo no, desde que pasó lo de mi primo el Luis³⁹ está todo mal con ellos... antes de eso no...

Male: antes vos tenías algunos amigos o amigas...

Nati: ...en realidad desde siempre que está todo mal con el Marques, pero desde ahí más todavía...

Male: lo que a mí me llama la atención es que por qué se generó más bronca con el Marques si después supieron que fue el mismo chico que fue con él quien le disparó.

Nati: y... porque si no hubiera sido por la bronca que se armó ese día (con el Marques) el Luis no hubiera ido para allá... (Nati, abril de 2011).

No todos deben cuidarse del mismo modo ya que no todos corren peligros de igual modo, ni todos "representan" por igual los honores del barrio y la familia. Pitt-Rivers (1968) plantea que el honor como sistema de valores se aplica de modos diversos según los grupos, la edad, el sexo, la clase, la ocupación, en los distintos contextos sociales en que encuentren los significados para éstos. Este "juego controlado", en tanto implica ciertos réditos para cada una de las partes, puede entenderse como una "colaboración práctica de los adversarios", según los términos de Wacquant:

"Así pues, lo que a los ojos del neófito podría parecer un derroche salvaje de brutalidad gratuita y desenfrenada es, de hecho, un lienzo regular y finamente codificado de intercambios que, aunque violentos, no dejan de estar constantemente controlados y cuya confección supone una colaboración práctica y constante de los dos adversarios en la construcción y mantenimiento de un equilibrio conflictivo dinámico" (Wacquant, 2007: 87).

Este conflictivo equilibrio implica intentar mantener la delgada tensión en la que se negocia con cada gesto, cada palabra, cada movimiento, el "merecido" honor, prestigio y el de familia o grupo familiar y de amigos. Este honor y prestigio, construido a costa

³⁷ Nati tenía al momento de la observación 24 años. Vivía con sus hijos pequeños (7 y 2 años) en una casita que había construido Yoni, hermano menor de Nati, y que ella ocupaba mientras éste cumplía condena en la cárcel.

³⁸ Moqueros: que cometen errores.

³⁹ Luis era hijo de Tatiano, quien a su vez es nieto de Don Villega. Tatiano cumple desde el año 2008 el rol de gestor político ante agentes del gobierno y demás políticos. Luis fue asesinado en noviembre de 2007 en un enfrentamiento entre chicos de la villa y chicos del Marqués. Esta situación reavivó la rivalidad que históricamente existía entre estos grupos provocando planificaciones de venganza en primos, hermanos y amigos de Luis. El día de la muerte de Luis todos hablaban de que su muerte había sido producida por un disparo que un chico del pueblito le había efectuado. Luego "se supo", según pericias policiales, que la bala habría provenido del arma que llevaba su propio compañero. Para un análisis de las reacciones de los familiares, allegados y amigos ver Bermúdez (2011).

de saber *andar en la calle*, saber enfrentar sin temor estos adversarios, saber moverse ganando popularidad, etc., se sostiene a través de una delgada línea que puede romperse en un instante, o puede bien fortalecerse en caso que la posición desfavorable quede para el otro.

Esto nos permiten observar cuáles son los modos con que los jóvenes se representan una provocación con apelación a la violencia en el marco de las relaciones que entablan en *la calle* y qué posición construyen para sí y para los otros en la respuesta a la misma. Podríamos preguntarnos entonces cuándo el sumirse a estas lógicas de intercambio y rivalidad son una opción dentro de otras, según las circunstancias y el tipo de “provecho” que se quiera sacar de éstas, y cuándo son el modo por excelencia de resolución ante disputas barriales, grupales y familiares. En el caso de aquellos jóvenes que se desenvuelven en un ámbito de relaciones centrado principalmente en las sociabilidades de *la calle*, encontrarán mayores oportunidades para que ese relativo equilibrio se rompa con mayor frecuencia y genere más vivencias de sufrimiento y desolación. Maco, uno de los hermanos mayores de Tali, da cuenta de esas trayectorias.

Maco enfrentando la vida y la calle...

No solía ser factible de distinguir si acaso cada vez que Maco tenía problemas con su pareja él tomaba alcohol hasta quedar tendido, o es que cada vez que él tomaba alcohol hasta quedar tendido tenía luego problemas con su pareja, quien como represalia se llevaba las hijas de ambos a la casa de su madre.

En casa de Bety, madre de Maco y de Tali, el aire se respiraba denso ya que una de estas escenas se repetía una vez más con Maco. Sus hermanas/os, cuñados/as, sobrinos/as y su madre se atenían a una posible reacción violenta por parte de Maco y sobre todo al lamento que éste vuelca sobre todo aquel que esté dispuesto a escucharlo.

Maco (ingresando al comedor con movimientos tambaleantes y gesto serio):
me voy a colgar con una cadena que tengo ahí. Ya no me importa nada...

Osvaldo: *si vos hacés eso sos un cobarde, si vos tanto decís que no le tenés miedo a nada, entonces tené los huevos para enfrentar esto.*

Maco: *si yo no soy cobarde, vos sabés que yo no soy cobarde. ¡He enfrentado la vida en la cárcel, no la voy a enfrentar en la calle!* (registro de campo, abril de 2007).

Cuando Maco se refiere a *enfrentar la calle* está refiriéndose a enfrentar la vida y sus avatares. Esto es así porque para Maco el espacio de sociabilidad en *la calle* ha sido el espacio por excelencia para construir su identidad, la imagen de sí que todos conocen. Ha sido el espacio donde ha sabido ganar reconocimiento y donde se ha enfrentado a distintas violencias que han forjado el carácter rudo que todos conocen de él. Él es uno de quienes ha hecho de *la calle* su carta de presentación y su principal espacio de vida. Por lo que ha sacado de ella muchas ventajas sociales pero también muchos sufrimientos.

Maco dedicó buena parte de su trayectoria a las actividades delictivas, lo que le valió años de cárcel y varios enfrentamientos con la policía, que tuvieron como saldo dos

balas que aún lleva en sus piernas, marcas en su piel y el sentimiento para siempre de que "la policía es un enemigo". Desde que nació la mayor de las hijas que tiene con Carina, Maco abandonó el *choreo* como práctica habitual para pasar a dedicarse al trabajo con el carro y los caballos haciendo *changas* y juntando materiales y cartones para la reventa. Este trabajo con el carro implica un roce con la ilegalidad y la continuación de algunos conflictos con la policía⁴⁰. Las destrezas que Maco aprendió en *la calle* mientras *choreaba* lo dotaron de la habilidad para saber negociar los materiales que conseguiría, los precios, los sitios donde vender y comprar y tal vez algún otro negocio que surgiera en el camino. Así, si bien ya no continuaba *choreando*, de algún modo *la calle* seguía siendo su mundo. Las transacciones que realizaban junto con su hermano Sebastián y con su amigo "el Flaco" se regulaban tanto por las reglas callejeras como por las normativas propias de los intercambios comerciales⁴¹.

Así, mientras Maco trabaja con el carro y el caballo puede hacer "favores" y organizar transacciones que siguen las vías de la ilegalidad. En una oportunidad en que estaban arreglando el carro, se acerca un hombre para hablar con Momo, uno de los amigos de Maco. Éste último se mostraba más interesado en ir a comprar unas cervezas que en arreglar un negocio con este hombre.

Hombre: *yo quiero arreglar con vos* (dirigiéndose a Maco). *El Maco siempre me consigue, con vos no puedo arreglar más nada* (sobre Momo).

Maco: *¿pero qué querés exactamente?*

Hombre: *un hierro de cuatro metros.*

Maco: *yo te lo consigo, pero más tarde, a la noche.*

Hombre: *¿de dónde vas a sacar?*

Maco: *y... por ahí, podemos sacar...* (señalando hacia zonas alejadas de la villa)

Hombre: *ahí hay mirá* (y señala hacia la Iglesia Católica que está a una cuadra)

Maco: *¡no, nosotros con la Iglesia no nos metemos! No, por allá hay uno que te puedo conseguir. No te preocupes, esta noche yo te lo tengo.*

El hombre se sube a su auto y se marcha (registro de campo, agosto de 2006).

Maco va construyendo su fama, su prestigio, negociando con las personas adecuadas y respetando códigos instaurados. Esto es, aclarando que él puede arreglar un negocio pero siguiendo ciertas reglas: con la Iglesia no se mete. Durante gran parte de su vida, Maco ocupó una posición de alta legitimidad y poder para con sus hermanas/os, sobrinos/as, primos/as. Esta legitimidad y esta posición de poder la construyó a partir de diversos factores. Por un lado su cuerpo alto, musculoso y con marcas que testimonian la vida en la piel lo colocaban como ícono del cuerpo que muchos jóvenes de la villa aspiran a mostrar. Por otro lado, la rudeza de su carácter lo hacía "intocable"

⁴⁰ En reiteradas oportunidades la policía le secuestraba caballos a Maco, o bien lo demoraban por encontrarlo circulando en el carro en lugares y momentos que la policía decía estaban prohibidos. Maco siguió recibiendo allanamientos en su domicilio, por acusaciones que le realizaban de objetos robados (algunas veces de hechos cometidos por sobrinos o parientes de Maco) o por denuncias que realizaba Carina de violencia familiar.

⁴¹ En esta línea, Kessler (2002a) encuentra en los jóvenes con los que trabajó cómo éstos hacen convivir la inserción en el mercado formal con el trabajo en el mundo delictivo, analizando cómo se constituyen en economías que pueden alternarse o considerarse modos igualmente legítimos de obtener ingresos.

en algún sentido. Maco era el típico “hombre de pocas palabras” pero al que “nadie se le anima”, ya que nunca se sabe cuándo y cómo puede reaccionar.

Para Maco, enfrentar la vida es enfrentar *la calle*, como dijo aquella noche de alcohol y tristeza. Ese sigue siendo el espacio donde él libra su batalla, prácticamente el único que conoce para salir airoso o derrotado. Luego de reiterados incidentes de peleas con su pareja, Maco cayó internado en el IPAD (instituto provincial para el alcoholismo y la drogadicción)⁴², que lo albergó a raíz de que el juez determinara que las denuncias que hiciera su pareja sobre maltrato familiar se debían al problema de Maco con las drogas y de ese modo evitaba terminar en la cárcel común de Bower. Por más que Maco gritara que él tiene las agallas para *enfrentar la calle*, muchas veces los avatares de ésta podían con él y caía rendido para luego volver a levantarse.

Cuando en *la calle* se juega la vida, en *la calle* puede perderse todo o ganarse todo. En la intensidad de los extremos es que Maco experimenta su mundo; un mundo compartido con otros, que así también lo entienden, pero donde es él quien, a diferencia de su hermano Tali, encarna la intensidad del “todo por el todo” que se juega en ese espacio de sociabilidad.

“Una vez más, el prestigio que es difícil ganar puede fácilmente perderse, de modo que un verdadero hombre está siempre alerta, constantemente preparado a ponerse a prueba, real y metafóricamente dispuesto a jugarse el todo por el todo a una tirada de dados” (Peristiany, 1968: 17).

Como vemos, *la calle* no sólo es mucho más que un espacio físico en el que moverse, circular, transitar; ni es sólo un conjunto de simbolizaciones y sentidos sobre ciertos espacios de interacción, de socialización; sino que comprende el espacio de sociabilidad y socialización por excelencia para muchos niños y jóvenes de la villa. *La calle* no es sólo riesgo, ni mucho menos implica algún sentido de “abandono”, como suele escucharse en muchos de quienes hablan de “los chicos de *la calle*”. *La calle* es ese mundo de vida tan importante para chicos y chicas porque en él también encuentran protección, encuentran amigos, compañía, solidaridad y diversión.

Esta construcción, uso y apropiación del espacio que se habita da cuenta de cómo la ciudad y sus barrios se configuran entonces como mucho más que una materialidad. Estas relaciones sociales y prácticas tejidas en el espacio urbano dan cuenta de los diversos modos de producción y apropiación de los lugares y de las demarcaciones sociales que lo constituyen (Alvez da Silva, 2009). En esas apropiaciones y redes de relaciones *la calle* aparece definida y construida a lo largo de trayectorias y devenires históricos que se redefinen y resignifican situacionalmente. Así, los jóvenes se forjan en dicho espacio insertando sus biografías en tramas simbólicas y físicas construidas por

⁴² El IPAD fue cerrado el 13 de junio de 2013 a raíz de un incendio que se produjo en el interior del mismo. La institución no cumplimentaba las mínimas condiciones requeridas para el tratamiento de personas con alcoholismo y drogadicción. La institución contaba con camas para alojar a 52 personas y se encontraban en el momento en que fue inspeccionado 74 personas. Así lo describe Natalia Lazzarini para la nota en el diario local Día a Día del 4 de diciembre de 2011: “El Ipad fue creado en la década de 1960 con el objetivo de desintoxicar alcoholizados. Los pacientes permanecían 15 días bajo tratamiento y luego regresaban a la casa. Pero hoy el instituto intenta contener a un público más amplio: adictos a múltiples sustancias (drogas, pastillas, alcohol, telas de araña, tubos fluorescentes, paco). Y además a todos aquellos que han cometido un delito, tienen un desorden psíquico y no encuentran contención en otro lugar”.

las generaciones anteriores, al mismo tiempo en que reinventan nuevos modos de ser y hacerse en dichos espacios y relaciones a partir de la confluencia de factores histórico-sociales particulares que marcan los tiempos de sus propias vidas.

Consideraciones finales. Tensiones y violencias en las sociabilidades en *la calle*

Estas *andadas* de las chicas y los chicos forman parte de sus modos estar en la villa, de reunirse, compartir las tardes, las noches y de andar por sus calles y sus alrededores. Estas *andadas* pueden presentarse con valores negativos o positivos según qué sentidos estén configurando la situación, y quiénes la definan.

Mientras los chicos y las chicas sean considerados *niños/as* para sus familias, hasta los 12 o 13 años, *la calle* constituye un espacio seguro y familiar para jugar en él y para adquirir destrezas fundamentales para moverse por la villa. Adquiere así las significaciones que DaMatta (1997) describe para "la casa", como lugar de resguardo, de lo conocido y familiar. Aquellas tempranas formas de apropiación del espacio por parte de los más chicos son entonces significadas como parte del *estar en la calle* en un sentido positivo y valorado; y suelen ser celebradas por padres y abuelos y mostradas con orgullos a otros. En la apropiación que hacen niños y jóvenes de algunos sectores y espacios de *la calle* ésta puede ser pensada desde la noción de "pedaço" de Magnani (2002), para entender cómo ciertos espacios adquieren una familiaridad y un resguardo mayor que el de *la casa*, pero son al mismo tiempo espacios compartidos con otros.

Cuando las chicas y los chicos crecen y superan los 12 o 13 años, comienzan las preocupaciones y temores en sus familiares respecto al rumbo que tomarán sus *andadas en la calle*. Éstos ya internalizaron, sin embargo, el gusto y el valor por todo lo que *la calle* les otorga: diversión, libertad, aventura, reconocimiento, masculinidad, feminidad y amigos. Que en una familia se apliquen o no se apliquen mecanismos de control, y con cuánta tenacidad se busque su eficacia, es lo que permite a las familias marcar diferenciaciones entre ellas; lo que a su vez puede acentuar jerarquizaciones ya existentes entre grupos familiares. Así, algunas familias van adquiriendo *fama* de tener sus hijos siempre en *la calle*, o que siempre *andan...*, o que suelen estar internados en un Instituto de Menores. Para quienes realizan estas acusaciones y señalamientos es también una oportunidad de ganar mayor status y prestigio (Campbell, 1969).

Los distintos modos de *estar en la calle* para chicos y chicas son entonces una continuidad de aquellas experiencias de la infancia en las que también sus posibilidades de devenir "verdaderos hombres" y "verdaderas mujeres" dependían de sus destrezas para *andar*. En el caso de los varones, a través de mostrarse sin temores, osados y desafiantes; y para las chicas, a través de desarrollar diversas estrategias que garantizarán las *andadas* sin por ello perder en reputación propia y familiar.

Esta inversión de sentidos sobre las *andadas* se produce de modos divergentes y en distintos momentos para las distintas generaciones. Lo que termina resultando en una convivencia compleja y conflictiva de sentidos respecto a dichas *andadas*. Mientras los adultos comienzan a sancionar moralmente dichas prácticas (ya que se juegan en ellas no sólo sus reputaciones como padres sino los honores familiares), para los jóvenes estos modos de *ambientar* adquieren progresivamente mayor legitimidad y valor en tanto

a través de ellos negocian posiciones de prestigio al interior de sus grupos, y adquieren capitales de seducción en las interacciones amorosas y de noviazgo.

Esta conflictiva, más que hablar de contradicción, muestra cómo el eje articulador de los significados que dan sentido a las socializaciones y sociabilidades de los jóvenes pasa más por el “entre” que constituyen los espacios, no sólo físicos, sino simbólicos y sociales, que por divisiones discretas y dicotómicas. Más bien se trata de apropiaciones y circulaciones por espacios que muestran un conjunto de valoraciones morales situacionalmente compartidas (Balbi, 2007), pero sobre todo variables y dinámicas según grupos de edad, género y familias. *La calle* entonces, se construye cotidianamente como un espacio principalmente simbólico, construido por sentidos sobre experiencias pasadas, sobre relaciones y sobre formas de usar *la calle*. Para muchos chicos *la calle* ha sido y es el espacio de socialización por excelencia. En Villa El Nílon los ámbitos simbólicos y morales del delito, las drogas, *la junta* y *la calle* conviven y se superponen con aquellos de la casa, la escuela, la familia y los hijos.

Andar en la calle simboliza la posibilidad de usar libremente el espacio, apropiarse de él y de las relaciones sociales que allí construyen. Así como DaMatta (1997) plantea para el contexto brasileiro, en el caso de los jóvenes de la villa sus prácticas muestran esta dinámica de oposiciones relativas entre “*la calle*” y “la casa”, donde muchas veces ciertos espacios de *la calle* pueden ser apropiados por algunos grupos y adquirir así una familiaridad y un resguardo mayor que el de “la casa” (Magnani, 2002). El modo de habitar y construir ese “entre” se da principalmente cuando los chicos y chicas se posicionan identitariamente y realizan prácticas que no pueden caracterizarse como claramente pertenecientes a un espacio o a otro (la casa y la calle), sino que se muestran adhiriendo al mismo tiempo a prácticas y valores de uno y otro al mismo tiempo. Asimismo, esto también se observa cuando ese proceso de comenzar a habitar de otro modo los pasillos y callejuelas de la villa con otros chicos y chicas (cuando las travesuras de los niños/as devienen en *andadas* de los jóvenes) se hace a través de habitar esos espacios que se sitúan justamente en el “entre” *la casa y la calle*, como son los espacios frente a la puerta de una casa, en el “patio” de una casa que se comparte con la casa de al lado, en la canchita que formalmente es terreno fiscal del Estado, pero que es vivenciada y sentida como parte de la villa.

A su vez, la configuración de *la calle* como espacio central en estas construcciones identitarias y en las prácticas de sociabilidades que los jóvenes sostienen allí no puede ser comprendida sin considerar el lugar que juega en dicho proceso la articulación entre las violencias más estructurales que experimentan estos jóvenes (expresadas en diversas formas de violencias institucionales, y en la agudización de la exclusión) con las distintas formas de expresión de violencias interpersonales, algunas de las cuales puede llevar a situaciones de autodestrucción (Bourgois, 2010). Proceso que, como vimos aquí, se encuentra estrechamente ligado las modificaciones que sufren a su vez otras instituciones como las educativas y los ámbitos laborales, llevando a que se debiliten espacios que tradicionalmente garantizaban ciertos derechos (sociales y culturales sobre todo), por sobre la mayor fuerza que van ganando agentes que operan desde la represión y el control (y la anulación de aquellos derechos).

De este modo, las características que vayan asumiendo las trayectorias de estos jóvenes estarán así en relación a cómo diversos agentes, instituciones, vínculos más o menos cercanos van configurando la trama de relaciones en las que pueden devenir estas vidas. Vidas que se significan y por tanto se construyen desde la minalidad. Liminalidad que no habla del pasaje por etapas claras y delimitadas, sino que, como bien Tali y Maco mostraban en las vicisitudes de sus vidas, las adscripciones identitarias se van forjando en los intersticios que se hallan entre los mundos morales construidos comunitaria y familiarmente, así como por las lógicas que rigen las relaciones entre pares.

En las ambigüedades de estos pasajes, en los "entre" un sentido de *la calle* a otro, un espacio a otro, niños/as y jóvenes encuentran un lugar para modificar y producir nuevas apropiaciones de los espacios que habitan y nuevas significaciones sobre lo que es "ser joven en la villa". A partir de analizar estos modos de significar las distintas espacialidades en que se vinculan con otros jóvenes y otros actores, accedo a comprender cómo significan las violencias asociadas a las *andadas*, y cómo a través de los prestigios y reputaciones familiares, grupales y comunitarios devienen jóvenes de la villa.

Bibliografía

Auyero, J.: *Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*, Universidad Nacional de Quilmes: Buenos Aires, 2004.

Balbi, F.: *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*, Antropofagia: Buenos Aires, 2007.

Bermúdez, N.: *Y los muertos no mueren... una etnografía sobre clasificaciones, valores morales y prácticas en torno a muertes violentas (Córdoba, Argentina)*, Editorial Académica Española: Alemania, 2011.

Bermúdez, N. y Previtali, M. E.: "Introducción", 7-23, en: Bermúdez, N. y Previtali, M. E.: *Merodear la ciudad: Miradas antropológicas sobre espacio urbano e inseguridad en Córdoba*, IDACOR: Córdoba, 2014.

Boito, M. E., Sorribas P. y Espoz, M. B.: "Pensar los des-bordes mediáticos del conflicto: las ciudades-barrios como síntoma de la actual tendencia urbana de socio-segregación", *Papeles del CEIC*, N° 81, 2012.

Bourdieu, P.: *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama: Barcelona, 1997.

Bourdieu, P.: *El sentido práctico*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2007.

Bourgois, P.: *En busca de respeto. Vendiendo crack en El Barrio*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2010.

Burgat, F.: "La logique de la légitimation de la violence: animalité vs humanité", en: Héritier, F.: *Séminaire de Françoise Héritier: De la Violence*, Ed. Odile Jacob: Paris, 1996 (Trad.: Christian Gebauer).

Butler, J.: *Vida Precaria. El poder del duelo y la violencia*, Paidós: Buenos Aires, 2006.

Campbell, J. K.: "El honor y el diablo", en: Peristiany, J. G.: *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*, Labor: Barcelona, 1969.

DaMatta, R.: *A casa & a rua. Espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil*, Rocco: Brasil, 1997.

Di Leo, P. F. y Camarotti, A. C.: "Quiero escribir mi historia". *Vidas de jóvenes en barrios populares*, Biblos: Buenos Aires, 2013.

Douglas, M.: *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Nueva Visión: Buenos Aires, 2007 [1966].

Elías, N. y Scotson, J.: *Logiques de l'exclusion. Enquête sociologique au coeur des problèmes d'une communauté*, Fayard: Paris, 2001.

Epele, M.: *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*, Paidós: Buenos Aires, 2010.

- Evans-Pritchard, E. E.: *Brujería, Magia y Oráculos entre los azande*, Anagrama: Barcelona, 1976, [1937].
- Garriga Zucal, J.: *Nosotros nos peleamos. Violencia e identidad de una hinchada de fútbol*, Prometeo: Buenos Aires, 2010.
- Garriga Zucal, J.: “Prólogo”, en: Godio, M. y Uliana, S.: *Fútbol y sociedad. Prácticas locales e imaginarios globales*, Universidad Nacional Tres de Febrero: Buenos Aires, 2011.
- Goffman, E.: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu: Buenos Aires, 2006.
- Hall, S.: “Introducción: ¿quién necesita ‘identidad’?”, en: Hall, S. y du Gay, P.: *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu: Buenos Aires, 2003.
- Hathazy, P.: “Inseguridades interpeladas: políticas contra el crimen y ciudadanías en la Córdoba neoliberal”, en: Bermúdez, N. y Previtali, M. E.: *Merodear la ciudad: Miradas antropológicas sobre espacio urbano e inseguridad en Córdoba*, IDACOR: Córdoba, 2014.
- Héritier, F.: “Reflexiones para alimentar la reflexión”, en: Héritier, F.: *Séminaire de Françoise Héritier: De la Violence*, Ed. Odile Jacob: Paris, 1996 (Trad. Christian Gebauer).
- Kessler, G.: “De Proveedores, Amigos, Vecinos y ‘Barderos’: Acerca de Trabajo, Delito y sociabilidad en Jóvenes del Gran Buenos Aires”, en: Gayol, S. y Kessler, G.: *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los ‘90*, Biblos: Buenos Aires, 2002a.
- Kessler, G.: *Sociología del delito amateur*, Paidós: Buenos Aires, 2002b.
- Lenoir, R.: “Objeto sociológico y problema social”, en: Champagne P., Lenoir R., Merllié D., Pinto, L.: *Iniciación a la práctica sociológica*, Siglo XXI: México y España, 1993.
- Levi, G. y Schmit, J-C.: “Introducción”, en: Levi, G. y Schmit, J-C.: *Historia de los jóvenes, Vol. 1*, Madrid: Taurus, 1996.
- Margulis, M. y Urresti, M.: “La juventud es más que una palabra”, en: Margulis, M.: *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Biblos: Buenos Aires, 2008.
- Míguez, D.: *Delito y Cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*, Biblos: Buenos Aires, 2008.
- Míguez, D.: *Los pibes chorros. Estigma y marginación*, Capital Intelectual: Buenos Aires, 2004.
- Peristiany, J. G.: *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*, Labor: Barcelona, 1968.
- Pitt-Rivers, J.: “Honor y categoría social”, en: Peristiany, J. G.: *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*, Laborsa: Barcelona, 1968.
- Previtali, M. E.: “Legitimidades en las violencias. Enfrentamientos, bailes y policías en jóvenes de villa el nailon, Córdoba”, *Revista Interferencia*, N° 2, 2012, 39-48.
- Previtali, M. E.: “Ambientar en el barrio... configuraciones espaciales y prácticas de sociabilidad en jóvenes de la ciudad de Córdoba”, en: Bermúdez, N. y Previtali, M. E.: *Merodear la ciudad: Miradas antropológicas sobre espacio urbano e inseguridad en Córdoba*, IDACOR: Córdoba, 2014.
- Ramírez, R.: “El barrio, la Iglesia y la escuela: instituciones donde los jóvenes construyen sus biografías”, en: Di Leo, Pablo Francisco y Camarotti, Ana Clara: *“Quiero escribir mi historia”. Vidas de jóvenes en barrios populares*, Biblos: Buenos Aires, 2013.
- Restrepo, E.: *Teorías contemporáneas de la etnicidad. Stuart Hall y Michel Foucault*, Universidad del Cauca: Colombia, 2004.
- Rifiotis, T. y Vieira, D.: *Um olhar antropológico sobre violência e justiça. Etnografías, ensaios e estudos de narrativas*, editora ufsc: Florianópolis, 2012.
- Riveira Beiras, I.: “Presentación”, en: De Giorgi, A.: *Tolerancia Cero, Estrategias y prácticas de la sociedad de control*, Virus: Barcelona, 2005.
- Rodríguez Alzueta, E.: *Temor y control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*, Futuro anterior: Buenos Aires, 2014.
- Rossini, G.: “Vagos, pibes chorros y transformaciones de la sociabilidad en tres barrios periféricos de una ciudad entrerriana”, en: Isla, A. y Míguez, D.: *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*, Ed. de las ciencias: Buenos Aires, 2003.
- Saintout, F.: *Jóvenes: el futuro llegó hace rato. Percepciones de un tiempo de cambios: familia, escuela, trabajo y política*, Prometeo: Buenos Aires, 2009.
- Sen, A.: *Identidad y violencia. La ilusión del destino*, Katz: Buenos Aires, 2007.

María Elena Previtali, “Hacerse jóvenes andando...”

Svampa, M.: *Desde abajo: la transformación de las identidades sociales*, UNGS: Buenos Aires, 2000.

Tambiah, S.: “Conflicto etnonacionalista e violência colectiva no sul da Asia”, *Revista brasileira de Ciências Sociais*, Vol. 12, N° 34, 1997, 5-25.

Tiscornia, S.: “Nuestra cultura de la violencia”, en: *El caminante, cuaderno 2: Violencia institucional. Los muertos que vos matais*, Buenos Aires, 1996.

Tiscornia, S. y Pita, M. V.: *Derechos humanos, tribunales y policías en Argentina y Brasil. Estudios de antropología jurídica*, Antropofagia: Buenos Aires, 2005.

Turner, V.: *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Taurus: Madrid, 1988 [1969].

Turner, V.: “Entre lo uno y lo otro: el período liminar en los ‘rites de passage’”, en: Turner, V.: *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu*, Siglo XXI: Madrid, 1999 [1980].

Wacquant, L.: *Las cárceles de la miseria*, Manantial: Buenos Aires, 2004.

Wacquant, L.: *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2007.

Sobre Maras y Pandillas en Centroamérica

Algunas claves para su comprensión

Basic keys for understanding Central American gangs and violent street gangs (maras)

RECIBIDO: 8/12/17
ACEPTADO: 28/3/18

Irving García Estrada

Universidad Autónoma del Estado de México

irving_garciaestrada@hotmail.com

Resumen

El objetivo del presente documento es colocar algunas claves construidas desde andamiajes principalmente socio-antropológicos respecto al fenómeno de las *maras* y *pandillas* en Centroamérica, con lo cual poder cimentar y replantear aspectos teóricos y metodológicos que permitan poner en contacto diversas miradas para coadyuvar en los procesos de comprensión de aquellas vivencias y experiencias de las y los jóvenes vinculados con la idea de violencia, frente a contextos donde se priorizan posturas bajo la lógica de la seguridad, lo que deviene en una serie de prácticas de orden punitivo, en su mayoría apoyadas o fundamentadas en las elaboraciones teóricas de los propios analistas sociales que en la idea de *entender* los fenómenos, terminan por *justificarlos* o *descalificarlos* alimentando una “naturalización” de los mismos. En este proceso, se considera pertinente recurrir a los aportes de las metodologías de corte cualitativo, para poder establecer puntos de superación de los relativismos y conducirnos hacia una fusión de horizontes, que permita un diálogo constante, considerando las permanencias y cambios tanto de los fenómenos como de los sujetos.

Abstract

This paper analyses the phenomena of Central American gangs and violent street gang known as “maras” from a socio-anthropologic foundation. The former view pretended to set the basis and restate theoretical and methodological aspects. This, in order to have a different views for comprehensively collaborating in their schemes and dynamics; mainly, facing context where security is set as a priority within punitive practices. Furthermore, analyzing the theoretical foundations from social analyst who, by pretending to *comprehend* such phenomena, they *justify* or even *disqualify* it by proposing a “naturalization”. This systematic study is based upon the qualitative research; which, is set to overcome the relativism. The foregoing seeks merging horizons for a constant dialogue, along with the permanence and changes from the phenomena and from the individual themselves.

Claves iniciales para articular la discusión

Abordar fenómenos que se circunscriben al ámbito de “lo juvenil”, nos conduce a dar cuenta de situaciones propias de la denominada sociedad moderna a partir básicamente de dos perspectivas: la biológica, donde se tratarán de consolidar criterios para diferenciar la cuestión que nos ocupa, la infancia de la juventud; y la sociocultural, pensada a manera de constructo social. Es así que, de común acuerdo en la mayoría de investigadores, se considera que las juventudes comenzarán a aparecer como sujetos de estudio hacia finales de la posguerra.

En el caso de América Latina, los primeros estudios referentes a las maras y pandillas, estarán soportados teóricamente por los aportes de la Escuela de Chicago, donde a partir de la construcción de una sociología de la juventud, dando prioridad a las disfunciones o anomias, se pretendía dar cuenta de las conductas juveniles “desviadas”, focalizándose en aquellas que se articulaban en forma de grupos o bandas denominadas *gangs* (pandillas) tratando de relacionarlas con dinámicas delincuenciales o criminales. Esta mirada sobre el fenómeno sigue estando presente, inclusive ha crecido el rango de sus análisis, en algún momento, “forzando” la relación juventudes-violencias como algo inherente, además, se han sumado acciones que terminan criminalizando situaciones o condiciones como la pobreza económica que, dé inicio, estaría ligada a problemas de tipo estructural de los propios Estados-nacionales.

Para poder entender un poco más sobre las maras y pandillas en Centroamérica, es necesario considerar una serie de momentos históricos y políticos principalmente de la denominada región del Triángulo Norte en Centroamérica que incluye los países de Guatemala, Honduras y El Salvador. Se sabe que tanto la Mara Salvatrucha 13 y la Pandillas Barrio 18 en tanto pensadas como *gangs*, son agrupaciones cuyo origen está en Estados Unidos, particularmente en el sur de California. La primera (MS-13), surgida a manera de resistencia por pobladores principalmente salvadoreños, ante las violencias de otras pandillas. La segunda (B-18), integrada inicialmente por jóvenes de origen mexicano y algunos centroamericanos, pertenecientes al denominado cholismo¹. Ahora bien, la palabra *mara*² se puede identificar en el contexto salvadoreño como un término de uso cotidiano que refiere al grupo de amigos (sin connotación violenta o delincencial), forma de agrupación persiste diferenciada de la mara violenta y delincencial. Es a causa de los conflictos bélicos que Centroamérica vivirá a partir de 1950 y sobre todo hacia 1970 que las maras como grupos de amigos se trasladarán a Estados Unidos, lo cual posibilitará el contacto con pandillas (*gangs*) de las cuales absorberán gran parte de sus dinámicas, de sus códigos y de sus conductas. Es con los tratados de paz de 1992, cuando Estados Unidos comienza a deportar a los jóvenes

¹ Sobre el fenómeno del cholismo, la génesis se remonta a jóvenes mexicanos que migraron hacia Estados Unidos o que nacieron allá, pero siendo hijos de padres mexicanos. Quienes serán los “herederos” de la cultura del *pachuco* y del movimiento *chicano*, formas de expresión y de lucha política por los derechos civiles de aquellas generaciones de los mexicanos-estadounidenses.

² Otro de los orígenes sobre el término mara, es retomado a manera de metáfora respecto a las hormigas amazónicas conocidas como “marabuntas” que van destruyendo todo a su paso. Por su parte la idea de Salvatrucha se construye con “Salva” que alude a una persona oriunda de El Salvador y “trucha” el referente de ponerse listo o “avisado”.

hacia Centroamérica, espacio donde reproducirán en “el barrio”³, la disociación de lo social.

Actualmente las maras y pandillas centroamericanas se nos presentan como un problema que ha rebasado el alcance de la figura de los Estado, ante lo cual, las respuestas oficiales se orientan a partir de una imagen que se ha ido construyendo en una sobredimensionalidad por los medios de comunicación, a la creación de leyes con matices de persecución, represión y exterminio. Esto en conjunto con una serie de actores como los grupos de vecinos organizados en “defensas urbanas”, las operaciones de “limpieza social, la presencia de actores armados como reminiscencias de los movimientos paramilitares y de guerrillas, la presencia de delincuencia organizada, es de destacar particularmente la presencia de policías y militares que no siempre se guían por prácticas éticas y legales.

Un factor más en este complejo entramado, es no saber la cantidad al menos en proximidad, de mareros y pandilleros existentes, los estimados muestran demasiadas variaciones dependiendo de la fuente que los emita, algunos datos que aparecen en las bibliografías y documentos especializados sobre la temática: de 25,000 a 300,000 miembros activos en Guatemala, El Salvador y Honduras según cifras que recogen los departamentos de las policías nacionales. Por su cuenta el FBI (2005), contemplaba una población marera en El Salvador de 16,000 miembros, para Guatemala 14,000 miembros, en Honduras 36,000 y en Estados Unidos 800,000. Uno de los datos más recientes del Departamento de Justicia de Estados Unidos (2017), habla de 8.000 a 10.000 miembros. Datos que generan aún más incógnitas.

Maras, pandillas y lugares de enunciación

Asumiendo la postura de que las narrativas de los discursos académicos están relacionadas con momentos generacionales, se parte de la idea de situar los estudios de las juventudes en textos o lugares de enunciación de la propia discusión al interior de las ciencias y humanidades, recordando a manera de antecedente, algunos como la Escuela de Chicago, la Escuela de Frankfurt, la Escuela de Birmingham y sus desarrollo hacia la actualidad, esto con la finalidad de poder ir descifrando su presencia en los estudios de los fenómenos de maras y pandillas en Centroamérica. Una manera por estrategia pedagógica para poder hacer un breve recuento, es a partir de considerar espacios temporales sobre todo para que se pueda evidenciar aquello que permanece, pero aún más, aquello que se modifica.

Sin dejar de reconocer la presencia de las juventudes hacia 1970 particularmente su incorporación a las guerrillas y movimientos armados donde los trabajos de

³ La idea de *barrio*, si bien de inicio remite a un espacio físico, como el lugar donde se habita y como espacio de organización comunitaria. También tiene un alto significado simbólico, en el sentido de pertenencia o adscripción a un grupo concreto, idea que cobrará fuerza dentro de la población de origen mexicana -llegada o nacida en Estados Unidos- hacia 1960 y, que será apropiada por las pandillas ya no sólo mexicanas sino latinas, influenciadas sobre todo por la industria cinematográfica con películas como *Colors* (1988) de Dennis Hopper. *American Me* (1992) de Edward James Olmos. *Blood In, Blood Out* (1993) de Taylor Hackford. Que estarán vinculadas con los sucesos del 29 de abril de 1992 en los Ángeles, California, conocidos como la “revuelta de Rodney King”, donde el gobierno emprendió una serie de acciones de tipo militar. La policía se movilizó con agentes en turnos de 12 horas, coches de patrulla, helicópteros vigía, barricadas callejeras, centros de mando tácticos y apoyo de la Guardia Nacional y el Cuerpo de Marines. En Centroamérica encontramos: *Limpiando chaqueta* (2001) de Mario Jaén, y los trabajos *Barrio 18ST III*, (2004) y *La Mara Salvatrucha*, de Miguel Ramos.

investigación al respecto son limitados y la figura joven se ve opacada por la dinámica de las violencias, comenzaremos el análisis hacia la década de 1980 que como evento, se verá marcado por la “crisis” en los discursos y narrativas del paradigma dominante sobre “el hacer” y “el quehacer” dentro de las ciencias sociales, que bajo la impronta de un positivismo lógico priorizando el “método científico”, para *hacer ciencia*, utilizando como principal dispositivo, estrategias cuantitativas y, cuyos aportes con mayor presencia estarán cimentados desde posturas de orientación psicológica como el caso de Peter Blos y sus trabajos sobre la transición adolescente desde una postura evolucionista; y Erick Erickson, con trabajos sobre la crisis de la identidad en los adolescentes, donde la categoría de análisis será la adolescencia y/o el adolescente, en referencia a un sujeto que adolesce (carece) o que se encuentra inacabado, incompleto, quitándole así la dimensión social y llevándolo a un proceso de individualización, lo que permitió pensar la adolescencia como “edad biológica”.

En tales situaciones, será donde entrará a manera de sinónimo la idea de juventud, lo que después generará en una serie de confusiones y discusiones que permitirán la construcción de la categoría de análisis: joven y/o juventud, pensada ahora como “edad social”, comenzando un desplazamiento de la categoría de adolescencia hacia la categoría de juventud, particularmente dentro de la antropología social “de la juventud” y la sociología “de juventud”, enfatizando las expresiones culturales de aquello denominado identidades juveniles, principalmente en situaciones que involucraron la recuperación puntual de las experiencias de los jóvenes estudiantes de finales de 1960 y principios de 1970.

En este contexto de la década de 1980, es posible ubicar a la primera etapa o generación denominada “Maras sociales”, como organización centroamericana que tratará de destacar la identidad racial y nacional y, donde el sentido de pertenencia estará signado en el barrio, implicando una ubicación fija, apropiándose de ciertos espacios sobre todo a partir de la práctica del grafiti⁴, lo que dará una de sus principales características a la “imagen” mara. Elementos que sin duda, mediáticamente aparecerán Estados Unidos, principalmente en el área de los Ángeles; donde se suscitarán una serie de hechos violentos, principalmente riñas entre los diversos grupos de pandillas rivales, lo cual viene a darle al gobierno una especie de *chivo expiatorio* y la facultad de intervenir en la toma de decisiones de los gobiernos Centroamericanos.

Hacia 1990, la categoría de juventud como algo homogéneo sufre una transición hacia la idea de “las juventudes”, donde ahora éstas, tienen que ver con lo heterogéneo, con lo diverso y se comienza a enfatizar en las distintas maneras de “ser joven”; es decir, ésta configuración tiene que ver con las distintas vivencias y experiencias, donde se habla ya de las maneras de ir construyendo más que las identidades, las presencias. Algo que se cuestiona, es que tales estudios al referirse a “los jóvenes”, naturalizó la mirada hacia los varones, relegando la figura femenina. Si se consideraba que las

⁴ Sobre la noción de grafiti, se suelen evocar dos posibles orígenes: a) las que afirman que el término deriva del italiano *graffiti* y, serán trabajos arqueológicos donde cobrará mayor presencia sobre todo al momento de interpretar antiguas inscripciones o rayados sobre piedras, cavernas, muros; y b) las que recuperan el sentido etimológico del verbo griego “*graphein*”—escribir, garabatear, dibujar—, verbo que más tarde los italianos lo retomarían como “*graffiare*”. Para mayor amplitud del tema véanse Juan Garí (1995) y Charlot Lau y Cristina Lucchini (2008).

juventudes eran heterogéneas, múltiples y diversas, hacía falta un elemento, el cual va a provenir de la escena feminista, y será la categoría de género. Cabe destacar que dentro de las lógicas de las maras y pandillas, las mujeres sí tienen un papel importante, pero esto no implica que sea protagónico. Si bien, en las configuraciones de las grupalidades juveniles, las mujeres estaban presentes, no así en los estudios. Además, una parte de las narrativas sobre todo de la antropología, también ocultaba experiencias y vivencias de las juventudes de la denominada escena del campo o ruralidad, dando centralidad a “lo urbano”, donde la figura del estudiante como “víctima” de los sistemas políticos, comienza a diluirse.

Influenciados por el “giro lingüístico” y el “giro cultural”, en los estudios de las juventudes destacarán los realizados a partir de ejercicios etnográficos en términos de reconstruir las subjetividades sociales, reconstruir los sentidos y los significados de las prácticas sociales, pero sin considerar la parte de los contextos. La primacía del “giro cultural”, permitirá el florecimiento de las nociones de “culturas juveniles” e “identidades juveniles”. Donde aparece la categoría de “lo cultural” como elemento clave para entender las nuevas vivencias y configuraciones de “lo juvenil”, esto soportado también por los planteamientos de la posmodernidad, caso puntual los trabajos de del sociólogo Michel Maffesoli y su metáfora de “tribu” con orientación hacia el flujo de afectividades (comunidades emocionales), donde la figura de sujeto quedaría relegada ante las grupalidades, propuesta que ha tenido una importante recepción en América Latina hasta nuestros días. Lo cierto es que en este punto se hace necesario el pensar la investigación sobre las juventudes que sea capaz de dar cuenta por un lado de lo individual, del sujeto concreto; y por el otro, de lo colectivo.

Tocante a las maras y pandillas, podemos hablar aquí de una segunda etapa o generación (1990), las denominadas Maras con condiciones o connotaciones pandilleriles (*gangs*), en este proceso recordemos que los flujos migratorios de centroamericanos ya se encuentran instalados en Estados Unidos, donde se comienza a visibilizar prácticas en torno las violencias tanto al ejercicio como a su recepción. Se agrega además el carácter transnacional gracias a una relativa facilidad de desplazamiento, lo que genera que ya no estén del todo, anclados a un espacio concreto, aquí el contacto entre mareros y pandilleros centroamericanos con los establecidos en Estados Unidos marcará sus dinámicas y sus presencias.

Será hacia el año 2000, donde se pretende la recuperación de la idea de “clase social” como categoría de configuración de “lo juvenil”, de la mano del desdibujamiento de la idea de “la política” y su deslizamiento hacia la idea de “lo político”, con lo cual se comienza a hablar de colectivos o comunidades de sentido, con capacidad de discutir su propia creación de su presencia, incluso para ser consideradas como culturas en resistencia. Aquí podemos ubicar una tercera etapa o generación, donde encontramos ya un proceso solidificado puntualmente de la Maras Salvatrucha 13 y del Barrio 18, volviéndose las de mayor representación del fenómeno, incluso de proyección mediática. Si bien conservan su autonomía frente a otros grupos u organizaciones de poder, se sabe que han logrado establecer nexos con el narcotráfico y el crimen organizado, que en conjunto con políticas de corte represivo, se da una cierta *invisibilidad*

de los sujetos, los cuales comienzan a modificar su imagen para evitar ser identificados como mareros o pandilleros por parte de las policías, aunque en su relación con el resto de la sociedad se base justamente en lo contrario.

A nivel académico, el fenómeno de las pandillas violentas y/o delincuenciales (gangs), ha dado a la luz investigadores en otras latitudes geográficas, donde se ha comenzado a tomar más en serio esta problemática social. Así, de forma paulatina, se ha podido observar la aparición de publicaciones y estudios tratando de describir y teorizar la aparición de pandillas juveniles de naturaleza delictiva en países distintos, pero sobre todo en el contexto de América Latina, donde se reconocen más que las estructuras de las pandillas, sus acciones a partir de sus células: clicas, parches, naciones, gangas, etc., las cuales llevan implícito en el referente social -alimentado la mayoría de las veces por los medios de comunicación y por fallidas estrategias políticas-, la vinculación entre juventudes (ciertos sectores, generalmente aquellos con pobreza económica y componentes raciales descritos como negros y morenos) y violencia.

En ese orden de ideas, el gobierno estadounidense al relacionar a las maras y pandillas con su constitución de extracto migrante y con cuestiones de violencia e inseguridad en su territorio, incluso al plantear la idea de vinculación con el narcotráfico y el terrorismo, conlleva una finalidad de justificar una guerra abierta contra todo lo que represente una amenaza, particularmente la población migrante, lo que ha traído consigo, una serie de medidas que se encuentran en los límites de la legalidad:

La policía de Los Ángeles, ha impulsado medidas específicas contra los mareros. En marzo de 2004 presentó una orden de restricción contra 600 miembros de MS, de las zonas de Pico Unión y Hollywood, prohibiéndoles reunirse en la calle, viajar en el mismo vehículo y comunicarse por teléfono entre ellos mientras estén en esta zona. Pues también se dio a conocer que, además de los salvadoreños, estas maras, se encuentran formadas por personas de países tales como Ecuador, Guatemala, Honduras y México.⁵

La idea de Seguridad Nacional que plantea Estados Unidos sobre todo a partir del gobierno de Ronald Reagan (1981-1989) y su idea de defender el liberalismo, llevará a destacar el componente militar y armamentístico, como uno de los principales ejes de su gobierno. Idea que se percibe en la actual administración de Donald Trump, lo que viene a complejizar la labor de los analistas e investigadores sociales, donde la idea de seguridad, ha devenido en seguridad nacional. Ciertamente es que las maras y pandillas ya no sólo en Centroamérica, representan un problema de seguridad pública, en espacios localizados, por ejemplo el sur de Chiapas, México, donde se tendrá presencia hacia mediados de 1990 utilizando los flujos migratorios, en las rutas de los ferrocarriles concretamente en la ciudad de Tapachula, Chiapas.

México se ha convertido también en protagonista dentro del fenómeno de las maras y pandillas, sobre todo a partir de sus medios de comunicación quienes propusieron

⁵ Lara, M.: *Hoy te toca la muerte: el imperio visto desde dentro*, Planeta: México, 2006.

parte de la agenda discursiva al relacionar cualquier crimen en la zona de frontera con la presencia de maras y la idea de seguridad nacional, que como apunta José Luis Piñeyro (2004), la seguridad nacional es una situación en la que la mayoría de los sectores y las clases sociales de la nación tiene garantizadas sus necesidades culturales y materiales vitales mediante las decisiones del gobierno nacional en turno y de las acciones del conjunto de las instituciones del Estado, es decir, una situación de relativa seguridad frente a amenazas o retos internos o externos, reales o potenciales, que atenten contra la reproducción de la nación y del Estado, visto así, las maras y pandillas serán “un gran” enemigo.

Esto detonó y sigue siendo motivo de discusiones, donde para algunos funcionarios las maras sí representan una amenaza a la seguridad nacional de México, recordemos la declaración del visitador general de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos Raúl Plascencia hacia 2008:

La CNDH presentó... el informe especial sobre las pandillas delictivas transnacionales conocidas como maras, en el que se señala que en los últimos 10 años creció la presencia de estos grupos —la mayoría integrados por mexicanos— en el país, pues en 1996, se ubicaban sólo en Chiapas y ahora están localizados en 24 estados, incluido el DF... Lo que encontramos fueron personas procesadas por narcotráfico pertenecientes a los maras y lo que no encontramos fue la investigación que debió llevarse a cabo para saber para qué tipo de cártel estaban trabajando. Cuando descubrimos que están procesados por narcotráfico, homicidio y violaciones, es lamentable que se les trate de manera individual, como si hubieran cometido el delito, solos. Hace 10 años era un problema de seguridad pública, ahora es de seguridad nacional.⁶

Una situación que se debe considerar, es sobre cómo la sociedad consume este tipo de ideas, un ejemplo claro fue lo suscitado por la “alerta” en noviembre de 2004 sobre un presunto ataque de maras salvatruchas en Tapachula, contra centros educativos, lanzada por una estación de radio y en mensajes por telefonía celular, lo que provocó entre otras cosas, que las guarderías y escuelas de la localidad fueran desalojadas por los propios padres de familia:

El miedo y la histeria colectiva hicieron que en unos minutos los comercios bajaran sus cortinas y la población se refugiara en sus viviendas a piedra y lodo, mientras la policía sitiaba el palacio municipal para protegerlo “del ataque” y las unidades de seguridad pública recorrían las calles con las sirenas encendidas. Una llamada anónima a la Secundaria Técnica 62, alrededor de las 8 de la mañana, la cual anunció un ataque de maras fue el detonante. A las 9:30 de la mañana ya todo era confusión. La estación de radio Océano FM

⁶ Entrevista al visitador general de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos Raúl Plascencia, publicada por *El Universal*, 04 de abril de 2008.

emitió la "alerta" a toda la población, pero para entonces los estudiantes habían recurrido a los celulares para avisar a sus padres que fueran por ellos a las escuelas.⁷

Toda esta serie de sucesos nos ponen frente a un escenario proclive a un sinnúmero de acciones y puntos de vista, siendo los de mayor captación, los vinculados a actos violentos principalmente hacia población considerada "vulnerable", como ahora de nueva cuenta los migrantes, esto nos muestra que la condición de violencia se empieza a posicionar como un factor de la propia existencia de la sociedad, es decir, la violencia existe y forma parte ya de la cotidianidad, sobre todo en aquellos espacios geopolíticos que fungen como fronteras, sobre todo al momento de buscar responsables y actores para el ejercicio político. México dio un paso que se debe tener en cuenta sobre todo por lo que se ha ido generando. El ejecutivo mexicano a cargo de Felipe Calderón a sólo 10 días de iniciada su gestión, el 11 de diciembre, tras el "Operativo Conjunto Michoacán", da inicio a una serie de acciones en la denominada "guerra", oficialmente reconocida como "batalla" contra la delincuencia organizada, y es bajo este marco que hacia enero de 2010, se proclamó a favor de tomar acciones en Chiapas, sobretodo en la zona fronteriza, destacando en un primer orden de ideas factores que tiene que ver con el resguardo y la seguridad enviando efectivos de las fuerzas militares, lo que a su vez representará una acción similar a la que el propio gobierno ha reprochado a Estados Unidos, pues más que un refuerzo a la seguridad y el resguardo de la sociedad, parece un "bloqueo" hacia los flujos migratorios, los cuales seguirán existiendo mientras no se trabaje en conjunto en este caso con los gobiernos de Centroamérica, México y los Estados Unidos sobre las condiciones estructurales que en principio han detonado el incremento en las migraciones, lo que a su vez, ha dado pauta al aumento de maras y pandillas en dicha frontera.

Han sido en gran medida condiciones vinculadas al tránsito de migrantes, impulsados en principio por necesidades económicas, lo que ha facilitado en la frontera México-Guatemala en ambas direcciones la proliferación de las maras y pandillas, pues ven en los migrantes y en su necesidad de cruzar la frontera, el motor principal de sus acciones delictivas, lo que se convierte en un incentivo para conseguir "dinero fácil". Si bien la frontera parece desdibujarse:

¿Aquí es nuestro territorio me entedéz? aquí lo que rifa es la mara, mirá voz, aquí no tenéz opciones, la ley es vive o muere, y tu única opción es meterte a la mara, nos enseñamos a conquistar otros lugares, le ponemos (asaltamos) a la gente y empezamos a cobrar la cuota a los camioneteros y a las tiendas. El dinero nos sirve para comprar marihuana, hechizas (armas de fabricación caseras); la trece rifa me entendéz, pero aquí si queréz pasar seguro, el negocio

⁷Reportaje de Rodolfo Villalba Sánchez: "Causa histeria colectiva falsa alerta sobre ataque de maras en Tapachula", en *La Jornada*, México, 23 de noviembre de 2004.

es con nosotros, tenemos trato con la policía mexicana para que tejen pasar, si no, nosotros mismos te denunciamos, ha.⁸

Ante tal escenario, las soluciones que se siguen planteando, están orientada más hacia la lógica de usar medidas represivas, esto es, violencia en contra de las violencias, dejando fuera principios como los Derechos Humanos, y en términos legales la presunción de inocencia, sin considerar o dejando de lado las condiciones que generan o sostienen fenómenos como el de la migración y la propia “precarización” de la vida, donde el factor económico se vuelve un tema central, sobre todo la generación y distribución de este. Un hecho que ha sido aún poco documentado, es que a partir del año 2010 las maras y pandillas en Centroamérica dejaron de ser un problema de seguridad pública para convertirse en uno de seguridad nacional, situación que ha redefinido las agendas políticas.

De la estigmatización a la persecución

Entre estética, teatralización y sangre, los discursos oficiales, populares y mediáticos vinculan a los mareros y pandilleros con una serie de acciones como, secuestros, violaciones sexuales, tráfico de drogas y armas, violencia “irracional” y “exagerado” consumo de estupefacientes. De acuerdo con esto, en declaraciones de los diferentes gobiernos involucrados, ellos son la principal explicación de los males que aquejan Centroamérica. Hacia principios de 1990, los medios de comunicación iniciaron un prolongado y complejo discurso en el que recomendaban a la ciudadanía mantenerse en estado de alerta, pues las maras se habían convertido en el mayor problema de seguridad nacional. Sin embargo, el nivel de estructuración y violencia ejercida por las maras hace casi tres décadas no puede ser comparada con el actual.

Si se considera que las construcciones juveniles son mediáticamente difundidas con ciertas tendencias, capaces de generar opiniones popularizadas y con un margen de error en la percepción social, los medios de comunicación han dado una amplia cobertura al acontecer de las expresiones juveniles consolidadas como maras y pandillas. Poco a poco han construido un cuerpo, los gestos y los nombres en la percepción de los habitantes que adolecen la problemática, quienes agobiados por la violencia, vierten propuestas autoritarias y represivas. Políticas de “Mano Dura”, “Súper Mano Dura”, “Operación Escoba” y otras, habían sido bien evaluadas por un gran sector de la población, caso concreto en El Salvador, “ocho de cada diez salvadoreños señalaron la necesidad de implementar leyes más duras y un mayor despliegue de policía para combatir a la delincuencia” (Cruz y Santacruz, 2005), aun cuando, como lo señala Carlos Perea “para el pandillo, los grupos de vigilancia no hacen sino exacerbar su ansia de poder” (Perea, 2004). Honduras también recibía con beneplácito leyes “severas y castigos ejemplares”. Mientras en Guatemala, hasta el 2009 no se había planteado una ley en particular para la lucha contra las maras; a pesar de

⁸ Relato de “el Ticho” miembro de la mara 13. Trabajo de campo realizado en la frontera México-Guatemala (2008)

ello, un grupo significativo de ciudadanos urgía al gobierno por la implementación de políticas de mayor severidad, leyes de “mano dura”.

Respecto a la prensa escrita, el trato que le ha dado al fenómeno se ha ido modificando a través del tiempo, va respondiendo las distintas coyunturas de la sociedad, en parte, debido a que también han cambiado las explicaciones oficiales sobre los fenómenos de violencia, primero era que “los salvadoreños se matan porque son violentos”. Después el discurso cambia y las autoridades sostienen que la culpa es de las maras o pandillas -términos que se utilizan indistintamente como sinónimos-, “son las pandillas las que se están matando”. Se cae en cuenta de que al ser un tema importante, se tiene que buscar una explicación de mayor objetividad, para lograrlo primero se debe entender qué pasa con los contextos y segundo hay que alejarse por razones metodológicas, de los discursos oficiales. En esta articulación de ideas, tenemos que en Estados Unidos, con la creación de los documentales realizados por *Discovery Chanel*, bajo el nombre de “Las Maras, una amenaza regional” (2007) y, el realizado por la *National Geographic* “Maras: La nueva mafia mundial” (2006), se muestra a los jóvenes mareros como sujetos de “alta peligrosidad” y como una amenaza para la Seguridad Nacional, lo que dejará secuelas para posteriores trabajos incluso de carácter académico.

Países como España a través del canal de televisión TVE quien realizó el documental “Vida y muerte de las maras en El Salvador” (2007), el trabajo en coproducción México-Italia de Giuseppe Petruzzellis “Vida Loca: viaje por las pandillas” (2007), el enfoque trata de reflejar el acontecer de la vida diaria de los jóvenes mareros y pandilleros sustentándose en la idea de que son construcciones originadas por la pérdida de valores familiares y por los procesos bélicos padecidos en los países centroamericanos. Una visión distinta respecto al fenómeno, donde se deja a los propios actores ser quienes cuenten su historia, es el trabajo del periodista Cristian Poveda “La Vida Loca” (2009), donde se muestra la cotidianidad en la vida de los pandilleros pertenecientes al Barrio 18, incluyendo a quienes comparten lazos familiares y de amistad. Documental que muestra los diferentes roles que deben cumplir sus integrantes, enfatizando en la violencia de la cual forman parte como víctimas y victimarios, violencia de la que ni el periodista pudo escapar, siendo asesinado a pocos días del estreno del documental.

Toda esa información ha construido a un sujeto joven, de connotaciones violentas, con una vestimenta en particular, con códigos propios y con características muy concretas. Con base en esto, Estados Unidos y los países centroamericanos han llevado a la par una serie de medidas y leyes que tienen su pilar en la idea de “Tolerancia Cero” (*Zero Tolerance*), que en 1995 popularizará Rudolph Giuliani, entonces alcalde de Nueva York, donde el departamento de policía se fortaleció como nunca lo había hecho, donde se privilegió lo que se consideraba medular. Se pasó de las multas a los arrestos. Tenían como base dos ejes principales: el endurecimiento de la política de Ventanas Rotas (*Broken Windows*), con la represión de cualquier transgresión a la ley -desde cruzar la calle fuera de los sitios señalados, lanzar basura en la calle o la mendicidad y, la reorganización y descentralización del Departamento de Policía (PD).

Tras los atentados del 9/11, vuelve al plano de los discursos gubernamentales la idea de Seguridad Nacional, donde los inmigrantes de origen latino se les confiere una cierta predisposición para engrosar las filas de las maras y pandillas existentes en Estados Unidos, específicamente la Mara Salvatrucha 13 y la Barrio 18, lo cual obligó a reorientar sus políticas. Con lo cual le sirve de medio para intervenir en decisiones políticas y económicas de países latinoamericanos. Las medidas se han circunscrito a la creación de leyes específicas para el combate a las maras y a todo tipo de agrupación juvenil presumiblemente con tendencias a la comisión de actos violentos y delincuenciales.

Retomadas por El Salvador y Honduras, las tácticas de tipo castrense en contra de las maras y pandillas, vieron su auge, con la implementación del “Plan Mano Dura”, donde se consagraron medidas muy controvertidas. Dicho plan, dio paso a un segundo denominado “Plan Súper Mano Dura”, que para el caso centroamericano sólo evidenció “la incapacidad de las autoridades para lograr los fines de prevención y readaptación, recurriendo a acciones represivas como la agresión física, la coacción psicológica, llegando incluso a la tortura”⁹. Lo que a su vez dejó el antecedente de que “las soluciones que tienden al endurecimiento, evaden la discusión a profundidad de las verdaderas causas de la violencia de los jóvenes, así como de respuestas verdaderamente eficaces”¹⁰. Tras la implementación de las mencionadas acciones, al principio hubo un relativo consenso entre la población, pero a medida que avanzó su implementación, la sociedad apuntaba que lejos de ser la solución al problema, adoptar medidas semejantes agravaría la situación.

Pero es en febrero de 2004 tras la segunda aparición de la denominada “Ley Antimaras”¹¹, en El Salvador cuando se va dar un seguimiento más puntual al fenómeno. Si bien tenemos que la existencia de delitos cometidos por miembros de estos grupos obliga a las autoridades gubernamentales a dar respuestas efectivas a la población, la mencionada ley, impulsa un combate frontal y eficaz, donde dicha actividad, materializada en una “política criminal”, debe lograr un equilibrio entre las acciones represivas y la necesidad de prevenir la comisión de hechos delictivos y, la reinserción de los infractores. Esta ley, censurada en 2006, se enfrentó a fuertes críticas por instancias como *Human Right Watch* y *Save the Children*. A medida que las acciones fueron avanzando, la sociedad en su conjunto fue dando testimonio de los abusos cometidos por parte de la policía, no sólo contra jóvenes presuntamente mareros sino en general, lo cual explicaría el cambio en la sociedad de apoyar en principio las leyes y luego rechazarlas.

Elías Antonio Saca González, ex presidente de El Salvador (2004-2009), vinculado a ideas conservadoras y de derecha, fue quien impulsó la ley, estrategia que en gran medida le costó la derrota a su partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), en

⁹ Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos, Informe Especial sobre las Condiciones de los Centros de Internamiento para menores infractores en El Salvador, San Salvador, 30 de octubre de 2003.

¹⁰ *Ídem*.

¹¹ En su artículo primero se considera asociación ilícita denominada “mara o pandilla”: “aquella agrupación de personas que actúen para alterar el orden público o atentar contra el decoro y las buenas costumbres, y que cumplan varios o todos los criterios siguientes: que se reúnan habitualmente, que señalen segmentos de territorio como propios, que tengan señas o símbolos como medios de identificación, que se marquen el cuerpo con cicatrices o tatuajes”.

los comicios de 2009 para elección de mandatario federal, dando paso al candidato del partido de izquierda Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), Carlos Mauricio Funes Cartagena, con quien las dos maras salvadoreñas de mayor presencia han establecido una serie de diálogos con la finalidad de disminuir los índices de violencia. Diálogos que llevaron a plantear una tregua entre maras y pandillas hacia 2012 y 2014, suceso que quedó subsumido por los desacuerdos entre el partido Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)-, con el entonces presidente Mauricio, y miembros del actual Ejecutivo. De lo cual se encuentran actualmente en proceso judicial 18 operadores de la polémica tregua.

Las tecnologías no han escapado a la presencia de las maras y pandillas, a través de internet se hizo circular un comunicado atribuido al presunto grupo denominado *La Calle Negra*: “Nuestra forma de operar será de múltiples formas, incluirán verdaderos daños colaterales a la delincuencia (ajusticiamientos), así como linchamientos, lapidaciones, decapitaciones, desmembramientos... estaremos en todas partes”.¹² En conjunto con notas de carácter sensacionalista de algunos medios, se ha generado incertidumbre en la sociedad en principio salvadoreña pero también guatemalteca y hondureña, hacia sus gobiernos y las acciones en la lucha contra la delincuencia.

Tratando de generar una relativa calma, los gobiernos centroamericanos han difundido como primer hipótesis de los múltiples homicidios, a una serie de ajustes entre pandilleros como resultado de su vinculación con el narcotráfico; por lo cual se ha vuelto a plantear el resurgimiento de leyes antimaras. En cuanto al narcotráfico se ha hecho referencia a los cárteles mexicanos, se han propuesto acciones en conjunto donde se plantean generar bases de datos primeramente a mareros y pandilleros detenidos, otorgándoles una cédula de identidad donde se exhibieran sus antecedentes penales. Pero la cierto es que las maras no son cártel ni mafia, si entendemos que como objetivo es el enriquecimiento ilícito por medio de la venta de droga y la violencia, que no es caótica, sino instrumental. Al interior de las pandillas se sigue planteando el mantener el sistema de agresiones contra el grupo rival, de alguna manera la violencia aquí es de tipo ritual, a manera de *vendettas* o cadenas de venganzas resumidas en la expresión *lex talionis*, justicia distributiva. Resultaría ingenuo no pensar en el factor económico, pero en este caso es uno más de los “beneficios” del ser marero o pandillero, no funge como objetivo prioritario.

En la década de 1990 en Centroamérica la fuerza de las maras y pandillas, radicaba en la cuestión de la identidad y el sentido de pertenencia, los jóvenes querían “ser maras”. Esa condición se ha ido diluyendo, porque ahora se presenta una situación de reclutamiento forzado, donde miembros activos acuden a las proximidades de las escuelas y bajo amenazas incluso de muerte, obligan a niños y jóvenes a formar parte de sus organizaciones. Lo que a su vez permite que, al no haber un sentido de pertenencia por los nuevos miembros, las reglas no se acaten al pie de la letra, como una cadena en reacción, se dan procesos de un relativo anarquismo y descomposición

¹² Comunicado de La Calle Negra: <http://www.blogtepeque.com.sv>

del fenómeno, lo que a su vez ha permitido que algunos miembros tengan una relación con el narcotráfico y grupos de la delincuencia organizada.

Ahora los jóvenes mareros ya no muestran interés por los programas de rehabilitación y ayuda como los que ofrecemos nosotros, me entendéz, algo está pasando y cada vez es más frecuente, pues los pandilleros que deciden salirse de las clicas están siendo asesinados. Aquí en Homies Unidos somos una de las organizaciones que más pérdidas humanas ha tenido; ¿Cuál mano amiga que tanto sale en la televisión?, una mano amiga te sostiene y no te deja caer, aquí te agarra a golpes y te hunde más.¹³

En la actualidad las maras se convierten en caldo de cultivo para generar sujetos que sirvan al crimen organizado, al narcotráfico y a bandas armadas/delictivas, lo que ha llevado al desarrollo de organizaciones de mayor complejidad, con criterios cuasi empresariales, con el uso de tecnología avanzada y algo que sin duda ha permitido su fortalecimiento, el contacto e infiltraciones en el sistema social y político.

Maras y pandillas. Pensando sobre su diseminación

Finalmente para construir puentes de dialogo, sólo se mencionarán dos casos para incentivar la colaboración hacia el análisis de fenómenos concernidos no sólo con maras y pandillas, sino con la relación entre juventudes y violencias. Sin duda el que resulta más emblemático sobre presencia de maras fuera del contexto centroamericano, es el de Italia, particularmente Milán, donde se sabe que tanto la Mara Salvatrucha como el Barrio 18, cuentan con estructuras estables, y que sus disputas dentro de las que se encuentran actos de homicidio, se han convertido en un problema de seguridad pública para la policía. Pero como queda evidenciado en un reporte¹⁴, mientras en El Salvador el Estado está guerreando contra los mareros, a quienes considera terroristas, el consulado en Milán, vela por sus derechos humanos y procesales. Situación que de igual manera se encuentra en estrecha relación con los procesos migratorios de la década de 1970 tras los conflictos armados.

El segundo caso es el argentino, sobre todo a partir de la publicación del texto de Laura Etcharren (2009), en torno a las posibilidades de que en Argentina se puedan estar gestando las primeras células de maras salvadoreñas y, sobre todo, la vinculación que se ha ido construyendo con la idea de mafia y crimen organizado, y en algunos casos con terrorismo. Recuperando palabras del ministro de seguridad bonaerense, Cristian Ritondo, en septiembre de 2016 declaraba: “Hay maras en la Argentina”, “Algunos especialistas habían advertido desde 2013 que estaban en Argentina y se negaba constantemente”.¹⁵ La primera pregunta, considerando que las maras necesitan de una estructura ¿Cuál sería la base de construcción de estas supuestas maras? Porque hasta donde ha dado cuenta la literatura especializada, en Argentina no se tiene una

¹³ Entrevista colaborador de *Homies Unidos*, San Salvador, 2009.

¹⁴ Roberto Valencia, *Mareros en Milán*, ElFaro.net, publicado el 22 de abril de 2016.

¹⁵ Reportaje del Portal de Noticias Independiente SEPRIN.

presencia de pandillas (gangs); de lo que sí se tiene certeza, es sobre la existencia de grupos y redes de narcotráfico.

Sin pretender exhaustividad, y sabiendo que en un ejercicio sintético no puede dar cabida a desarrollos de sucesos que sin duda son parte de la propia historia de Centroamérica, pero que también se encuentran relacionados con la historia de la América Latina, quedan más preguntas que repuestas, ante lo cual se queda abierto de quien aquí escribe, el debate para la confrontación de ideas que permitan avanzar más al estudio y comprensión de fenómenos donde se ven involucradas las juventudes y las violencias. Por lo tanto, a manera de conclusiones quedan las siguientes ideas:

- Las perspectivas de los gobiernos centroamericanos para el tratamiento a las maras y pandillas se han visto fuertemente influidas por las políticas de Estados Unidos.
- El no tener la distinción clara para saber qué son las maras y pandillas y cuáles han sido los elementos que han coadyuvado en su construcción y fortalecimiento, hace posible que los jóvenes -pandilleros o no-, sean condenados y carguen con el estigma de ser señalados como principales responsables de los índices de violencia.
- De lo más complejo que queda para la investigación, sobre todo la enfocada en la perspectiva cualitativa, es el lograr el contacto con los sujetos y el compartir su vida diaria durante estancias prolongadas, con la finalidad de tener una mayor visión de los complejos entramados donde las juventudes de las maras y pandillas son apenas el principio de una serie de problemáticas que se comparten a nivel de América Latina y otras regiones del mundo, sobre todo de países denominados en "vías de desarrollo".
- En el surgimiento, la continuidad y fortalecimiento de maras y pandillas, encontramos una noción de identidad vinculada al ejercicio cotidiano de la violencia, auspiciado o compartido por los climas de inseguridad.
- La situación con las maras y pandillas no es un problema de juventudes, este se viene construyendo desde la niñez.
- La condición de pobreza aparece como una variable importante más no determinante y esto no ha quedado del todo claro en las esferas políticas, sino por el contrario parece que "el ser pobre", es una predisposición para ser delincuente, sin considerar que la idea de pobreza además define estados de desposesión material y cultural.

Bibliografía

Cruz, M. y Santacruz, M.: *La victimización y la percepción de la seguridad ciudadana*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo/ Instituto de Opinión Pública de la UCA: San Salvador, 2005.

Etcharren, L.: *Esperando a las maras, estado embrionario en Argentina*, Catálogos: Argentina, 2010.

Garí, J.: *La conversación mural. Ensayo para una lectura del graffiti*, Fundesco: Madrid, 1995.

Lara, M.: *Hoy te toca la muerte: el imperio visto desde dentro*, Planeta: México, 2006.

Liebel, M.: “Pandillas juveniles en Centroamérica o la difícil búsqueda de justicia en una sociedad violenta”, *Desacatos*, N° 14, CIESAS: México, 2004, 15-35.

Lau, C. y Lucchini, C.: *Hermanos en las calles de Buenos Aires. La historia del arte urbano político y no político*, Universidad de Stanford/ Universidad de Buenos Aires: Argentina, 2008.

Martínez J.: *Ver, oír y callar. Un año con la Mara Salvatrucha 13*, Surplus ediciones: México, 2017.

Moreno, H.: “Desciudadanización y pandillas transnacionales”, *VITAM*, Año 2, N° 3, Universidad Salesiana: México, 2016, 49-67.

Moreno, I.: “Pandilleros: ¿limpieza social en las cárceles?”, *Envío Digital*, N° 254, UCA: Honduras, 2003, s/p.

Nateras, A.: *Vivo por mi madre y muero por mi barrio. Significados de la violencia y la muerte en el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha*, SEDESOL/ INJUVE/UAM: México, 2014.

Perea, C.: *Con el diablo adentro: pandillas, tiempo paralelo y poder*, Siglo XXI: México, 2007.

Piñeyro, J.: *La seguridad nacional en México. Debate actual*, Universidad Autónoma Metropolitana/ División de Ciencias Sociales y Humanidades: México, 2004.

Sofsky, W.: *Tratado sobre la violencia*, ABADA Editores: Madrid, 2006.

Valencia, R., “Mareros en Milán”, *El Faro.net*, 22 de abril, 2016.

Adolescencia y juventud en el Uruguay

Moratorias, moralidades y desigualdades

Controlled and unprotected. Experiences of young women from low-income sectors

RECIBIDO: 7/12/17
ACEPTADO: 26/3/18

Luisina Castelli

Universidad de la República

Marcelo Rossal

Universidad de la República

Resumen

En el Uruguay contemporáneo los niños, adolescentes y jóvenes de los sectores socioeconómicamente sumergidos conforman una de las poblaciones más vulnerables. En los primeros años del siglo XXI más de la mitad de los adolescentes eran pobres y la desocupación juvenil de esos años (2002–2005) fue un factor preponderante de la emigración masiva de uruguayos por aquellos años. Estas tendencias se han revertido, pero la pobreza sigue estando juvenilizada y el bajo desempleo del país sigue afectando a las y los jóvenes de menor capital educativo. Junto a la desigualdad estructural los discursos de demagogia represiva ven a ellos como los causantes de la inseguridad, entendida en nuestros días como el principal problema del país a nivel de opinión pública.

Este artículo intenta trazar una relación entre el discurso que asocia a los adolescentes y jóvenes pobres con el crimen y las drogas. Presentamos y relacionamos (i) la reproducción de la desigualdad entre los jóvenes; (ii) las moralidades que construyen las diferentes edades a proteger—moratoria social—; (iii) la vulnerabilidad de los usuarios de pasta base de cocaína, sujetos que aúnan pobreza, estigma y “juventud” y (iv) grupos juveniles y movimientos sociales en el Uruguay contemporáneo.

Abstract

In contemporary Uruguay, children, adolescents and young people from the socioeconomically submerged sectors make up one of the most vulnerable populations. In the first years of the 21st century, more than half of the adolescents were poor and the youth unemployment of those years (2002–2005) was a preponderant factor of the massive emigration of Uruguayans during those years. These trends have reversed, but poverty continues to be youthful and low unemployment continues to affect young people with lower educational capital. Along with structural inequality, the discourses of repressive demagoguery see them as the cause of insecurity, understood today as the country's main problem at the level of public opinion. This paper tries to draw a relationship between the discourse that associates poor adolescents and youth with crime and drugs. We present and put in relation (i) the reproduction of inequality towards young people; (ii) the moralities that build different ages to protect—social moratorium—; (iii) focuses to the vulnerability of users of cocaine base—a subject in which poverty, stigma and “youth”, come together—and; (iv) youth groups and social movements in contemporary Uruguay

Introducción

No por casualidad en las últimas décadas en Uruguay y la región ha crecido el interés por la(s) adolescencia(s) y la(s) juventud(es), ya sea como campo de investigación de las ciencias sociales o como campo discursivo de la opinión pública y las políticas de Estado. Junto a la constatación de que los jóvenes son actores clave para comprender el desarrollo histórico del pasado siglo, y uno de los primeros grupos sociales en globalizarse (Feixa, 2006; Reguillo, 2000), también observamos que su configuración en el plano regional y continental, atravesada por fuertes desigualdades, está ligada al derrotero histórico, económico y cultural vivido en las últimas décadas. En éste aparecen desde las dictaduras en los ochenta en el Cono Sur, la ola neoliberal en los noventa, la crisis económica de comienzos de siglo XXI junto con la introducción de la pasta base de cocaína en las redes del comercio ilícito y la llegada de gobiernos de izquierda en los últimos años, por mencionar algunos de los elementos salientes.

Fundamentalmente desde los ochenta en adelante las edades a proteger, sobre las cuales debe establecerse una “moratoria social” (Erikson, 1956), se encuadraron en tres categorías (a su vez, disputadas en sus sentidos): niñez, adolescencia y juventud. Así, a la juventud como categoría puramente relacional (Bourdieu, 1990), se le pone en frente otra que la visualiza en tanto que plena de contenidos, de producción de sentido (Margulis y Urresti, 1996). En esos años se pone énfasis en que las edades son construcciones socio-históricas (Ariés, 1987) y culturalmente situadas, al tiempo que se las ajusta a un conjunto normativo universal(izante) con la Convención sobre los Derechos del Niño (Unicef, 1989) y otras herramientas gubernamentales conexas como el Año Internacional de la Juventud (ONU, 1985), a través de las cuales se producen políticas de juventud de alcance global (Rodríguez, 2008). En Uruguay estos procesos de diversa naturaleza pero convergentes, propiciarán la aparición de instituciones—con sucesivas reconfiguraciones nominales, simbólicas y también prácticas—orientadas a trabajar con esta población—las y los jóvenes—y su condición vital—la juventud. El Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU)¹ y el Instituto Nacional de la Juventud de Uruguay (INJU)² quizás sean las más representativas.

El afianzamiento de esta institucionalidad promoverá la construcción de los jóvenes en tanto un sujeto social, o varios³; pero también tendrá entre sus cometidos producir información estadística—“datos”—que permita generar puentes comparativos con la(s) juventud(es) de otros países donde estas políticas se concretaban de manera similar⁴ y, fundamentalmente, valorar el “avance” de la “moratoria social” en sus diversos planos, en especial en cuanto a las trayectorias a la adultez, entendida como emancipación. En esta línea las encuestas continuas de hogares han sido la fuente de

¹ La institucionalidad orientada a la infancia y adolescencia en Uruguay tienen como primer y temprano antecedente el Consejo del Niño que data de 1934, transformado en 1988 en el Instituto Nacional del Menor (INAME) y, en 2004, en el Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU).

² Institución que se crea en 1991 como organismo especializado en políticas de juventud. En 2005 pasa a formar parte del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), creado en ese mismo año.

³ Teóricamente es necesario insistir en la conjugación entre el estado vital compartido de la juventud, entre grupos poblacionales que tienen diferencias en diversos planos, por ejemplo las posiciones de género, de clase, étnico-raciales, geográficas, entre otras. Esto nos obliga a pensar el conjunto y las especificidades.

⁴ Véase Filgueira, Katzman y Rodríguez (2005) para una comparación de adolescentes y jóvenes bajo la línea de pobreza en Uruguay y Chile.

un conjunto de estudios que tomaron como “indicadores” de estas transiciones la salida del sistema educativo, el ingreso al mercado laboral, la conformación de un domicilio diferente al hogar de origen y el inicio de la vida reproductiva (Filardo, 2012, 2011).

Por otra parte, otros estudios de carácter cualitativo han buscado la producción de sentido entre los más jóvenes. Así, por ejemplo, se han esbozado reflexiones sobre las subculturas juveniles y/o tribus urbanas (Aguiar, 2012; Filardo *et al.*, 2002, 2007), pero también van a aparecer estudios sobre movimientos juveniles (Aguiar, Filardo, Musto y Pieri, 2012; Rodríguez, 1985; Zibechi, 1997) jóvenes y política (Filardo *et al.*, 2008), relaciones entre juventud y adultez (Filardo, Chouhy y Noboa, 2009) estudios cualitativos sobre género, juventud y violencia (Viscardi, 2008, 2009) y etnografías sobre la asociación juventud, violencia y delito (Fraiman y Rossal, 2009, 2011). Lo interesante es que, puestos en diálogo, los enfoques cuantitativos, cualitativos y etnográficos nos aproximan a una mayor comprensión de las y los jóvenes.

Trayectos educativos y emancipaciones

Los estudios de transiciones a la adultez revelan relaciones entre los trayectos educativos y la moratoria social. Emanciparse a una edad temprana significa, en general, un nivel educativo alcanzado más bajo, aspecto asociado, a su vez, con la reproducción de la pobreza. Estas transiciones pueden consumarse al momento en que el o la joven se emancipa del núcleo familiar⁵, pero también, con anterioridad, es usual en la población que vive en condiciones de pobreza extrema, que los hijos aun siendo niños adopten prácticas “de adultos” como *hacer la moneda*⁶ para llevar al hogar. En estos casos, la emancipación entendida como el abandono o salida del hogar del núcleo familiar ocurre muy tempranamente y la calle—con sus recorridos “nómadas”—, constituye muchas veces el nuevo espacio a habitar. La emancipación, entonces, cobra manifestaciones desiguales entre jóvenes con distintas posiciones de clase. Pero también su contraparte, la moratoria, que puede entenderse en términos de protección, implica no solo tiempos sino también prácticas diferenciales, pues no se cuenta con los mismos recursos materiales y simbólicos para cuidar y ofrecer calidad de vida en los distintos sectores sociales.

La edad de salida del hogar es un indicador relevante pues evidencia que a mayores niveles de exclusión social, más tempranamente ocurren los tránsitos hacia la toma de responsabilidades de la vida adulta. Asimismo, el devenir adulto/a tiene una marca que enlaza género y moralidades, pues mientras entre las mujeres el convertirse en madres incide sustantivamente en adquirir estatus de adultez, entre los varones el punto de inflexión suele marcarlo el ingreso al mercado de trabajo. Ambas situaciones son indicativas de las concepciones de género dominantes que hacen de la moralidad del

⁵ En el contexto de familias con economías precarizadas, la conformación de nuevos núcleos residenciales suele tener lugar en el mismo predio o terreno donde está ubicada la casa de la familia de origen. Esta producción de prácticas de solidaridad e intercambio da lugar a redes de parentesco particulares, relacionadas a las formas de habitar los márgenes sociales (Di Paula y Romero, 2008).

⁶ Prácticas informales consideradas trabajos por los sujetos, por ejemplo “pedir una moneda” a los transeúntes en lugares céntricos o de mucha circulación, la venta ambulante en ómnibus, mandados o “changas”, entre otras (Fraiman y Rossal, 2011). La división sexo-genérica del trabajo también se revela en las calles: entre las adolescentes y jóvenes mujeres la prostitución se convierte rápidamente en la forma de obtener algún ingreso monetario, implicando riesgos y violencias múltiples. Eventualmente algunos varones también lo hacen. Esta práctica se agudiza entre las mujeres más vulnerabilizadas, como las usuarias de pasta base (Castelli, 2015).

cuidado aquello que interpela a las mujeres, y la moralidad de la provisión lo interpelante para los varones (Albano, Castelli, Martínez y Rossal, 2014).

Sustentados en datos estadísticos, estudios sociológicos (Filardo, 2011) han mostrado que los modos en que ocurren las trayectorias a la adultez y de emancipación tienen relación con la mayor o menor extensión del trayecto educativo y el ingreso al mercado laboral. Las salidas del hogar de origen a edades más tempranas encuentran correlato en un menor nivel educativo alcanzado, al igual que con la edad al tener el primer hijo, la cual a su vez suele presentarse en la trayectoria vital de las mujeres antes que en la de los varones. Tal acontecimiento es notablemente anterior entre mujeres que solo han accedido a educación primaria en comparación a aquellas que alcanzan el nivel terciario (*Ibid.*). Asimismo, la edad al momento del primer empleo estable es anterior tanto en mujeres como en varones con menor nivel educativo alcanzado (los mismos que salen de sus hogares de origen más temprano) con respecto a otros que alcanzan niveles más altos, y se va dando cada vez más tardíamente a medida que el nivel educativo aumenta.

La temprana desvinculación del sistema educativo deja entrever “moratorias sociales” menos extendidas, y en consecuencia, emancipaciones y transiciones a la adultez más tempranas en las trayectorias vitales de adolescentes y jóvenes de los sectores más vulnerables de Uruguay. En tal sentido no podemos dejar de lado que las formas en que se construyen estas trayectorias tienen su correlato en dinámicas estructurales que inciden en la reproducción de la pobreza y la estratificación social⁷.

Sobre la misma temática, pero con otro enfoque, existen trabajos que eligen centrarse en la asignación de pautas morales a los sujetos, antes que en cuestiones estructurales:

“Hay modelos de relaciones de género y modelos entre padres e hijos que los niños absorben a través de su experiencia cotidiana en el hogar y que se constituyen en pasivos más que activos. Por ejemplo, la escasa valoración de la educación como vía de movilidad, la ausencia de una ética o disciplina de trabajo, la falta de respeto a normas mínimas de convivencia, la presencia de una concepción tradicional de la mujer vinculada a las tareas domésticas, el recurso a la violencia antes que a la persuasión para orientar los comportamientos de los hijos...” (Filgueira, Kazzman y Rodríguez, 2005: 48)

Este modo de enfocar los procesos de transición a la adultez si bien puede aportar datos significativos, no contribuye a la comprensión de los modos en que se gestan y reproducen las condiciones de vida de los sujetos, puesto que construyen sus

⁷ Los datos en relación a los vínculos con la enseñanza media son claros al respecto: “En el 2008 (...) la situación de los jóvenes urbanos de 20 a 29 años en Uruguay era la siguiente: el 97% egresa de Educación Primaria; el 23% egresa con rezago (repitió uno o más años en la escuela); inicia la Educación Media casi el 90%; de los que no inician Educación Media, dos de cada tres terminaron la escuela con rezago; de los que inician Educación Media, uno de cada tres aprueba el nivel; de los que aprueban el nivel medio, el 97% egresó de Primaria sin rezago” (Filardo, 2011: 32-33). Estos datos nos dan una idea de cómo se estructuran los pasajes por el sistema educativo, y cómo en este transcurso buena parte de los adolescentes y jóvenes quedan en el camino.

afirmaciones desde lejos, con metodologías incapaces de relevar sus producciones de sentido y basados, por tanto, en proyecciones de etnocentrismo de clase. Es importante conocer los alcances y limitaciones de cada enfoque metodológico, para conocer desde qué lugar se aporta a una determinada cuestión.

En esta línea y vinculado al conocimiento de los sujetos a través de sus producciones de sentido, en aproximaciones etnográficas recientes se esboza una comprensión de modos de reproducción de ciertos “continuos de violencia” (Bourgois, 2010) así como de moralidades y pautas de comportamiento de la porción de la población uruguaya más vulnerable, como son niños, adolescentes y jóvenes viviendo en las calles céntricas de la ciudad de Montevideo (Fraiman y Rossal, 2011, 2012) y usuarios de pasta base de cocaína, adultos jóvenes en su mayoría (Albano, Castelli, Martínez y Rossal, 2014). En estos trabajos se pudo apreciar niveles de alteridad entre esta población con las pautas dominantes (“activos” en los términos de Katzman y otros), alteridad en términos de moralidades, pero también en cuanto a los efectos de la desigualdad en el cuerpo, a las percepciones del tiempo y a la propia idea de proyecto:

“Estos tres niveles de alteridad se relacionarían directamente con el lugar ocupado por estos sujetos en el espacio de la desigualdad social: (i) el sujeto más precario desarrolla su vida social en espacios más cortos de tiempo, planifica y reflexiona sus relaciones, ya sean laborales o afectivas, en términos más breves, habiendo efectos de realidad en los cuerpos como en la construcción de los ciclos de la vida; (ii) a nivel de las moralidades, la interpelación moral del cuidado y de la provisión con relación a los niños y adolescentes ocupa espacios de tiempo también más breves, que los que dictan las disposiciones legales en relación con los derechos de niños y adolescentes, así como con relación a la educación obligatoria; el correlato de esto es que el sujeto podrá comenzar a ser interpelado como cuidador (especialmente en mujeres) y como proveedor (fundamentalmente en varones) desde edades en las que sujetos de otros sectores sociales se encuentran bajo el cuidado y la provisión de sus mayores (...); y (iii) el cuerpo de la precariedad es castigado, estigmatizado y desprotegido, esto lo apreciamos directamente en la observación etnográfica y está a disposición de todo aquel que esté dispuesto a verlo. El sujeto más precario, de esta forma, corresponderá a las categorías laborales más precarias, reproducirá la capacitación mínima exigida para tales ocupaciones y su fuerza de trabajo estará, generalmente, sujeta a la informalidad o, incluso, a actividades delictivas. Sin contrato laboral, sin la protección estatal vinculada al mercado de trabajo formal, su vida laboral se ejercerá en el mercado informal y sus múltiples posibilidades” (Albano *et al.*, 2014:146).

Movimientos juveniles, subculturas y tribus

Los trabajos que enfocan a las juventudes en tanto movimientos sociales han sido intermitentes en el transcurso de las últimas décadas. Uno de los primeros antecedentes es el de Rodríguez (1985) delineando la temática en un momento socio-político que ha sido caracterizado como “transición democrática” (González, E, en Caetano y Rilla, 1998). En ese momento los movimientos de jóvenes adquirían visibilidad pública realizando manifestaciones como pintadas, marchas y teatro callejero en contra de las razzias policiales que venían arrastrándose desde los años de la dictadura (1973-1985), dispositivo represivo que recaía especialmente sobre los sectores más jóvenes de la población uruguaya; por los mismos años se conformarán las primeras experiencias de radios alternativas, más adelante llamadas “comunitarias” (Castelli, 2013), integradas en buena medida por los mismos adolescentes y jóvenes que se manifestaban en contra de las razzias. Estos proyectos tomarán impulso a lo largo de los 90, continuándose hasta el presente. También, hacia mediados de los años noventa nos ubicamos en un contexto de importante movilización estudiantil (Graña, 1996) para lograr un diálogo nacional a propósito de la educación y su reforma, en contraposición a una reforma educativa que no consideraba a los estudiantes en tanto que interlocutores válidos; estas movilizaciones repolitizaron el espacio público uruguayo en medio de unos años noventa de impronta neoliberal y postpolítica (Demasi, Rico y Rossal, 2004).

Es interesante observar las transformaciones que han sufrido los movimientos juveniles en sus discursos y reivindicaciones a lo largo de esta trayectoria (Aguiar, 2012; Filardo, 2012). Entre los nuevos movimientos juveniles se encuentran los “cannábicos”, que sin duda han tenido una importante participación, junto a organizaciones de la sociedad civil y a sectores políticos, en la aprobación de la Ley 19.172, de regulación y control de cannabis en diciembre de 2013.

En los hechos, la producción académica sobre movimientos juveniles no ha tenido la misma repercusión que otras perspectivas conceptuales, como aquellas que problematizan las juventudes en términos de culturas, subculturas y tribus. Estas últimas, a su vez, se han ido consolidando en las ciencias sociales en los últimos años, y se trata de enfoques que por cierto nos introducen en otros dilemas teóricos.

A propósito del término subcultura aplicada a los jóvenes—como puede ocurrir también en relación a otros sujetos, no casualmente estos otros “sujetos” de la subculturización suelen ser criminales o carcelarios—, es interesante notar que aun apropiando este enfoque con la intención de conocer sus especificidades en el contexto de un grupo social más amplio, se está contribuyendo a reproducir su condición de subordinación, al entendiéndolos como una parte peculiar y desviada del todo (el todo del funcionalismo de mediados del siglo XX), con prácticas y sentidos que se contraponen a los dominantes. Pensar en términos de culturas juveniles podría ser incluso menos adecuado por inducir a la idea de que estamos frente a una otredad fuerte

producto de creencias extrañas, con prácticas ajenas a la desigualdad social de la sociedad capitalista y sus violencias⁸.

Como se señaló, en nuestro país se han hecho algunos estudios en estas líneas “culturalistas” (Filardo, 2007), Kaplún (2004, 2008, 2014), Maneiro (2011) entre otros.

En una línea próxima a la de estas perspectivas encontramos los estudios sobre “tribus urbanas”. Al igual que las nociones de culturas o subculturas juveniles, esta categoría es, dentro de la trayectoria de las ciencias sociales, relativamente reciente. Por el contrario, el concepto de tribu a partir del cual se construye, es por mucho más antiguo y específico de los desarrollos de la antropología, utilizado desde los inicios de la disciplina al intentar definir las formas de organización social, económica y política de sociedades desconocidas en el mundo occidental. El concepto fue introducido por Michel Maffesoli (1990) refiere a la identificación de grupos susceptibles de denominarse “tribus”, en el corazón de las megalópolis actuales—aquellas que se situarían en las antípodas de las sociedades simples o sociedades sin Estado, que los antropólogos estudiaban a comienzos del siglo XX—y viene acompañada de reorganizaciones de las prácticas sociales que pueden considerarse entonces, en un determinado sentido, como prácticas tribales; de ahí la introducción del término “neotribalismo”⁹. El argumento de este planteo radica, para el autor, en una constatación empírica: el progresivo desapego o desafección de las grandes instituciones sociales, y en consecuencia, la (re)aparición de microgrupos en los más diversos campos sociales—“sexuales, religiosos, deportivos, musicales, sectarios”. Es en estos microgrupos donde el tribalismo, entendido como “el reagrupamiento de los miembros de una comunidad específica con el fin de luchar contra la adversidad que los rodea” (Maffesoli, 1990: 6), emerge con nitidez.

La publicación de este trabajo puede considerarse en tanto fundante del desarrollo de una importante literatura dentro de las ciencias sociales, en la cual es posible observar la recurrencia con que se enfoca en algunos jóvenes—siempre los “raros”, desde una mirada estereotipada y estereotipante: *planchas, emos, punks, skinheads, darks, góticos, floggers*—, al punto tal que la mayor parte de la producción sobre la temática hace alusión a estos sujetos. Tal conjunción entre enfoque conceptual y sujetos de estudio no pareciera ser mera coincidencia, y pone en relieve cierto “modismo” conceptual. Este no sería el aspecto más preocupante, sino el hecho de que con relativa facilidad este enfoque puede encubrir determinados centrismos morales, generacionales y de clase

⁸ Respecto a este punto resultan útiles las reflexiones de Grimson (2010) sobre las “distancias culturales” y las “distancias identitarias” retomando postulados vertebrales de la antropología. Puede verse también Kúper (2001), quien explica con claridad cómo el culturalismo acaba contribuyendo con la esencialización de la alteridad cultural consolidando percepciones que toman a las distintas culturas como compartimentos estancos que pueden, entre otras cosas, favorecer o entorpecer el “desarrollo” o, constituir “activos” o “pasivos”; cuando en realidad lo que suele ocurrir son dinámicas culturales complejas no existiendo culturas prístinas e impolutas o “de la pobreza”.

⁹ Maffesoli observa “la forma específica que adopta la socialidad en nuestros días: el vaivén masas-tribus. En efecto, a diferencia de lo que prevaleció durante los años setenta—con esos puntos fuertes que son la contracultura californiana y las revueltas estudiantiles europeas—, se trata menos de agregarse a una banda, a una familia o a una comunidad que de revolotear de un grupo a otro. (...) En realidad, contrariamente a la estabilidad inducida por el tribalismo clásico, el neotribalismo se caracteriza por su fluidez, sus, grandes reuniones puntuales y su dispersión. Es así como se puede describir el espectáculo callejero de las megalópolis modernas. El adepto al *jogging*, el *punk*, el look *retro*, la gente *chic*, los cómicos callejeros, todos ellos nos invitan a un paneo incesante (Maffesoli, 2000: 151).

que contribuyen a la construcción de una imagen exótica y esencialista respecto algunas estéticas, prácticas e identidades juveniles.

Tal aproximación arribará a nuestras latitudes no mucho tiempo atrás, y en efecto, los abordajes que retoman la aplicación del concepto de tribus urbanas ocurren casi exclusivamente del 2000 en adelante y durante la primera década del presente siglo; en los últimos años sin embargo, pareciera haber caído en desuso. Entre las primeras publicaciones encontramos nuevamente una compilación de trabajos en Filardo (2002), donde si bien se reconoce que el concepto “tiene problemas operativos, tanto en su conceptualización como en su operacionalización [y que] la definición de qué es una tribu urbana y qué no lo es, (...) es ambigua y difusa”, se argumenta que “el término es útil para 'mirar' una serie de fenómenos que están ocurriendo hoy en el mundo que aluden a nuevas formas de sociabilidad de los jóvenes” (Filardo *et al.*, 2002: 7), sin ahondar al respecto. En este trabajo, como en otros que siguen su línea, se observarán a determinados jóvenes focalizándose en “elementos específicos que permiten diferenciarlos de otros—el lugar que ocupa en estos la música, la vestimenta, la estética, así como las prácticas y rituales que se significan en su interior” (*Ibid.*: 14).

Posteriormente aparecerán los trabajos de Horjales (2004), Fariás (2005), Pérez (2005), de Souza (2006), Berro, Cohen y Silva (2008), Silva (2009) y Cavagnis (2010). Desde enfoques sociológicos y psicológicos principalmente pero también desde el trabajo social y la antropología, los estudios mencionados abordan aspectos tan heterogéneos como los *punks*, experiencias de adolescentes en el sistema penal, terapia familiar, movida electrónica en Montevideo, educación y manifestaciones contraculturales, encontrándose un hilo conductor a través de la conceptualización de tribus urbanas.

Sin desconocer que en ellos se tocan aspectos novedosos que han servido al conocimiento de la(s) juventud(es) uruguayo(s), principalmente las capitalinas, entendemos de mayor pertinencia problematizar la construcción de identidades en términos relacionales; esto implica evitar reproducir marcos rígidos, al tiempo que se busca comprender las prácticas y universos de sentido a través de la aproximación a las trayectorias vitales de los sujetos, puestas en relación a procesos socio-culturales y moralidades que los trascienden, pero que los atraviesan.

Juventudes, violencias y estigmas

La consideración de los adolescentes y jóvenes como los sujetos peligrosos de los espacios urbanos uruguayos ha generado controversias a distintos niveles en el país. Joven pobre-delincente-drogadicto es la asociación discursiva que delinea el estigma que pesa sobre los pobres cuando son jóvenes (Filardo *et al.*, 2007; Fraiman y Rossal, 2009).

Este asunto ha ingresado de lleno a la política electoral en el país. La recurrente apelación a la baja de la imputabilidad penal a los 16 años durante los últimos 80 años (Morás, 2012) como solución a los problemas de inseguridad en el país toma en los últimos años el centro del discurso conservador tornándose una iniciativa popular con apoyo entre ciudadanos de todos los partidos políticos, aunque dirigida por el sector

más conservador del Partido Colorado (Vamos Uruguay) con el apoyo del sector herrerista (derecha) del Partido Nacional. El único sector importante de los “partidos tradicionales” que no apoya la iniciativa es Alianza Nacional heredero del “nacionalismo independiente”, sector orientado al centro político desde la primera mitad del siglo XX¹⁰.

La iniciativa de baja de la imputabilidad penal es falaz en el sentido de que desde 2004, con el nuevo Código de la Niñez y la Adolescencia, los adolescentes son penalmente imputables desde los 13 años en un sistema de justicia penal para adolescentes, por lo cual lo que implica esta iniciativa es el tratamiento penal en los mismos términos que los adultos para los adolescentes entre 16 y 18 años que cometan delitos graves¹¹; lo que se hace es pasar al sistema penal de adultos a adolescentes.

Finalmente, la iniciativa de baja de la imputabilidad penal es derrotada en las urnas y el Frente Amplio se mantiene en el gobierno. Pero la derrota de esta iniciativa en las urnas, fue precedida por cambios en la legislación penal hacia los adolescentes que aumentaron los años posibles de privación de libertad yendo en el sentido contrario del nuevo Código Procesal Penal, que aumenta las garantías hacia los imputados a la vez que permite una mayor presencia de las víctimas de los delitos. En el período de gobierno 2015-2020, el cambio del proceso penal desde un modelo inquisitivo a uno acusatorio modifica el escenario en relación a los adultos pero mantiene para los adolescentes todas las inseguridades del viejo modelo y, especialmente, la rápida privación de la libertad en un marco de aumento de los tiempos de encarcelamiento.

Montado en el estigma hacia los jóvenes pobres, se ha tejido en el país una “hegemonía conservadora” (Paternain, 2013) que sustenta una “demagogia represiva” (Fraiman y Rossal, 2012) que permitiría el crecimiento electoral de los sectores conservadores uruguayos con un programa de “mano dura”, “tolerancia cero” y “baja de la imputabilidad penal”.

En sustancia, en Uruguay se han aumentado las penas a los delitos contra la propiedad desde 1995 y, desde ese entonces también, ha venido aumentando la población carcelaria, pero los delitos no han parado de crecer (Paternain, 2008). Al mismo tiempo, la cantidad de adolescentes y jóvenes privados de libertad crece a medida que vamos hacia los sectores de mayor pobreza. Como fue dicho, hacia el año 2003, más de la mitad de los niños y adolescentes eran pobres (Amarante y Vigorito, 2007).

La salida de la crisis económica del año 2002 con el fuerte crecimiento económico del país que lleva una década ya, además de una serie de políticas sociales que han minimizado a niveles históricos la indigencia y logrado el desempleo más bajo de la historia del país no han revertido la existencia de miles de “parias urbanos” (Wacquant,

¹⁰ Los partidos tradicionales uruguayos, Partido Colorado y Partido Nacional han gobernado el país hasta el año 2004, salvo los períodos de gobierno militar, décadas de los setenta y ochenta del siglo XIX y XX. Aunque los gobiernos militares no impugnaron más que a sectores de dichos partidos y se apoyaron en políticos y técnicos de dichos partidos. Los sectores de los partidos tradicionales son relevantes en cuanto a lo ideológico pues éstos siempre han sido partidos *catch all*. Luego de la fundación del, hoy gobernante, Frente Amplio (1971) los partidos tradicionales han ido perdiendo sus sectores de izquierda quedando restringidos en su espectro al centro y la derecha.

¹¹ Rapiña (robo con violencia), homicidio, copamiento y violación. Los planteos que acompañan la iniciativa pueden verse en: <http://www.espectador.com/politica/237279/pedro-bordaberry-el-mensaje-por-la-baja-de-la-edad-de-imputabilidad-ya-no-nos-pertenece-a-los-dirigentes-politicos>

2001) que viven en un ciclo de consumo problemático de pasta base de cocaína, recolección de residuos en los contenedores de basura, venta de plásticos y metales en depósitos más o menos informales en asentamientos irregulares y compra de la sustancia en bocas de venta de la droga en esos mismos barrios, da una visibilidad constante a estos parias que son además los exponentes máximos del estigma (Albano *et al.*, 2014), junto a ello, la escenificación televisiva de los delitos cometidos por menores de 18 años y los discursos vecinales en las instancias participativas barriales—locus central de la “vecinocracia” (Rodríguez Alzueta, 2016)—que reclaman mayor represión hacia las actividades, en general lícitas, de los jóvenes en el espacio urbano (Fraiman y Rossal, 2012), configuran una “hegemonía conservadora” (Paternain, 2013) que se nutre de una alterofobia (San Román, 1996) hacia los adolescentes, jóvenes, pobres y “adictos”.

Efectivamente, una porción de los delitos es cometida por adolescentes, pero esta porción no ha crecido en relación a otros tiempos, por otra parte, los consumidores problemáticos de pasta base de cocaína no son en su mayoría menores de edad, teniéndose un promedio de edad de 29 años para esta población (Suárez y Ramírez, 2014). Por tanto, la asociación discursiva entre consumo problemático de pasta base, delito y minoridad infractora no es consistente, aunque sí existan usuarios problemáticos de pasta base de cocaína que cometen pequeños delitos contra la propiedad e incivildades en las calles, pero éstos son mayores de edad en general. Así como también hay adolescentes que cometen delitos, en general varones, pobres y desafiados del sistema educativo, pero que no son, en general, consumidores problemáticos de pasta base de cocaína.

De todos modos, que la asociación discursiva sea consistente o no, no hace a que resulte eficaz en tanto que discurso público, puesto que este discurso tiene su confirmación en la escenificación periodística recurrente de las monstruosidades de adolescentes y “pastosos”¹², aunque sean sujetos diferentes.

Palabras finales

A lo largo del texto hemos tratado de recorrer los diversos enfoques que, en el transcurso de las últimas décadas y acompañando procesos jurídicos globales, han delineado la(s) juventud(es) uruguaya(s). Nos encontramos con un conocimiento heterogéneo que permite observar la pluralidad en que la(s) juventud(es) se desdobra(n) en relación a los escenarios socio-históricos, pero evidenciando fundamentalmente cómo las construcciones simbólicas sobre la niñez, la adolescencia y la juventud en los hechos ocurren de formas desiguales entre los distintos sectores sociales; desigualdades que, a su vez, ni las políticas públicas ni la institucionalidad desarrollada en los últimos tiempos han logrado subsanar.

Los adolescentes y jóvenes ubicados en las posiciones sociales más vulnerables tienen trayectorias de vida desiguales—no tan solo diferentes—, en tanto sus posibilidades de emancipación y tránsito a la adultez están (sobre)determinadas por

¹² Usuario con consumo problemático de pasta base de cocaína fuertemente estigmatizado.

factores estructurales tales como la necesidad de ingresar al mercado laboral más tempranamente, cuidar de sus hijos o de otros familiares, desvinculándolos de un sistema educativo, a su vez, poco amigable con ellos. Es así que las moralidades por las que estos sujetos se sienten interpelados contribuyen significativamente a posicionarlos en el espacio social como adultos, en edades consideradas hegemónicamente como juveniles. Y son estas mismas moralidades las que encuentran su contraparte en los discursos conservadores que reclaman más represión, aumento de las penas y baja de la edad de imputabilidad a los 16 años.

Así, mientras las idealizaciones contemporáneas construyen la imagen de una juventud extendida y plena de derechos, en los hechos, la juventud de los más vulnerables se restringe, más allá de los esfuerzos de las políticas públicas, a una experiencia efímera, desprotegida y estigmatizada.

Bibliografía

- Aguiar, S.: “Movimientos sociales juveniles en Uruguay: situación en las últimas décadas y escenarios prospectivos”, *RECSO: Revista de Ciencias Sociales*, vol. 2, N° 3, 2012, 38-66.
- Aguiar, S., Filardo, V., Musto, C. y Pieri, D.: “Marihuana, drogas y juventud en el espacio público”, en: *Aporte universitario para el debate nacional sobre drogas*, Udelar, CSIC: Montevideo, 2012.
- Albano, G., Castelli, L., Martínez, E., Rossal, M.: “Caminando solos”, en: *Fisuras. Dos estudios sobre pasta base de cocaína en el Uruguay*, FHCE, Udelar – OUD, JND: Montevideo, 2014.
- Amarante, V. y Vigorito, A.: *Evolución de la Pobreza en el Uruguay 2001-2006*, Instituto Nacional de Estadística (INE), PNUD, UNFPA, 2007.
- Ariès, P.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Taurus: Madrid, 1987 [1960].
- Berro, G., Cohen, J., Silva, D.: *Engarrados: relatos y experiencias de adolescentes en el sistema penal juvenil*, Betum San: Montevideo, 2008.
- Bourdieu, P.: *Sociología y cultura*, Grijalbo: México, 1990.
- Bourgois, P.: *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2010.
- Caetano, G., y Rilla, J.: *Breve historia de la dictadura*, Ediciones de la Banda Oriental: Montevideo, 1998.
- Castelli, L.: “Mujeres-madres-usuarias de pasta base. Maternidad y consumo en contextos de pobreza”, en: Moraes, M., Gonzalez, G., Castelli, L., Umpiérrez, E. y Sosa, C.: *Consumo de pasta base de cocaína y cocaína en mujeres durante el embarazo*, Espacio Interdisciplinario, Udelar: Montevideo, 2015.
- Castelli, L.: “Trayectorias de (re)organización: sobre la construcción del sentido de lo comunitario y el Movimiento de Radios Comunitarias en Uruguay”, en: *Jornadas Académicas FHUCE 2013, V de Investigación y IV de Extensión, III Encuentro de Egresados y Maestrandos*, Montevideo.
- Cavagnis, M.: “Tribus urbanas: ética y estética en la terapia familiar con adolescentes”, en: Cohen, J. y Peluso, L. (coords.): *Familias y sistemas*, Psicolibros Universitario: Montevideo, 2010.
- Demasi, C., Rico, A. y Rossal, M.: “Hechos y sentidos de la política y la pospolítica”, en: Brando, O. (coord.): *Uruguay hoy. Paisaje después del 31 de octubre*, Ediciones del Caballo Perdido: Montevideo, 2004.
- de Souza, G.: *Montevideo electrónico: nuevas formas de comunicación juveniles*, Banda Oriental: Montevideo, 2006.
- Di Paula, J. y Romero, S.: *Producción familiar, intergeneracional e informal de la vivienda. Un estudio interdisciplinario*, REAHVI–Facultad de Arquitectura–Universidad de la República: Montevideo, 2008.

- Erikson, E.: "The problem of ego identity", *Journal of the American Psychoanalytic Association*, N° 4, 1956, 56-121.
- Fariás, E.: "Tribus urbanas en Montevideo", *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, Tomo VI, N° 1, 2005, 153-164.
- Feixa, C.: "Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 4, N° 2, Manizales, 2006, 1-18.
- Filardo, V.: "Transiciones a la vida adulta en Uruguay: fractura múltiple expuesta", *The Second ISA Forum of Sociology* (August 1-4, 2012).
- Filardo, V.: "Transiciones a la adultez y educación", en: Filgueira, F. y Mieres, P. (eds.): *Jóvenes en tránsito. Oportunidades y obstáculos en las trayectorias hacia la vida adulta*, UNFPA – Rumbos: Montevideo, 2011.
- Filardo, V. (coord.): et al. (2007) *Subculturas juveniles*, Udelar-FCS: Montevideo, 2007.
- Filardo, V. (coord.): *Tribus urbanas en Montevideo: nuevas formas de sociabilidad juvenil*, Trilce: Montevideo, 2002.
- Filardo, V., Aguiar, S., Chouhy, G., Fariás, E., Muñóz, C., Noboa, L., Rojido, E., Schinca, P.: "Las clases de edad y el uso de los espacios urbanos. Análisis de cinco grupos de discusión", *VI Jornadas de Investigación de Facultad de Ciencias Sociales*, FCS, Montevideo, 2007.
- Filardo, V., Celiberti, L., Quesada, S., Aguiar, S., Chouhy, C., González, G., Muñóz, C., y Noboa, L.: *¿Qué ves... qué ves cuando me ves? Juventud e integración sudamericana: caracterización de situaciones tipo y organizaciones juveniles en Uruguay*. Grupo de Estudios Urbanos y Generacionales – Cotidiano Mujer: Montevideo, 2008.
- Filardo, V. (coord.), Chouhy, G., y Noboa, L.: *Jóvenes y adultos en Uruguay: cercanías y distancias*. Ibase – Instituto Pólis - IDRC CRDI – Cotidiano Mujer – FCS: Montevideo, 2009.
- Filgueira, F., Katzman, R., y Rodríguez, F.: "Las claves generacionales de la integración y exclusión social: adolescencia y juventud en Uruguay y Chile en los albores del siglo XXI", *Prisma*, N° 21, 2005, 43-64.
- Filgueira, C., y Rama, G.: *Los jóvenes de Uruguay: esos desconocidos*, CEPAL: Montevideo, 1991.
- Fraiman, R. y Rossal, M.: "Violencia estatal y construcción de la(s) juventud(es). Conocimiento etnográfico de algunos continuos de violencia", en: Paternain, R. y Rico, Á. (coords.): *Uruguay: Inseguridad, delito y Estado*, Trilce: Montevideo, 2012.
- Fraiman, R. y Rossal, M.: *De calles, trancas y botones. Una etnografía sobre pobreza, violencia y solidaridad urbana*, MI – BID: Montevideo, 2011.
- Fraiman, R. y Rossal, M.: *Si tocás pito te dan cumbia. Esbozo antropológico de la violencia en Montevideo*, MI – AECID – PNUD: Montevideo, 2009.
- Graña, F.: *La movida estudiantil: un aprendizaje de convivencia y democracia*, Fin de Siglo: Montevideo, 1996.
- Grimson, A.: "Culture and identity: two different notions", *Social Identities*, vol. 16, N° 1, 2010, 63-79.
- Horjales, R.: *La identidad del punk en Montevideo*. Tesis presentada para defender el título de Licenciado en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (Uruguay), 2004.
- Kaplún, G.: "Culturas locales de jóvenes globales (o al revés)", en: Paternain, R. y Rico, A. (coords.): *Uruguay: Inseguridad, delito y Estado*, Trilce: Montevideo, 2012.
- Kaplún, G.: *¿Educar ya fue?: culturas juveniles y educación*, Nordan Comunidad: Montevideo, 2008.
- Kaplún, G.: "Culturas juveniles y educación: pedagogía crítica, estudios culturales e investigación participativa", en: *Los jóvenes: múltiples miradas*, UNC: Neuquén, 2004.
- Kuper, A.: *Cultura. La versión de los antropólogos*, Paidós: Barcelona, 2001.
- Maffesoli, M.: *El tiempo de las tribus*, Icaria: Barcelona, 1990.
- Maneiro, C.: *La Subcultura Plancha en Uruguay. Entre la identidad y el estigma*, Editorial Académica Española: Saarbrücken, 2011.
- Margulis, M. y Urresti, M.: "La juventud es más que una palabra", en: Margulis, M. (ed.): *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud*, Biblos: Buenos Aires, 1996.
- Morás, L.: *Los hijos del Estado: fundación y crisis del modelo de protección-control de menores en Uruguay*, Serpaj: Montevideo, 2012.

- Paternain, R.: *Ya no podemos vivir así. Ensayo sobre la inseguridad en Uruguay*, Trilce: Montevideo, 2013.
- Paternain, R.: *Panorama de la violencia, la criminalidad y la inseguridad en Uruguay*, MI – PNUD: Montevideo, 2008.
- Pérez, K.: *Tribus urbanas: una mirada conceptual y analítica con implicancias para el trabajo social*. Tesis presentada para defender el título de Licenciado en Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (Uruguay), 2005.
- Reguillo, R.: *Emergencia de las culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Norma: Buenos Aires, 2000.
- Rodríguez Alzueta, E.: "Políticas públicas de juventud en América Latina: experiencias adquiridas y desafíos a encarar", *Pensamiento Iberoamericano: Inclusión y ciudadanía: perspectivas de la juventud en Iberoamérica*, N° 3, 2008, 273-291.
- Rodríguez Alzueta, E.: "La juventud como movimiento social. Elementos para el estudio del caso uruguayo", en: Filgueira, C. (comp.): *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy*. CLACSO – CIESU, Banda Oriental: Montevideo, 1985.
- Rodríguez Alzueta, E.: "Tedio y violencia policial. Seguridad: territorios en disputa", *Debate* 11, 2017, FCS—UBA, Buenos Aires.
- San Román, T.: *Los muros de la separación: Ensayo sobre alterofobia y filantropía*, UAB: Barcelona, 1996.
- Silva, V.: "Tácticas y estrategias contraculturales: tribus, comunidades y creación antropófaga", en: Rasner, J. (comp.): *La comunicación en la era de la mundialización de las culturas*, Montevideo: UR-CSIC, 2009.
- Suárez, H., Ramírez, J.: "Los desposeídos", en: *Fisuras. Dos estudios sobre pasta base de cocaína en el Uruguay*, FHCE, UdelaR – OUD, JND: Montevideo, 2014.
- Viscardi, N.: "Integración perversa: los caminos de la desafiliación en jóvenes marginados", *RECSO: Revista de Ciencias Sociales*, año XXI, N° 24, 2008, FCS, Montevideo, 73-94.
- Viscardi, N.: "Trayectorias delictivas y rehabilitación: caminos laberínticos en la configuración de futuro en jóvenes infractores", *El Uruguay desde la sociología*, N° 4, 2007, DS-FCS, Montevideo, 293-325.
- Wacquant, L.: *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Manantial: Buenos Aires, 2001.
- Zibechi, R.: *La revuelta juvenil de los '90: las redes sociales en la gestación de una cultura alternativa*, Nordan Comunidad: Montevideo, 1997.



EN FOCO

REVISANDO "TRES MOVIMIENTOS PARA
EXPLICAR POR QUÉ LOS PIBES CHORROS
USAN ROPA DEPORTIVA "

*Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropa deportiva**

Sergio Tonkonoff

Universidad de Buenos Aires

INTRO—“Porque nosotros la mayoría de las veces: relojes, camperas, oro. Pero después lo empeñamos. Las cadenas, todo eso, las empeñamos de toque. ¡Una vez tenía un reloj, loco!... un Rolex. Ese reloj se lo saqué a un chabón de traje. Un reloj todo de oro, ¡espectacular!... Me lo agarró la hijita de Javier y: ¡pa!, ¡pa!, me lo rompió todo. Me quedé dormido, re-borracho. Y al otro día vi que estaba con el reloj: ¡pa! ¡pa!, [golpeando el piso] con el reloj de oro...”

Acaso este relato pueda oficiar como prueba de la pretendida irracionalidad de los Pibes Chorros. ¿Quién en sus cabales descuidaría un reloj de oro? Y más: ¿quién lo haría después de haber arriesgado la libertad o la vida para obtenerlo? Frente a esto el sentido común, bien-pensante y bien-habiente, reaccionará encadenando rápida y oscuramente elementos que, entiende, proceden de la oscuridad: el delito, el alcohol (o la droga) y ¿porque no? el sueño.

Dando un paso muy corto, este catálogo de monstruosidades emparejadas podría incluir, además, juventud y pobreza por lo que ambas tienen de desmesurado. De tal modo, calibrado con el metro de una razón utilitaria y moralizante, el confuso episodio encuentra explicación: jóvenes delincuentes, provenientes de las sombras de la ciudad y de las tinieblas de su propia (in)conciencia, irrumpen en el sosiego de quienes honestamente viven y consumen. Atacan. Y vuelven a su morada en un paraje asimilable al estado de naturaleza. En consecuencia: no debería haber medida en la pena de quienes no conocen la medida o, en todo caso, debería haber penas más duras.

Como se ve, si el bien y el mal vuelven a ser los dobles respectivos de la razón y la sin razón, y si la razón queda del lado de la sociedad de los consumidores legítimos, entonces, todos los elementos puestos en escena por el relato de un joven-lobo vuelven a ocupar su justo lugar. Situaciones, objetos y sujetos pueden clasificarse fácilmente según conocidas polaridades: nosotros y ellos, sensatos e insensatos, desprotegidos y peligrosos. Sólo queda el reloj complicando este despliegue liso. Y esto porque, bien visto, un reloj de oro es, también él, bastante irracional, aunque la moral esté de su parte.

Es un reloj, sin dudas, “espectacular”. Las fuerzas que moldearon sus materiales lo querían definitivo: había sido hecho para durar siempre, y para establecer una distancia tan visible como permanente. Un reloj “todo” de oro: notoriamente

* Este artículo fue originalmente publicado como capítulo en: *La Sociología Ahora, Siglo XXI: Buenos Aires, 2007*—pp. 151-164.

excesivo respecto de su modesto valor de uso. Claro que es precisamente allí, en lo evidentemente superfluo de su constitución, donde manifiesta el estatus de su portador. Por eso es un modelo. Un arquetipo al cual deben referirse todos los ejemplares de su especie, no tanto por su perfección mecánica como por la capacidad de exhibir una diferencia. Llegado por accidente o dolo a manos de un habitante de la clase media jamás hubiese sido descuidado. Quizá tampoco hubiese sido vendido. Asegurado con aparente displicencia a la muñeca nerviosa, militaría, poderoso, aportando a la simulación en la lucha por la vida de su novel poseedor. Un trabajador adulto y pobre, en cambio, encontraría risible la posibilidad de despejar sus incertidumbres horarias recurriendo a tan desproporcionado utensilio. Risible, como el psicoanálisis de diván o las dietas macrobióticas. Entre los pobres sólo el puntero político y el delincuente profesional podrían vestirlo: dobles grotescos del gobernante y el gran empresario, no perderían la oportunidad de apuntalar, como aquellos, su estatuto rapaz; su condición ostensiblemente ajena a toda labor rutinaria, manual y productiva.

Nuestros jóvenes, por su parte, no pueden apropiarse de él sin someterlo a un tratamiento previo. Puesto que se trata de un objeto demasiado connotado por su procedencia ha de ser procesado, transfigurado. Perderlo o destruirlo es, después de todo, una forma de consumirlo; de acercarlo a la configuración cultural que lo ha capturado. También pueden venderlo, y es esta alternativa (destrucción o venta para un nuevo consumo) la que permite dar cuenta de las líneas de fuerza que se anudan en el espacio cultural constituido por los Pibes Chorros.

UNO—En general, los ladrones profesionales y adultos, los chorros, asumen como propia la imposibilidad de sostener un trabajo lícito. Continuidad y monotonía son las propiedades que señalan como características, e intolerables, de cualquier faena legal. Otro rasgo típico en ellos parece ser una aguda incapacidad de representarse un futuro personal. Éste último es un rasgo que se ve acompañado de una firme renuencia a hablar del tema. Intentemos comprender el sentido específico de ambas características.

Digamos, pues, que el ladrón profesional trabaja profesionalmente, que su labor consiste en apropiarse del trabajo de los demás. Más cerca del cazador que del labriego, del guerrero que del industrial, la naturaleza de su actividad es predatoria: el ladrón cosecha donde no ha sembrado. Haciéndose de un golpe con lo que otros obtuvieron a través de esfuerzos sostenidos, y dilapidando lo abruptamente conseguido de manera igualmente abrupta, la experiencia delictiva se “realiza” en el consumo, no en la producción. Su cifra no es la acumulación sino el gasto. Pero a los ojos de quienes han hecho del robo un oficio o una profesión, el trabajo legal no sólo es tedioso, ajeno a la tensión exaltada de su actividad rapaz y belicosa: también es indigno. Su bochorno consiste en ser signo de debilidad. Quien es débil debe servir a otros, debe producir riquezas sin consumirlas, debe utilizar el tiempo presente en favor del porvenir. Quien es débil debe trabajar. Fuerte es aquel capaz de manifestar agresivamente su vigor mediante hazañas, de arriesgarlo todo en una

sola jugada. Y de ganar. Violencia y astucia, prepotencia y fraude, son los vehículos de su proeza. Por eso es el honorable. El digno de respeto.

Esta "moral del amo" posee una clara centralidad en el mundo del delito profesional, tiende a redactar sus códigos y organizar sus estamentos. Por eso, el hecho de que el carterista se encuentre en el punto inferior de su escala jerárquica, a incontables peldaños del asaltante de bancos, no se debe a que este mundo valore favorablemente la expropiación a los potentados y la protección de los menesterosos. Se trata, antes bien, de la vigencia en él de una moral de combate por la cual se es más fuerte cuanto más poderoso es el adversario al que se ha derrotado. Aquí la gloria del vencedor es directamente proporcional a la potencia envilecida del vencido: la victoria cubre al campeón con el maná que distinguía a su oponente subyugado. De allí que cada éxito lo haga más fuerte y la mayor fortaleza le provea nuevas victorias.

No sorprenderá entonces que el botín de un formidable golpe, más que "capitalizar" a su ejecutor dejándolo de este lado de la ley y del trabajo, lo ponga en posición de perder irremediamente lo ganado. No sorprenderá la constante disposición de los habitantes de este mundo al exceso. "Lo que se gana fácil, se gasta fácil" es la frase preferida por los ladrones profesionales para describir esta disposición. Es una frase cargada de desprecio e ironía, que ilustra a su modo la constelación de sentidos, la cultura, que permite proferirla. Es que el gasto "fácil", el derroche, es otro signo de potencia. Si se tiene el poder de destruir importantes riquezas en consumos superfluos, es porque también se tiene confianza en poder reeditar tanto el derroche como el triunfo que lo habilita, o en morir intentándolo. Así, todo lo que se ha obtenido "fácilmente" arriesgando la propia vida y la de otros, será dilapidado sin miramientos, porque poniendo en juego lo que podría ser seguridad, abismando todo continente, se prolonga el impulso de la proeza delictiva. Como el acto de robar a mano armada, éste es otro juego de suma cero, un nuevo todo o nada. Un intento más de subyugar a la suerte arriesgando la propia caída, y de señorear sobre aquellos que se aferran a la seguridad obediente de la acumulación y la rutina. Luego, quien dé pruebas fehacientes de su capacidad de exceso, recupera en reputación lo que pierde en festines.

Este mundo del delito (adulto, popular y urbano) es, para decirlo con las precisas palabras de un ladrón profesional, ya bondi. Promueve una existencia nómada y clandestina, desafiante e intensa, que obliga a subirse a cualquier bondi. O, más bien, al bondi del ahora absoluto. Sin rumbo y sin plan, sin ahorro ni prudencia. Un mundo en el que cada acción se agota en sí misma: ajena a toda trascendencia brilla con el fulgor de lo inmediato, y por ese mismo fulgor es devorada. De allí la incapacidad de sus habitantes para justificar utilitariamente su conducta, y su ausencia de palabras para nombrar el porvenir.

DOS—Junto con la posibilidad de emular el gasto delictivo con un énfasis que recuerda a la fe de los conversos, existe, para los Pibes Chorros, la alternativa de que el objeto robado sea vendido, empeñado de toque. En este caso, la traducción a

valor de cambio es el paso previo a un exceso de otra índole. Nadie piensa aquí en acumular dinero. Sin dudas se lo gastará rápidamente. Pero no es éste un proceder carente de sentido (como no lo es la destrucción o el despilfarro que busca el establecimiento de una relación de identidad con los delincuentes mayores). Este gasto compulsivo de dinero no es, ciertamente, la manifestación de un deseo desatado a causa de huecos en la socialización o malformaciones psicológicas. Antes bien, la satisfacción que el consumidor, cualquier consumidor, obtiene en el consumo “desatado” es la del deber cumplido. Y esto porque la adquisición de determinados bienes, en determinados circuitos, es un mandato social que no puede ser impunemente desoído. Claro que la obediencia proporciona notables recompensas: el juego del consumo no sólo hace surgir un mundo de valores coactivos, también permite integrarse a él con la alegría que comunica la pertenencia a una comunidad vigorosa. En este caso, a la comunidad virtual de “lo joven hegemónico”.

Es que la ropa vestida, la música escuchada, los lugares frecuentados, todos ellos producidos o capturados por la dinámica impenitente del mercado, configuran signos y rituales de un tipo hegemónico de identidad juvenil. Un modo de ser joven a la medida de nuestro ethos epocal. Un ser joven apático, acrítico, despolitizado, individualista y bello. Ajeno al futuro y al pasado, habitante paradigmático de la dimensión sin espesor del tiempo posmoderno. Portador de un cuerpo lozano y un presente continuo, su fantasma tiende a constituirse en el doble deseable de jóvenes y adultos.

Es posible que frente a esta figura todo lo que haya sean desviaciones. Pero, por lo mismo, su presencia normativa puede establecer gradaciones, operar modulaciones, trazar límites y producir exclusiones. Integrar, diferenciar y expulsar son los trabajos simultáneos de lo joven hegemónico. La pobreza constituye, entonces, su última frontera.

Tradicionalmente signados por una fugaz transición de la niñez al trabajo, los jóvenes pobres nunca fueron muy jóvenes. En ausencia de una prolongada moratoria al modo de los sectores medios y altos, el paso a la madurez se realizaba aquí con cierta celeridad. La actividad laboral sostenida y la formación de una familia propia, asumían la centralidad que en aquellos sectores posee la condición estudiantil para la misma franja etaria. Pero el proceso de fragmentación y polarización social ocurrido en los años noventa produjo una importante transformación en estas formas tradicionales de socialización. Ahora, fuera o en los márgenes del mercado laboral, y más lejos aún del sistema de educación formal, muchos de los miembros biológicamente jóvenes de los sectores populares urbanos no tienen más remedio que ser también socialmente jóvenes. Y sin otro lugar que el ocio forzado, deben pugnar por construir esa identidad a través de elementos pasibles de ser significados positivamente. De modo que si, como regularmente sucede, los objetos suntuarios robados no son vestidos ni destruidos sino cambiados por dinero, y éste por objetos más directamente significantes, es porque los Pibes Chorros son, ciertamente, más pibes que chorros. Procurarán, pues, un consumo

capaz de asumir las funciones diferenciadoras de aquellos, pero en un contexto diverso. Trabajarán sobre estos objetos para incorporarlos a un código legible por su propio entorno. Entonces, el derroche orgiástico del guerrero cederá frente a un gasto que transfigure el material inicial en signos de lo joven, y el reloj robado y empeñado se transformará en zapatillas.

Es que un Rolex es otro tipo de extremidad brillante: marca una diferencia pero también señala adultez, compromisos, una posición social y vital consolidadas. Un Rolex no es joven. Joven es lo descomprometido, lo maleable, lo deportivo. Pero además, y fundamentalmente, joven es una comunidad del consumo y no del trabajo. Joven es quien vive más de la sociedad que en ella: su estatuto es prefuncional y su carácter, rapaz. Lo rechazado aquí no es el oro sino el reloj.

TRES—Es sabido que el fútbol ocupa un lugar principal entre las actividades de los jóvenes varones, populares y urbanos. Se sabe también que, a cierta distancia de las lógicas mercantiles, conserva entre ellos la forma de un juego. Cualquier día es ideal para su ejercicio, y difícilmente se encuentre una actividad más importante durante el fin de semana. En esa hora vastos contingentes ocupan los predios que cada barrio ha dispuesto especialmente para su práctica ritual. Sitios extraños al tiempo y el espacio profanos, todo sucede allí como en un círculo mágico. Más acá del reino de los fines, este juego agota en sí mismo su sentido. Sin otro propósito que el de realizar su propio despliegue, se halla fuera de las leyes que rigen al mundo social ordinario. Por eso constituye una significativa interrupción de la vida cotidiana, un interludio feliz en el despliegue de su monotonía.

Sobre su territorio el juego es soberano. Allí instituye las reglas que le darán la vida. Ellas son su espíritu o, si se prefiere, su naturaleza, y este modo de ser suyo es autónomo respecto de quienes lo practican: los jugadores no hacen más que encarnarlo, entregándose a sus requerimientos. En ese abandonarse radica su atractivo. El juego nos descarga del peso de quienes somos. Está en su esencia, escribió Huizinga, hacernos perder la cabeza. Por eso siempre se juega "a algo": al fútbol, al mecánico o al bandido. Quien quiera jugar será, en realidad, jugado, sólo que vivirá como libertad esa tiranía.

Por su disposición el fútbol precisa de la fuerza física regulada y de la habilidad de sus jugadores, y a esta tensión entre fuerza y maña agrega otra: la que se produce entre el respeto a las reglas y su transgresión velada. Así, potencia y picardía, honestidad y trampa, se combinan en el marco del enfrentamiento reglado con un equipo adversario, constituyendo un ejercicio privilegiado para la autoafirmación periódica de cada uno de los jóvenes en cuestión y, por lo mismo, para la construcción social de su masculinidad.

Es probable que con la retirada de la escuela y el trabajo como mediadores de la masculinización popular-juvenil, esta función haya ido cobrando una relevancia aún mayor de la que históricamente parece haber tenido. Se suman a aquel reflujo institucional, las recientes transformaciones en la cultura parental producidas por el rol cada vez más activo que las mujeres (las madres) han debido asumir frente la

precarización del empleo o la desocupación de los otrora jefes de familia (los padres).

De modo que, en ausencia de instancias alternativas, la esquina y la “canchita” aparecen como ámbitos centrales en la constitución identitaria de esos jóvenes. Ámbitos cuya lógica no es asimilable a la de una institución societal. Su estructura sociológica puede describirse, más bien, como sociabilidad. Esto es, una “forma lúdica de la asociación”, “una relación que no es nada sino relación”, según las definiciones de Simmel. La vereda y el potrero son los territorios de la conversación inconducente y del estar juntos porque sí. Espacios donde el intercambio, el contacto y el habla son fines y no medios. Donde la sociedad sólo está presente como fantasma. En ambos espacios el recurso a la fuerza física posee un valor de primer orden. No porque encarnen la distopía de la violencia marginal soñada desde el centro, sino simplemente porque un modo tradicional de autodefinition entre, y al interior, de los grupos de varones adolescentes (pobres y no pobres) es el que tiene lugar a través de los golpes de puño en la esquina y la manifestación de vigor en la cancha.

Digamos por otra parte que así como cada barrio popular posee un potrero, cada centro comercial, cercano a estos barrios, posee una “casa de deportes” relativamente importante. Allí los artículos deportivos son ofrecidos en numerosas cuotas a un elevado precio. Señalamos esto porque si es evidente que el fútbol es una actividad relevante para los jóvenes pobres, quizá no sea tan evidente que la ropa deportiva es su lujo.

Se trata de atuendos vistosos que no siempre se conforman con los colores del club de preferencia de sus portadores. Acaso alguno entre ellos pueda invocar la comodidad que brinda este tipo de vestido como pretexto para su uso. Con eso tal vez intente una justificación frente a la “moral de la utilidad” que solía caracterizar a sus padres trabajadores. La clave, sin embargo, parece estar en otro lado. La ropa deportiva es cara y no sirve para trabajar. En realidad, en los barrios pobres, tampoco se usa para practicar algún deporte. Al fútbol se juega con prendas ya gastadas, reservándose el brillo de la tela sintética para representar, sin reservas, lo que verdaderamente significa: ocio.

Es cierto que el deporte, en tanto que opuesto al trabajo, puede pensarse también como ocio. Pero constituye todavía un espacio signado por el esfuerzo y la disciplina. Un ideal regulador y edificante tensiona su espíritu: la energía juvenil, flotante y siempre pronta a convertirse en violencia o desviación, piensa el mundo adulto, puede ser canalizada deportivamente. Afirmación regulada de la masculinidad, normalización saludable del cuerpo y templanza del alma: el fútbol es, después de todo, un tradicional medio de control social.

Cuando vuelven del trabajo o de la escuela, cuando salen de sus casas en dirección a la esquina, antes o después del fútbol, los jóvenes populares lucen sus mejores atuendos deportivos. A veces van a bailar con ellos los fines de semana. Los Pibes Chorros los usan todo el día, todos los días.

FINAL—La ropa deportiva que caracteriza a los Pibes Chorros es la más costosa. Pero lo importante no es que vistan caro, sino que lo hagan con estilo. Pantalones largos y camperas holgadas se combinan aquí con una gorrita de visera sobre la frente, pero es probable que la pieza central del conjunto sea el calzado.

Zapatillas confeccionadas por compañías transnacionales con materiales resistentes y aparatosos; de gruesas suelas de goma filigranada—como una rueda de automóvil—que son usadas con la lengüeta salida de forma prominente y los cordones desatados. Sobrecargadas de ribetes de colores fuertes, siempre limpias y cuidadas, los Pibes Chorros las llaman llantas.

Zapatillas muy caras y muy vistosas paseándose, con los cordones desatados, por barrios que supieron ser obreros. Ostentando, como las uñas de los mandarines, un profundo desprecio por toda labor físico-productiva, materializando un gasto que no puede ser recuperado ni siquiera por una utilidad deportiva. Su agitación se recorta sobre un fondo quieto de jóvenes pobres y pasivos, y hace del ocio forzado un valor positivo.

Son zapatillas para jugar a otro juego: zapatillas para salir de caño.

Periódicamente, dos o tres jóvenes dejan la esquina que les pertenece en dirección a otros barrios: "vamos a ganar", dicen. Lo que ellos mismos denominan meter caño, consiste en intentar hacerse, a mano armada, del dinero y los bienes de otras personas. Para ello se trata de disponer un campo de acción y recorrerlo en busca de potenciales presas. Se debe conseguir neutralizarlas, hacerse con el botín de sus pertenencias, sortear los obstáculos que puedan presentarse, y salir ileso. Solamente así se habrá ganado.

Se trata, sin dudas, de un deporte extremo. Se sale a poner a alguien. No se busca distraer o engañar. No se permanece quieto a la espera de un descuido. Su práctica comporta una disposición activa: es una práctica más cercana a la caza que a la pesca. Sólo que no es sed de sangre sino de objetos, dinero y aventura, lo que agita el corazón de los cazadores. Rapiña, y no muerte, es el nombre del juego.

Una jugada típica consiste en ir poniendo. Esto es, llegar hasta una localidad vecina y robar un automóvil. Con ese automóvil robar varios comercios, algún transeúnte, una casa. Otra jugada consiste en ingresar en una vivienda a punta de pistola, procurar el dinero de sus habitantes, atiborrar el vehículo de éstos con la mayor cantidad posible de electrodomésticos, y huir con el vehículo, el dinero y los artefactos. La jugada más sencilla: ir caminando y robando gente de a pie.

Es que los Pibes Chorros son pobres deslocalizados. Solos o "en banda" frente al sortilegio abismante del mercado, estaban condenados a no ser, a permanecer tras el umbral de visibilidad de la ciudad del consumo. La lógica de la polarización social vigente había querido que desearan en paz y luego desaparecieran en silencio. Ante la imposibilidad de cumplir acabadamente con tan singular mandato, ellos salen de caño. Es decir, recusan el lugar que se les había asignado y acometen hacia un centro que les está física y simbólicamente negado. De allí vuelven con algunos objetos y muchas historias. También traen el reconocimiento del que carecían. Un reconocimiento mayor al que jamás imaginaron: la inseguridad ambiente de una

Argentina de riesgo lleva a veces su nombre. Aptos para concentrar todos los temores y todas las miserias de la sociedad que los excluye, una cruzada estatal y massmediática los convierte de vez en cuando en un enemigo temible. Sólo el miedo generalizado al desempleo es capaz de opacar su resplandor.

Pero su orgullo no termina allí. No solamente se han expuesto a la cárcel o a la muerte que ávidamente se les desea. Han puesto en juego, además, su vínculo con las redes familiares y vecinales que los sostienen, y que tienden a participar del pánico moral que los condena. Todavía entonces, cuando la más encrespada ola de recelo, exclusión y violencia punitiva se eleva frente a ellos como un destino, los Pibes Chorros la toman a contrapelo y, mientras pueden, barrenan.

La suya es una estrategia centrífuga. Han “salido”. Han arriesgado su seguridad y la de otros ganándose con ello una identidad definida, negativamente privilegiada. Es decir, socialmente relevante. Luego han vuelto al barrio a cantar su gesta y a enrostrar con arrogancia su aristocracia espuria. Y todo para ser jóvenes como hay que serlo. Para traer o comprar zapatillas. Zapatillas espectaculares como un reloj de oro. Producidas por la industria globalizada para consumidores legítimos, ya eran kitsch, ahora en sus pies son monstruosas. El resultado de la mixtura de tres reinos: un estandarte tejido con retazos delictivos, lujos populares y brillos hegemónicos. Han devenido llantas, símbolo de una nueva (sub)cultura juvenil, nacida en conexión con el núcleo central de la cultura dominante en la Argentina. Cultura que sabe ser, también ella, la del gasto espectacular e improductivo.

Bibliografía

- Barbero, J. M.: “Jóvenes: Des-orden Cultural y Palimpsestos de Identidad”, en *Viviendo a Toda: Jóvenes, Territorios Culturales y Nuevas Sensibilidades*, Siglo del Hombre: Bogotá, 1998.
- Baudrillard, J.: *La Economía Política del Signo*, Siglo XXI: México, 1999.
- Bourdieu, P.: *Cosas Dichas*, Gedisa: Barcelona, 1988.
- Cohen, A.: *Delinquent Boys. The Culture of the Gang*, The Free Press: Chicago, 1955.
- Elias, N. y Dunning, E.: *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, FCE: México, 1992.
- Hall, S. et al.: *Resistance Through Rituals*, Hutchinson: Londres, 1976.
- Hebdige, D.: *Subculture: The Meaning of Style*, Methuen: Londres, 1979.
- Huizinga, J.: *Homo Ludens, El juego y la Cultura*, Emecé: Buenos Aires, 1961.
- Maffesoli, M.: *El Tiempo de las Tribus*, Icaria: Barcelona, 1990.
- Rojas, P.: *Los Pibes del Fondo, Delincuencia urbana, Diez historias*, Norma: Buenos Aires, 2000.
- Sarlo, B.: *Escenas de la Vida Posmoderna*, Ariel: Buenos Aires, 1994.
- Simmel, G.: “The Sociology of Sociability”, *American Journal of Sociology*, 55, núm. 3, Noviembre de 1949.
- Svampa, M.: *La Sociedad Excluyente, La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus: Buenos Aires, 2005.
- Tonkonoff, S.: “Desviación, Diversidad e Ilegalismos: Comportamientos Juveniles en el G.B.A.”, *Delito y Sociedad*, 10, Buenos Aires, 1998.
- Zaluar, A.: *O Condomínio do Diabo*, UFRJ: Río de Janeiro, 1994.

Tres apropiaciones (o más).

Dialogando diez años después con el texto de Sergio Tonkonoff sobre pibes, choreo, ropa deportiva y la moral del amo.

Mariana Chaves

Universidad Nacional de La Plata—CONICET

Debo decir que los primeros cinco párrafos, incluido el epígrafe, quizás seis párrafos del texto original de Sergio Tonkonoff me produjeron incomodidad. Estuve tentada de saltar a las conclusiones para encontrar una certeza, una coincidencia, una pista que me permita entender, ubicarme y tener paciencia para seguir leyendo las frases con imágenes crudas, con una elección de palabras que me colocaba muchas veces en un debate imposible entre la razón y la sin razón. Pude calmarme. Era domingo. Pensé en Miguel en la Unidad Penitenciaria ¿Tonkonoff quiso hablar de él? Revisé las conversaciones con Miguel en el facebook imaginando que podían darme letra, ¿acaso él no había sido nombrado muchísimas veces como pibe chorro? Pero no podía robar nuestra intimidad y despilfarrarla en este artículo. Del otro lado de las rejas y los muros, otros pibes y pibas, o sus padres y hermanos, de muchos barrios, esperan ropa de abrigo en el invierno y alguna camiseta piola para pasar el verano, pero ese sería otro escrito.

Volviendo a dialogar con “Tres movimientos...” vale aclarar que escribir diez años después de su publicación es como analizar con el diario del lunes, me siento medio tramposa, pero a la vez reivindico y agradezco la posibilidad. Desarrollo el texto en tres puntos, siguiendo el juego de copiar la estructura del original aunque los contenidos no sean correspondientes. Es “solo” una cuestión de forma.

En primer lugar me detendré en la ropa. En coincidencia con lo que hacemos muchas/os cuando conocemos a otra persona, lo miramos de/desde afuera. Cierta ropa y objetos funcionan como marcadores de diferencia, en este caso hiperamplificado en la imagen de las zapatillas y la ropa deportiva de marcas globalizadas. Son apropiaciones materiales y simbólicas de elementos asociados a distintas posiciones sociales. De aquellos años 90 donde se caricaturizaba la cumbia villera y a su protagonista el Pibe Chorro, ha pasado mucha reconversión de la industria musical y de la indumentaria. Como indica un viejo concepto de estudios culturales (Hall *et al.*, 2010), las producciones de estilo resultan en formas de pertenecer (inclusión) y en soluciones simbólicas a conflictos (muchas veces de clase).

En el segundo punto mencionaré otras formas de apropiación: la propiedad privada y el robo, o parafraseando a Proudhon (2005) en su texto de 1840, la propiedad privada como robo. En ese camino también reflexionaremos junto a Tonkonoff y Ariel Wilkis (2012), sobre las formas de consumir esas propiedades y de significar el dinero.

El tercer punto está centrado en la apropiación de las vidas. Reúno allí dos líneas de pensamiento a las que me llevó “Tres movimientos...”: por un lado la apropiación de

la vida del otro en formato discursivo (estigmatización-anulación) y material (derecho a dar muerte-anulación); y por otro lado la apropiación de la experiencia de la juventud, también en dos formas: 1) apropiación de la posibilidad de la experiencia del modelo hegemónico de juventud (identidad juvenil), y 2) apropiación de la juventud de los sectores populares por parte de la sociedad (expropiación de aspectos de su condición juvenil).

Finalmente habrá algunas palabras de cierre.

Apropiación UNO: la ropa deportiva

En el 2004 podíamos musicalizar con El Original:

Alta yanta, pantalón corto,
alta casaca y una piola visera
Con mi banda queremos flashar,
por eso esta noche la vamo bailar.

El Original (2004) “Alta Yanta”. Disco El bombazo.
https://www.youtube.com/watch?v=-D_I2a2BmqQ

Diez años después Sonido Básico le pone los puntos a los que arribaron desde otro sector social al estilo con:

tu risita no me cabe tenés cara de salame
te haces el guacho piola sos re gato no te sale
te haces que sos de calle y sos un nene de mamá
las llantas y visera te las compra tu papá

Los giles como vos no duran en mi vecindario
los tenemos de mulo pa’ que hagan los mandados

Sonido Básico (2014) “Muchos Cumbieritos”.
<https://www.youtube.com/watch?v=Oiy3wH7JC8g>

Cabría decir por un lado que ni la ropa les dejaron a los “Pibes Chorros”. En estos años dos mil diez y pico la ropa deportiva de fútbol para uso diario no es exclusiva—ni excluyente—de algunos pibes de sectores populares. A ciencia cierta nunca sabremos si lo fue alguna vez, pero se puede afirmar que fue un marcador de distinción frente a otros, era una marca de prestigio su posesión y significaba e identificaba un *poder ser* desde la pobreza con una estética propia. Escribo en pasado no porque haya finalizado sino para contar cómo era en su origen, o por lo menos diez años atrás cuando escribía Tonkonoff y cantaba Alta Yanta. Analizaremos brevemente algunas de sus características, el proceso de circulación en el que entró y algunas reapropiaciones realizadas.

La estética estaba construida con algunos productos de marcas de la economía de escala global que vestían a los “exitosos” del mito “del potrero al Manchester”.

Emblemáticamente Nike y Adidas, sumado a los cuerpos con signos del hambre, el padecimiento y la historia en la piel tatuada y oscura, y protegidos con viseras. Ese combo de apariencia identitaria habilitó la construcción de un nosotros exultante de masculinidad del aguante—muy clásico—, y unas feminidades que generaban controversias: a veces del aguante, a veces de la acompañante, a veces el motivo por el que rescatarse, a veces todo junto (Silba, 2012, 2014). La ocupación de los espacios públicos y privados del entretenimiento por parte de los y las jóvenes de esta estética fue avanzando, desde experiencias más segregadas en algunas esquinas del barrio de residencia, hacia ocupaciones de los centros de las localidades o la circulación a pie, en motos o bicis por toda la ciudad.

Se iba creando una visión externa sobre ellos de carácter estigmatizante, abonada y aprovechada por algunos sectores para darle una vuelta más de tuerca a la histórica construcción del portador de los males sociales, esta vez—ya repetida—en los jóvenes varones pobres de los suburbios. "El pibe chorro es un constructo social tributario de imaginarios sociales entrenados en la descalificación" (2014:106), escribía Rodríguez Alzueta. En un revival del racismo sobre el cabecita negra, se coloca en las tapas demoníacamente a "los villeros", "los pibes chorros", la visera, la cumbia, y así el vandalismo de la moral del amo arrasa con toda legitimación posible de la producción cultural plebeya. En espacios que intentaban ser más políticamente correctos aparecen las expresiones "los turbios", "lugar turbio", como nueva nominación de la diferencia.

"La capacidad de exhibir una diferencia", dice Tonkonoff sintetizando. Recordemos que la capacidad de exhibir diferencia no está solo en el objeto, sino en lo que no es. El camperón de River o de Boca no solo "dice" sobre la identificación que tenemos con esos clubes, sino que les dice a las demás personas que nos la bancamos, ¿Cómo es posible construir este efecto de poder? por el contexto, por la tradición y porque no lo usan todos los demás. Puede no tener nada que ver con nuestra capacidad de aguante. Los que no se identifican, los que no se lo apropian, se perciben fuera de ese universo del aguante futbolero, no quieren ser como "el grasa", "el cabeza" o aquel que por lo único que podría "triunfar" sería por el fútbol. El otro se posiciona en una inclusión en la sociedad que no está basada en el consumo de esos bienes. Y ahí nos descarta.

Muchos de los que no están incluidos, en el sentido de posiciones favorables—o por lo menos dignas—en la estructura social de la sociedad laboral, se incluirán por otros mecanismos, uno es el consumo, otro son los colectivos de reconocimientos identitario. Pueden ir separados, pero la combinación de ambos—como es el caso que nos ocupa—, produce una resolución del *ser parte*, es un lugar de participación en la sociedad. Aunque la mayoría de los otros te esté echando, te hagan bastante difícil la vida, o sueñen con tu inexistencia, vos estás ahí, y tenés muchas cosas en común con ellos.

En los diez años transcurridos es interesante ver el proceso de producción, circulación y consumo de la ropa deportiva identificada en algún momento con "los pibes chorros". En el momento de la producción se puede ver el avance de la mundialización de las marcas, y la globalización de las posibilidades de fabricarla, ya sea en su original o en imitaciones. Se han multiplicado por millones las ganancias de los

dueños¹, pero también han crecido las ganancias de los imitadores (a veces no sabemos si no serán los mismos). El origen de los bienes hace muchas décadas que es difícil de determinar inequívocamente: ¿Las Adidas que tenemos vinieron en un container de China? ¿o fueron hechas en las fábricas de Lanús, Esteban Echeverría, Chivilcoy o Coronel Suárez? (varias con despidos en 2017)², ¿o un pedacito en cada lado? En el momento de la circulación, además del crecimiento de los locales de marca exclusiva y de sus productos en tiendas multimarca, hemos podido comprar en las ferias³. Nuestras ferias de productos réplica, imitados o auténticos pero a menor precio⁴.

Detengámonos en el tercer momento de la producción: el consumo. Se ha ampliado la población consumidora de ropa deportiva en general, pero en particular me interesa visibilizar que la estética asociada al “pibe” de sectores populares que viste ropa deportiva, visera y zapatillas hace ya varios años la encontramos en los cuerpos de pibes de sectores medios. De ahí mi comentario del inicio de esta sección, sobre que “ni la ropa les dejaron”. Ya no es marcaje de diferencia como lo describía Tonkonoff. Sigue produciendo distinción por supuesto, pero hubo una apropiación de jóvenes de sectores medios del estilo “estigmatizado”, que en su uso y resignificación arrastra algo del peligro que los demás les endilgaron, pero también se saca de encima un poco la idea del chorro, sigue siendo pibe, pero por su clase la moral del amo disminuirá la sospecha. Desde el lado de los pibes clasemedios que adoptan esta estética, sumada a los cortes de pelo de dibujos rapados y a veces a la escucha de trap, se va tornando cotidiana la vestimenta, claro que se verán señalados como mala copia por los originarios como canta Sonido Básico. Algunos quizás intenten dividir entre usuarios de original o réplica, pero entre la devaluación de los ingresos de los trabajadores (sus padres), la oposición o discusión del abuso de las grandes marcas y la emergencia de nuevos circuitos de venta muy empáticos con las redes sociales, más pibes han podido acceder a los productos con o sin patente legal. El mito de la producción/consumo impecable en su invención del imaginario de legalidad quizás quede reservada a los sectores altos.

Dos autoras peruanas, Ucelli y García Llorens estudiaron durante un tiempo la vida cotidiana de jóvenes que no tenían mucho dinero, pero no pertenecían a la pobreza estructural sino a lo que en los últimos años se nombran como sectores vulnerables. Ellas dicen que “para los jóvenes estudiados, las zapatillas y la ropa de marca son entendidas como recursos materiales y simbólicos de movilidad social” (2016: 240), una especie de inclusión por el consumo. La apuesta analítica es tomar el consumo como una de las formas de participar de las pautas sociales generales, de ser parte de aquello que es reconocido. En este caso *ser consumidor* es una de las formas bien valoradas en

¹ Ver de 2016: <https://www.merca20.com/nike-vs-adidas-vs-under-armour-cuanto-dinero-reciben-cada-dia/>

² Ver noticias sobre conflicto por despidos: <http://brownonline.com.ar/28392-adidas-cerro-tambien-fabrica-lanus-y-https://www.laizquierdadiario.com/Esteban-Echeverria-Adidas-dejaria-de-ensamblar-zapatillas-en-Argentina>.

³ Como análisis de algunas de una feria emblemática recomendando el artículo corto de Sebastián Hacher <http://www.revistaanfibia.com/cronica/la-salada-es-para-siempre/> o su libro *Sangre Salada. Una feria en los márgenes*, Marea: Buenos Aires, 2011.

⁴ Sobre la formación del precio de la ropa en Argentina ver artículo de Mariano Kestelboim <http://studylib.es/doc/8406762/la-formaci%C3%B3n-del-precio-de-la-ropa-diciembre-2012>.

nuestros capitalismos de siglo XXI (aunque veremos en el siguiente punto que también hay moral del amo para esto).

Otro perspicaz autor, Carlos Monsivas, esta vez desde México, nos decía cómo "Se comprueba el axioma: donde cesa la movilidad social, en alguna medida y gracias al despliegue de las necesidades y la voluntad, emerge la movilidad cultural, algo comprobable en toda América Latina. El fin de la movilidad social humilla a un sector inmenso de jóvenes, pero el ascenso de la movilidad cultural es, para una minoría, la oportunidad compensatoria" (2005: 134). La hegemonía de las zapatillas de ciertas marcas, como buena hegemonía, comprende la participación en el uso de distintos sectores sociales. Contribuyen los y las jóvenes de arriba, del medio y de abajo, hay distinciones de modelos, de colores, pero la marca de algún modo unifica generacionalmente—ya no nos importa con qué legalidad. Es imposible la homogeneización, y no estamos tampoco hablando de igualdad, sino de participación en el mercado de consumo y de venta de fuerza de trabajo.

Apropiación DOS: los robos, los gastos y las sospechas

Quiero poder escribir aquí desde la incomodidad. Desde el miedo a perder mis propiedades, pero con un conocimiento de cómo es la vida de muchos de los que se las llevan. Pretendo hablar un poco de esta cuestión de agarrarse las cosas de otro, del robo como metáfora—demasiado obvia—del capitalismo, y luego hacer un recordatorio sobre las formas de uso-gasto-consumo y el dinero.

Como dije en la introducción Proudhon escribió en 1840 que "propiedad y robo son términos sinónimos". Su frase famosa: "la propiedad es robo", escandalizadora antes y ahora me permite pensar que todos robamos. En términos generales todos nos apropiamos de algo del otro. En términos particulares la conformación de la riqueza, de la acumulación de capital, sólo ha sido posible por la expropiación de fuerza de trabajo de otras personas, de sus bienes, o de la tierra, sin haberles retribuido a cambio un equivalente sino una suma menor, o nada. Constituye en parte la base de las relaciones de desigualdad⁵. No hay novedad en el robo/apropiación, sin embargo es presentada como una forma dañina, posible de evitar y posible de castigar. Castigos selectivos para las personas pobres que se llevan cosas de los demás, y a veces para personas no pobres que producen eventos mediatizables como boquetes, bolsos arrojados, valijas llenas o casas con grandes cajas de seguridad. Todo esto igual parece robo al menudeo al lado de las apropiaciones históricas y continuas como las que hizo Europa sobre América Latina en el colonialismo (¿habrá terminado?), Estados Unidos en su fase imperialista (¿habrá terminado?), y para venir más cerca la apropiación de las tierras de los pueblos americanos por parte de los terratenientes, el Estado y otros "dueños" de capital nacional (claramente no ha terminado). No pretendo buscar un equilibrio entre robos de unos y de otros, ni justificar las apropiaciones sino nombrarlas con los mismos términos, sin importar quién la realice.

⁵ Las reflexiones de Luis Reygadas (2008) dialogan en este punto.

Se trata de intentar comprender las lógicas de cómo y por qué se aplican términos asociados al delito, la ilegalidad y, fundamentalmente, la deslegitimación para algunas prácticas, y las mismas prácticas cuando son realizadas por otro sector social son automáticamente validadas y “muy lógicas”. La instalación de la sospecha sobre los bienes, la ganancia, el dinero y, en definitiva, la vida de los que menos tienen es sostén de la percepción de supremacía de los que más tienen o tienen algo. La distinción debe construirse sobre un orden moral sumamente simple: “lo que nosotros hacemos está bien, lo que ellos hacen está mal”, “yo decido cómo gasto, pero además decido cómo deben gastar ellos (que no es en lo mismo que yo obvio)”. Como dice Tonkonoff “Quien es débil debe servir a otros, debe producir riquezas sin consumirlas, debe utilizar el tiempo presente en favor del porvenir. Quien es débil debe trabajar. Fuerte es aquel capaz de manifestar agresivamente su vigor mediante hazañas, de arriesgarlo todo en una sola jugada”.

Podríamos seguir con esta derivación de frases autolegitimadoras de la posición del que enuncia. Nuestra cotidianeidad está llena de ejemplos de desacreditación de la vida del otro. Pero volvamos a la sospecha sobre ese discurso: ¿por qué el gasto de los pibes se llama derroche o despilfarro y la compra de un auto nuevo, cambiar la tele de 40 pulgadas por uno de 50, poner más aire acondicionados, llenarme de adornos para la casa o para mi cuerpo, cambiar las cortinas, los muebles, tener 20 pares de zapatillas o 30 de zapatos o 40 cadenas distintas no lo sería? ¿Por qué persistir en una búsqueda de racionalidad que se basa en “una forma” del gasto, y de nombrarlo, definida por los sectores dominantes? A ese modo de interpretar el mundo creo que Tonkonoff y yo llamamos “la moral del amo”. Porque lo importante para el moralismo meritocrático no es el dinero en sí, sino reducir el dinero del otro a un dinero sospechado. Como si las clases no pobres (y muy rígidamente los sectores medios) dijeran: “Si va a tener lo mismo que yo, o cosas parecidas a las mías, diremos que la obtuvo de mala manera o no sabe usarla”. No es merecedor. Esta estrategia de distinción coloca la duda sobre las formas de obtener y de usar los bienes y el dinero. Ese desarrollo interpretativo de la sospecha permanente le permite al enunciador intentar excluir al acusado de la vida en común, y en este caso en el mercado de consumo. Los sospechosos de siempre no se quedan quietos, ellos disputan los sentidos y también tienen comentarios para “los caretas”. “Consumir es participar en un escenario de disputas por aquello que la sociedad produce y por las maneras de usarlo” escribió Canclini (1995) con gran claridad.

Preferiría tal vez no sospechar de nadie, pero el ejercicio de diálogo con Tonkonoff al que me han llamado, me llevó a ver cómo plantea la sospecha sobre la forma del gasto de lo robado por los pibes. Creo que el autor oscila entre una crítica a la sospecha de la irracionalidad de ese gasto y su confirmación como improductivo: “esta alternativa (destrucción o venta para un nuevo consumo) es la que permite dar cuenta de las líneas de fuerza que se anudan en el espacio cultural constituido por los Pibes Chorros”, o en otro pasaje “la experiencia delictiva se ‘realiza’ en el consumo, no en la producción. Su cifra no es la acumulación sino el gasto”. Tengo mis dudas sobre esta afirmación. No le disminuiría su nivel de producción a la práctica delictiva, ni supondría que el gasto es

su medida en tanto opuesto a acumulación. Puede tal vez servirnos más no oponer acumulación a gasto, ese siempre ha sido el caballito de batalla de los que ya habían acumulado.

Otra acotación que puede sumarse al diálogo es recordar que el consumo es el momento de realización de la mercancía en términos de Marx. Sin consumo no hay producción, porque además el consumo siempre es consumo productivo, por lo menos en un doble sentido. Por un lado, porque produce al sujeto: en la acción del consumo el sujeto transfiere energía para sí—material y/o simbólica. El consumo produce al productor, consumidor, y la renueva la necesidad de la venta de la fuerza de trabajo (para seguir consumiendo, para pagar las deudas de lo consumido promete trabajo a futuro).

Por otro lado, porque en ese tercer momento de la dialéctica de la producción, se finaliza el circuito de producción y emerge la posibilidad de su reinicio. "El consumo sirve para pensar" enseñó García Canclini en la década de los noventa, y escribía "En el lenguaje ordinario, consumir suele asociarse a gastos inútiles y compulsiones irracionales. Esta descalificación moral e intelectual se apoya en otros lugares comunes" (1995: 41). Aquí estamos dos décadas después, y continúan las preguntas del sentido común (del amo y sus acólitos): ¿de dónde sacan las cosas? ¿por qué se gastan todo? ¿por qué no siguen UN orden de prioridades de gasto? ¿por qué gastar en cosas que identifican? ¿o en cosas que dan placer en vez de dilatar el encuentro con el deseo?

Lo robado, o el dinero obtenido del robo, también se usa para comer, para contribuir en la economía doméstica, para comprar la garrafa, para cargar nafta, para comprar cerveza, y para comprar otros bienes que le pueden gustar al que roba—o no—, que le pueden gustar al que fue robado—o no. De la frase de Tonkonoff "la satisfacción que el consumidor, cualquier consumidor, obtiene en el consumo 'desatado' es la del deber cumplido", me gustaría resaltar la noción de satisfacción. El consumo como placer. Pero volverían sobre nosotros los agitadores de dedos índices en alto para decirnos que no es posible, que no se debe sentir satisfacción. Que no está permitido ni legitimado el placer del consumo a quien no estaba llamado a consumir (llamado estaba pero se esperaba que no viniera). El bien obtenido por robo arranca con saldo positivo, se presenta como si no se le debiera nada a nadie. Por eso es posible obtener ganancias millonarias si me quedo con tierras que eran del estado, si me conmuta deudas porque soy juez y parte, si mejoro el precio de mi tierra (esa que me apropie antes) por mejora de la conectividad vial pagada por otros, u obtengo ganancias muchísimo más flacas, pero ganancias al fin, si me agarro el lavarropas del vecino, pungueo en el micro o vacío una casa. Todo aparece como suma a partir del robo.

El excelente trabajo de Ariel Wilkis (2013) sobre los usos del dinero en la vida popular, nos pertrechan con una visión más compleja y plural sobre los usos del dinero, su circulación y lo que el autor llama una "economía moral del gasto". El bien y el mal se apoderan de la billetera y discutirán cuándo y cómo llenarla y en qué gastarlo. A veces con criterios que tiene un consenso amplio, a veces más sectorial, otras en tensión permanente entre lo que debe ser, lo que puede ser y sus innumerables adaptaciones. "El dinero arrastra moral", escribe Wilkis dando una imagen de cuán inseparable es el

dinero de los litigios morales que se sucederán. En su texto el autor nos permite recorrer varios tipos de dinero: donado, militado, sacrificado, ganado, cuidado y prestado. Y establece una fuerte crítica a la visión sospechosa sobre el dinero porque nos cuenta que casi siempre la sospecha es sobre el dinero de los sectores populares. Los pibes chorros del texto de Tonkonoff son de sectores populares, lo advierto por si lo habíamos olvidado. En ese caso los demás le suman a la sospecha del dinero por popular, la del dinero por joven. Como discurso políticamente correcto no hay legitimidad moral de la ganancia obtenida por robo. En la práctica, esto se llena de matices, justificaciones y creación de otros órdenes de legalidad y legitimidad, que varían según clase, sexo y religión (por decirlo con una frase hecha). La moral del amo funciona—quiere funcionar—como un criterio hegemónico sobre el que se mide la vida de todos. Quedamos desprovistos de la cobertura del Bien si nos gastamos todo en caramelos, todo en chocolates, nos desparramos en fiestas y despilfarramos en gustos y en amigos (nuevamente el goce).

Lo ganado debe haberse ganado ¿cómo? ¿con esfuerzo y trabajo? porque esfuerzo y trabajo hubo. ¿O es cuál tipo de trabajo? ¿con el salario que nunca se tuvo? Esa forma legitimada de ganar dinero excluye. Otras formas de trabajo, y el robo de los pobres, serán puestos en sospecha. En esa operación simbólica se invisibilizarán todas las otras formas del dinero en las que participan los pibes chorros y no chorros: el donado, el militado, el cuidado, el sacrificado, el prestado y todas las otras formas que pudiéramos encontrar si se investigara el tema. La fragmentación del sujeto para ver solo una parte es un mecanismo eficaz. No conozco ningún pibe, ni ninguna familia que solucione su economía doméstica solo con dinero robado. Hay una integralidad, en el sentido del uso de distintas estrategias en la búsqueda de recursos para subsistir, para más que subsistir y para gozar. Hay pibes que chorean, pero no necesariamente el choreo define su identidad, hay que estudiar cada caso para ver el proceso. Por eso abono la idea de no hablar de “pibe chorro”, para no subsumir en una sola práctica la vida de una persona. Son también hijos, novios, hinchas de fútbol, a veces estudiantes, vecinos, entre muchas otras cosas. Participan de diversas prácticas y relaciones. Sin intención de invisibilizar “los ilícitos” no cometamos la impericia de creer en un sujeto aislado.

Apropiación TRES: los pibes

“Es que los Pibes Chorros son pobres deslocalizados. Solos o ‘en banda’ frente al sortilegio abismante del mercado, estaban condenados a no ser, a permanecer tras el umbral de visibilidad de la ciudad del consumo. La lógica de la polarización social vigente había querido que desearan en paz y luego desaparecieran en silencio. Ante la imposibilidad de cumplir acabadamente con tan singular mandato, ellos salen de caño”, dice Tonkonoff. Recordemos que también salen de paseo, salen con alguien, ayudan a la vieja, entran y salen de la escuela, están en la esquina, miran tele, se comunican por las redes, paran en una esquina. Coincido con el autor en su descripción del deseo social de invisibilidad del pobre, porque no se trata necesariamente de invisibilidad del ladrón, sino del pobre. Pero no coincido con la imagen de “pobres deslocalizados”, porque arriesgo que no es ausencia de localía, no es ausencia de lugar, es presencia del

desigualado. Presencia inocultable de la desafiliación (según Castel, 2006) y de la deriva (según Matza, 2014). Presencia en "la sociedad de las oportunidades". Presencia de la oportunidad de robar, de la posibilidad de ser, de la acción de participar, de estar en las esquinas, de atravesar en motos la ciudad.

En la introducción del artículo anunciaba dos grandes ejes para este punto tres centrado en las formas de apropiación de la vida del otro, por un lado de la vida total, y por otro la de la experiencia de la juventud. El primer modo, la apropiación de la vida como un todo, lo refiero en un formato discursivo a los procesos de estigmatización que avanzan sobre la anulación del otro como sujeto válido. A lo largo del texto hemos hecho anotaciones sobre lo peyorativo, el racismo y sobre cómo la "ilegalidad" de una acción (el choreo) de un sujeto lleva a anular otros aspectos de esa persona haciendo del pibe, sólo un pibe chorro. Tonkonoff explica "La suya es una estrategia centrífuga. Han 'salido'. Han arriesgado su seguridad y la de otros ganándose con ello una identidad definida, negativamente privilegiada. Es decir, socialmente relevante". Paradoja de la identidad, afirma en una pertenencia social y habilita a la vez procesos de exclusión.

La estigmatización que logra consenso es el camino habilitante de la otra forma de anulación del otro, la forma material, me refiero tanto al dar muerte como al dejar morir (Chaves, 2016). Crece el acuerdo sobre la innecesariedad del otro. Lamentablemente sobran ejemplos en los últimos dos años de gestión macrista en Nación y de Vidal en provincia, donde han aumentado la pobreza y el hambre, haciendo que volvamos a tener muchos desnutridos en los sectores más frágiles y pequeños de nuestra población. A la par, aumentan los casos de muertes en manos de fuerzas de seguridad, o "vecinos" autoproclamados en justicieros o víctimas "con derecho a", y esta vez acompañados de los aplausos de quienes gestionan el estado. Pero estos procesos no son de ahora, el juvenicidio (Valenzuela, 2015) viene siendo registrado desde hace tiempo, pero a veces se hace tapa en el país con sus tonos macabros (Llobet, 2015).

De todos modos, "ya estaba condenado, condenado de antes" escuchamos decir a una compañera en el documental "Pibe Chorro" sobre por qué no denunciaron a uno de los chicos. Y así fue. Murió. A él también lo mataron, así como él podría haber matado antes consiguiendo el papel perfecto de la película oficialista, en lo que Tonkonoff llama "un reconocimiento mayor que el que jamás imaginaron: la inseguridad ambiente de una Argentina de riesgo lleva a veces su nombre. Aptos para concentrar todos los temores y todas las miserias de la sociedad que los excluye, una cruzada estatal y massmediática los convierte de vez en cuando en un enemigo temible". Diez años después, persistiendo cada día en ese mensaje, horadando la solidaridad comunitaria, esos discursos y esas prácticas son el caldo de cultivo primordial y fructífero para el odio en diversas posiciones de la propiedad: poseedores, desposeídos, expropiados y apropiadores (y no solo como enfrentamientos antagónicos de clase, sino también entre los que están del mismo bando).

Por otro lado, el segundo eje de esta sección se refiere a la apropiación de la posibilidad de la experiencia juvenil. ¿Es posible sacarle una etapa de la vida al otro? Pero ya no como muerte sino como imposibilidad simbólica de realización. Como negación de un tiempo. Nuevamente Tonkonoff habla de algo semejante: "Es posible

que frente a esta figura todo lo que haya sean desviaciones. Pero, por lo mismo, su presencia normativa puede establecer gradaciones, operar modulaciones, trazar límites y producir exclusiones. Integrar, diferenciar y expulsar son los, trabajos simultáneos de lo joven hegemónico”. Una expropiación de la condición juvenil, en principio por dos procesos que pueden confluir. Puede ser por inadecuación con el modelo hegemónico de juventud, vinculado a la moratoria social, y/o por mercantilización y banalización de los procesos identitarios y las producciones culturales de los sectores populares. Ejemplo de esto último pueden ser jóvenes de clases altas haciendo cumbia cheta, descubriendo que mejor sacaban ganancia ellos mismos de lo que les gustó tanto consumir.

En contraposición⁶ a esos procesos algunos jóvenes de sectores populares se apropian de aspectos de la condición juvenil hegemónica, y además cuelean en ella, y en los consumos de otras edades y de otras clases, objetos, signos, lenguajes. Colonizando a la inversa, o como bien ha explicado Renato Ortiz (1996) para los procesos de mundialización de producciones culturales latinoamericanas, en este caso insertando en el mercado gustos de origen popular. Por supuesto la industria fagocita, regurgita y devuelve resignificado. Pero cada persona y cada grupo hace lo mismo. Es una disputa casi permanente entre apropiaciones, signos, identificaciones y distinciones. Todo para *ser* (y a veces para parecer). “Integrarse en él con la alegría que comunica la pertenencia a una comunidad vigorosa. En este caso, a la comunidad virtual de ‘lo joven hegemónico’”, escribe Tonkonoff.

La apropiación de la vida del otro, en su formato estigma, en su formato muerte, en su formato hambre, en su formato ausencia de políticas sociales. La apropiación de la juventud del otro diciendo que no tiene, que como empezó a trabajar de chico o tuvo una nena, “no tuvo juventud”. Robo. Eso es robo de la posibilidad de la experiencia en pos de validar un solo modo de vivirla. Juventud de la moratoria social. De los blancos, con estudios, con boliche a cuestras. De aquellos que portan una solución institucional y estructural a sus vidas por el soporte de sus familias y tradiciones de clase, porque la desigualdad le juega a favor. Y a contrapelo de esa intención, la apropiación de la juventud por los que son jóvenes pobres, por los que son jóvenes y roban (la vida en sí, porque es imposible no vivirla). La validación de sus producciones y agrupamientos y la participación en las industrias del entretenimiento, la moda, la música y la indumentaria.

Y en el final, disputarle a la moral del amo

No quiero victimizar a los que roban ni romantizarlos ni exculparlos de la infracción. Sino abogar por la realización de los mismos ejercicios discursivos para todos los sectores sociales. El robo legitimado de la plusvalía no entra en el código penal, apenas si lo toca el código laboral. Hicimos una apuesta para ampliar la noción de usos de los bienes y del dinero no solo a la sospecha, sino también a lo ganado, lo regalado, lo conseguido, lo querido, lo buscado, lo perdido, y otras formas a develar.

⁶ Contraposición que no es necesariamente contracultura o contrahegemonía.

Como todos los hijos de las sociedades (ah porque si no sabían los pibes chorros son sujetos de este mundo), es mucho más lo que hay en común que lo que los diferencia. Me gusta una frase de David Matza (quizás no toda su teoría), "la clave para el análisis de la subcultura de la delincuencia puede encontrarse en su alto grado de integración más amplia, no en su ligera diferenciación de ella" (2014: 112). Como dice Tonkonoff, "los pibes chorros son más pibes que chorros". El anclaje identitario en lo etario es poderoso y combinable con la clase, el género, la raza y la religión, además de la música, la ropa y el lenguaje. No solo la ropa deportiva pasó al uso de algunos pibes de sectores medios y altos, también el lenguaje asociado a lo tumbero, mezclado con la continuidad del lunfardo, se expandió en las calles y las escuelas.

"Y todo para ser jóvenes como hay que serlo", dice Tonkonoff. En parte le contesto: y todo para ser ciudadano como hay que serlo. En parte. Y todo para ser el proveedor de la casa como hay que serlo. En parte. Y todo para ser el macho alfa. Y todo para ser el hermano que ayuda, que da una mano. Y todo para ser el que reta a los más chicos para que no se hagan cachivaches. Y todo para que la piba o el pibe lo mire. Y todo para que la yuta no se pase, y me deje pasar. Y todo para terminar en cana. Y todo para tener unos pesos para el alcohol, el faso, la merca o el paco. Y todo para que no le falte nada al pibe que tuve. Y todo para vivir. Y todo para morir. Estrategias juveniles de reproducción (Tonkonoff, 2007).

A diez años del texto "Tres movimientos..." poseemos un mayor conocimiento de todo y una menor presencia de seguridad social y cobertura programática para las vidas precarias. Hay poca propuesta para atarnos a una vida en común, pero las hay. Ahora que está en auge usar de tiro al blanco a los jóvenes, caen en aparente aleatoriedad pibes chorros, militantes, mapuche o pobres. Pero nos damos cuenta que no hay azar porque tienen en común además de la edad y el género, su lugar de desiguales⁷. Además de los ciudadanos disparadores de siempre, ahora está el Estado enardecido, desbocados sus siervos armados porque pareciera que todo puede ser barrido bajo la alfombra de la casa de gobierno.

Pero acá estamos. Somos los que limpiamos sus casas desde hace siglos: sabemos donde guardan la mugre. Acá están los desangelados, los cabecitas negras, los pibes que usan visera y ropa deportiva, que laburan, que estudian, que a veces, algunos, roban. Están los que son robados. Las organizaciones sociales y políticas. Las iglesias. Estamos los intelectuales de lo público que llegamos desde barrios con calles de barro, y otros desde las lindas escuelas del centro. Ando con ganas de "gasto espectacular e improductivo", de derrochar solidaridad y despilfarrar lo que podamos. Releer a Tonkonoff y volver a pensarnos. Haciendo lo que se nos cante con lo poco que ganamos por la ilegalidad del trabajo que no nos pagan bien. Habrá que "aguantar los trapos", o tirar organizadamente las toscas hacia algún lado para mostrar que acá estamos. Avivándonos para no creer en la moral de los amos.

⁷ Me gusta usar esta expresión de la traducción de Göran Therborn (2015)

Bibliografía

- Castel, R.: *Las metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*, Paidós: Buenos Aires, 2006.
- Chaves, M.: “La ciudad como lienzo de las culturas”, en: Quevedo, A. (comp.): *La cultura argentina hoy. Tendencias*, OSDE-Siglo XXI: Buenos Aires, 2015.
- Delgado Ruiz, M.: “Estética e infamia. De la distinción al estigma en los marcajes culturales de los jóvenes urbanos”, en: Feixa, Costa y Pallarés (eds.): *Movimientos juveniles en la Península Ibérica*, Ariel: Barcelona, 2002.
- García Canclini, N.: “El consumo sirve para pensar”, en: *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo: México, 1995.
- Hall, S. et al.: “Subcultura, culturas y clase”, en: Hall, S. y Jefferson, T. (eds.): *Resistencia a través de rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la posguerra*, La Plata: Observatorio de Jóvenes, comunicación y medios: La Plata, 2010.
- Jaimés, D.: *Periferia*, Edición de autor: Buenos Aires, 2007.
- Juventudes OTRAS: *Malandros. Identidad, poder y seguridad*, Fundación Tiuna El Fuerte: Caracas, 2010.
- Llobet, V.: (2015) “Políticas y violencias en clave generacional en Argentina”, en: Valenzuela, J. M. (2015) *Juvenicidio*, NED: Barcelona, 2015.
- Matza, D.: *Delincuencia y deriva*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2014
- Miguez, D.: “Rostros del desorden. Fragmentación social y la nueva cultura delictiva en sectores juveniles”, en: Gayol, S. y Kessler, G. (comp.): *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*, Manantial-UNGS: Buenos Aires, 2002.
- Monsivais, C.: “Tú, joven, finge que crees en mis ofrecimientos, y yo, Estado, fingiré que algo te ofrezco”, *Nueva sociedad* 200, 2005, 127-140.
- Ortiz, R.: *Otro territorio (Ensayos sobre el mundo contemporáneo)*, UNQui: Buenos Aires, 1996.
- Proudhon, P. J.: *¿Qué es la propiedad?*, Libros de Anarres: Buenos Aires, 2005.
- Reygadas, L.: *La apropiación: Destejiendo las redes de la desigualdad*, Anthropos: Barcelona, 2008.
- Rodríguez Alzueta, E.: “Introducción: elefantes en el bazar” y “Consumo y delito: si no hay futuro hay joda”, en: Rodríguez Alzueta, E. (comp.): *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*, Malisia: La Plata, 2016.
- Rodríguez Alzueta, E.: *Temor y control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*, Futuro anterior: Buenos Aires, 2014.
- Silba, M.: “Vidas Plebeyas: masculinidades, resistencias y aguante entre varones jóvenes pobres del Conurbano”, *Papeles de Trabajo*, Año 6, N° 10, 2012, 160-176.
- Silba, M.: “Mujeres jóvenes y transgresoras. Roles de género, domesticidad y aguante en el Conurbano Bonaerense”, *Revista Ciencias Sociales*, 2014, 76-81.
- Therborn, G.: *Los campos de exterminio de la desigualdad*, FCE: Buenos Aires, 2015.
- Tonkonoff, S.: “Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas”, en: AAVV: *La sociología ahora*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2007.
- Tonkonoff, S.: “Juventud, exclusión y delito. Notas para la reconstrucción de un problema”, *Alegatos*, 65, 2007, 33-46.
- Uccelli, F. y García Llorens, M.: *Solo zapatillas de marca. Jóvenes limeños y los límites de la inclusión desde el mercado*, Instituto de Estudios Peruanos: Lima, 2016.
- Valenzuela, J. M.: *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*, NED: Barcelona, 2015.
- Wilkie, A.: *Las sospechas del dinero. Moral y economía en la vida popular*, Paidós: Buenos Aires, 2013.
- Pibe chorro* (2016), Largometraje documental. Guión y Dirección: Andrea Testa. Disponible en: <https://vimeo.com/136126589>.

Cultura de consumo, juventud, delincuencia

(Acerca de los Pibes Chorros y otros fantasmas)

Sergio Tonkonoff

Universidad de Buenos Aires

Lo que sigue es una relectura de “Tres movimientos para explicar por qué los Pibes Chorros visten ropas deportivas” tal como puedo realizarla hoy, y en diálogo con el texto que Mariana Chaves ha tenido la generosidad de escribir a propósito de ese mismo ensayo. Un diálogo que sólo se hará explícito luego de exponer algunos presupuestos fundamentales, pero que atraviesa este escrito de parte a parte, puesto que lo ha inspirado¹. He intentado además desplegar algunas de las ideas implícitas en “Tres movimientos”, y me he permitido agregar algunos desarrollos nuevos que pueden complementarlas. Sobre todo me he ocupado de proponer una caracterización de la sociedad de consumo y espectáculo—es decir, de aquello que creo es el modo de estructuración dominante de la vida social contemporánea. Y he procurado hacerlo en relación con la mito-lógica que rige la cuestión criminal. Tal es el marco, entiendo, en el que es posible situar las prácticas delictivas de los jóvenes populares urbanos y las formaciones (sub)culturales a las que dan lugar.

Un comienzo

He aquí las hipótesis generales: en nuestras sociedades los objetos se estructuran como mensajes de un sistema que merece el nombre de cultura del consumo y el espectáculo; cultura en la cual la juventud y el delincuente son mitos mayores. De allí las hipótesis específicas: los comportamientos delictivos de los jóvenes populares urbanos adquieren su sentido preciso en el marco de estas hipótesis generales. También adquiere sentido la vestimenta que muchos de esos jóvenes portan, dado que ella manifiesta el surgimiento y desarrollo de la subcultura juvenil delictiva que, durante un tiempo, llevó el nombre de Pibes Chorros.

¿Qué es vestirse?

Para desarrollar estas hipótesis comencemos (otra vez) por un tipo de objeto particular, la ropa. Preguntémosnos qué significa vestirse. La respuesta nos mostrará cuán penetrante resulta la intuición de Barthes, según la cual vestirse es “un acto profundamente social instalado en el corazón mismo de la dialéctica de las sociedades”. Sucede que a la pregunta qué significa vestirse, debemos responder que vestirse significa. Es decir, que a la lista de funciones de la ropa reconocidas tradicionalmente—

¹ Agradezco sinceramente a Mariana Chaves por su texto y por la posibilidad de este diálogo. Agradezco también la iniciativa de la revista *Cuestiones Criminales*, poco común en el medio científico y académico argentino. No es una práctica habitual el establecimiento de intercambios escritos en torno a nuestras propias producciones, a pesar de lo evidentemente enriquecedor del caso. Esperamos que ejercicios como éste se diseminen, y las conversaciones, las polémicas, las críticas y los reconocimientos se multipliquen entre nosotros.

protección de la intemperie, ocultación de partes pudendas y adorno—es preciso agregarle todavía otra función, acaso la más fundamental: dar y obtener sentido. Vestirse es una actividad significativa, porque depende de un código socialmente normativo. Ese código es la moda (en tanto sistema de la vestimenta).

Este código se organiza, como todos los demás, según dos ejes: uno de oposiciones y otro de asociaciones. El sentido de la vestimenta, aquello que cada quien entienda y transmita en relación a lo que lleva puesto, y aquello que los demás decodifiquen o lean al respecto, depende de la articulación de ambos ejes—operación que los sujetos del código realizan espontáneamente. Qué prendas uno vista y cómo las combine (asociación), sumado a cuáles son las que uno no vista (oposición), permite decir quién uno es o quiere ser. Habría entonces un “habla vestimentaria” que depende del sistema de la moda tal como se encuentra vigente en determinado tiempo y lugar. Este sistema o código se muestra socialmente normativo toda vez que sanciona lo que cada quien debe usar para significar una identidad (niño, joven o adulto, hetero u homo sexual, por ejemplo), un rol (policía, maestro, empleado, etc.) y una ocasión (formal/informal, habitual/excepcional, etc.). Normativo también puesto que sanciona aquello que no respeta sus dictados como anómalo o anacrónico, demodé.

Lo que se ha dicho del sistema de la vestimenta, puede generalizarse y plantearse para otros sistemas de objetos (los celulares, los autos, las casas), tanto como para la cultura de consumo global que los articula a todos en un horizonte de sentido y de deseo.

Consumo y espectáculo

Los fantasmas de la libertad, la flexibilidad y la diversidad constituyen fundamentos mayores del discurso consumista. Un discurso que insiste en desdeñar las definiciones precisas y las determinaciones estables, que recela de cualquier institución teniéndola por anquilosada y anquilosante, vieja aún antes de nacer. Se dice aquí: cada quien es un mundo, indeterminado, sutil, dinámico, y como tal debe expresarse, sin trabas y sin dilación. ¿Qué proveería esa posibilidad de auténtica expresión y libertad? El mundo del consumo, por supuesto: sus tiempos, sus espacios, sus espectáculos y, sobre todo, sus objetos.

Al mismo tiempo sucede que las prácticas sociales consumistas que estructuran las sociedades y las subjetividades contemporáneas, producen sistemáticamente determinaciones institucionalizadas muy poco flexibles. Definiciones positivas y negativas cuyo carácter taxativo se revela tan pronto se intente contradecirlas o evitarlas. Ellas no se juegan, por supuesto, al nivel de este o aquel objeto, espacio, tiempo disponible en el mercado—a ese nivel todo es una cuestión de elección individual (y de presupuesto). No se juegan incluso en el nivel de los comportamientos sexuales o religiosos, por diversos que sean, puesto que el punto es si permanecen inscriptos y cuánto en el (sobre) código del consumo. El consumo no es tanto la actividad habitual de adquisición mercantil de lo que sea (shopping), como un sistema de creencias y deseos que otorgan un significado general a las cosas del mundo. Sistema

que, en tanto hegemónico, estructura una forma de vida que se presenta como la única digna de ser vivida.

De manera que el consumo no es sólo una práctica específica—la de adquirir y utilizar objetos caracterizados por su obsolescencia programada. Es sobre todo un ordenamiento clasificatorio que teje transversalmente la diversidad del campo social, homogeneizándolo en cierto nivel y en cierto sentido. Es decir, generando modos transversales de intelección, jerarquización e interacción precisas—sentidos comunes. El consumo es, también y al mismo tiempo, una economía de los afectos individuales y colectivos. Es decir, un dispositivo libidinal inter o mejor trans-individual. Dispositivo organizador de las atracciones y los rechazos que rigen la sensibilidad, los gustos, los estados de ánimo de las mayorías a las que constituye como sujetos de sus valores.

Se trata pues de un modo general de valorización hecho carne (subjetivado) y hecho prácticas (ritualizado en la acción y la interacción social). Comporta una lógica, una estética y una moral a partir de las cuales todas las cosas y los seres son entendidos, juzgados y sentidos. El consumo es entonces el nombre de una cultura, la cultura contemporánea.

Esta cultura, como cualquier otra, se sostiene en un conjunto de tesis. Sólo que, en este caso, no se presentan explícitamente como mandamientos y prohibiciones—una diferencia de formaciones culturales anteriores, las teocéntricas por ejemplo. En cambio, nos encontramos con formulaciones seductoras y persuasivas al nivel del mensaje (libertad, flexibilidad, variedad), que tienden a ocultar las conminaciones prescriptivas del meta-mensaje (libertad, flexibilidad, variedad son sólo lo que la cultura de consumo determina como tales). El meta-mensaje más general y decisivo afirmaría esto: consume lo que quiera y como quiera, pero consume. Es decir, ingrese en el registro de las sobre-codificaciones significantes y afectivas hegemónicas, y manténgase dentro de sus parámetros.

Respecto del sentido de estas sobre-codificaciones, no hay forma de perderse. Todo aquí es signo, todo está señalizado. Y ciertamente, no todo da lo mismo. La indeterminación y la libertad se acaban a la hora de señalar estrictamente que es lo verdaderamente bueno, bello y justo para la sociedad del consumo y espectáculo. Propiedad privada y libre-mercado, sin dudas. Pero también extrema desigualdad en la distribución de los bienes materiales y simbólicos, y ostentación de esa desigualdad extrema. De allí la formación de una elite y su preponderante función social en el derroche ostensible y esplendoroso. Esta elite compuesta por ricos y famosos provenientes de diversos orígenes (los negocios, pero también la política, los deportes y los massmedia), obra además como una vanguardia ética y estética de la sociedad de consumo, encarnado sus tendencias y estereotipos positivos.

El lujo y el derroche espectacular en la cima es representado por actividades, actitudes y, sobre todo, por objetos exhibidos. Objetos extremadamente caros y perfectamente inútiles—o si se quiere, netamente irracionales: vestidos millonarios que se usan sólo un día, relojes de oro para quienes no tienen que cumplir horarios, autos híper veloces para ciudades embotelladas. Objetos arquetípicos que funcionan como el vértice del catálogo estratificado de los demás objetos. Esto es, aquellos objetos

accesibles a las mayorías, copias crecientemente degradadas, según se descienda de estrato, del original magnífico de la cumbre. Ese catálogo es también un mapa de las actividades, actitudes y sensibilidades—notablemente restringidas—que caben en la paleta de ofertas vitales disponibles en la cultura del consumo.

Los enemigos

Correlativamente esta cultura, proclamándose inédita por cuanto sería ilimitada e ilimitante, se delimita, como cualquier otra, a través de sus antítesis. Esto es, se define mediante lo que rechaza declarándolo su alteridad radical, su enemigo jurado. Ante todo la pobreza. La sociedad de consumo tolera bastante bien las diferencias sexuales, étnicas y aún las religiosas (aunque esto no es tan claro). Lo que detesta es la pobreza. La pobreza resulta su límite insalvable.

No es que la producción y distribución de objetos de consumo no se haya diversificado penetrando con éxito hasta los nervios más finos de los sectores populares. No es que estos sectores no vean el mundo con los ojos del consumo—aún cuando dispongan de menos recursos que el resto para disfrutarlo. Es que la sociedad de consumo, en tanto sistema de valoraciones encarnadas, (re)produce permanentemente la estigmatización de la pobreza. El consumidor establecido teme y desprecia a los pobres. De hecho, los odia como a una maldición. Aquellos que viven en la pobreza, por su parte, suelen avergonzarse de sí mismos, al tiempo que temen, desprecian y maldicen a otros pobres. En lo alto las elites—paradigma del consumo y encargadas de su espectáculo—brillan derramando luz sobre todo el conjunto, subordinándolo, y hermanándolo en sus desigualdades.

El mito del delincuente

En este contexto el mito del delincuente es un formidable dispositivo de estructuración societal. Y lo es por su capacidad de cohesionar un campo social disperso, de convertirlo en un conjunto estructurado en torno a valores comunes, precisamente mediante la designación de ciertos individuos y/o grupos como delincuentes (anatemas de esos valores). Delincuente es el nombre de aquello que se manda rechazar taxativa y violentamente, por cuanto se lo propone como la suma del mal. Es decir, como aquello que debe ser combatido so pena de desintegración caótica del conjunto social. Delincuente es pues el nombre de una alteridad radical, y designa a aquellos esencialmente distintos a nosotros: otros extremos, a los que es preciso combatir—a muerte. Esto vale para el delincuente tanto como para cualquiera de sus equivalentes funcionales (criminal, violento, terrorista, etc.), y para sus versiones específicas locales (chorro, transa, punga, etc.).

Las operaciones del mito como máquina formadora de lazos comunitarios es bien conocida. Se enarbola tácitamente un valor como sagrado (la propiedad privada, por ejemplo), se postula explícitamente como prohibido su ataque o desacato (no robarás), y se califica como criminal (es decir, absoluta, esencialmente malvado) al transgresor de esa prohibición. Esta estructura permite una dinámica que es propia y característica del mito: siendo que se tiene a la acción prohibida como la manifestación de una esencia

anómala y repudiable, entonces da igual una trasgresión que otra. Quien roba podrá matar y/o violar indistintamente, puesto que todo su ser vive por completo fuera de las leyes del derecho y la moral. Para el mito se "es" criminal o delincuente: antes, durante y después de la acción delictiva—desde siempre y para siempre. De allí la frase pronunciada con naturalidad por una vecina, cuando detuvieron a un adolescente de 14 años por vender marihuana en su barrio: "tan chiquito y ya era narcotraficante".

Desmistificación

¿En qué sentido puede afirmarse que esta representación mítica de la realidad es falsa? Decir que el delincuente es un mito ¿quiere decir que el delito no existe? ¿Significa que no existen individuos que, solos o en grupo, llevan a cabo acciones transgresoras de prohibiciones morales y jurídicas? Ciertamente no puede ser ese el sentido de la desmistificación. Se trata más bien de mostrar, en primer lugar, que nadie es el delincuente del mito. Se trata también de exponer las funciones políticas que el mito del delincuente cumple en las sociedades contemporáneas.

Sucede que a poco que se ponga uno a investigar descubre que son falsos los encadenamientos mito-lógicos que dominan los medios masivos de comunicación y los discursos políticos hegemónicos. Encadenamientos del tipo "si te roban, te matan", "el que vende drogas ilegales es narcotraficante", "el que las consume es adicto", revelan su falsedad y mala fe tan pronto consigamos abordar conceptualmente la cuestión criminal—sobre todo si se trata de conceptos que permiten la crítica de lo dado.

Pero aun sin el apoyo riguroso de esos conceptos, el mito comienza a desdibujarse, si nos acercamos sin tanto miedo a lo que podemos considerar como datos. Veremos entonces que, contrariamente a los postulados del mito, no hay una unidad global de todas las transgresiones existentes en el campo social, y que éstas no se concentran todas en un tipo de actor específico (el joven pobre, por ejemplo). Hay más bien distintos tipos de transgresiones penales y distintos tipos de transgresores que se distribuyen de un modo no homogéneo a través de todas las clases sociales. Y de los individuos que delinquen veremos que, en todas las clases sociales, hay quienes transgreden de modo más bien excepcional alguna ley penal, quienes lo hacen de manera intermitente, y quienes han hecho del delito una actividad sistemática.

Otro rasgo relativamente fácil de constatar, una vez que se han puesto entre paréntesis las compulsiones del mito, es que la mayoría de las personas que cometen delitos—asiduamente o de vez en cuando—responden a atributos que pueden caracterizarse de normales. Es decir, tienen familia, amigos, vecinos, quieren y son queridos, odian y son odiados, trabajaron o trabajan en actividades legales, no suelen padecer desequilibrios mentales, no consumen más alcohol o más drogas que el resto. Descubre uno, en definitiva, que prácticamente nadie es delincuente como el mito lo imagina.

De modo que desde el punto de una primera aproximación desmistificante podríamos afirmar, con razón, que los pibes chorros no existen. Al menos no como nos los han presentado los discursos mediáticos, políticos y penales dominantes desde

comienzos de los años 2000 hasta nuestros días. Es decir, como una actualización y particularización del mito del delincuente: jóvenes pobres, desmesurada y constantemente peligrosos, irremediablemente comprometidos con la violencia y las drogas prohibidas, esencialmente dispuestos de lo que sea—sobre todo a robar y a matar.

Interrogantes

Ahora bien si tal cosa no existe, al menos tres tipos de interrogantes se presentan: 1) cómo dar cuenta de la persistencia del mito del delincuente en sus diversas formas (los pibes chorros han sido sólo una de ellas); si no hay nada cómo esos delincuentes fantásticos que diariamente presentan los discursos dominantes, porqué inmensas mayorías insisten en verlos, sentirlos y temerles; cuál es valor sociológico y político de esa ficción amenazante que gobierna la imaginación y la sensibilidad colectivas; 2) y qué decir de los delitos y las violencias que efectivamente existen? cómo dar cuenta de los diversos comportamientos delictivos que se producen a lo largo del campo social; cómo dar cuenta específicamente de los delitos de los jóvenes populares urbanos—aún cuando éstos no sucedan con la frecuencia y ni el modo que los discursos dominantes anuncian; 3) qué decir de las identidades colectivas e individuales que periódicamente surgen estructuralmente vinculadas a esos comportamientos delictivos (la de los pibes chorros, por ejemplo).

La productividad del mito

Cualquier intento de respuesta a estas preguntas ya no puede apoyarse en simples datos (si hubiera algo así), sino que precisa necesariamente de conceptos. De acuerdo a la perspectiva que intentamos elaborar en ese campo, los dos últimos grupos de interrogantes no pueden comenzar a contestarse sin responder al primero. Y ello porque, en nuestra hipótesis, que el delincuente del mito no exista no quiere decir que el mito mismo carezca de realidad y de eficacia. Que esa realidad y eficacia sean simbólicas no las hace menos reales y eficientes, sobre todo tratándose de realidades que sólo existen simbólicamente. A saber, lo prohibido, lo permitido, lo justo, lo injusto, lo deseable, lo aborrecible, nosotros, ellos, etc. Tales son las realidades que configuran una cultura.

Ahora bien, esas realidades colectivas inmateriales necesitan encarnarse para vivir. Están imposibilitadas para sostenerse (existir) sólo como creencias, deseos y representaciones. Deben materializarse en rituales y prácticas comunes que les den cuerpo visible y palpable. Pero hay algo más. Tampoco pueden existir sin adquirir sentido al interior de un sistema de valores que se define mediante sus opuestos. Por eso una de las principales actividades de cualquier cultura es instituir sus límites decisivos por medio de la (re) producción encarnada de aquello que rechaza.

Se trata sin dudas de una actividad política. Sobre todo en dos de sus instancias principales: la lucha por definición de cuáles serán los valores centrales y, por lo tanto, las jerarquías y las exclusiones del nosotros que así se constituye (momento de la institución); y la lucha por la definición de aquellas acciones y relaciones, tiempos,

espacios, objetos, individuos y grupos que encarnarán tanto esos valores centrales como sus opuestos (momento de la re-producción).

Las prácticas penales son el campo donde se disputa y se lleva a cabo, sobre todo el segundo momento: cumplen en (re) afirmar ciertos valores como buenos, bellos y justos, condenando y castigando públicamente aquello que los vectores culturales que las movilizan postulan como malo, lo aborrecible e injusto. ¿De qué manera lo hacen? De manera ejemplar y selectiva.

Prácticas penales

Una vez postulado lo que se tendrá como prioritariamente repudiable (atentados contra la propiedad privada y la vida individual, por ejemplo), las practicas penales persiguen sobre todo ciertas transgresiones a esos valores (micro-robos callejeros y asesinatos en ocasión de robo), mientras que otras son dejadas sistemáticamente impunes (macro-robos como la evasión fiscal, y muertes por contaminación industrial o minera). Al mismo tiempo, esas acciones se persiguen sobre todo en cierto tipo de actores (jóvenes pobres, en primer lugar) y no en otros (todos los demás). Luego, se castiga fundamentalmente a la población que resulta de ese tamiz. Y se lo hace de manera ejemplar, exhibiéndola públicamente mediante el concurso del sistema de administración de justicia, los medios de comunicación y otras fuerzas sociales.

Las prácticas penales logran con esto un doble cometido: dejar fuera de la visibilidad social una amplia gama de comportamientos conflictivos, y provocar un tipo de encarnación del mito del delincuente en una figura específica. Será esa figura la que orientará los miedos, los odios y las fascinaciones colectivas; la que permitirá la re-afirmación de determinado tipo de valores comunes y el repudio de otros.

En verdad el mito del delincuente presenta en cada coyuntura histórica distintas figuras específicas: el joven delincuente, el narcotraficante, el político corrupto gobiernan, simultánea o sucesivamente, la imaginación contemporánea.

Las prácticas penales en cuestión no deben ser vistas como privativas de las agencias del sistema estatal de administración de justicia (jueces, fiscales, policías, prisiones), sino que incluyen, además y necesariamente, el concurso de las creencias y las pasiones colectivas y sus distintos medios de producción y comunicación. La televisión, los periódicos, las radios, el cine, los sitios de internet, los partidos políticos, las organizaciones religiosas, los sindicatos, las cámaras empresariales, las asambleas vecinales, las multitudes y los públicos, pueden formar, y habitualmente forman, parte de las prácticas penales en las sociedades contemporáneas. De allí su descomunal potencia performativa. Tales prácticas no solo producen versiones específicas del mito del delincuente para la cultura a la que de este modo colaboran en configurar. También las encarnan en individuos y grupos que, identificados con ese guión espectral, se esmeran por representarlo a cabalidad.

Si esto es correcto las prácticas penales son siempre mítico-penales, y los delincuentes son siempre mito-históricos.

A esta categoría pertenecen los pibes chorros, pero también las maras centroamericanas, los narcos mexicanos y brasileños, las gangs estadounidenses. Se

trata de formaciones (sub)culturales que pueden calificarse como mito-históricas en el sentido en que en ellas resulta indiscernible la acción performativa de las prácticas penales (que incluyen siempre al mito del delincuente) y la acción identificatoria de los actores de las transgresiones (en las que asimismo interviene ese mito). Y es que el mito del delincuente vive también en las subculturas delictivas, que lo elaboran a su manera.

Jóvenes populares urbanos

Detengámonos, por fin, en el caso de los jóvenes populares urbanos. Es bastante claro que desde hace muchos años el temor, el odio y la crueldad de las mayorías establecidas los tienen por objetos privilegiados. También es claro que las prácticas penales responden con bastante eficacia a esas preferencias. Mientras los discursos mediáticos y políticos mayoritarios los envuelven en imágenes totalizantes de caos, violencia y peligro absolutos, el sistema de administración de justicia los persigue y encarcela buscando sellar su destino social y personal, procurando ajustarlos a ese ropaje mítico. Estos jóvenes, por su parte, no reciben pasivamente semejante vestido.

Y esto vale tanto para los jóvenes de los sectores populares que llevan adelante prácticas ilegales, como para los que no lo hacen. La sospecha y la estigmatización recaen sobre todos por igual, forman parte estructural de su vida cotidiana. Por ello, todo joven en esa situación se ve obligado a elaborar estrategias para lidiar con los rechazos sociales. De la amplia gama de estrategias posibles interesan los extremos: intentar evadir la estigmatización procurando asimilarse lo mejor posible a la figura de lo joven hegemónico/asumir el estigma y convertirlo en un signo positivo de identidad individual y colectiva.

Esta última estrategia se ha mostrado productiva de diversos comportamientos, estilos de vestimenta, música, formas de hablar y hasta santos. Se trata en cada caso de la cristalización simbólica de imágenes, sentidos, valores y prácticas con los que un movimiento espontáneo de resistencia popular-juvenil ha ido resignificando los estigmas que los denigran. Resignificación que consistió en invertir el signo negativo de la discriminación en un signo positivo de identidad: transformar la vergüenza en orgullo negro—para decirlo con Sartre. En la forma de usar y combinar la ropa, en las palabras y las imágenes inventadas, en las letras de las canciones, se manifiesta esa actividad resistente de inversión del estigma. Tatuarse en el pecho: 100% negro villero (por ejemplo).

Una subcultura juvenil delictiva

En nuestra hipótesis, una parte de este movimiento de resistencia y creatividad popular juvenil llegó a cristalizarse de modo particular en la formación subcultural que durante un tiempo fue llamada Pibes Chorros. Su particularidad reside en encontrarse vinculada a un tipo de micro-delito específico: el robo a mano armada. Afirmar esto no implica suscribir necesariamente a los imperativos estigmatizantes del mito. Ignorarlo implica, en cambio, perder de vista por completo aquello de lo que se pretende dar cuenta. A saber: qué son los pibes chorros, si es que son algo, y cómo explicar los

comportamientos micro-delictivos de los jóvenes populares urbanos que los llevan adelante—no los imaginados, sino los ocurridos.

Ser y no ser: el fantasma como forma de vida de la (sub) cultura

Respecto de la primera cuestión, afirmamos entonces que Pibes Chorros es el nombre provisorio de una subcultura popular juvenil y urbana efectivamente existente. Subcultura nacida probablemente durante la década de 1990 y activa hasta hoy—más allá del nombre que se le asigne, si se le asigna alguno. Se trata de una subcultura hecha, como cualquier otra, con retazos o partes de sistemas culturales diversos. Retazos recompuestos y resignificados que dan lugar a configuraciones originales: nuevos valores, códigos, comportamientos y estilos—nuevas identidades—que constituyen el ser de esa subcultura.

Ese ser es ciertamente fantasmal: existe y no existe a la vez. Pero esto no un rasgo privativo de esta formación específica, sino una característica general de cualquier cultura—sea dominante o subalterna. El modo de existencia de los Pibes Chorros es virtual, como el de cualquier artefacto cultural identitario. La argentinidad, la globalización, el peronismo, el neoliberalismo, son fantasmas en el sentido que su modo de existencia es inmaterial y elusivo. Sus efectos, sin embargo, resultan materiales y ciertamente definidos. Se trata en cada caso de formaciones culturales que, ritualizadas en las prácticas sociales, producen grupos (identidades colectivas) y subjetivan individuos (configuraciones identitarias singulares).

De allí que nadie, ningún individuo empírico sea "pibe chorro". Pero de la misma manera que ningún individuo empírico es "argentino" o "cristiano". En el sentido en que la nacionalidad, la religión y las (sub)culturas son formaciones colectivas, no atributos individuales. De allí que nadie sea sólo pibe chorro y nadie lo es de la misma manera—y lo mismo pasa con el cristianismo y la argentinidad. Pibe chorro es, dicho sea de nuevo, el nombre de una subcultura y no la propiedad esencial de una persona. Por eso es falso lo que el mito se empeña en afirmar. A saber, que los fantasmas no existen, que los delincuentes "son" delincuentes (pibes chorros, narcos, etc.). Pero una vez despejada la bruma mítica, tampoco sirve de mucho decir que los jóvenes que delinquen, además de hacer eso hacen otras cosas. Sobre todo cuando lo que se trata es de intentar explicar porqué hacen eso específicamente, aunque no sea lo único que hagan.

Una respuesta posible al respecto es que una subcultura juvenil delictiva—esto es, un modo de hacer, sentir y pensar colectivo, con sus símbolos y sus prácticas distintivas—se encuentra disponible en el espacio-sociocultural que habitan. Subcultura que se propone como modelo de identificación (representacional y afectiva) orientando algunos de los comportamientos y produciendo algunos de los rasgos identitarios de quienes, en efecto, se identifican con ella. Esta constelación subcultural ha sido producida por la actividad juvenil de resignificación de los diversos afluentes culturales que les sirven de material y de sustrato. Pero también por el concurso de los medios de comunicación, los partidos políticos, los jueces, los fiscales, los policías y las prisiones.

Se ha fabricado de este modo una nueva identidad colectiva, con la que los jóvenes de los sectores populares (y de otros sectores) pueden identificarse en mayor o menor medida. Y efectivamente así sucede: habrá quienes sólo vistan la ropa de esa moda subcultural, quienes además porten sus tatuajes, y quienes también ejerciten el robo a mano armada—y entre estos, quienes lo hagan de vez en cuando y quienes lo practiquen sistemáticamente. También seguramente habrá quienes delincan sin ser interpelados significativamente por esta referencia subcultural.

De lo que se ha tratado en el ensayo reseñado no es de identificar a este o aquel joven o grupo de jóvenes con el robo como su actividad excluyente y su identidad totalizante—ese es el trabajo de las prácticas penales. El objetivo de aquel texto, y de éste, es ante todo caracterizar una formación subcultural que orienta prácticas concretas en quienes delinquen (pero también en quienes no lo hacen). Y de hacerlo en el entendimiento de que no hace falta abandonar los criterios básicos de las ciencias sociales—la generalización es uno, la abstracción es otro—para tener una posición políticamente crítica. Más bien lo contrario.

Tres movimientos

En ese intento hemos postulado que esa subcultura juvenil se encuentra ubicada en la intersección entre la cultura global de consumo (sobre todo a través de su figura de lo joven hegemónico), la cultura popular urbana (que para los jóvenes pobres es la cultura parental), y la cultura de los delincuentes profesionales (los chorros). O más bien, postulamos que se trata de una subcultura productiva de esa intersección. Hemos intentado mostrar cómo algunos de los sentidos principales de esos tres vectores culturales han sido reconfigurados de modo singular en y por esta subcultura, y cómo estas reconfiguraciones se expresan, por ejemplo, en un modo de vestir. Estilo singular compuesto como un bricolaje, no de materiales, sino de representaciones, creencias y deseos. Bricolaje de sentidos heterogéneos en algunos aspectos, y concordantes en otros, cuya articulación ha generado entre otras cosas un atuendo hiperbólico: ropa deportiva holgada, gorra con visera y zapatillas costosas usadas con los cordones desatados.

Sucede que del mismo modo que el pachuco, el hipismo y el punk, esta subcultura juvenil tiene sus rasgos vestimentales distintivos. Y los tiene porque, si Barthes está en lo cierto, vestirse significa—especialmente en nuestras sociedades de consumo y espectáculo, donde vestirse significa mucho. Hay pues un “uniforme” de pibe chorro, creado por el movimiento subcultural en cuestión. Por supuesto, una vez creado cualquiera puede vestirlo. El estilo pibe chorro se convirtió efectivamente en una moda, y se difundió ampliamente entre los jóvenes, fueran o no pobres, estuvieran ligados a actividades micro-delictivas o no. Es posible decir, como sostiene Mariana Chaves, que “ni la ropa les dejaron”. La moda Pibe Chorro se convirtió también un objeto de consumo. Ello no quita que esa forma de vestir haya sido producida por una subcultura que se distingue no sólo por su condición juvenil y popular, sino también por su carácter delictivo. Desconocer o minimizar eso sería como querer dejarla también sin el “caño”. Es decir, aquello que constituye la suma de su orgullo negro.

Rebelión y Moral del amo

Como sabemos al menos desde Hobbes hasta Weber, uno de los rasgos principales de los Estados modernos radica en su aspiración al monopolio de la violencia. Las fuerzas públicas estatales reivindican exclusivamente para sí el ejercicio legítimo de la fuerza física con el objeto de defender el ordenamiento social vigente—en nuestro caso, la sociedad de consumo y espectáculo, sus elites y sus mayorías de consumidores legítimos. Por eso vale la pena intentar reconstruir el *dictum* fantasmático que organiza esta sociedad, y que sus agencias de seguridad (y algunos vecinos) defienden con las armas. Al parecer resulta como sigue: consumir es ser; cuanto más prestigioso el consumo, más real el ser; quien no consume no es. Ahora bien, sólo pueden consumir quienes tengan medios legítimos para hacerlo (esto incluye medios ilegales, siempre que estén legitimados: evasión fiscal, fuga de divisas, sobrefacturación en contratos con el Estado, etc.).

Ante este estado de cosas, la práctica popular juvenil de robo a mano armada resulta un conato de rebeldía. Una práctica que parece no admitir que el valor más alto compartido (el consumo) se proponga como universalmente accesible y que, al mismo tiempo, sea negado a algunos por su condición social. Una que no acepta pacíficamente la exclusión redoblada de oprobio que la pobreza comporta en nuestras sociedades del derroche. Por eso puede ser vista como una reacción violenta a las violencias simbólicas y físicas padecidas cotidiana y estructuralmente por quienes la llevan adelante.

Es digno de notar que son estas acciones prohibidas (el micro-robo de los jóvenes pobres) y no otras (los macro-fraudes empresariales), las que producen un efecto de dislocación relevante en la estructuración societal y cultural actual. Sucede que a estos jóvenes se les había otorgado un lugar preciso. Sea como trabajadores precarizados y mal remunerados, sea como desempleados, debían permanecer en su localidad. Una localidad que no sólo es geográfica (los márgenes de los conglomerados urbanos), sino ante todo simbólica. Su lugar asignado es la pobreza subordinada y obediente, respetuosa de las jerarquías sociales que los desprecian. Por eso puede afirmarse que, en tanto transgresores de la ley, estos jóvenes son pobres des-localizados. No es que no tengan lugar, sino que están fuera de lugar, y se buscará castigarlos por eso. Ellos sin duda lo saben, pero sin embargo se arrojan al vértigo de la insubordinación delictiva. Visten ahora, a su manera, las ropas míticas del delincuente, y se colocan a sí mismos en otro lugar—o, si se quiere, en un no-lugar. Aquel que los aleja de las mayorías mansamente respetuosas y los acerca la rebelión.

La moral que proyecta este gesto puede llamarse moral del amo. El amo en cuestión es un amo hobbesiano (el de la soberanía por adquisición) o hegeliano (el de la lucha a muerte por el puro prestigio). Pero no se trata sólo un artefacto filosófico. Se trata de un mitologema que atraviesa los registros culturales más diversos. Miles de leyendas, cuentos, canciones, poemas y películas cantan la gesta de aquellos que se presentan como dueños a cualquier precio de su destino. Héroe y heroínas que se proponen como condiciones incondicionadas, arriesgando su vida (y la de otros) en ese ejercicio. Los principios de esta moral heroica envisten con centralidad cualquier cultura o

subcultura directamente vinculada con la violencia: desde las bandas de ladrones profesionales y los carteles de narcotráfico a las pandillas juveniles callejeras, pero también desde las fuerzas policiales hasta las tropas militares, y desde las guerrillas revolucionarias hasta los escuadrones paramilitares.

Amo es quien posee o quien recupera el derecho soberano a todas las cosas—incluida la violencia física—para perseverar en su ser. O, en el caso de los jóvenes populares que nos ocupan, para ser como dice la cultura del consumo y el espectáculo que hay que ser. He allí lo trágico de las practicas populares juveniles del robo a mano armada, y de las formaciones subculturales relacionadas con ella. Porque, si rebelde es quien rechaza no sólo la exclusión a la que se ve sometido, sino también los valores que promueven esa exclusión, entonces allí termina la proximidad de los delitos juveniles (y adultos) con la rebelión. Y también esto es visible en la ropa.

Estos jóvenes no visten uniformes guerrilleros, sino zapatillas importadas. Con todo, no las visten como todo el mundo. Las acompañan de prendas deportivas (afines al juego y a la velocidad) pero muy holgadas (afines a la portación disimulada y a la vez ostensible de armas de fuego). Las usan, además, con los cordones desatados (no son para trabajar, ni para hacer deportes). El resultado es un atuendo paradójico que en lugar de ocultar la actividad delictiva, la exhibe. Tal vez porque aquí, como en todas partes, se trata de ser más que de robar.

Las trampas del consumo

Una sospecha es la idea que uno se hace de alguna cosa, basándose en indicios. Se leen ciertas señales, ambiguas, no muy claras —puesto que si fueran claras se tendría una certeza. Y se las lee, necesariamente, dentro de un marco de intelección que es el propio (o que se hace propio). De manera que la sospecha puede decir algo acertado de la realidad de la que desconfía, o equivocarse. Lo que seguro es que habla de los presupuestos de quien se entrega a ese ejercicio de la conjetura.

Mariana Chaves sospecha que el texto “Tres Movimientos...” está próximo a—o es ambiguo respecto de—la condena del consumo de los sectores populares. Llama con toda precisión “moralismo meritocrático” a esta modalidad discurso dominante. Ese moralismo se escandaliza de los gastos de quienes, poseyendo escasos recursos, no se limitan a lo estrictamente necesario para su reproducción biológica. Afirma que quien poco tiene debería gastar poco, y si le sobrara algo debería ahorrarlo. Cualquier otro comportamiento sería irracional. Sólo quien tiene de sobra, puede gastar en consumos superfluos respecto de la supervivencia inmediata. Y quien tiene de más, nos dice, lo tiene porque ha acumulado, racional y precavidamente, el producto de su trabajo.

Luego de parafrasear este discurso, Mariana Chaves propone abandonar el par acumulación/gasto para pensar los problemas que quiere pensar el texto reseñado. Dice amablemente: “puede tal vez servirnos más no oponer acumulación a gasto”, y agrega con hermosa exactitud, “ese siempre ha sido el caballito de batalla de los que ya habían acumulado”.

Esta moral meritocrática, ampliamente difundida en las clases medias, es legitimante de la desigualdad por cuanto afirma que quien es pobre lo es por su conducta irracional,

más ligada al gasto que al trabajo. Y sugiere, por contraste, que quien no es pobre lo debe a su comportamiento racional y laborioso exclusivamente. Promueve, al mismo tiempo, la estigmatización de la pobreza como cede del despilfarro y la pereza. También del peligro. Alega, por eso, que cualquier consumo popular es ilegítimo y probablemente ilegal.

Ahora bien, resulta necesario completar esta descripción de aquello que la moralina meritocrática afirma, con aquello que oculta. A saber, que toda la sociedad de consumo se sostiene sobre la base del gasto irracional generalizado. Esto implica, por supuesto, que el gasto irracional es mucho mayor conforme se avanza de la base de la pirámide social hacia su vértice. Pero implica además que ese tipo de gasto funciona como una fuerza transversal (esto es, trans-clase) de doble efecto: al mismo tiempo que asocia a los diversos sectores sociales en el consumo, los diferencia—no sólo por estilos, sino también por estratos.

El gasto irracional—que actualmente pone en juego la supervivencia de la especie humana completa—no es patrimonio de un sector social (los sectores populares). Pero tampoco es un defecto a corregir en los comportamientos del consumo. El lujo, el derroche, el despilfarro son el corazón de la cultura dominante contemporánea. Todos gastamos lo que no tenemos en lo que no nos hace falta, y además lo exhibimos: tal es uno de los principios organizadores de la sociedad actual. Esta sociedad no es sin sus gastos superfluos, ostentatorios y demenciales. Tales gastos se registran, según su debida escala, a lo largo de todo el conjunto.

Pero además, el discurso meritocrático oculta que la sociedad de consumo y espectáculo actual no es sin sus pobres. La exclusión social no sólo resulta una condición estructural del capitalismo mundial integrado, también pertenece a la lógica intrínseca del consumo como cultura. Aquí la pobreza es necesaria como valorizador negativo: concurre a construir, por oposición, identidades sociales prestigiosas. Es necesaria también como amenaza: su presencia angustiante y rechazada conmina a los consumidores legítimos a obedecer las reglas vigentes. Es útil, finalmente, como estimulante cruel: el consumo se goza más y mejor ante la vista de los que se encuentran, en mayor o menor medida, privados de él.

Por todo esto el consumo de la sociedad de consumo es una trampa sociológica y una trampa política a la vez. Se propone como de acceso universal, al tiempo que su economía simbólica y libidinal sólo puede funcionar sobre la base de exclusiones estructurales—y estructurantes.

En consecuencia promover la equidad general y la integración social de los sectores desfavorecidos a través del consumo es promover aquello que se quiere combatir (la desigualdad y la estigmatización). Es cierto que, como quiere entre otros Canclini, el consumo integra y diferencia a la vez. Allí reside su enorme fuerza, su formidable capacidad de hacer sociedad—al punto, agregaría, de haberse convertido en un modo dominante de producción de conjuntos societales. Es cierto también que los distintos sectores sociales establecen pujas tanto distributivas como de sentido e identitarias en el campo del consumo. La subcultura de los pibes chorros es sólo un ejemplo más en ese respecto.

Con todo, si la caracterización anterior es correcta, no serían dos sino tres los movimientos estructurales del consumo como lógica social: la integración y la diferenciación son tan constituyentes aquí como la exclusión. De modo que las luchas que en efecto se producen en el interior del campo del consumo (o para entrar a él), más que luchas por el sentido, son luchas en su sentido. Podrán, sin dudas, modificaciones y re-significaciones de los contenidos coyunturalmente hegemónicos, podrán negociar los significados producidos en este marco, pero sólo hasta cierto punto. Quién acepta las reglas de un juego puede permutar sus posiciones, puede variar los contenidos y los aspectos de sus elementos, pero mantiene las reglas. Y esto, para quienes quisieran disminuir las desigualdades económicas, evitar las humillaciones sociales y enriquecer las diferencias culturales, es haber perdido antes de empezar a jugar.

La subcultura de los pibes chorros, y las prácticas micro-delictivas de los jóvenes populares que la acompañan, son expresión casi perfecta de la trampa del consumo. Sus rasgos mayores están marcados por un paradójico conformismo rebelde o una rebelión para la conformidad.

Ciertamente, como señala Mariana Chaves, el dinero conseguido en la práctica del robo puede ser usado para muchas cosas y significado de muchos modos. Menciona, por ejemplo, el dinero “donado, el militado, el cuidado, el sacrificado, el prestado y todas las otras formas que pudiéramos encontrar si se investigara el tema”. Es difícil no estar de acuerdo con esto. Sólo resta señalar que aquí, como en todos lados, una porción fundamental del dinero se gasta en la construcción de la propia identidad social e individual en los marcos del consumo. También entre los jóvenes populares urbanos la mayor parte del dinero obtenido—sea del modo que fuera: incursiones delictivas, trabajos precarios, donaciones familiares, prestamos, etc.—es gastado, sobre todo, en consumir lo que hay que consumir. En ese sentido, y en casi todos los demás, no se distinguen del consumidor medio. Su dinero lleva la marca que atraviesa a la sociedad actual de cabo a rabo. Una que dice: compre (ahora) cualquier cosa que los medios de producción y distribución dominantes hayan puesto a su alcance, no son tantos después de todo. Y haciéndolo intégrese a la cultura hegemónica con la alegría y el vértigo que dan ser parte de las mayorías excluyentes.

Tal vez lo verdaderamente diferencial de los Pibes Chorros sea la parábola trágica que su comportamiento delictivo describe. Una que consiste en cuestionar violentamente los medios de la sociedad dominante y en amar no menos violentamente sus fines. Si lo trágico de esta contradicción se consuma es porque, en este caso, no es posible que vuelva por la ventana lo que ha salido por la puerta. Las prácticas penales cumplen con re-asegurar la expulsión primera. Y haciéndolo descubren cabalmente el modo de re-producción de la sociedad de consumo: el ingreso cultural, ideológico y fantasmático está abierto a todos, pero una parte del todo será excluida necesariamente. Esa parte querrá regresar (puesto que comparte los valores que la han excluido), pero se la criminalizará por ello—es decir, se redoblará la exclusión. Y de paso se obtendrán de esa manera unos enemigos fantásticos para combatir convenientemente. Porque la sociedad de consumo tampoco es sin sus delincuentes. Éstos le resultan

imprescindibles para reafirmar sus valores y reproducir sus cohesiones jerárquicas, sus temores y sus esperanzas. De allí que aún cuando los excluidos no regresen se los saldrá a buscar para mitologizarlos.

¿Más allá del consumo?

Es esa dinámica necesariamente excluyente y criminalizante del consumo lo que, a veces, no se tiene suficientemente en cuenta en la polémica con la moral meritocrática. Desconociendo o subestimando esa dinámica se comparte el punto ciego de la moral que se critica. Y con esto no sólo se producen descripciones sociológicamente incompletas, también se corre el riesgo de promover posiciones funcionales a la reproducción de lo que se dice rechazar. Lo mismo puede afirmarse de las perspectivas neo-keynesianas cuyas políticas sin duda consiguen, cuando imperan, sensibles mejorías en la vida de los sectores populares. Con todo, no logran prosperar tal vez debido tanto a la fuerza de los poderes neoliberales que las combaten, como al peso de las propias aporías económicas (capitalismo estatista) y culturales (consumo para todxs).

En cualquier caso, cuando una posición no cuadra en el marco de ninguna de estas valoraciones, tal vez podamos otorgarle el beneficio de la duda en lugar del castigo de la sospecha.

No sabemos qué formas de vida podrá haber más allá del consumo—así de hegemónica es esta cultura. Pero los gestos de rechazo son bienvenidos. Sobre todo si no caben en la economía del sentido y del deseo que nos subyuga a todos por igual. Sobre todo si rechaza el consumismo en todas sus versiones (neoliberal, keynesiano o progresista). Bienvenidos aún cuando no sepan todavía qué forma tendrán las alternativas. Un poco al modo de la mujer del poema "Voy a tratar de ser preciso" de Walter Lezcano. Esa que, atrapada en las alternativas de su cotidianidad patriarcal con escasos recursos económicos, decidió, súbitamente, romper el marco².

² Es posible escuchar el poema aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=OJ8chAjzOVw>

Aquí la transcripción:

"Voy a tratar de ser preciso/ porque es importante para este poema /y para la vida también.

Mi vieja estaba cocinando pastel de papa. / Me acuerdo del olor de la cebolla dorándose en una sartén / y de que en otra olla tenía las papas hirviendo. / Sobre la mesada había una bolsa con carne picada / y media docenas de huevos colorados envueltos /en una hoja de diario.

Todo eso lo habíamos comprado en un mercadito /de la esquina de casa. / Lo atendía don Alfonso / que era una de las personas más buenas y gordas /que conocí en mi vida.

Eso fue cuando vivíamos en Morón / en la casa del papá de mi hermana. / Vivíamos ocho personas en esa casa / pero en ese momento estábamos solo mi mamá y yo. / Ella era la única con la que me llevaba bien. / Fue un martes a la tarde, / cerca de las 8 de la noche.

Cocinaba siempre a esa hora / porque a las 9 venía el papá de mi hermana y quería la comida

/lista y servida. / Sino pintaba BARDO.

La vi poner la carne picada y morrón /y condimentos en el sartén/ agarrar la cuchara de madera y revolver. / Después agarró el colador y lo puso en la piletita de la mesada. / Agarró los huevos, me dijo. / Le hice caso, / puse los huevos en la mesa. / Mamá mientras tanto agarró el pisa papa

/y se puso a hacer puré. / El humo le daba en la cara. / Y como yo no tenía nada más que hacer

/que mirar los huevos envueltos / los saqué de su envoltorio para leer la página del diario. / Era una hoja de la sección Cultura del Clarín.

¿Qué año era? / Yo tenía 7, / Así que era el '86. / Fue después del mundial.

Me detuve en un pequeño recuadro debajo de todo, / chiquito, / unos siete u ocho renglones.

Hablaba de un tal Raskolnicov / el protagonista de una tal Crimen y castigo / que lo había escrito un tal Dostoievski / y de que el chabón separaba a la gente en dos clases: Ordinaria y Extraordinaria.

Me quedé pensando en eso. / Y de golpe me dieron ganas de leer ese libro. / Era la primera vez que me sucedía algo por el estilo. / Ya nunca más me abandonaría ese deseo de leer, / esa novela o cualquier cosa. / Pero leer.

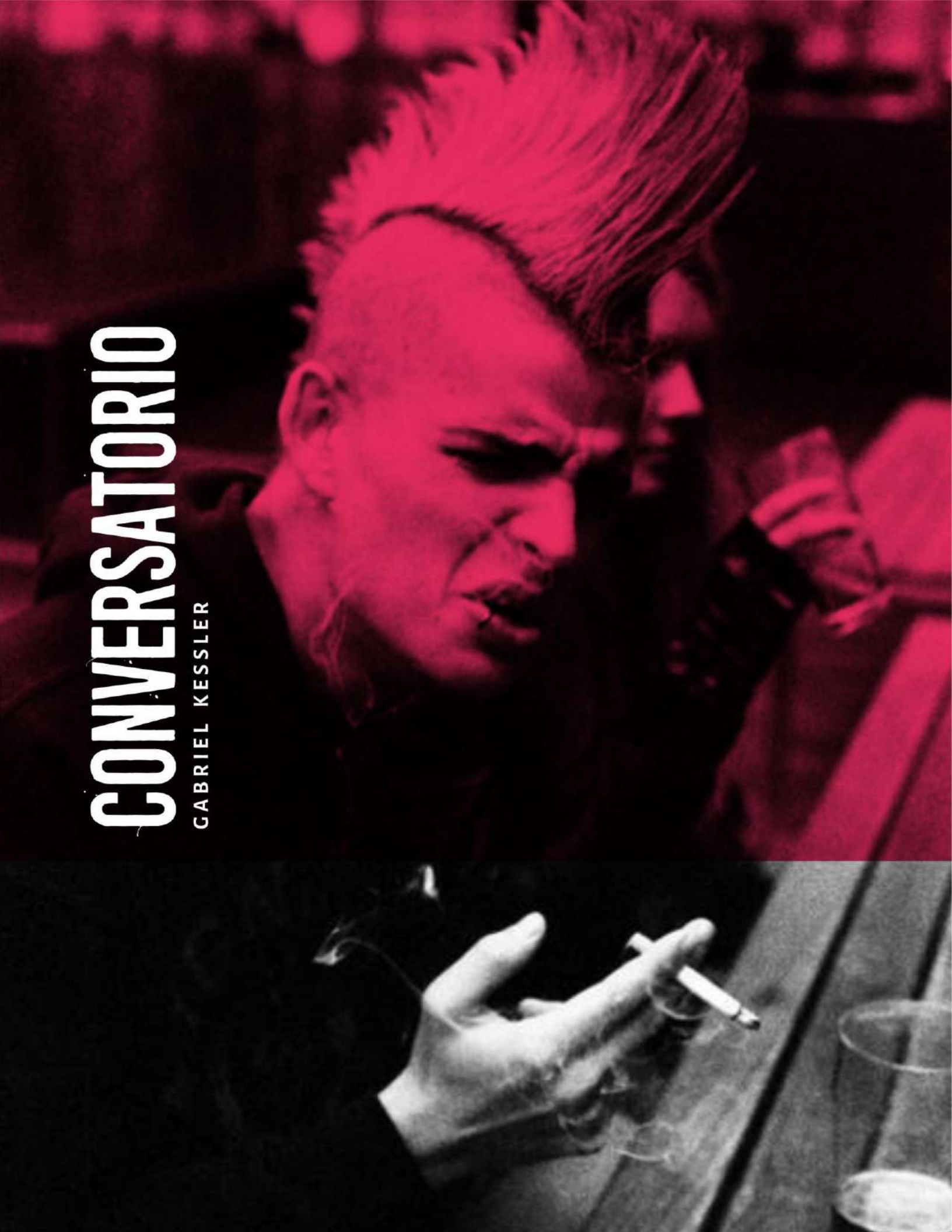
La cosa no terminó ahí: / mientras yo releía esos siete u ocho renglones / los huevos empezaron a caerse de a uno al piso. / Tuve miedo por la reacción de mi mamá. / Era tarde, el mercadito de don Alfonso ya estaba cerrado, / dentro de poco vendría el papá de mi hermana / /con ganas de comer. / La palabra BARDO se me aparecía /por todas las paredes sin revocar.

Mamá se dio vuelta, / miró ese arroyo amarillo, / después me miró a mí y dijo:

Walter, nos tenemos que ir de acá, / me quiero separar".

CONVERSATORIO

GABRIEL KESSLER



Las cajas negras de la investigación

Nuevas agendas, preguntas y perspectivas para pensar el delito

Entrevista a Gabriel Kessler

Esteban Rodríguez Alzueta

Universidad Nacional de Quilmes

Nahuel Roldán

Universidad Nacional de La Plata

Gabriel Kessler es sociólogo (UBA) y doctor en Sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París. Es investigador del CONICET y profesor en la Universidad Nacional de La Plata. Es autor de *La experiencia social fragmentada* (2002); *Sociología del delito amateur* (2004), *El sentimiento de inseguridad* (2009) y *Controversias sobre la desigualdad* (2014). Ha editado *Seguridad y Ciudadanía* (2009), *El gran Buenos Aires* (2015) y *La sociedad Argentina hoy* (2016). Con Sandra Gayol editó *Violencias, delitos y justicias en la Argentina* (2002) y *Muerte política y sociedad en la Argentina* (2015). Con C. Azais y V. Telles, *Ilegalidad, cidade e política* (2012). Coautor con A. Minujin de *La nueva pobreza Argentina* (1996) y con Castel, Merklen y Murard *Individuación, precariedad, inseguridad* (2013).

¿Por qué te parece que el mejoramiento de la situación social en la última década no estuvo acompañado con una disminución del delito callejero?

Hay dos tipos de factores que debemos tener en cuenta para responder esta cuestión: el primero tiene que ver con las causas tradicionales del delito callejero: si uno hace algún tipo de correlación entre aumento de la desigualdad y aumento de la marginalidad, hay que decir que los cambios a nivel general no llegaron a impactar tanto a nivel micro-local como para que no haya—para llamarlo de algún modo—bolsones de desigualdad o nichos de exclusión, y se mantengan, de algún modo, los mismos factores explicativos y causales que en la década pasada. Hay un problema en aquellos estudios que extrapolan las cifras generales a contextos locales. Pensemos por ejemplo que en los mejores años del kirchnerismo (2009/2010), en un Partido como San Martín, en las zonas de las villas, había un 70% de pobreza. Esto quiere decir que los nichos de desigualdad se mantuvieron; disminuyeron en términos generales, pero localmente siguieron siendo lo suficientemente numerosos para que esa cadena causal se mantuviera. En segundo lugar, existe una relación entre crecimiento económico y delito que tampoco hay que perder de vista: es cierto que hubo una mayor circulación de bienes en general, más circulación de bienes en un volumen más pequeño al alcance de la mano, más venta de automotores, y expansión de mercados ilegales. Todo eso tiene que ver con un aumento importante

en las cifras del delito. Ahora, hay otras cuestiones que tendríamos que investigar. Por ejemplo, no sabemos todavía cuántos de los que comenzaron a delinquir en una época determinada siguieron delinquiendo más allá del cambio del contexto. Porque lo que sucede en general es que los cambios de camadas o cohortes son muy rápidos. Suponemos que algunos grupos se habrán mantenido en una etapa de profesionalización. Quiero decir, no es que el cambio del contexto necesariamente te hace “cambiar”, dejar de delinquir. Ahora, ¿cuánto del mantenimiento del delito está vinculado a estas cohortes, tiene que ver con las mismas personas que delinquen? Eso no lo sabemos, como tampoco sabemos si hay más hechos por persona. Porque lo que nosotros hacemos es contar hechos. Hay muchas preguntas que nunca se respondieron todavía, y esas preguntas no se respondieron durante un período previo y tampoco se respondieron en el kirchnerismo.

Hay otra cuestión que también debemos considerar y es que nosotros tendemos a mirar de forma articulada los procesos socio-económicos y políticos con las otras dimensiones, y lo cierto es que cada dimensión tiene su propia temporalidad. Tanto el delito como las políticas de vivienda, las políticas sociales, tienen sus propios giros temporales. Lo vemos ahora con la encuesta PISAC: tasas de delito muy alto en todas las regiones de Argentina. En el NOA te da casi un 40% de victimización, siendo que los estudios previos que hay—que no son muchos—te mostraban tasas muchas más bajas. Entonces, hubo algo que cambio la configuración en los centros grandes, medianos e intermedios, tal vez una victimización alta en ciudades chicas: 20% más o menos. Tal vez un cambio cuantitativo muy alto en todos los territorios; y me refiero—en gran medida—al delito callejero.

¿Pensas que hubo un cambio en las relaciones subjetivas de los jóvenes con el mundo del trabajo, después de la última década?

Creo que hubo varias cosas que cambiaron y otras cosas que no. Si uno compara la época en que yo estudie el delito amateur con la época posterior, me parece que la crisis, la exclusión, la rarefacción del trabajo, hizo que todos miremos de manera muy nostálgica el mundo del trabajo, sin prestar atención a los estudios de la literatura sobre la explotación, la rutina, el ocio, etc. Quiero decir, cuando regresa cierta presencia del trabajo, ese trabajo es vivido de otra manera. Lo ves en los jóvenes de los sectores populares: “porque yo voy a trabajar por dos mangos”, “porque yo voy a trabajar en este trabajo de mierda”, “porque voy a hacer el trabajo aburrido”. Cuando en la vida barrial empieza de nuevo a circular dinero, empieza también a tener un color diferente, la diversión empieza a ser más interesante y lo que pasa a nivel local también empieza a ser más interesante. Eso es algo que se ve claramente en los productos culturales de la década del 90, por ejemplo, en el “rock chabón”, en esa música que retrataba la austeridad. Una década después la música muestra distintos aspectos de las identidades juveniles, una mayor liberación de la sexualidad femenina, pero también una crítica machista a eso, a la relación con la policía, con la violencia local. No digo que todo esto tenga relación con el delito, pero hay un cambio en las “identidades periféricas”. La idea de la ciudad de Buenos

Aires como gran productora de cultura, irradiadora de esa cultura hacia los márgenes, se invierte. Las periferias—y esto pasa en toda América Latina—empiezan a generar productos culturales, literatura, música, cine, etc., ¿Qué tiene que ver esto con el delito? No lo sé, lo que sí sé es que algo testimonia de un cambio en la subjetividad y en las formas donde las producciones culturales hablan de esas identificaciones, en donde antes no lo hacían. Yo le decía todo esto a unos psicoanalistas, y uno de ellos me dijo: “Seguro que no generó el delito, pero tampoco lo sublimó”. Por lo tanto, hay algo ahí donde al mismo tiempo que el delito forma parte del repertorio de acciones posibles, también hay una cultura que habla de eso. Entonces algo empieza a formar parte del territorio junto a otros elementos. Me parece que ahí hay algo que todavía se ha estudiado muy poco. Lo que está pasando—salvo algunos casos—, es que quienes estudian culturas juveniles estudian la positividad de la cultura, y quienes estudian el delito, estudian a los jóvenes en términos de déficit, más miserabilista. Entonces el cruce entre los dos es muy difícil. Porque es difícil un estudio que mire a los jóvenes como víctimas de la situación económica y al mismo tiempo vea la positividad de las producciones culturales que generan identificaciones. Esos dos estudios no logran articularse todavía.

Hay algunas investigaciones recientes que están señalando que en las áreas metropolitanas en Argentina, en el conurbano Bonaerense y en las periferias de las ciudades de Santa Fe y Rosario está creciendo la violencia. ¿Cuáles consideras que son los factores que estarían creando condiciones para esta violencia?

En primer lugar, quisiera decir algo que tampoco se ha estudiado todavía. Si uno compara la Argentina con otros países de América Latina lo que te llama la atención es lo contrario: en Argentina la cantidad de hechos en los que intervienen armas y en esos mismos hechos las armas se disparan, es muchísima menor que en otros países de América Latina. No digo esto para negar el problema o restarle gravedad. Lo que quiero decir es que, en términos comparativos, en Argentina hay un grado mayor de autolimitación del uso de la violencia que en otros países de América Latina. No recuerdo en estos momentos las cifras, pero la diferencia es impresionante. Hay algo interesante ahí también para mirar en las formas de autorregulación o auto-limitación del uso de la violencia en los hechos con armas. Por otro lado, yo no estoy tan seguro de que haya un aumento de la violencia, y lo digo por dos cuestiones. La primera es porque para hacer esa afirmación tendrías que tener series temporales largas en crecimiento continuo. Y lo que se ve en Argentina es una tendencia con “serrucho” (aumenta-baja-aumenta-baja), aparece un pico en el 2002, y después empieza a bajar, al tiempo que aparece un discurso sobre el aumento de la violencia en los hechos que ya venía de los años ‘90. Y como el nivel de violencia en los hechos también depende de las formas cómo la policía clasifica esos hechos, yo no estoy tan seguro de que sea una tendencia de evolución creciente. Están esos datos que dicen que “bajo todo”, menos el robo con uso de violencia; pero también es cierto que la mayor presencia de armas hace que los hechos sean

un poco más violentos, que el robo de auto cuando se tiene que robar con la presencia del dueño sea más violento, pero—reitero—no estoy tan seguro, por los datos que veo, que haya una tendencia evolutiva creciente.

¿Y cuándo comparas una ciudad con otra?

Cuando comparamos con la PISAC distintas regiones vimos contrastes significativos. Hay dos diferencias importantes: la primera es la diferencia cada vez más creciente entre Ciudad Autónoma de Buenos Aires y Gran Buenos Aires, ahí se fue polarizando la victimización. En CABA se observa un 26% de victimización y en el GBA un 42%. Ahora, cuando miras la composición de violencia/no violencia te aparece el GBA y el Gran Rosario por encima de los promedios, es decir, se ve esa tendencia. El otro fenómeno raro es el NOA. Que lo chequeamos muchísimo, porque se ven en todas las regiones: 40%, 29%, 33%. Incluso en la Patagonia la tasa de victimización ascendió a un 27%, o sea, hay un problema de victimización en todo el país. El umbral es muy alto en todo el país, y en algunas regiones está por encima del umbral. También en las ciudades pequeñas. Yo creo que hay que saber qué pasa en las ciudades del interior, tanto en las ciudades medianas como en las pequeñas, para luego entender la fuerza política que tiene este tema. Es más, agregaría que se trata de un tema que está subvaluado, que no se le presta atención al peso electoral que tiene. Los sistemas políticos locales tienen capacidades reducidas para responder a este tema, son temas que se plantean cada vez con más insistencia a los intendentes de las ciudades del interior. Entonces, hay algo ahí, cambios que fueron penetrando capilarmente a la política, vemos que los intendentes y los jueces locales tienen que dar respuestas frente a los medios locales y a la ciudadanía sobre problemas a los que no estaban acostumbrados a dar. Son cambios que nosotros lo vemos en un nivel metropolitano, pero que está pasando también en las ciudades medianas y pequeñas de todo el país.

Entonces, ¿qué papel te parece que tiene todavía la violencia en la vida de los jóvenes? ¿Cuánta violencia expresiva y cuánta violencia instrumental hay todavía?

Siempre tendimos a decir que en Argentina, comparado con otros países de América Latina, la violencia era más instrumental que expresiva, tal vez porque no había tanto una incorporación de cuestiones violentas en los vínculos entre los jóvenes, no había una lucha por el territorio, la identidad entre los grupos en oposición no se componía a través de la violencia. Acá hay dos cuestiones a tener en cuenta: la primera es que no sabemos mucho de lo que pasa en muchos lugares del país; y la segunda, es que esa mirada general y tendencial podría tener sentido cuando se comparaba con las imágenes más fuertes de las maras o de las pandillas en EE.UU. Ahora, me parece que estas comparaciones nos privaron de ver algunas cuestiones que estaban pasando dentro de las periferias en las ciudades argentinas, y que empezaban a ser estudiadas por algunos investigadores como Eugenia Cozzi: que observaron que comenzaban a darse disputas locales y territoriales entre

diferentes grupos, y también entre diferentes grupos de jóvenes. Tal vez no tiene la intensidad de la violencia que tiene en otros lugares, pero son formas de violencia expresiva. Una violencia que sigue siendo menor, pero que si lo comparas con lo que sucedía un tiempo atrás, puede ser que sea un poco mayor. Les digo un dato, que muestra también Máximo Sozzo: cuando baja el delito contra la propiedad aumenta el delito contra las personas. Entonces esta es otra caja negra que debe ser abierta. Tal vez el aumento del delito contra las personas tenga que ver con el hecho de que ahora hay más gente denunciándola. No lo sabemos. Sospechamos que ahí hay algo de violencia expresiva. Por supuesto que ahí también uno tiene que meter la violencia de género. No digo que sea mayor, pero hay violencias que entran dentro de la violencia expresiva que no es la figura de peleas entre bandas, pero que también forman parte de esta violencia. Cuando uno mira las causales de homicidio y te aparece que hay un porcentaje importante de conflictos en el barrio, producto de vecinos que se pelean, entonces ahí estas ante una violencia expresiva; no un tipo de violencia expresiva clásica, del tipo paradigmático de configuración de identidad en oposición al otro. Hay algo ahí para analizar, que nos obliga a salir de las imágenes clásicas de la violencia expresiva. Hay mucho homicidio por discusiones de tránsito, ¿de qué habla esto? Quizás la diferencia intencional-expresiva hay que matizarla un poco. Igual sigue siendo útil.

¿Consideras que el delito y otras transgresiones que orbitan el mundo del delito fueron prácticas compuestas para lidiar con el estigma, con los procesos de estigmatización? ¿Qué relación hay entre el delito o esas formas de violencia expresiva y el estigma?

Frente a esta pregunta hay respuestas múltiples. No hay una relación mecánica, aunque en algunos casos las respuestas impliquen retomar ese estigma en forma de un atributo positivo. Esto lo veíamos en Fuerte Apache: “nosotros somos negros, somos así, y nos la re bancamos”. No digo que esto sea la causa de la violencia, pero contribuye a cimentar una identidad para transformar el estigma en una forma de masculinidad violenta y de identidad territorial. Porque en Argentina los estigmas más fuertes son los estigmas territoriales. Los procesos de estigmatización que uno veía, por ejemplo, en los medios, estaban asociados a lugares referenciados como peligrosos. Y también a micro-proceso de estigmatización locales vinculados a la policía. Ahora bien, ¿cuánto de esto genera carreras delictivas o grupos desviados? No lo sé, pero sí sabemos algunas cosas. Por ejemplo, sabemos que el pasaje por la cárcel o por institutos de menores obstruye el acceso a la educación que después favorecen a desarrollar trayectorias delictivas. Pero en cada caso habría que ver cómo los procesos de estigmatización se conjugan con otros factores, en quiénes influyen y en quiénes no. Me parece que hay funcionamientos institucionales que no necesariamente están mediados por alguien que está con el dedo señalando y diciendo “vos no mereces nada”, y van generando procesos de segmentación interna. Uno encuentra cada vez más casos en América Latina, instituciones más inclusivas, más democráticas, y al mismo tiempo con más segmentación interna. Hay

más gente incluyéndose en el sistema educativo pero al mismo tiempo se multiplican las diferencias internas, hay más gente en el sistema de salud pero con más diferencias internas. Esto es un dato nuevo. Yo creo que hay muchas cosas que no sabemos todavía, nos falta seguir investigando.

En tu trabajo “Ilegalismos en tres tiempos...” decías que hay que estar atentos a la acumulación de las cohortes, y señalabas que había una sedimentación de prácticas que se habían convertido en un recurso estabilizado dentro de las reservas de experiencias disponibles. La pregunta es la siguiente: ¿qué papel tiene hoy la grupalidad en esas conflictividades?

Esto ya tiene unos años... Creo que en ese momento era muy claro el peso que tenían los grupos de pares. Y eso no necesariamente implica asociar estos grupos a bandas, a grupos con identidades fuertes como las pandillas. Veíamos que había redes fuertes, redes que empezaban a formarse bastante tempranamente, que había triadas, distintos tipos de vínculos entre jóvenes, que generaban la legitimidad necesaria para determinadas prácticas, que la grupalidad era la posibilidad de intercambiar experiencias, la oportunidad de jugar con el otro, de tener algunos contenidos culturales compartidos. Porque aunque las prácticas de las que estamos hablando sean cosas que se hacen en solitario, no se hacen solos: detrás hay alguien que te contó o te enteraste por otra persona, hay redes y vínculos establecidos de manera vertical con otros que hicieron algo parecido, hay experiencias previas en el territorio. Pero esto también cambia relativamente rápido, las capas cambian rápido porque en el medio tenés que se extendió la educación, tenés movimientos políticos y sociales, y mucho de todo eso también es reabsorbido por los grupos y sus integrantes. Entonces, la grupalidad no es algo que se mantiene fijo, con la estabilidad de las carreras delictivas. Pero me parece que sí, que la grupalidad funciona hoy como un lugar de circulación de distintos recursos, y también como un recurso posible en sí mismo, para algunos de sus integrantes, no para todos, para luego derivar hacia el delito; pero todo esto es algo más que puede estar dentro del campo de experiencias que es más amplio y diverso.

Vayamos a esta otra cuestión: la relación entre el mercado de trabajo y el delito: ¿Las economías ilegales desempeñan un papel importante en la expansión del delito?

Este me parece que es *el* tema a estudiar. Me parece que los mercados ilegales— en plural, porque son un montón—, son una deuda que tenemos en la investigación. Me parece que hace rato tenemos esa deuda. Hace una década que [Alberto] Binder planteó una nueva agenda con todos estos temas, pero nunca se desarrolló. Salvo algunos casos—cuestiones que estudias vos, Esteban, y alguno más—, no tenemos un mapa de los mercados ilegales, no sabemos todavía bien cómo estudiarlos, cómo funcionan. Requiere estudiar y mirar cuestiones que nos cuesta mucho ver, por ejemplo, qué son los crímenes de negocios, cómo mirar los números, qué números mirar, a dónde ir a buscarlos, cómo mapearlos, y cómo mapearlos territorialmente,

cómo incorporar la dimensión digital. Porque muchos ilegalismos ya no tienen lugar en un mercado territorializado sino que en gran parte suceden en internet. Además hay que aprender a mirar las circulaciones. Este es otro gran problema. Incorporamos el espacio, incorporamos el tiempo, pero nos cuesta incorporar la circulación, porque lo que hay que ver son las circulaciones, y ver las circulaciones es una cuestión difícil. ¿Qué seguís? ¿Seguís objetos, seguís personas, seguís flujos? Entonces, me parece que ahí tenés un conjunto de temas que piden ser investigados. Mirá..., si a mí me preguntan “¿dónde pondrías la energía para estudiar?” La pondría ahí, en estos temas. Porqué sobre todo lo que hablamos antes, algo sabemos... Está bien, no sabemos todo, no tenemos estudios sobre lo que sucede en todas las periferias en Argentina, nos faltan estudios comparativos... Pero sobre los mercados ilegales sabemos muy poco. Tenemos problemas hasta para formularlos, porque ¿qué son los mercados ilegales? ¿Son productos ilegales o son productos legales que circulan ilegalmente? ¿Son productos controlados, son productos que por momentos son legales y en otros momentos ilegales, o se van legalizando e ilegalizando en el tramo de la circulación? Pensar algo en movimiento, pensar la circulación, la circulación de objetos, es un tema fascinante para la sociología, y para mí me parece que resulta central. Ahora, cómo estudiarlo, por dónde empezamos: ¿haciendo un mapa? ¿Mirando números? ¿Mirando las causas? Me parece que ahí hay, repito, un gran tema académico, un programa de investigación, que tiene que ver con su peso en el delito y su relación con la política, y la gran economía. Y porque, además te permite romper las fronteras morales que se establecen alrededor de los ilegalismos.

¿Y cómo se imbrica la violencia policial con estos mercados?

Esta es otra gran pregunta. Todos sabemos que la policía regula parte del delito, no sabemos cuánto, quisiéramos pensar que la policía regula todo el delito, pero no es así. Entonces, ¿qué sabemos? Bueno, sabemos que cuando se está en un negocio se necesita algún tipo de protección policial para, por ejemplo, en algunas situaciones hacer la vista gorda. Sabemos que en algún momento los negocios necesitan de un delito. ¿Cuánto del desarrollo de un mercado ilegal tiene relación con la policía? Ese vínculo ¿se mantiene siempre? ¿La policía regula a los delincuentes o en algún momento ellos regulan a la policía? ¿Cómo es la temporalidad? ¿Quiénes de la policía se dedican a ello? ¿Qué pasa hoy con las cuestiones más virtuales? ¿Cuáles de los mercados ilegales que no están espacializados tienen relación también con la policía? ¿Cuánto intervienen otras agencias del estado, por ejemplo, en materia de impuestos? ¿Qué papel tienen los agentes privados, los contadores, abogados, etc.? Para mí son preguntas centrales. Creo que ahí tenemos que construir otra agenda. Sin renunciar a los temas que hablábamos hace un rato, tenemos que agendar estas otras preguntas: ¿Cómo estudiamos la economía de cada mercado ilegal? ¿Qué hacemos con la evasión impositiva? ¿Dónde metemos los fraudes financieros o empresariales? ¿Dónde ubicamos la infracción a las normas de salubridad o las normas de trabajo? ¿Qué

hacemos entrar y qué no dentro de los “mercados ilegales”? ¿Qué es lo que queremos ver? ¿La compra y venta de bienes y servicios? ¿Los bienes prohibidos, controlados o fuera de regulación? ¿Queremos ver la relación de todo esto con la violencia? Entonces, me parece que, para poder definir la pregunta sobre los mercados ilegales, para poder circunscribirlos, tenemos que pensar qué nos interesa... si es la relación con la violencia, si es la relación con la economía, si es la relación con la política, que por supuesto se van superponiendo, pero la verdad que sería un gran aporte hacer un trabajo de reflexión sobre cómo estudiar los mercados ilegales. No vamos a poder estudiar todos los mercados. Encima las fuentes judiciales tienen muchas limitaciones. Pero por lo menos nos permiten armar redes, como hicieron los brasileños. Y el otro problema son las fuentes económicas. ¡Ahí nos volvemos locos! No sabemos mucho ni donde están los datos ni sabemos cómo trabajarlos. En fin, son muchos los temas pendientes.

¿Qué diferencias encontrar con el delito callejero en otros países de la región?

Bueno, en general hay algunas diferencias. Uno encuentra que en el Conosur (Argentina, Chile, Uruguay y algunas ciudades brasileñas), donde hay más vida urbana, hay más delito callejero. En los lugares donde tienen menos vida urbana como en América Central uno encuentra menos delitos y menos victimización, pero más homicidios. En aquellas ciudades donde hay una mayor circulación diurna y nocturna se ven más delitos callejeros. Ahora, el delito callejero no es solo el delito al boleó, es también la entradera a la casa, la salidera bancaria. En América Latina también existen dos cuestiones: la primera es que en las representaciones mediáticas del delito en otros países de la región están bastante vinculadas al tráfico de drogas, aunque de maneras diferentes. Por ejemplo, en Brasil vinculadas al micro-tráfico, y en México al gran-tráfico. En Bolivia, Ecuador o Perú aparece las dos cosas: el micro-tráfico está ligado a la idea de que “el narcotráfico vino de afuera”. En Colombia, las representaciones de las violencias también están mezcladas. Entonces a veces resulta difícil la comparación porque las representaciones cambian de acuerdo a los países.

Si tuvieses que comparar la violencia en Argentina con las violencias en otros países o ciudades de la región ¿qué ciudades elegirías para comparar esas tendencias?

Depende que vaya uno a comparar, si comparas tasas de homicidios, vemos que las tasas son más bajas, junto con Chile y Uruguay. Pero ahí hay dos cuestiones que hay que tener en cuenta: la primera es que las tasas de robos son altas, y la segunda, que las tasas de victimización también son muy altas. Para mí la percepción de inseguridad se sigue estructurando alrededor de una tasa de victimización alta, que la percibís todo el tiempo en esa presencia del delito y en el temor de tener un desenlace fatal en algún momento, porque esos desenlaces muchas veces son aleatorios, entonces no es la idea del ajuste de cuentas. Ahora, lo que se encuentra desde hace un tiempo, es la extensión de estas representaciones a las ciudades

intermedias y las pequeñas. Esto ya no pasa solamente en las grandes ciudades. Pero es muy difícil comparar los fenómenos en las grandes ciudades latinoamericanas porque los fenómenos para mí no son equiparables, y porque los países tienen umbrales de violencia muy diferentes. No es lo mismo Medellín que Buenos Aires, Montevideo que Rio de Janeiro. Entonces la pregunta que uno se hace es la siguiente: ¿Hay un *problema común* en América Latina? La respuesta no es tan obvia, no sé si se puede hablar o no de un *problema común latinoamericano*, en este sentido sería cuidadoso de las comparaciones.

En las 1^o Jornadas de Estudios Sociales sobre Delito, Violencia y Policía que se hicieron en las Universidades Nacionales de La Plata y Quilmes, hablaste de la incorporación en los estudios sociológicos de metodologías y planteos teóricos de otras disciplinas, por ejemplo, de la antropología o la psicología social. Incluso mencionaste la necesidad de apuntar la investigación social, como ya había sugerido Katz, hacia “una fenomenología del acto”. La pregunta que te queremos formular ahora es la siguiente: ¿Cuál pensás que debe ser la orientación de la investigación en teoría social—metodológica y teóricamente—para reponer la dimensión de las emociones y la acción subjetiva? ¿Cuál es el aporte que crees que puede hacer a los estudios sociales sobre el delito y la violencia?

En general en los estudios sobre el delito se le presta poca atención al acto. Siempre se mira el *antes*—las causas—o el *después*—las *rational-choise* que están cargando la intención. Me parece que volver a poner la cuestión del delito en el centro de la teoría social implica poner atención a la cuestión de la acción: la descripción de la acción, los objetos en la acción, la intención en la acción, qué pasa en la acción misma. Todo esto es una de las cosas que sorprendentemente menos importancia le hemos dado. Creo que el giro pragmático implica una vuelta a la acción, a tomar a la acción en serio. Pensar la acción es preguntarse qué pasa en el acto mismo, qué quiere el actor en el acto mismo, cuál es la forma de ese acto, y ahí todos los elementos de la sociología pragmática y del análisis de la acción pueden aportarnos cuestiones interesantes. Esto nos obliga a dejar de lado dos cuestiones: primero, la mirada miserabilista, aquella que solo mira a las causas estructurales, para reorientar la mirada a otras problemáticas de esos actos, de la circulación, etc. Y en segundo lugar, nos obliga a abandonar la idea de causalidad fuerte en el delito. Creo que hay—o hubo siempre—una especie de atracción por la pregunta etiológica: ¿por qué hacen lo que hacen? No creo que haya que abandonar la pregunta de la causalidad, ya que sería renunciar a las formas en que epistemológicamente pensamos. Pero hay formas de pensar en una causalidad más débil. En cuanto a esto, muchas teorías que vienen de la sociología y la antropología nos ayudan a mirar ese acto, ayudan a pensar a ese acto como un acto particular, pero además a verlo como un acto donde la cuestión de la ilegalidad no es el centro, no es lo que hay que explicar. Me parece, entonces, que la cuestión de la circulación de objetos, la cuestión del armado de redes, la descripción de la acción misma y no tanto el sentido

de la acción, en fin... todo lo que aporta la sociología pragmática, un punto de vista más fenomenológico, que me parece muy importante. Hay que volver a contar con un análisis de la acción, esta perspectiva nos puede decir algo más de las cuestiones de los actores, hay que volver a esta pregunta de cuánto hay de violencia expresiva y cuánto de violencia instrumental.

Para terminar, cuando uno mira las primeras teorías de la sociología, el delito estaba en el centro de la preocupación de los fundadores. Luego la criminología lo fue sacando del foco y lo fue poniendo a un costado, transformando el estudio del delito en una especialidad con sus propias preocupaciones, y de esa manera la investigación del delito fue perdiendo un poco la riqueza teórica que tenía hasta transformarse en algo un poco aburrido. Sobre todo cuando uno se limita a preguntar ¿qué explica el delito? Bueno, ¡todo! Todas son causas del delito, la verdad que todas pueden serlo dependiendo de donde uno se situó. Pero volver a recuperar algunas cuestiones más locales, o sea, cambiar un poco la mirada, tanto más general, como por ejemplo, mirar los mercados, mirar las redes, mirar los agrupamientos, mirar los actores, las prácticas, algo que te pueda descentrar de las preguntas que venimos repitiendo desde siempre, todo eso ayuda.

Un poco lo que hizo la criminología fue leer el delito más allá de la trama social... y se fue privando de encontrar otras respuestas más interesantes...

Exacto. Hay intentos nuevos como la criminología cultural que hacen buenas preguntas, pero lo que responde es... bueno, tampoco quiere responder tanto, quiere mostrar tramas y actores unificados, incorporar nuevos actores, luego hacer nuevas preguntas... Tampoco tiene una pretensión de dar la respuesta al delito, porque es justamente lo que crítica, pero me parece que le da un poco de aire fresco.

Y también lo des-sobredimensiona.

Claro, tal cual, lo des-miserabiliza y lo des-exotiza.



ARCHIVO

DESDE EL

FREDERIC THRASHER
WILLIAM FOOTE WHYTE

Frederic Thrasher, Gangland

y la fascinación ambigua por las pandillas

Norberto Cambiasso

Universidad Nacional de Quilmes

The Gang: A Study of 1313 Gangs in Chicago es el título de la tesis doctoral que Frederic Milton Thrasher presentó al Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago en 1926. Su publicación al año siguiente la convertiría en el primer estudio académico sobre el tema en Estados Unidos. En aquellos años parecía natural que la ciudad de Chicago fuera a la vez artífice de su doctorado y material de su investigación. El mencionado Departamento se había transformado en el primero en su tipo en el país y lideraba la institucionalización de la sociología como disciplina académica.

La ciudad de Chicago se asumía como el laboratorio social por excelencia. En palabras de Fred Matthews era “el tipo ideal de metrópolis, la cristalización más pura del urbanismo”¹. Comprender las transformaciones estructurales en Chicago era conocer a todas las demás ciudades que estaban atravesando procesos sociales similares. Y era también otra manera de abrir una nueva perspectiva sobre la antigua cuestión que había desvelado a la sociología desde sus orígenes: el tránsito de la *Gemeinschaft* (comunidad) a la *Gesellschaft* (sociedad); el problema de una división del trabajo social que impulsaba el desarrollo civilizatorio a la vez que fragmentaba la personalidad humana. En otros términos, la ambivalencia del progreso. De ella haría su obsesión predominante Robert Ezra Park, el principal responsable académico de la tesis de Thrasher.

Ambigüedades ideológicas de los estudios urbanos

Robert Park llegó en 1914 a la Universidad de Chicago y abandonó el Departamento de Sociología al jubilarse en 1933. Por pura prepotencia de trabajo, acabaría convirtiéndose en el referente obligado de las numerosas investigaciones urbanas que dirigió o inspiró, las que con el correr de la década de 1920 sabrían concederle a su Departamento una justa fama. Dirigió todas ellas junto a otro recién llegado, Ernest W. Burgess. Buscó establecer los parámetros bajo los cuales debía discurrir cualquier investigación del comportamiento humano en un entorno urbano. Fundamentalmente, a partir de su extenso artículo programático de 1916 acerca de la ciudad: “La ciudad: sugerencias para la investigación del comportamiento humano en un medio urbano”.

¹ Matthews, F.: *Quest for an American Sociology: Robert E. Park and the Chicago School*, McGill-Queen’s University Press, pp. 127.

Muchos periodistas, novelistas y sociólogos de la generación de Park provenían de la pequeña burguesía pueblerina del interior de Estados Unidos. Habían crecido en un entorno nacional americano que colocaba el énfasis sobre valores individualistas y competitivos, pero en el cual las comunidades locales eran por su parte relativamente estables y preservaban algunas de las cualidades “conservadoras” propias de los contactos cara a cara. Para ellos, la democracia no equivalía al desorden ni a la desintegración: habían vivido la experiencia personal de una sociedad a la vez individualista y unificada. Muchos tenían también en sus orígenes familiares a religiosos reformados, pastores evangelistas o pequeños empresarios. Con los críticos europeos, pero también, y más hondamente, con la autóctona tradición jeffersoniana, compartían una seria inquietud: que la democracia degenerara en tiranía, tumulto y desorden si se disolvían la templanza y el autocontrol característicos de la virtud republicana y de la moral protestante.

Estas líneas de pensamiento resultaban en una acendrada desconfianza hacia las grandes ciudades, cuyo crecimiento material y demográfico ponía en riesgo los ideales de autogobierno con que identificaban una sociedad estable. Muchos asociaron esta teoría de la estabilidad democrática con una apreciación romántica de la naturaleza. Los sociólogos de Chicago, sin embargo, no eran ni panteístas, ni organicistas, ni biologicistas, ni fisiocráticos, ni siquiera románticos. Su teoría democrática se confundía con el origen de la república; en la tradición política que derivaba de Thomas Jefferson, tercer presidente de la Unión, la independencia económica, la baja densidad de población y cierta distancia social y física eran tan importantes, si no más, que la cercanía a la naturaleza o el predominio agrario: porque las tres primeras son exigencias universales, mientras que las dos últimas situaciones de hecho.

El temor a la vida moderna en las urbes condujo en el pensamiento post-jeffersoniano hacia un oscuro sendero donde se encuentran el disgusto contra el espíritu de los negocios y la competencia comercial de escritores anti-capitalistas románticos como Henry David Thoreau o Walt Whitman, hasta las alarmas de los críticos cristianos de las décadas de 1880 y 1890 frente a la eventualidad de que la fe comercial sustituyera a la religiosa, se ampliara la brecha económica entre clases sociales y las relaciones monetarias desplazaran a las solidarias. En suma, todos compartían el terror de que el dinero anónimo (ciudadano, societario) remplazara a los vínculos comunitarios cara a cara (aldeanos, vecinales), con nombres conocidos en un entorno conocido.

Esta teoría ambiental de la democracia, encarnada en un medio determinado, requería de una teoría de la personalidad humana. La psicología social de Charles Cooley, George H. Mead y William I. Thomas, con un énfasis sobrecogedor colocado en las capacidades del entorno cercano para moldear la individualidad humana, vendría a proveer esa teoría. A la vez que recrearía y vigorizaría el prejuicio propio del Medio Oeste rural, ínsito en la presuposición de una unidad psíquica perfecta, lo que llevaba a atribuir superioridad moral al hombre de campo por sobre el sofisticado (léase corrupto) habitante de las ciudades.

Desde esta perspectiva, los problemas sociales que marcan a las grandes ciudades modernas derivan de que los individuos se veían sujetos a estímulos numerosos, variados y contradictorios, propios de contactos parciales y secundarios, y por lo tanto se volvía difícil la constitución del “carácter”. La división del trabajo, y la especialización que implica, hacen de hombres y mujeres una entidad menos completa, incluso menos “sagrada”. Aquí vemos reaparecer la tradicional denuncia religiosa de los efectos perniciosos de la vida ciudadana traducida a términos seculares.

La concepción de la ciudad propia de Park no se sustrajo del todo a estas ambivalencias. Le habría costado hacerlo, dado el conjunto de sus referencias disciplinares mayores, de Georg Simmel a Thomas y a John Dewey. La fascinación territorial de Park por la metáfora espacial hizo de lo urbano un conjunto de funciones y estructuras especiales.

Una suerte de elección perceptual primaria alejaría a estos primeros sociólogos norteamericanos de las tensiones de la estructura de clases y favorecería, en cambio, una diferenciación de tipos humanos expresada en patrones menos dinámicos, más estáticos, de distribución espacial. En la conceptualización favorecida por Park, *ecológicos*. Elegido como objeto primario de la sociología (a causa de considerarlo problema social primero), “lo urbano” ocultaba cuanto desplazaba: las debilidades de la democracia (paradójicamente, y en primer lugar, las de la democracia municipal, ciudadana) y la colusión de patrones y sindicatos (con ausencia del Estado) en el sistema industrial capitalista en Estados Unidos. Dos tópicos sobre los cuales gira una de los mejores policiales negros de la época (*Cosecha Roja*, 1929, primera novela de Dashiell Hammett) y dos tópicos sobre los cuales ni Park ni siquiera Thrasher tendrían demasiado para decir.

No hay duda de que las simpatías de Park, si bien no necesariamente su admiración, estaban con el urbanita. Pero no es menos cierto que su obsesión con el exotismo de determinadas conductas urbanas trasuntaba una ambivalencia acerca del progreso y su producto último tornado motor primero: la ciudad. Las personas completamente urbanizadas eran a sus ojos una caricatura: un subproducto de la hiperespecialización, no seres humanos completamente desarrollados. La división del trabajo era esencial a la civilización pero a un costo enorme: la fragmentación de la personalidad humana.

Dicho esto, debemos aclarar que los de Chicago se interesaron sobremanera por las manifestaciones múltiples del conflicto social. Allí están para atestiguarlo sus investigaciones sobre zonas de la personalidad y la sociedad humanas que encontraban oscuras o delictuosas, o cuya anomalía requería de una investigación que procurara al sociólogo principios explicativos circunstanciados: las pandillas (*The Gang* [1927] de Frederick Thrasher), las carreras individuales de delincuentes (en las obras de Clifford Shaw y Henry McKay), los *homeless* (*The Hobo* [1923] de Nels Anderson), la criminalidad de los bajos fondos y las adicciones en todas sus formas (*Vice in Chicago* [1933] de Walter Reckless), los barrios bajos, la zonificación social y racialista, el ghetto (*The Ghetto* [1928] de Louis Wirth), el suicidio (*Suicide: A Study in Personal Disorganization* [1928] de Ruth Cavan), las huelgas (*The Strike: A Study in Collective Action* [1928] de E. T. Hiller), las sectas religiosas y hasta las revoluciones políticas (*The*

Natural History of the Revolution [1927] de Lyford Edwards). Todos estos estudios empíricos fueron publicados por la Universidad de Chicago; el propio Park prologó la mayoría de ellos.

La teoría de Park: el dualismo entre orden ecológico y orden moral

La teoría de Park fue transicional. En buena medida retenía el esquema evolucionista de la generación anterior e interpretaba la historia humana como el pasaje de lo simple a lo complejo, de lo rural a lo urbano, de lo estático a lo dinámico: En su vocabulario favorito: de lo sagrado a lo secular. Una combinación ecléctica del acento spenceriano en la complejidad y diferenciación creciente con la oposición clásica del alemán Ferdinand Tönnies entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*. Si bien creía inevitable el progreso, le faltó el optimismo de sus predecesores acerca de la pluralidad de sus consecuencias beneficiosas. Tampoco compartía, sin embargo, las lamentaciones nostálgicas por un pasado dorado (e imaginario) propias de los enemigos de las metrópolis.

Había en él una fascinación ambigua por los procesos de urbanización que se reflejaba en su célebre dualismo entre un *orden ecológico* (o *biótico*) y un orden moral (o *cultural*). Park se había inspirado en Dewey, para quien la naturaleza del hombre era esencialmente asociativa y, en la medida en que la especie humana se volviera consciente, a través de la experiencia, de esa naturaleza básica, alcanzaría un orden moral que en el filósofo pragmatista se suele identificar con la *comunidad*—en un sentido por completo opuesto al de Tönnies. Pero según Park, las relaciones sociales no se agotaban en ese orden moral; funcionaba otro, complementario pero independiente, producto de la competencia y cuyos efectos remitían a un tipo de simbiosis observable ya en las colectividades de plantas y animales: el orden biótico o ecológico.

Hasta cierto punto, tendía a considerar la competencia, propia del orden ecológico, como principio de individuación. Producto de la división social del trabajo en el seno del capitalismo, los individuos entablan relaciones competitivas que los obligan a ajustarse a la estructura ocupacional. Prosiguen sus vocaciones, intereses y predilecciones lo mejor que pueden mientras se adaptan a las circunstancias externas. La competencia económica, en la medida en que abandona a personas y grupos a merced de su propia iniciativa individualista, mal puede predisponerlos hacia algún tipo de acción colectiva.

La comunicación, en cambio, asumía el rol de principio de socialización. Determinaba aquellas relaciones de las que podemos predicar un carácter más íntimo y personal. Obliga a tomar en consideración no sólo nuestros caprichos, sino también las necesidades e intereses de los demás. Con esto, Park se separaba irremisiblemente del holismo que Cooley y Dewey defendían a rajatabla. La contraposición entre ambos principios restauraba el dualismo entre individuo y sociedad que tanto se habían empeñado en cerrar los pragmatistas.

El francés Émile Durkheim encontraría divertida la inferencia que de esta asimetría derivaba Park: una brecha cultural que expresa la mayoría de los problemas políticos del presente; las vicisitudes de los inmigrantes para integrarse a la sociedad norteamericana; la pérdida de funciones de control (o de eficacia en ese control) por

parte de la familia, la iglesia y la escuela; la individuación desviada a través de comportamientos delincuentes y criminales; la transición de relaciones auténticamente primarias (familia y vecindad) hacia formas sustitutas de contacto personal como las pandillas juveniles; y el menoscabo de la capacidad representativa del gobierno democrático ante su dificultad para hacer coincidir la legislación con los *mores*.

De manera recurrente Park explica estos procesos como un fracaso del modelo de sustitución de funciones del grupo primario. La magnitud de este fracaso constituye, para los de Chicago, la fuente de una desorganización social que se verifica por doquier en los Estados Unidos de los años 20. En términos más explícitos: el debilitamiento de los lazos primarios bajo las nuevas condiciones del desarrollo socio-histórico da lugar al crecimiento del conflicto. Los procesos de individualización son buenos siempre y cuando no concluyan en la atomización de la sociedad. Dicho de otro modo, siempre y cuando un orden moral nuevo no contradiga al orden ecológico; siempre y cuando la cultura no se vuelva antinatural. Toda asociación que no se derive del grupo primario, o que no coexista en armonía con él, es potencialmente peligrosa. Tipos sociales como el pandillero y el vagabundo son, a sus ojos, más o menos simpáticos en la medida en que su extensión no los ponga en el camino de la carrera criminal o de la homosexualidad. Una dosis de conflicto es permisible si existen instancias de control que impidan su generalización. Pero son justamente esas instancias las que se echan en falta en la sociedad contemporánea.

West Side Story

La investigación clásica de Thrasher sobre las pandillas replica este esquema a la perfección. La delincuencia juvenil en general, y las pandillas en especial, son producto de un entorno urbano específico más que de cualquier predisposición étnica o individual, como se creía en la época. Aparecen en áreas intersticiales de la ciudad, en los *slums* (los barrios bajos o villa miserias) sometidos a altas tasas de transitoriedad residencial, migraciones sucesivas, miseria y resquebrajamiento de los controles comunitarios.

Es por ello que Thrasher afirma que las pandillas son un modo de escapar a la monotonía del *slum* y vienen a llenar el hueco que ha dejado la desaparición de los controles primarios. Son una consecuencia ‘invertida’ de la desorganización familiar, la pérdida autoridad y eficacia de las sanciones tradicionales (como la iglesia y la escuela), la falta de oportunidades a nivel recreativo. Frente a ello, las pandillas funcionan como sustitutos, si bien desviados, de los grupos primarios de antaño. Son instituciones vicarias. Ellas mismas conforman grupos primarios (tal vez la única diferencia con el texto que presentamos aquí, de 1925, en donde todavía tendía a considerarlas, seguramente influido por Gustave Le Bon y Georges Sorel, como una manifestación del comportamiento colectivo de la multitud), un mecanismo de defensa contra la desintegración de la personalidad en los *slums*, un modo creativo de responder al aislamiento de las comunidades de inmigrantes en América.

Según Thrasher, el personal, el recurso y material humano de las pandillas desperdigadas en las distintas áreas de Chicago son hijos de inmigrantes, guiados por el

deseo de nuevas experiencias (uno de los cuatro deseos de Thomas), debido al fracaso o impotencia de esas mismas familias para controlar a sus hijos. Y esta población políglota constituía por entonces tres cuartas parte de los habitantes de la ciudad.

Por último, hay en Thrasher una ambigüedad, tan propia de los de Chicago, en su acercamiento como observador participante a su objeto de estudio. Si bien admite que las pandillas pueden ser el germen del crimen organizado, su temperamento reformista resalta que no son inherentemente malas.

“Aun así, la pandilla no carece por completo de habilidad para organizar los intereses del chico. Con mucha frecuencia hace justamente eso por él porque cuenta con alguna clase de programa que involucra varias actividades con las cuales sus miembros se relacionan. De esa manera el chico se convierte en *alguien*, tiene un rol en el grupo y participa de esas proezas grupales. El punto, no obstante, es que estas actividades de la pandilla usualmente representan empresas inútiles y con frecuencia desastrosas, que en última instancia no significan nada ni para el desarrollo personal del chico ni para el bien de la comunidad”²

Si se toman las medidas adecuadas, pueden ser asimiladas a la corriente principal de la vida americana. Se trata de canalizar las conductas desviadas y conflictivas a través de organizaciones y cauces institucionalizados, como los clubes atléticos o las organizaciones de boy-scouts. Y acompañarlas con una reorganización integral de la comunidad de inmigrantes en su conjunto. Una preocupación por limitar el conflicto que caracterizará a la sociología norteamericana posterior. En esto coincide parcialmente con la aureola progresivista que pugnaba por sobrevivir en medio de la desilusión posterior a la Primera Guerra Mundial. Aun cuando los de Chicago desconfiaran, con buen tino, del exceso de controles burocráticos que las vocaciones reformistas solían promover. Un romanticismo pero de nuevo cuño, sin duda heredado del propio Park, que confirma la relatividad, variedad y sustancial fragilidad de la existencia humana.

² Thrasher, F.: *The Gang*, The University of Chicago Press, 1942, pp. 529

Tierra de pandillas¹

Frederic M. Thrasher

Universidad de Chicago

Publicado originalmente como: “Gangland”, *Social Science*, Vol. 1, N° 1, (November, 1925), 1-3.
Traducción Nahuel Roldán (LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP).

El magnífico funeral de un gángster de Chicago atrajo la atención del mundo. El asesinato de este líder y barón cervecero del inframundo y los sucesos que siguieron fueron lo suficientemente dramáticos como para despertar el interés del público en un problema que desde hace tiempo desafiaba los mejores esfuerzos de la maquinaria sincera de aplicación de la ley. Con más de un asesinato por día en 1925, Chicago se ganó el sobrenombre poco envidiable de “la capital del asesinato del mundo”. El robo a punta de pistola ha aumentado a proporciones alarmantes. Los ataques a las mujeres han sido frecuentes y atroces. El volumen de delitos menores es grave.

Un elemento muy importante en esta situación es la gran cantidad de pandillas que infestan ciertas áreas culturales y geográficas de la vida de la ciudad. A través de los periódicos, el público se ha percatado de algunas de las principales pandillas como los O'Donnells, los Torrios, los Gennas, los Millers y la pandilla del Valle. Sin embargo, una encuesta sobre la vida de las pandillas en Chicago reveló 1.313 pandillas de niños y hombres con edades comprendidas desde siete u ocho años hacia arriba. Estos grupos fueron cartografiados y se encontró que ocupaban áreas típicas, que han llegado a ser conocidas como “tierras de pandillas” y que juntas conforman el “imperio de la pandilla”. Debido a la división geográfica de la ciudad por el río Chicago y sus ramas, este imperio es tripartito: las “North Side Jungles”, el “West Side Wilderness” y las “South Side Badlands”. Extendiéndose en un semicírculo alrededor del circuito (el distrito comercial de Chicago), ocupa una amplia zona de desintegración conocida como el “cinturón de la pobreza”. La pandilla tiene su génesis en las áreas congestionadas del barrio bajo donde hay enjambres de niños que deben pasar su tiempo de ocio en las calles. Las pandillas

¹ El libro de Thrasher, “Gangland”, que es un estudio de 1.313 pandillas en Chicago realizado bajo los auspicios de la Universidad de Chicago y la Fundación Laura Spellman Rockefeller, será publicado este otoño por la University of Chicago Press.

de adolescentes abundan en estas regiones. A medida que sus miembros crecen, la pandilla tiende a asumir la forma de un club o a derivar directamente al crimen. Por lo tanto, fuera de la pandilla juvenil de Chicago vienen las pandillas más antiguas que constituyen un problema tan serio de control social en la vida de la ciudad.

De todas las multitudes que ponen en peligro la democracia, quizás la pandilla es la más temible. Se ha descrito como "la forma crónica de la multitud que actúa". La mafia es efímera, pero la pandilla perdura, combinada con la inconstancia y la irresponsabilidad moral de la mafia, la tradición y el nivel de confianza grupal. Una pandilla a menudo se convierte en el núcleo de una mafia, prolongando su vida y dirigiendo sus movimientos, como se demostró en los disturbios raciales de Chicago de 1919. La mafia no razona, pero a menudo la pandilla es astuta. La pandilla convencional o criminal puede llegar a ser fríamente calculadora en sus planes y aún actuar, en ocasiones, con toda la energía impulsiva y la furia ciega que hace a la mafia tan cruelmente destructiva.

Sin embargo, estas graves consecuencias tienen aparentemente inicios inocentes. La vida en la pandilla callejera es fascinante para el niño, ya que le proporciona un medio para escapar de la monotonía del barrio bajo. A menudo viene de una situación que no proporciona una dirección completa de su conducta—hogares rotos o ignorantes, escuelas ineficientes, iglesias superficiales e instalaciones recreativas inadecuadas. La pandilla llena el espacio. Muchas veces comienza con niños que faltan a la escuela. El *junking*, que es un interés casi universal entre los adolescentes de estas áreas, es probable que conduzca a la delincuencia de poca monta. El niño aprende a vivir lejos de su hogar y, a menudo, se ausenta por semanas. De esta manera, se establece una base para la delincuencia posterior y los miembros de las pandillas más antiguas suelen ser graduados de los más jóvenes.

El enigma de una ola de crimen permanente se vuelve mucho más inteligible a la luz de tales hechos. Existe en Chicago un proceso que continuamente fabrica criminales potenciales. Las pandillas más viejas entrenan a sus miembros, quizás inconscientemente en la técnica del crimen. Les infunden un espíritu de anarquía y una filosofía de arriesgarse. No requiere mucha erudición ver que la mayor parte de los diez mil criminales profesionales de Chicago son los productos finales de este proceso. Parecería que una forma importante de lidiar con el problema del crimen sería intentar detener esta corriente en su origen.

La pandilla probablemente desempeña el papel más importante en la organización, lo que constituye la principal amenaza del crimen en Chicago. Gran parte del crimen menor de la ciudad es producto de pandillas o dirigido por pandillas. Prácticamente todos los robos y hurtos son el resultado de la actividad de pandillas. Muchos de los asesinatos que han hecho a la ciudad notoria son incidentales a los otros crímenes de la pandilla o son el resultado de guerras de pandillas. La pandilla trabaja mano a mano con lo que se conoce como el anillo del crimen, requiriendo hombres "internos" que cooperan en hazañas delictivas, y el sindicato, una organización más elaborada y extensa, que necesita la aplicación de

métodos comerciales y realiza actividades ilícitas como el vicio, el juego, la fabricación de ron y el robo.

¿Cómo puede este sistema continuar operando cuando se sabe tanto sobre su organización? Esta pregunta ha desconcertado a muchos observadores casuales, pero su respuesta no es difícil de encontrar. El crimen y la política están asociados. El político organiza las pandillas en clubes, les proporciona subsidios y los protege de interferencias legales a cambio de votos y trabajo de “intimidación”. Los intentos de las agencias encargadas de hacer cumplir la ley por controlar la situación fracasan en todas partes por esta alianza corrupta. La responsabilidad final probablemente recae en el público—la ausencia de voto y la falta de participación activa en comicios políticos y primarias por ciudadanos decentes.

Las pandillas no son intrínsecamente malas. ¡Lejos de eso! Es simplemente que no están articuladas socialmente. No están asimiladas a los estándares éticos del gran conjunto cultural. Son, en algunos aspectos, como malezas en el jardín formal de la sociedad. El suyo es el espíritu de la canción que a menudo cantan: “Hey, hey, la pandilla está aquí, así que, ¡qué carajo nos importa” los códigos convencionales de la tradición social organizada! Lo que necesitan es la dirección de sus energías en canales más útiles.

La organización social desde la esquina

Presentación del texto “Chicos de la esquina” de William Foote Whyte

Nahuel Roldán

Universidad Nacional de La Plata

El texto que estamos presentando es la primera traducción al español de un artículo académico de la vasta producción del sociólogo norteamericano William F. Whyte. Su tesis doctoral—investigación por la cual fue más conocido—*La sociedad de la esquina* (1943), es una de las obras sociológicas más vendidas en el mundo. Tiene tres reediciones en inglés en 1955, 1981 y 1993. Traducida al español por primera vez en 1971 en México, y reeditada en 2015 en España; pero también disponible en chino, japonés, alemán, francés, italiano, portugués y sueco.

Pero, sobre todo, la figura de Whyte como sociólogo en la academia norteamericana fue importantísima. Tanto es así que, tras su muerte el 16 de julio de 2000, el periódico *The New York Times* dedicó una página completa a su obituario. Una conmemoración totalmente extraña para la mayoría de los científicos sociales de Estados Unidos. Whyte fue un sociólogo que logró transformar la forma de teorizar y de plantear el abordaje metodológico en las ciencias sociales. Aun así, es un autor poco conocido en la Argentina—en particular—, y en Latino América—en general.

Nació el 27 de junio de 1914 en Springfield, Massachusetts. En 1936 se graduó en economía. Ese mismo año obtuvo una beca en la Universidad de Harvard, y aunque como expresa en su autobiografía *Participant Observer* (1994), sentía cierta ambivalencia por la enseñanza de Harvard, mantuvo su beca y luego de realizar algunos cursos—que lo reorientaron desde la economía hacia la antropología y la sociología—, reescribió su proyecto de investigación, volviéndolo menos ambicioso. Esta reescritura surgió por recomendación de Pitrim Sorokin quien en ese momento era el director del Departamento de Sociología, pero también a partir de diálogos habituales que mantenía con el joven profesor asistente Talcott Parsons, y otros pensadores como Robert K. Merton, Kingsley Davis y Edward C. Devereux. Así pasó de un estudio detallado de la historia, la economía, la política—

incluida la relación de los mafiosos con la policía, la educación, el ocio y la vida religiosa—del *North End*, que necesitaba de la conformación de un equipo de diez personas, a otra investigación que realizaría él solo y donde los objetivos se ceñían a la observación participante.

El trabajo que seguidamente presentamos, es una publicación que funciona como antesala de su tesis doctoral. En este trabajo, W. F. Whyte presenta algunos de los lineamientos principales que luego desarrollará en *La sociedad de la esquina*. Por tanto, se podrán obtener de su lectura los objetivos más importantes de aquel proyecto de investigación reformado.

Como lo explica Steven Greenhouse, autor del obituario del *The New York Times*, lo que resalta de Whyte como sociólogo innovador es su persistencia a pensar a la ciencia social como un proyecto de reforma y cambio social. Este interés particular es el que lo lleva, como lo habían hecho los antropólogos clásicos, a mudarse por tres largos años al *North End*. En aquel tiempo era un barrio marginal de italoamericanos, ubicado —como lo indica su nombre— hacia el norte, justo donde termina Boston. Un barrio referenciado en los periódicos como una “zona caliente y peligrosa”.

Su inserción en la comunidad fue un problema, como le sucede a todo investigador que pretende realizar un trabajo etnográfico. Pero especialmente a un joven alto, blanco y que provenía de una de las universidades más elitistas de los Estados Unidos, esto le fue particularmente dificultoso. Whyte no tuvo la ventaja de Erving Goffman al escribir unos años después su tesis doctoral—*Communication Conduct in an Island Community* (1953)—, para lo cual había logrado camuflarse de ayudante de cartero en la pequeña isla Unst de Gran Bretaña. Tampoco tuvo la suerte de David Sudnow que, con una simple bata blanca y algunos micrófonos escondidos, pudo completar su investigación—dirigida por Goffman—en una institución de caridad del West Coast y en un hospital general privado del Midwest, sobre *La organización social de la muerte* (1967). Para Whyte esto fue mucho más difícil, empezando por su desconocimiento total del idioma italiano.

La primera edición de *La sociedad de la esquina* no tuvo éxito alguno. Sólo recibió algunas pocas pero duras críticas, que llevaron a Whyte en la segunda edición de 1955, a agregar el “apéndice A”. Así, antes de que la esposa de Bronislaw Malinowski, diera a conocer en 1966 sus diarios de campo en las islas de Papúa y Nueva Guinea—y aunque esta revelación de la trastienda del trabajo del antropólogo polaco trajo debates más acalorados—, W. F. Whyte en ese apéndice transcribía con voluntad pedagógica todas sus notas del cuaderno de campo: los problemas y conflictos que vivió a lo largo de su investigación. La lectura de este apéndice no sólo es fundamental para quien tenga que realizar una investigación en una comunidad, sino que es primordial para cualquiera que pretenda realizar un trabajo etnográfico. Lo que fue el debate principal sobre *Diario de campo en Melanesia* de Malinowski, que se centró sobre todo en si es posible la construcción y tratamiento *neutral* del objeto de estudio, así como cuál es la *función* de los cuadernos

de campo, sucedió también con las “confesiones” de Whyte en este apéndice. Y ya desde aquellos años a esta parte es un debate central, más saldado en algunos momentos que en otros entre quienes utilizan la observación participante y realizan trabajos etnográficos. En este sentido, Whyte se dedicó con compromiso a desarrollar una metodología innovadora, pero sobre todo a contarla imaginativamente, diciendo y escribiendo lo que hasta ese momento nadie decía ni escribía. Describir que la falta de tiempo, de dinero y la limitación de recursos en general son con frecuencia un obstáculo insalvable para la obtención y construcción de datos, su análisis y redacción, era algo que no se incluía en las investigaciones publicadas.

En aquellos años, todos los estudiantes de sociología de la Universidad de Chicago, debían asistir al seminario de “Métodos y formación en observación sobre el terreno”, que dictaba Everett Hughes. Por lo que Whyte, como Goffman, no estuvieron ajenos a estas enseñanzas. Pero no fue sólo eso, sino que de forma extraordinaria construyó su propia metodología, que él denominó “investigación acción participante”. Su libro *Participatory Action Research* de 1990 recopila su larga experiencia en la aplicación de esta metodología. De hecho, Whyte va a escribir varios libros metodológicos a lo largo de su vida: *Men at Work* (1965), *Learning from the Field* (1984), *Social Theory for Action* (1991) y *Creative Problem Solving in the Field* (1997).

Su trabajo sobre *La sociedad de las esquinas*, que dejaba de lado la idea de *desorganización social* en la propia Universidad de Chicago, presentaba una investigación centrada en la estructura social, el liderazgo, pero principalmente en la idea de *organización social*. Para Whyte los jóvenes no estaban desorganizados, sino todo lo contrario. La presentación de esta tesis doctoral en Sociología en la Universidad de Chicago fue un problema. La oposición que presentaron Herbert Blumer, William F. Ogburn y Ernest Burgess, por la no inclusión deliberada en la tesis de un capítulo de revisión histórica de la bibliografía existente sobre los *slums* y otro conteniendo el abordaje metodológico, fue matizada por la intervención de Everett Hughes y el compromiso del doctorando de publicar dos trabajos que contuviesen este faltante. Así, en 1943, el mismo año de la obtención del doctorado, Whyte publica en *American Sociological Review* un artículo titulado *Social Organization in the Slums*, y posteriormente en *American Political Science Review*, el segundo artículo prometido, *A Challenge to Political Scientists*.

En *La sociedad de la esquina*, Whyte aplica un enfoque metodológico pionero e innovador, haciendo participar activamente a dos “chicos de la esquina”, nombrados en el libro como Doc y Sam Franco. A este último, Angelo Ralph Orlandella—su nombre real—, Whyte logra que Harvard le pagué \$100 mensuales como asistente de investigación. Era impensado en aquellos tiempos que una persona de la comunidad se colocara en cierta *igualdad* con el investigador para la escritura y revisión de los datos de la investigación. Esta es una metodología que

años después utilizaría Oscar Lewis para realizar su observación y descripción de las familias de prostitutas puertorriqueñas, que concluyó en su libro *La vida* (1966).

Para concluir esta introducción, que es más una presentación del autor que del texto, tenemos que aclarar que este artículo de Whyte de 1941, pertenece a la primera etapa académica del sociólogo, que podríamos denominar: sociología de las pandillas o sociología de la esquina. En este momento W. F. Whyte discute con las observaciones y publicaciones que desde la Escuela de Chicago se venían realizando sobre los jóvenes. No va a estar de acuerdo con Frederic M. Thrasher, que en 1929 había publicado un estudio de 1313 pandillas, que tituló *The Gang*. Tampoco compartiría los análisis de Louis Wirth que en 1928 había publicado *The Ghetto*, basando sus descripciones y conclusiones de la vida social en los guetos en la idea de desorganización social.

Por otro lado, es en la segunda etapa de los estudios de Whyte, que se comienza a notar lo útil de sus métodos inusuales y su escritura altamente personalizada. La invasión militar norteamericana a la Italia de Mussolini, comienza por Sicilia a mediados de 1943. Whyte—por su trabajo en el *North End* italiano—es convocado por la Universidad de Harvard para que enseñe la cultura italiana a oficiales y suboficiales del ejército. Un trabajo que, por complicaciones de salud, Whyte no puede realizar. La siguiente oferta laboral venida de la Universidad de Chicago es la que determinará esta segunda etapa en la vida académica de nuestro autor, que podríamos denominar: sociología industrial. Everett Hughes le ofrece dirigir una investigación en el master en administración de restaurantes de la Escuela de Negocios de la Universidad de Chicago. De este trabajo surgió un libro que pasó desapercibido, publicado en 1948 con el título *Human Relations in the Restaurant Industry* y un artículo sobresaliente publicado en 1949 en *The American Journal of Sociology*, titulado *The Social Structure of the Restaurant*—donde analiza el sistema “sociotécnico”, esto es las relaciones sociales y tecnológicas en el ámbito de algunos restaurantes de Chicago. Luego desde la Universidad de Cornell le ofrecieron ser profesor de la New York State School of Industrial and Labour Relations. De estos años de docencia e investigación Whyte publica dos libros: el primero *Pattern for Industrial Peace* (1951)—que analiza la mejora de la situación laboral en una empresa siderúrgica—y el segundo, un texto ya clásico sobre la relación que existe entre los incentivos empresariales y las reacciones que esos incentivos generan en los trabajadores, llamado *Money and Motivation* (1955), y traducido al español en 1961 bajo el título *Estímulo económico y rendimiento laboral*.

La Universidad de Cornell fue el destino definitivo para Whyte en los Estados Unidos. Al lograr asentarse allí no desaprovechó algunos beneficios del sedentarismo académico y laboral, y emprendió en 1954 un viaje a Venezuela donde estudio el comportamiento organizacional en *Creole Petroleum Company*, una sucursal empresarial de la Standard Oil. Luego en 1961, viajó a Perú y no dejó de hacerlo hasta 1975, donde siguió estudiando las relaciones entre empresarios, trabajadores y sindicatos. A pesar de padecer de polio desde 1943—que le limitó la motricidad

de por vida—, contraída en un breve período de docencia en la Universidad de Oklahoma, Whyte viajó por varios países de América: México, Guatemala, Colombia, Honduras y Costa Rica.

Con todo, este artículo que presentamos y lo que sería luego su tesis doctoral *La sociedad de la esquina*, fueron las obras que vertebraron la trayectoria intelectual de Whyte—así lo comenta el propio autor en su libro *Creative Problem Solving in the Field*—, y desde su segunda edición en 1955 no dejará de abrir debates tanto en la etnografía, como en la metodología cualitativa, la sociología y la historia.

Para quién le interese profundizar en la revisión y estudio de la obra de William Foote Whyte—en especial en esta primera etapa académica signada por *Street Corner Society*—, el lector puede revisar de su vasta producción, los dos artículos publicados en 1943—ya referenciados—y el que aquí se divulga en español de 1941, y también: *A Slum Sex Code* (1943), *Sicilian Peasant Society* (1944) y *Revisiting “Street Corner Society”* (1993). En tanto que, la *Journal of Contemporary Ethnography* en 1992 dedica un ejemplar completo a discutir el libro de Whyte. No sólo participa el propio autor en el debate, sino que se publica un artículo escrito por Angelo Ralph Orlandella—que también es autor del “apéndice B” incluido en *La sociedad de la esquina*. Al año siguiente, en 1993, el libro se reedita en inglés por tercera vez y en 1996, el importante metodólogo Norman Denzin, escribe un artículo titulado: *Whose Cornerville is It, Any Way?*, que se publica en *Qualitative Inquiry*. Finalmente, en 2014 aparece en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, un artículo de Oscar Andersson titulado *William Foote Whyte, Street Corner Society and Social Organization*, que vuelve a poner sobre la mesa la importancia de la obra de este sociólogo norteamericano.

Chicos de la esquina

Un estudio del comportamiento de la pandilla

William Foote Whyte

Universidad de Chicago

Publicado originalmente como: "Corner Boys: A Study of Clique Behavior", *American Journal of Sociology*, Vol. 48, N° 5 (Mar., 1941), 647-664. Traducción por Nahuel Roldán (LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP), revisión Juliana Miranda (UBA—CELS).

Resumen:

Se discuten los métodos para un estudio del comportamiento de la pandilla y las conclusiones extraídas de esa investigación. La observación y el registro de las posiciones espaciales y las interacciones de los muchachos de la esquina demuestran que sus grupos informales se organizan sobre una base jerárquica. Estas estructuras sociales se construyen sobre una obligación mutua. El comportamiento de un miembro debe ser explicado en términos de su posición en su grupo. Cada grupo tiene un líder que funciona como su principal representante y director de actividades. El estudio de estas funciones indica cómo puede determinarse la posición de la pandilla de la esquina en la organización social de la comunidad.

Abstract:

Methods for a study of clique behavior and conclusions drawn from such research are discussed. Observation and recording of spatial positions and interactions of corner boys shows that their informal groups are organized on a hierarchical basis. These social structures are built upon mutual obligations. A member's behavior is to be explained in terms of his position in his group. Each group has a leader who functions as its chief representative and director of activities. Study of these functions indicates how the position of the corner gang in the community social organization may be determined.

Este artículo presenta algunos de los resultados de un estudio de liderazgo en agrupaciones informales o pandillas de chicos de la esquina en "Cornerville", una zona de barrios bajos de una gran ciudad oriental. El objetivo de la investigación era desarrollar métodos mediante los cuales la posición (rango o estado) del individuo en su pandilla pudiera ser determinada empíricamente; estudiar las bases de la cohesión grupal y de la subordinación y superordenación de sus miembros; y, finalmente, elaborar medios para determinar la posición de las pandillas de las esquinas en la estructura social de la comunidad.

Si bien la explicación de la conducta en los grupos sociales informales se considera generalmente como un problema básico de la sociología, los estudios empíricos de la sociedad humana, comparables a los que ahora están disponibles para las agrupaciones de animales y aves¹, se encuentran todavía en las primeras etapas del desarrollo. Frederic Thrasher² ha reconocido el fenómeno del liderazgo informal y ha presentado algunas generalizaciones sobre su naturaleza en las pandillas de jóvenes. F. J. Roethlisberger y W. J. Dickson³, en sus estudios de Western Electric Company, han reconocido la importancia de los grupos informales de trabajadores en las relaciones laborales y han aportado datos valiosos sobre la naturaleza de la organización informal en la situación de las fábricas. J. L. Moreno⁴ ha desarrollado un método "sociométrico" de trazar los "patrones de atracción social" que ha sido aplicado por George Lundberg⁵, Helen Jennings⁶ y otros para abrir una nueva y prometedora línea de investigación. W. Lloyd Warner⁷ ha aplicado las técnicas de la antropología social al estudio de grupos en la sociedad americana moderna; y, siguiendo este enfoque, Eliot Chapple y Conrad Arensberg⁸ han desarrollado un método para estudiar el comportamiento social mediante observaciones detalladas de las interacciones.

Mi investigación es un producto de este período de experimentación, basado en parte en el trabajo de Arensberg y Chapple. Difiere de los estudios de pandillas de Thrasher en varios aspectos. En su estudio se trataba de muchachos jóvenes, sólo algunos de ellos más allá de sus primeros años de adolescencia. Mientras mis sujetos se llamaban a sí mismos muchachos de la esquina, todos eran hombres adultos, la mayoría de ellos de veintitantos años y algunos de más de treinta años. Él estudió a la pandilla desde el punto de vista de la delincuencia juvenil y del crimen. Aunque

¹ Thorlief Schjelderup-Ebbe presenta una discusión autorizada de la investigación sobre agrupaciones de aves en su "Social Behavior of Birds", cap. XX, pp. 947-72, en Handbook of Social Psychology, ed. Carl Murchison.

² *The Gang* (rev. ed.; Chicago: University of Chicago Press, 1936).

³ *Management and the Worker* (Cambridge: Harvard University Press, 1939).

⁴ *Who Shall Survive? A New Approach to the Problem of Human Interrelations* (Washington, D. C.: Nervous and Mental Disease Publishing Co., 1934).

⁵ Lundberg and Margaret Lawnsing, "The Sociography of Some Community Relations", *American Sociological Review*, II (1937), 318-35; Lundberg and Mary Steele, "Social Attraction-Patterns in a Village", *Sociometry*, January-April, 1938, pp. 375-419.

⁶ "Structure of Leadership", *Sociometry*, July-October, 1937, pp. 99-143.

⁷ Yankee City study, now being published.

⁸ *Measuring Human Relations: An Introduction to the Study of the Interaction of Individuals* ("Genetic Psychology Monographs" [Provincetown, Mass: Journal Press, 1940]).

algunos de los hombres que observé estaban involucrados en actividades ilegales, yo no estaba interesado en el crimen en sí mismo; por el contrario, estaba interesado en estudiar la naturaleza del comportamiento de la pandilla, sin importar si estaba conectada o no con actividades criminales. Mientras Thrasher reunía un extenso material sobre 1.313 pandillas, yo realicé un estudio intensivo y detallado de cinco pandillas sobre la base de la observación personal, el conocimiento íntimo y la participación en sus actividades durante un período prolongado de tiempo. A lo largo de tres años y medio de investigación viví en Cornerville, no en un centro comunitario, sino en viviendas que estaban habitadas por gente de Cornerville.

La población del barrio es casi enteramente de origen italiano. La mayoría de los chicos de la esquina pertenecen a la segunda generación de inmigrantes. En general, son muchachos que han tenido poca educación más allá de la escuela primaria y que están desempleados, empleados irregularmente o trabajando constantemente por salarios precarios. Su nombre surge de la naturaleza de su vida social. Para ellos “la esquina” no es necesariamente una intersección de la calle. Es cualquier parte de la vereda que toman para su sede social, y que a menudo incluye un salón de billar, tabernas, funerarias, peluquería o clubes. Aquí se pueden encontrar casi cualquier tarde o noche, hablando y bromeando sobre sexo, deportes, relaciones personales o política. Otras actividades sociales suceden “en la esquina” o se planean allí.

La existencia de una jerarquía de relaciones personales en estas pandillas rara vez es reconocida explícitamente por los chicos de la esquina. Cuando se les preguntó si tienen un líder o un jefe, invariablemente responden: “No, todos somos iguales”. Es sólo a través de la observación de las acciones que la estructura del grupo se hace evidente. Mi problema era aplicar métodos que produjeran una imagen objetiva y razonablemente exacta de tales estructuras.

En cualquier grupo que contenga más de dos personas hay subdivisiones que deben observarse. Ningún miembro es igualmente amigable con todos los demás miembros. Para entender el comportamiento del miembro individual es necesario ubicarlo no sólo en su grupo, sino también en su posición particular en el subgrupo.

Mi estudio más completo sobre las agrupaciones se hizo a partir de observaciones en las salas del *Cornerville Social and Athletic Club*. Éste era un club para los muchachos de la esquina, que tenía cerca de cincuenta miembros y se dividió sobre todo en dos pandillas, que habían sido relativamente independientes la una de la otra antes de la formación del club. Había, por supuesto, subdivisiones en cada pandilla.

Cada vez que ingresaba al club y me encontraba algún miembro de una pandilla, intentaba registrar a que grupo pertenecía. Mientras los muchachos se movían, a mí me costaba ingresar sus movimientos en mi registro, pero en la mayoría de las ocasiones se establecían con cierto orden espacial. En el ejemplo que acompaño (ver fig. 1), dos estaban en una mesa jugando a las damas mientras otro estaba mirando, en otra mesa cuatro jugaban al *whist* y tres más viendo el juego, y seis hablando juntos en el fondo de la habitación. Mientras miraba alrededor de la

habitación contaba el número de muchachos presentes, para luego poder saber a cuántos de ellos debía tener en cuenta. Entonces me decía a mí mismo los nombres de los muchachos de cada pandilla, y trataba de fijar en mi mente sus posiciones en relación con los demás. En el transcurso de una noche podía haber una reorganización general de las posiciones. No sería capaz de recordar cada movimiento, pero trataría de observar qué miembros empezaron los movimientos; y, cuando se desarrollaba otro arreglo espacial, pasaba por el mismo proceso mental que tuve con el primero. Tan pronto llegaba a casa desde el club, dibujaría un mapa o mapas de las posiciones espaciales que había observado y añadiría cualquier movimiento entre las posiciones que recordaba. El mapa (ver fig. 1) indica el tipo de datos que salieron de esta observación.

En este caso tengo las siguientes notas sobre los movimientos de los miembros:

"Once" se acercó a "Uno" y le pellizcó la mejilla con fuerza, salió de las habitaciones del club, volvió y le pellizcó la mejilla de nuevo. Uno pretendía amenazar a "Once" con un cenicero. "Once" rió y volvió a sentarse en el sofá. Yo [el observador] pregunté a "Once" sobre el propósito de la reunión en el club. Le pregunté a "Diez" y éste explicó. "Once" se rió y se encogió de hombros. "Dieciséis", el conserje, sirvió cerveza para los jugadores de cartas.

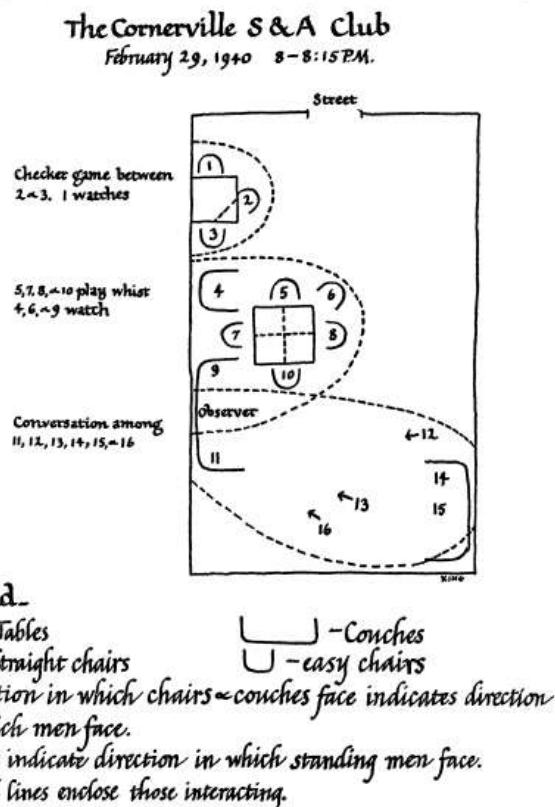


FIG. 1

Sobre la base de una serie de mapas como este, no es difícil colocar a la mayoría de los muchachos en la pandilla y en la agrupación dentro de la pandilla a la que pertenecen. No intenté colocar a todos los muchachos, porque el club tenía una membresía fluctuante y algunos de los hombres estaban disponibles para la observación sólo por un corto tiempo. A lo largo de los diez meses de mi observación, había unos treinta miembros que estaban activos la mayor parte del tiempo. Los acontecimientos en el club podrían explicarse en gran medida por las acciones de estos hombres; y, por lo tanto, cuando los había puesto en relación unos con otros, no necesitaba seguir adelante en esta dirección.

La elaboración de mapas posicionales es simplemente una extensión de las técnicas de observación y registro que han sido utilizadas en el pasado por antropólogos sociales y sociólogos. Todas estas técnicas requieren práctica antes de que puedan aplicarse eficazmente. Mientras que mis primeros mapas dejaron afuera un puñado de hombres, más tarde pude registrar con suficiente precisión, y de esta manera en la mayoría de las ocasiones podía dar cuenta de cada hombre presente en un momento determinado; y en varias ocasiones pude elaborar dos mapas que daban diferentes arreglos posicionales durante el mismo período de observación. Más de dos no intenté realizar, y no era necesario hacerlo porque raramente habría más de dos arreglos posicionales en el transcurso de una noche lo suficientemente diferentes unos de otros para requerir mapas adicionales.

Mientras que los datos de tales mapas permiten determinar agrupaciones, no revelan la posición o rango de los hombres en los grupos. Para esto se necesitan otros datos. En la práctica, pueden recogerse mientras se observan las disposiciones de posición.

Tal como lo concibo, la posición en el grupo informal significa *poder* para influir en las acciones del grupo. Concentré mi atención en el origen de la acción, para observar quién propuso la acción, a quién se le hizo la propuesta, y los pasos que siguieron hasta la finalización de la acción. Yo estaba tratando con “eventos de pareja” y “eventos de conjunto”, para usar la terminología de Arensberg y Chapple⁹. Un “evento de pareja”, es un evento entre dos personas. Un “evento de conjunto”, es un evento en el que una persona origina la acción para dos o más personas al mismo tiempo. En la interpretación de las relaciones entre los hombres en un grupo informal, esta es una importante distinción a tener en cuenta. He encontrado que las observaciones de los eventos de pareja no proporcionan una guía segura para la clasificación de los miembros de la propia pareja. A veces “A” originaría una acción para “B”, otras veces “B” originaría una acción para “A”. En algunos casos habría un predominio de iniciación hacia una dirección; pero en general los datos no apoyan las clasificaciones basadas en comparaciones cuantitativas de las tasas de origen de la acción en eventos de pareja. Cualitativamente se podría decir que cuando “A” originó una acción para “B” utilizó un tono de voz y palabras que

⁹ *Op. Cit.*

indicaban que él tenía una posición superior. Para tomar el caso extremo, no es difícil distinguir la diferencia entre una orden y una petición, aunque ambas pueden originar la acción. Sin embargo, no es seguro confiar en tal diferencia cualitativa. El observador puede leer en la situación su propia impresión de las posiciones relativas de los hombres y así perder la base objetiva para su conclusión. La observación de los eventos de conjunto es la que revela la base jerárquica de la organización grupal informal.

Según lo definido por Arensberg y Chapple,

Un conjunto es un agregado de relaciones tales que cada individuo relacionado en el conjunto es un miembro: (a) de una clase de individuos que sólo originan la acción, o (b) de una clase intermedia de individuos que en algún momento originan acción y en otro momento terminan la acción, o (c) de una clase de individuos que sólo terminan la acción¹⁰.

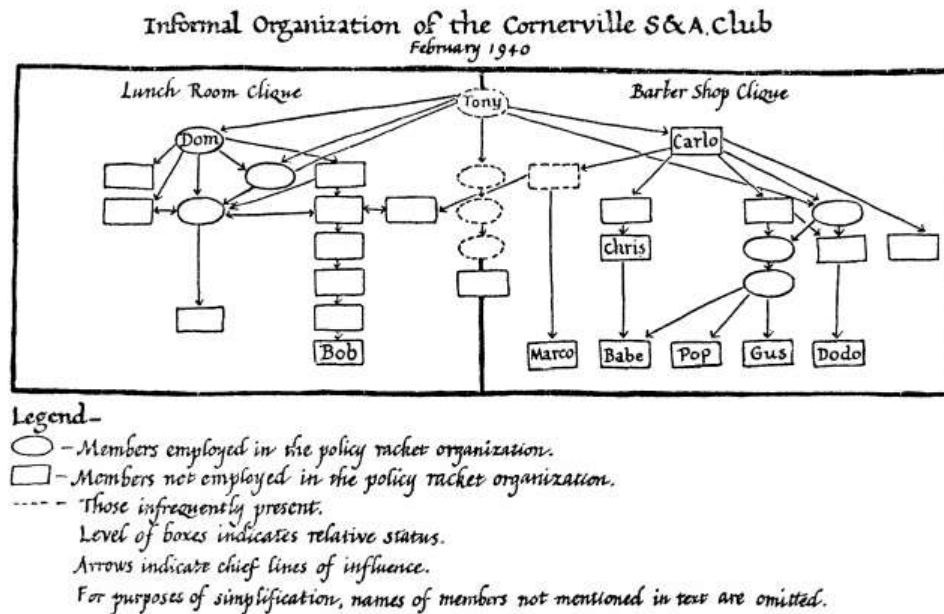


FIG. 2

El estudio de grupos de *corner-boys* revela que los miembros pueden, de hecho, ser divididos y clasificados sobre esta base. Varios ejemplos lo ilustrarán.

En lo más alto del Cornerville S. y A. Club, tenemos a Tony, Carlo y Dom. Eran los únicos que podían originar acciones para todo el club. En el fondo estaban Dodo, Gus, Pop, Babe, Marco y Bob, que nunca originaron acción en un evento conjunto involucrando a nadie por encima de su posición. La mayoría de los

¹⁰ *Op. Cit.*, pp. 54. Terminar una acción es seguir la iniciativa de otra persona.

miembros cayeron en la clase intermedia. Terminaron la acción iniciada por los hombres superiores y originaron la acción para los hombres inferiores. Las observaciones de las acciones de los hombres de la clase intermedia, cuando los hombres de una jerarquía superior y los de una jerarquía inferior no estaban presentes, revelaron que había subdivisiones o clasificaciones dentro de esa clase. Esto no significa que los hombres intermedios o inferiores nunca tengan ideas sobre lo que el club debe hacer. Significa que sus ideas deben pasar por los canales apropiados si van a generar algún efecto.

En una reunión de Cornerville S. y A. Club, Dodo propuso que se le permitiera manejar la venta de cerveza en el club a cambio del 75% de las ganancias. Tony habló a favor de la sugerencia de Dodo, pero propuso darle un porcentaje algo menor. Dodo estuvo de acuerdo. Entonces Carlo propuso que Dodo manejara la cerveza de una manera muy diferente, y Tony estuvo de acuerdo. Tony hizo la moción y fue aprobada por unanimidad. En este caso, la propuesta de Dodo fue llevada a cabo, después de modificaciones sustanciales, sobre las acciones de Tony y Carlo.

En otra reunión Dodo dijo que tenía dos mociones para hacer: que los fondos del club se depositaran en un banco, y que ningún directivo sea autorizado a cumplir dos mandatos consecutivos. Tony no estaba presente ese este momento. Dom, el presidente, dijo que sólo se debe hacer una moción a la vez y que, además, Dodo no debe hacer ninguna moción hasta que haya habido oportunidad de discusión. Dodo estuvo de acuerdo. Dom comentó entonces, que sería una tontería depositar los fondos cuando el club tenía tan poco para depositar. Carlo expresó su acuerdo. La reunión pasó a otras cosas sin acción sobre la primera moción y sin ni siquiera una palabra de discusión sobre la segunda. En la misma reunión Chris propuso que un miembro debe estar en el club por un año antes de que se le permita ocupar el cargo. Carlo dijo que era una buena idea, apoyó la moción y se aprobó por unanimidad.

Todas mis observaciones indican que la idea de acción de grupo que se lleva a cabo debe originarse con el hombre superior o ser aceptado por él para que tenga efecto sobre el grupo. Un seguidor puede originar acción para un líder en un evento de pareja, pero no origina acción para el líder y otros seguidores al mismo tiempo, es decir, no origina acción en un evento de conjunto que incluye al líder.

También se puede observar que, cuando el líder origina la acción para el grupo, él no actúa como si sus seguidores estuvieran todos en una igualdad jerárquica. Implícitamente toma en cuenta la estructura del grupo. Un ejemplo tomado de la pandilla de la esquina conocida como los “Millers” ilustrará este punto. Los *Millers* eran un grupo de veinte muchachos de la esquina que fueron divididos en dos subgrupos. Los miembros de ambos subgrupos actuaron frecuentemente juntos; pero cuando dos actividades ocupaban a los hombres al mismo tiempo, la división generalmente caía entre los subgrupos. Sam era el líder de los *Miller*. Joe estaba directamente debajo de él en uno de los subgrupos. Chichi dirigió el otro subgrupo.

Joe, así como Sam, estaba en condiciones de originar la acción de Chichi y su subgrupo.

Era costumbre que los *Millers* fueran a jugar bolos todos los sábados por la noche. En esta noche de sábado en particular Sam no tenía dinero, por lo que se dispuso a persuadir a los muchachos de hacer otra cosa. Siguieron su sugerencia. Más tarde Sam me explicó cómo había sido capaz de cambiar la rutina social que estaba establecida en el grupo. Dijo:

Tenía que mostrarles a los muchachos que si venían conmigo sería para su propio interés, y por tanto cada uno de ellos se beneficiaría. Pero yo sabía que sólo tenía que convencer a dos de ellos. Si ellos empiezan a hacer algo, los otros chicos se dirán: "Si Joe lo hace—o si Chichi lo hace—debe ser algo bueno para nosotros también". Les dije a Joe y Chichi cuál era la idea, y les pedí que vinieran conmigo. No presté atención a los demás. Cuando Joe y Chichi llegaron, todos los otros chicos vinieron también.

Otro ejemplo de los *Millers* indica qué sucede cuando el líder y quien le sigue en rango no están de acuerdo con la política del grupo. Este es Sam hablando de nuevo:

Una vez realizamos una rifa para recaudar dinero para hacer un campamento en el lago [en la propiedad prestada por un hombre de negocios local]. Habíamos recaudado \$54, y Joe y yo teníamos el dinero... Esa semana yo sabía que Joe jugaba al billar, y perdió tres o cuatro dólares en apuestas. Cuando llegó el sábado, les dije a los chicos: "Vamos, salimos al lago. Vamos a hacer ese campamento en la colina..." De inmediato, Joe dijo: "Si vamos a acampar en la colina, no voy. Lo quiero en el otro lado..." Todo el tiempo sabía que había perdido el dinero, y sólo estaba inventando excusas para que nadie lo supiera... La colina era realmente el lugar para instalar ese campamento. En el otro lado, el suelo estaba pantanoso. Ese habría sido un lugar estúpido... Pero yo sabía que si intentaba dejar en evidencia eso, el grupo se dividiría en dos bandas. Algunos vendrían conmigo, y algunos se irían con Joe... Así que dejé que todo pase por un tiempo... Después, hablé a solas con Joe, y le dije, "Joe, sé que perdiste algo de dinero, pero no hay problema. Puedes pagar cuando lo tengas y nadie dirá nada. Pero Joe, sabes que no deberíamos tener el campamento al otro lado de la colina porque la tierra no es buena allí. Debemos instalarlo en la colina..." Así que él dijo: "Muy bien", y reunimos a todos los muchachos, y salimos a armar el campamento.

En circunstancias ordinarias, el líder reconoce implícitamente y ayuda a mantener la posición del hombre o de los hombres inmediatamente debajo de él, y

el grupo funciona sin problemas. En este sentido, la organización informal es similar a la organización formal. Si el ejecutivo de una fábrica intenta pasar por alto a sus subordinados inmediatos y dar órdenes directamente a los hombres en la línea de montaje, crea confusión. Se deben utilizar los canales habituales.

Las estructuras sociales varían de un grupo a otro, pero cada una puede ser representada en alguna forma de jerarquía. Los miembros tienen definidas muy claramente las relaciones de *subordinación* y *superordenación*, y cada grupo tiene un líder. Puesto que nos ocupamos de la organización informal, los miembros de Cornerville S. y A. deben considerarse como dos grupos, Carlo conduce a los peluqueros y Dom lidera a los muchachos de la cafetería. Puesto que la posición de Tony requiere consideración especial, él será analizado más adelante.

La observación no sólo sirve para proporcionar una descripción de la estructura del grupo. También revela información sobre las bases de la estructura y los factores que diferencian las posiciones de los miembros. La estructura de la pandilla surge de la relación habitual de los miembros durante un largo período de tiempo. Los núcleos de la mayoría de las pandillas se remontan a los años de la infancia temprana, cuando vivir juntos proporcionaba las primeras oportunidades de contacto social. Los años escolares modificaron un poco el patrón original, pero no conozco pandillas de esquina que surgieran a través del aula o de la asociación escolar. Las pandillas crecieron “en la esquina” y han permanecido allí con una persistencia notable. Con el transcurso de los años y los traslados de varias familias fuera de Cornerville algunos grupos han sido divididos, y los miembros que quedaron se han fusionado con las pandillas en las esquinas cercanas; pero con frecuencia el movimiento fuera del distrito no aleja al chico de su esquina. Cualquiera noche en Cornerville, en casi cualquier rincón se pueden encontrar muchachos de la esquina que han venido de otras partes de la ciudad o de los suburbios para estar con sus viejos amigos. La residencia del muchacho de la esquina también puede cambiar dentro del distrito, pero casi siempre él mantiene su lealtad a su esquina original.

El líder de un grupo me habló de esta manera sobre los chicos de la esquina:

Los compañeros de acá no saben qué hacer excepto en un radio de unos 300 metros. Esa es la verdad, Bill... Vuelven a casa del trabajo, cuelgan en la esquina, suben a comer, de vuelta a la esquina, suben (a) un espectáculo, y se vuelven a juntar en la esquina. Si no están en la esquina, es probable que los muchachos que sí están allí sepan dónde pueden encontrarlos... La mayoría de ellos se clavan en una esquina. Es raro que un compañero cambie su esquina.

La composición estable del grupo durante un largo período y la falta de seguridad social experimentada por la mayoría de los miembros contribuyen a producir una

tasa de interacción social muy alta dentro del grupo. La estructura a observar es un producto de la interacción anterior.

De estas interacciones surge un sistema de obligaciones mutuas que es fundamental para la cohesión grupal. Si los hombres deben llevar a cabo sus actividades como una unidad, hay muchas ocasiones en las que deben hacer favores los unos a los otros. Con frecuencia, un miembro debe gastar dinero extra para ayudar a otro que no tiene el dinero suficiente para participar en algunas de las actividades del grupo. Esto crea una obligación. Si más tarde la situación se invierte, se espera que el receptor ayude al hombre que le dio ayuda. El *código* del muchacho de la esquina requiere que él ayude a sus amigos cuando puede y abstenerse de hacer cualquier cosa para dañarlos. Cuando la vida en el grupo funciona sin problemas, las obligaciones mutuas que obligan a los miembros entre sí no son reconocidas explícitamente. Un chico de la esquina, preguntado si ayudó a un compañero a causa de un sentimiento de obligación, responderá: "No, yo no tenía que hacerlo, él es mi amigo, eso es todo". Sólo cuando la relación se rompe es que las obligaciones subyacentes son sacadas a la luz. Cuando dos miembros del grupo tienen una discusión, sus acciones forman un patrón familiar. Uno cuenta una historia como esta: "Blank resultó ser un canalla, después de todo lo que he hecho por él, la primera vez que le pido que haga algo por mí, no lo hizo". El otro puede decir: "¿Qué quiere él de mí? He hecho mucho por él, pero él quiere que haga de todo". En otras palabras, las acciones que se realizaron explícitamente en aras de la amistad se revelan ahora como parte de un sistema de obligaciones mutuas.

Pero estas obligaciones no son cumplidas por todos los muchachos de la misma forma, y este factor explica en parte la diferenciación de status entre ellos. El hombre con un estatus bajo puede violar sus obligaciones sin mucho cambio en su posición. Sus compañeros saben que no ha cumplido con ciertas obligaciones en el pasado, por tanto, su posición refleja aquel desempeño pasado. Por otro lado, todos los miembros esperan que el líder pueda cumplir con sus obligaciones personales. Si no puede hacerlo, causaría confusión y podría perder su posición. La relación del status con el sistema de obligaciones mutuas se revela más claramente cuando se considera el uso del dinero. Aunque se espera que todos los hombres sean generosos, el flujo de dinero entre los miembros se puede explicar sólo en términos de la estructura del grupo.

Los *Millers* proporcionan una ilustración de este punto. Durante el tiempo que los conocí, Sam, el líder, estaba desempleado, a excepción de algún trabajo ocasional; sin embargo, cada vez que tenía un poco de dinero, lo gastaba con Joe y Chichi, sus amigos más cercanos, que estaban a su lado en la estructura del grupo. Cuando Joe o Chichi tenían dinero, que era menos frecuente, ellos intercambiaban. Sam pagaba a menudo por dos miembros que estaban en la parte inferior de la estructura y ocasionalmente por otros. Los dos hombres que ocupaban posiciones inmediatamente debajo de Joe y Chichi en los subgrupos, eran muy bien

considerados según el estándar de Cornerville. Sam dijo que en ocasiones tomó prestado dinero, pero nunca más de cincuenta centavos a la vez. Trató de devolver los préstamos lo antes posible. Había otros cuatro miembros, que iban desde una posición intermedia hacia una inferior, y que casi siempre tenían más dinero que Sam. No recordaba haber tomado nunca prestado de ellos. Dijo que la única vez que había obtenido una suma importante de alguien alrededor de su esquina fue cuando pidió prestados once dólares a un amigo que era el líder de un grupo de otra esquina.

El sistema es sustancialmente el mismo para todos los grupos de los que tengo información. El líder gasta más dinero en sus seguidores que en él. Cuanto más abajo se observa en la estructura, menos son las relaciones financieras que tienden a obligar al líder a un seguidor. Esto no significa que el líder tiene más dinero que otros o incluso que necesariamente gasta más, aunque siempre debe ser un gastador libre. Significa que las relaciones financieras deben ser explicadas en términos sociales. Inconscientemente, y en algunos casos conscientemente, el líder se abstiene de someterse a obligaciones con aquellos con un status bajo en el grupo.

Las relaciones de rivalidad u hostilidad abierta con otros grupos son un factor importante en la promoción de la solidaridad en el grupo, como ha sido bien reconocido en la literatura. Las pandillas de hoy en día crecieron en una atmósfera de lucha callejera contra bandas de irlandeses o de compañeros italianos. Mientras que las luchas actuales son ahora infrecuentes, el espíritu de lealtad de las pandillas se mantiene en parte con contiendas atléticas y rivalidades políticas. Como indican las estructuras, los miembros tienen índices más altos de interacción con hombres cercanos a sus propios rangos en sus subgrupos, que con hombres que se posicionan mucho más altos o mucho más bajos o que pertenecen a un subgrupo diferente. Esto es un hecho significativo para la explicación de la cohesión grupal.

En el caso de los *Millers*, los mejores amigos de Sam eran Joe y Chichi. Como lo han señalado sus comentarios, Sam se dio cuenta de que la solidaridad de los *Millers* dependía en primer lugar de la existencia de relaciones amistosas y de cooperación entre él, Joe y Chichi. Un amigo de Cornerville, que era consciente de la naturaleza de mis observaciones, comentó de esta manera:

En cualquier esquina, encontrarías no sólo un líder, sino probablemente un par de *tenientes*. Podían ser ellos mismos líderes, pero dejaron que el hombre los guiara. Usted diría, ellos lo dejan guiar porque les gusta la forma en que hace las cosas. Claro, pero se apoya en ellos por su autoridad... Muchas veces encuentras a compañeros en una esquina que permanecen sin protagonismo hasta que surge alguna situación, y entonces ellos toman el control y se convierten en el jefe. Cosas como esa pueden generar cambios repentinos.

Tales cambios no son el resultado de un levantamiento de los hombres "de abajo", sino de un cambio en las relaciones entre los hombres en la parte superior de la estructura. Cuando una pandilla se divide en dos partes, la explicación se encuentra en un conflicto entre el líder y algún otro miembro que se posicionó cerca de él en la estructura de la banda original.

Los hombres "superiores" tienen funciones distintivas en la promoción de la cohesión social, que son fácilmente observables en el campo. Con frecuencia, en ausencia de su líder, los miembros de una pandilla se dividen en varios grupos pequeños. No hay actividad común o conversación general. Cuando el líder aparece, la situación cambia sorprendentemente. Las pequeñas unidades forman un gran grupo. La conversación se vuelve general, y continúa con una acción unificada. El líder se convierte en el punto focal en la discusión. Uno observa que un seguidor comienza a decir algo, hace una pausa cuando advierte que el líder no está escuchando y empieza de nuevo cuando tiene la atención del líder. Cuando el líder abandona el grupo, la unidad da paso a las divisiones que existían antes de su aparición. Hasta cierto punto los *tenientes* pueden realizar esta función unificadora; pero su alcance es más limitado porque—a diferencia del líder—están más estrechamente identificados con un subgrupo particular.

El mismo amigo de Cornerville resumió el punto de esta manera:

Si abandonamos a los seguidores, irán a buscar a otro líder. No sabrán lo que están haciendo, pero eso es lo que harán, porque por sí mismos no sabrán qué hacer. Se reúnen alrededor del líder, y es el líder el que los mantiene juntos.

El líder es el hombre que sabe qué hacer. Él es más ingenioso que sus seguidores. Los acontecimientos pasados han demostrado que sus ideas eran correctas. En este sentido, "derecho" simplemente significa satisfactorio para los miembros. Él es el más independiente en el juicio. Mientras que sus seguidores están indecisos en cuanto a un curso de acción o sobre el carácter de un recién llegado, el líder toma una decisión. Cuando él da su palabra a uno de sus "muchachos", siempre la cumple. Los seguidores le piden consejos y aliento, y él recibe más confidencias de los miembros que cualquier otro hombre. Consecuentemente, él sabe más sobre lo que está sucediendo en el grupo que cualquier otra persona. Siempre que haya una pelea entre los muchachos, él sabrá de ella casi tan pronto como suceda. Cada parte en la disputa puede apelar a él para que encuentre una solución; y aun cuando los hombres no quieran componer sus diferencias, cada uno contará su versión de la historia al líder en la primera oportunidad. La posición de un hombre depende en parte de la confianza del líder de que se ha estado conduciendo como debía hacerlo.

El líder es respetado por su imparcialidad. Mientras que puede haber resentimientos entre algunos de los seguidores, el líder no puede tener rencor contra

ningún hombre del grupo. Tiene amigos íntimos (los hombres que están en su misma jerarquía), y es indiferente a algunos otros de los miembros; pero si quiere conservar su reputación de imparcialidad, no puede permitir que el ánimo personal influya en su juicio.

El líder no necesita ser el mejor luchador, o jugador de béisbol o de bolos, pero debe tener alguna habilidad en cualquier actividad que sea de particular interés para el grupo. Es natural que él promueva actividades en las que sobresale y desaliente aquellas en las que no es hábil; y, en la medida en que es capaz de influir en el grupo, su desempeño competente es una consecuencia natural de su posición. Al mismo tiempo, su desempeño respalda su posición.

Es importante señalar que el líder es más conocido y más respetado fuera de su grupo que cualquiera de sus seguidores. Su movilidad social es mayor. Una de las funciones más importantes que desempeña es la de relacionar su grupo con otros grupos del distrito. Su reputación fuera del grupo tiende a apoyar su posición dentro del grupo, y su posición en el grupo apoya su reputación hacia afuera del grupo.

No debe suponerse de esta discusión que los muchachos de la esquina compitan entre sí con el fin de ganar el liderazgo. El liderazgo es un producto de la interacción social. Los hombres que alcanzan la jerarquía superior en grupos informales son los que pueden realizar con habilidad las acciones requeridas por la situación. La mayoría de estas habilidades se ejecutan sin premeditación.

Lo que el líder *es* ha sido discutido en términos de lo que hace. Dudo que un análisis en términos de rasgos de personalidad agregue algo a esta explicación de comportamiento. Uno puede encontrar una gran variedad de rasgos de personalidad entre los líderes de los chicos de la esquina, al igual que se puede encontrar entre líderes empresariales o políticos. Algunos son agresivos en los contactos sociales, y otros parecen casi retraídos. Algunos son habladores, y otros tienen poco que decir. Se encuentran pocas uniformidades de esta naturaleza. Por otro lado, hay uniformidades marcadas que se observan en las funciones que desempeñan los hombres que ocupan posiciones similares en la sociedad, y el estudio de ellas promete proporcionar las mejores pistas para la comprensión del comportamiento social.

Para un estudio comunitario, los datos sobre cinco pandillas de la esquina son apenas más que un comienzo. La extensión de la investigación tuvo dos problemas. Primero, tuve que descubrir si podía generalizar mis conclusiones y aplicarlas a todas las pandillas de esquina en Cornerville. En segundo lugar, tuve que ajustar las pandillas de la esquina al tejido de la sociedad de Cornerville.

Para lograr el primer objetivo, solicité la ayuda de varios líderes de pandillas, que me hicieron observaciones más o menos sistemáticas de sus propios grupos y otros grupos ajenos al suyo. Las generalizaciones, presentadas anteriormente, sobre las funciones de los líderes, indican por qué encontré que eran las mejores fuentes de información sobre sus grupos. Este procedimiento no puede ser utilizado como un sustituto de la observación, ya que es sólo a través de esta última que el investigador

puede descubrir de qué están hablando sus informantes y entender sus comentarios en términos de estructura grupal. La observación sugiere un marco de patrones de comportamiento significativos e indica temas que son relevantes para la discusión con los informantes.

El investigador debe darse cuenta de que este procedimiento cambia la actitud del chico de la esquina hacia sí mismo y su grupo. Las citas de los hombres de Cornerville presentadas aquí muestran los efectos de la discusión previas conmigo. Sin embargo, el esfuerzo de los informantes para hacer declaraciones explícitas sobre comportamientos irreflexivos no distorsiona el cuadro fáctico, siempre y cuando estén obligados a contar sus historias en términos de interacciones observadas.

El estudio más completo de este tipo lo hizo Sam de los *Millers*, su propio grupo. La estructura de los *Millers* fue interpretada por Sam durante un período de varios meses, sobre la base del material que he citado. Mi función era discutir sus observaciones con él, señalar las lagunas en sus datos y verificarlas con algunas observaciones independientes.

Todas las generalizaciones presentadas aquí han sido contrastadas con la experiencia y las observaciones de cuatro informantes. De esta manera he podido ampliar mi estudio mucho más allá de lo que podría haber sido capaz de cubrir solo.

La realización del segundo objetivo—ajustar las pandillas al tejido de la sociedad—requiere un estudio de las relaciones que unían grupo a grupo y grupo a personas que ocupaban cargos superiores en Cornerville—políticos y mafiosos, por ejemplo.

La observación de que el líder es la persona que relaciona a su grupo con otras personas es la fuente más importante para tal estudio. Vemos que el comportamiento social de los grupos gira alrededor de las acciones de ciertos hombres que ocupan posiciones estratégicas en ellos. Esto no significa que el líder puede hacer que sus seguidores hagan lo que él desea. Significa que suele dirigir la actividad del grupo y que los ajenos de la banda, para influenciar a los miembros, deben tratar con el grupo a través de él. Esto se observa particularmente en el momento de una campaña política cuando los políticos buscan movilizar al grupo para que lo apoyen. Pueden hacerse observaciones similares para explicar la posición e influencia del mafioso en relación con los grupos de chicos de esquina.

Una breve referencia al estudio de Cornerville S. y A. indicará la naturaleza de los resultados que se pueden obtener. Tony, que estaba en la parte superior del gráfico, fue un prominente chantajista de la política. El cuadro indica que ciertos miembros eran agentes que le entregaron sus boletas de política. Aunque Tony pertenecía al club, sus intereses estaban tan extendidos que tenía poco tiempo para pasar con los miembros. Era reconocido que él tenía un status más alto, y por tanto no era un muchacho de la esquina.

En el momento de la formación del club, Tony conoció a Dom, su agente, y reconoció la posición de Dom entre los muchachos de la cafetería. Conoció a Carlo sólo casualmente y no era consciente de su posición como líder de la pandilla de los barberos. En el curso de una campaña política (noviembre de 1939) surgió un conflicto por la confirmación de un candidato para concejal. Enfrentando una pandilla contra la otra, Tony pudo asegurar la aprobación de su política, pero Carlo se opuso a él vigorosamente y perdió en una votación cerrada. La posición de Carlo se fortaleció cuando su candidato derrotó al hombre apoyado por Tony. Después de la elección, hubo un cambio marcado en las acciones de Tony. Comenzó a asistir a cada reunión y a pasar más tiempo con los miembros. Para sus propósitos, Carlo era el hombre más importante del club, e hizo todo lo posible para consolidar sus relaciones sociales con Carlo y ponerlo en deuda con él. Durante este período se estableció una base para la cooperación entre los dos hombres. Cuando Tony volvió su atención a otras actividades, fue capaz de tratar con el club a través de Carlo, así como a través de Dom.

Esta historia ilustra un método de estudio, no un conjunto de conclusiones. A través de la observación de las interacciones entre Tony y Dom, Tony y Carlo, Dom y los miembros de su pandilla, y Carlo y los miembros de su pandilla, se puede establecer la posición y la influencia del mafioso en relación con esta organización particular de chicos de la esquina. Otras observaciones establecen la posición de Tony en la organización mafiosa, que se extiende por todo el distrito y más allá. También señalan las relaciones de Tony con ciertos políticos. Sólo en el estudio de tales situaciones específicas se puede llegar a generalizaciones confiables sobre las posiciones e influencia de los hombres en la comunidad.

Los métodos que he utilizado requieren una observación precisa y detallada de las posiciones espaciales y de la iniciación de la acción en eventos de pareja y de conjunto, entre miembros de grupos informales. Tales observaciones proporcionan datos mediante los cuales se pueden trazar las estructuras de las relaciones sociales y determinar las bases de esas estructuras—un sistema de obligaciones mutuas que surge de las interacciones de los miembros durante un largo período de tiempo. Las observaciones también señalan las funciones distintivas del líder, que sirve como principal representante de su grupo, así como también director y coordinador de la actividad grupal. El conocimiento de la estructura y de los procesos sociales llevados a cabo a través de él sirve para explicar el comportamiento de los miembros individuales de una manera que no se podía lograr si se consideraba a los hombres como una agregación no estructurada.

Tal comprensión de la conducta de pandilla parece un primer paso necesario en el desarrollo del conocimiento de la naturaleza de la organización social, que es más amplia y en la cual se insertan las pandillas. En lugar de buscar colocar a cada miembro de la pandilla en relación con la organización social total, el investigador puede concentrar su atención en las acciones del líder, que relaciona a sus chicos de esquina con otros grupos y con personas que ocupan cargos superiores.

Descubriendo estos puntos estratégicos para la integración social y extendiendo la red de relaciones sociales a través de ellos, el investigador puede colocar a un gran número de los habitantes de su comunidad en sus posiciones sociales.

Este es un método laborioso y que consume mucho tiempo. Si bien no produce estadísticas que representen a todos los habitantes en términos de ciertas características, proporciona al investigador una visión cercana de la organización social en acción.



DESGRABACIONES

El delito y el odio

El carácter expresivo de la violencia

Esteban Rodríguez Alzueta

Universidad Nacional de Quilmes

“Si no salváis a estos negros, morirán, y otros vendrán para mataros”
Jean Genet, en *El enemigo declarado*

Me gustaría comenzar compartiendo las palabras de un escritor afroamericano y estadounidense, James Baldwin en sus *Notes of a Native* (1964):

“Creo que una de las razones por las que las personas se aferran a su odio con tanta tenacidad es porque perciben que, en cuanto el odio haya desaparecido, deberán confrontar el dolor” (*Op. cit.* Eribon, 2015: 30).

Los términos que delimitan esta charla son el *delito* y el *odio*. ¿Qué relación hay entre el delito y el odio? ¿La pregunta por el delito predatorio es la pregunta por el odio? ¿Cuánto odio hay en el delito callejero? Y si hay odio, ¿qué significa ese odio, de qué está hecho?

Son preguntas con mucha actualidad. Hace muy poco nos sorprendimos leyendo en el diario que dos jóvenes habían disparado un balazo en la cabeza a otro joven, un colectivo que antes se había negado a llevarlos porque no tenían tarjeta SUBE. Según parece, antes de bajarse, sacaron un arma y lo mataron al chofer de un tiro en la cabeza. A la semana siguiente, un canillita fue acribillado de otro balazo después de que se resistiera a un robo.

Para responder, entonces, aquellas cuestiones tenemos que dar una serie de rodeos. Ya sabemos que estas cuestiones, mal que le pesa al periodismo televisivo, no son sencillas sino bien complejas.

El delito predatorio y sus mediaciones

A la hora de explicar el delito, uno de los lugares comunes tanto de la izquierda como de la derecha, pero sobre todo por los partidarios de la izquierda y el progresismo,

es la pobreza. La pregunta por el delito es la pregunta por la pobreza, por la posición que las personas tienen en las relaciones de producción. Se señala que la desocupación y la marginalidad son las causas determinantes del delito predatorio. Si hay más delito será porque hay más pobreza. El delito es el reflejo de la estructura económica de la sociedad. Se trata de interpretaciones con un gran sesgo economicista que, por añadidura, tiende a postular relaciones mecánicas del orden de la causa y el efecto.

No es nuestra intención negar el papel que tiene la pobreza, pero nos parece que se trata de un factor que hay que leer al lado de otros factores.

Por empezar digamos que la pobreza no necesariamente genera delito. Puede generar un montón de otras cosas. Puede llevar a las personas a organizarse a través de un movimiento social (generar protesta social) o un partido político, conducirlos a abrazar un credo religioso, a migrar a otros lugares en busca de mejores oportunidades, a desarrollar otras estrategias de sobrevivencia (salir a cartonear, cuidar coches, trabajos de parquización, pintura, mantenimiento, etc etc.)

Además si la pobreza generase delito, y esta fuera otra *ley de hierro*, esta interpretación debería ser susceptible de aplicarse en todos lados. Y lo cierto es que ello no siempre sucede. Hay lugares donde aumenta la pobreza y aumenta el delito, pero hay otros lugares donde aumenta la pobreza pero no aumenta el delito. No basta la pobreza para que haya delito. Por ejemplo, en la década del 90, en provincias como Chaco, Formosa, Salta o Santiago del Estero, cuando la desocupación y marginalidad resultaban cada vez mayores, el delito no sólo no subía, sino que incluso en algunos casos descendía. Digo, el delito no es una necesidad fisiológica: tengo hambre entonces robo. Debe haber algo más que pobreza que está actuando.

Por eso, para responder aquellas preguntas debemos cambiar el ángulo del abordaje, el ojo hay que dirigirlo a las mediaciones. Entre la pobreza y el delito hay mediaciones que explican ese pasaje. ¿Cuáles son esas mediaciones? Enumeremos algunas de ellas, por lo menos las más importantes.

1. *La fragmentación social* o el deterioro de los marcos de entendimiento que pautaban la vida de relación entre las diferentes generaciones.
2. *La estigmatización social*: Las etiquetas que destilan los vecinos, los “veredictos de la sociedad” muchas veces genera bronca que puede conducir a desarrollar este tipo de acciones violentas.
3. *La violencia institucional*, sobre todo el hostigamiento policial: El trato elusivo que dispensan las agencias policiales que van empujando a determinados actores a que asocien su tiempo a una economía ilegal.
4. *El encarcelamiento masivo y preventivo* que agrega más estigma a las personas encerradas pero como contrapartida les aporta capital social, simbólico y cultural. Capitales que serán importante para resolver problemas materiales concretos.
5. *El fetichismo del mercado* que interpela a los jóvenes para que asocien su vida, sus estilos de vida y pautas de consumo, a determinados valores sugeridos con determinados estándares de consumo.

6. *La expansión de los mercados ilegales* que son referenciados por los jóvenes como la oportunidad para resolver problemas muy distintos.
7. *La desigualdad social*: lo que algunos autores llamaron la "pobreza relativa". De modo que no hay determinación sino condiciones de posibilidad. No hay causas sino factores. Entre la pobreza y el delito, hay un montón de factores que pueden intervenir y que contribuyen a generar este tipo de conflictividades.

Pobreza relativa y descontento social

En esta oportunidad quisiera detenerme especialmente en uno de estos factores, en la *pobreza relativa*. Un factor, insisto, que hay que leerlo al lado de los otros factores.

Dije que la pobreza no es una fatalidad, una ruta que conduce indefectiblemente (mecánicamente) al delito. La pobreza puede generar muchísimas cosas, puede generar activismo y compromiso (protesta social, clientelismo, militancia), pero puede generar pasividad y fatalismo (resignación, vergüenza, estrés, angustia, ansiedad, depresión). Y puede, finalmente, también contribuir a empujar a determinados actores hacia el delito, sea el delito predatorio o el delito organizado, a asociar su tiempo a una economía ilegal. Acá no voy a hablar del delito complejo sino del delito predatorio, del delito callejero y las entraderas o escruches, delitos la mayoría de las veces llevados a cabo al boleo y sin planificación.

Hay que evitar las interpretaciones espasmódicas que cargan todo a la cuenta de la economía. No solo porque no explican todos los casos sino porque además contribuye a re-estigmatizar a los sectores más pobres.

Por eso, muchos autores que provienen del marxismo han modificado su posición (en Argentina Mariano Ciafardini; en Gran Bretaña: Jock Young y John Lea), para precisar que no es la *pobreza* sino la *pobreza relativa* lo que hay que mirar, lo que contribuye a generar el delito o este tipo de delitos. El problema no es la *privación absoluta* sino la *privación relativa*, es decir, la pobreza experimentada como algo injusto, el descontento social. Lo que cuenta no es tanto la pobreza sino la percepción de la injusticia (la privación relativa comparada con los otros).

Ese descontento se genera en contextos sociales polarizados, en sociedades verticalizadas con fuertes contrastes sociales. Otra vez: no es la pobreza sino la desigualdad social, o mejor dicho la desigualdad social extrema existente en determinados ámbitos urbanos aceleradamente desagregados y deteriorados, en cuyo contexto se fue produciendo un proceso de rápida marginación.

Lo digo con las palabras Young y Lea:

"El descontento se da cuando se hacen comparaciones entre grupos comparables que sugieren que están ocurriendo injusticias innecesarias" (2001: 111).

Si yo vivo en una casilla de chapa y al lado mío hay un country pueda que tienda a experimentar la pobreza con injusticia. Si yo me muevo en bicicleta y pasa un BMW al

lado mío, si el mercado para existir me dice que tengo que tener las Nike y veo jóvenes por todos lados con esas mismas zapatillas, esos contrastes, en esos contextos polarizados, muy desiguales, pueden ser experimentados con indignación.

Ahora bien, no solo se trata del descontento social, también la incapacidad del sistema político para procesar la desigualdad. En efecto, para Young y Lea, el problema no solo será el descontento social sino también la falta de solución política. Cuando el descontento no tiene solución política, no se procesa políticamente hablando, esta situación conduce o puede conducir al delito.

Lo digo ahora con Eribon:

“Las dificultades de la vida cotidiana le recuerdan a cada instante y también lo hace el contraste con otras condiciones de existencia. ¿Cómo no saber qué se es cuando uno ve cómo son los otros y hasta qué punto son diferentes de uno?” (2015: 104).

La rabia y el expresionismo criminal

En los últimos años los delitos predatorios como el robo o el hurto se han enmesetado. Sin embargo, hay algunas investigaciones que vienen llamando la atención sobre el aumento de las lesiones graves o gravísimas en los delitos que se comenten en ocasión de robo, es decir, se le estaría agregado violencia a eventos que antes se llevaban a cabo sin violencia. Mejor dicho, eventos que se empleaban con una violencia instrumental (se usaba el arma o empleaba de determinada la postura del cuerpo para inducir temor y reducir a la víctima), ahora se llevan a cabo con un plus de violencia que no parece que tenga fines instrumentales, que ya no busca según parece inmovilizar a la persona o sacarle información. Por ejemplo, cuando alguien entra furtivamente a una casa y reducen a las personas allí dentro, no obstante la atan, le pegan, la orinan encima o quema su casa. ¿De qué se trata este plus de violencia? Esta *plus-violencia* me parece es la que hay que desentrañar.

La tesis que quiero compartir es la siguiente: la violencia que suele envolver al delito predatorio hoy día, la violencia que suele acompañarla, tienden transformar al *delito común* en un *delito expresivo*. A través del delito ya no se busca resolver problemas materiales concretos (el delito como estrategia de sobrevivencia) y tampoco desarrollar los insumos morales para componer una identidad (el delito como estrategia de pertenencia). A través del delito sus protagonistas quieren comunicar algo: el delito como estrategia expresiva.

Si esto es así, la pregunta que ahora se imponen son las siguientes: Primero ¿Qué quieren comunicar? Y segundo: ¿Hay política en esa comunicación? ¿El delito, o mejor dicho, la violencia que encierra esos delitos son una actividad política o pre-política? Hago esta pregunta porque como decían Hannah Arendt (2003) y Paolo Virno (2003), la comunicación es el campo de la política, la política es una actividad esencialmente comunicacional, no hay política sin comunicación.

Comencemos por la primera cuestión. ¿Qué quieren comunicar esa violencia? Tal vez, como sugerí arriba, la desigualdad social, es una manifestación palpable del descontento de determinados sectores sociales.

En otro ensayo Hannah Arendt decía que la violencia no promueve ninguna causa, ni pone las cosas en un mejor lugar:

“...pero puede servir para dramatizar los agravios y exponerlos a la atención pública” (1999: 163).

Hay una dimensión expresiva en esas fechorías que no hay que perder de vista. La violencia que suele acompañar los atracos o las entraderas constituyen una oportunidad para expresarse.

Ahora bien, si esto es así, eso quiere decir que en la escena del crimen además de la víctima presente hay un *tercero ausente* que será el destinatario del delito. El victimario usa a la víctima, al cuerpo de la víctima, como un bastidor para mandar un mensaje al resto de la sociedad. Como dice Rita Segato haciéndose eco de una vieja tesis de Mijaíl Bajtín (2013): la violencia siempre tiene un destinatario, pero ese destinatario no siempre está presente o lo está de una manera indirecta. Por un lado está el segundo o destinatario directo, la persona que pone el cuerpo donde se inscribirá la violencia. Pero por el otro “al margen de ese destinatario (o segundo), el autor del enunciado, de modo más o menos consciente, presupone un superdestinatario superior (o tercero), cuya comprensión responsiva absolutamente exacta se sitúa sea en un espacio metafísico, sea en un tiempo histórico alejado. (...) Todo diálogo se desenvuelve como si fuera presenciado por un tercero invisible, dotado de una comprensión responsiva y situado por encima de todos los participantes del diálogo” (Segato, 2010: 35).

De modo que arriba de la violencia, hay un diálogo en diferido, hay otros interlocutores en la sombra que participan de ese acto quieran o no. La rabia es la gramática de la violencia expresiva. Una violencia que se vuelve rabia para poder hablar.

Lo digo ahora otra vez con Hannah Arendt:

“La rabia no es en absoluto una reacción automática ante la miseria y el sufrimiento como tales; nadie reacciona con rabia ante una enfermedad incurable, ante un terremoto o, por lo que nos concierne, ante condiciones sociales que parecen incambiables. La rabia solo brota allí donde existen razones para sospechar que podrían modificarse esas condiciones y no se modifican. Solo reaccionamos con rabia cuando es ofendido nuestro sentido de la justicia y esta reacción no refleja necesariamente en absoluto una ofensa personal” (1999: 163).

En estas circunstancias se puede recurrir a la violencia. La violencia se vuelve un recurso tentador en esos casos. Más aún:

“La violencia es el único medio de restablecer el equilibrio de la balanza de la justicia” (Arendt, 1999: 164).

Ahora, aclaremos. El delito predatorio es una de las formas que asume la rabia, pero puede asumir otras formas, a saber: quemas de coches; saqueo a comercios durante los estallidos en las puebladas; linchamientos y tentativas de linchamientos, justicia por mano propia, tomas de comisarías o apedreamientos a policías.

En definitiva, se trata de presentar un problema en la escena pública, un problema que tiene dificultades para ser agregado en la agenda política o se agenda en cámara lenta. La dramatización que implica nos habla de la urgencia del problema en cuestión, un problema que no puede esperar mucho tiempo más.

¿Hay política en la violencia?

Vayamos ahora a la segunda cuestión: ¿Hay política en esos delitos violentos? Esta tampoco es una cuestión nueva. Fue tratada por Sartre y Fanon en *Los condenados de la tierra*, un viejo texto de 1961. Un prólogo que Sartre escribe después de su famoso *San Genet* de 1953 donde explora el carácter emblemático del delito, el delito como la oportunidad de transformar el estigma en emblema, la vergüenza en orgullo (Sartre, 2003).

Una cuestión que también abordaron Eric Hobsbawm en sus libros *Rebeldes primitivos* (1974) y *Bandidos* (1976), y en la Argentina, el sociólogo desaparecido, Roberto Carri, en su libro *Isidro Velázquez las formas pre-revolucionarias de la violencia* (1968). Pero estos otros autores no estaban pensando a los criminales de la gran ciudad sino en los ladrones rurales, los bandoleros.

Hay otra interpretación posible y consiste en repostular a esa violencia como una pedagogía. Que conste que no estoy haciendo referencia a la “pedagogía de la crueldad” de la que habla Rita Segato (2013), sino a la pedagogía de la que habla Georges Sorel en su libro *Reflexiones sobre la violencia* (1967). Para Sorel la violencia es la mejor didáctica para los trabajadores, la pedagogía que necesitaba el marxismo para convencer o concientizar a los trabajadores. Sorel no estaba pensado en el delito sino en la huelga general que, dicho sea de paso, era vista por la burguesía como un delito mayor. La huelga es un momento mítico, no sólo porque atrae cuando magnetiza, sirve para *religar*, sino porque separa, divide. Recordemos que para Sorel la sociedad no está partida en dos, no están por un lado las clases burguesas y por el otro las clases trabajadores o el proletariado. En la ciudad están todos mezclados, más aun si los trabajadores suelen identificarse con los valores o concepciones de los burgueses. Por eso la pregunta que se hacía Sorel era la siguiente: ¿Cómo se produce esa gran escisión subjetiva entre burguesía y proletariado? La respuesta a semejante cuestión hay que buscarla en el mito, en la *violencia mítica*. El mito es violento porque parte la historia y la sociedad. En efecto, el mito parte la historia en dos y parte también a la sociedad en dos. Hay un momento que queda atrás cuando el mito impugna la historia: el mito saca a los trabajadores de la historia pero no para dejarlos afuera sino para luego reingresarlos a ella con otro ímpetu, para hinchados de pasión, orgullo, de fuerza. Pero también parte la sociedad

en dos: la huelga le permite al trabajador darse cuenta de que en la sociedad no todos son la misma persona, que de un lado están los trabajadores haciendo la huelga, ocupando la fábrica a través de piquetes de fábrica, y del otro están los burgueses. A través de la huelga, entonces, los trabajadores se dan cuenta que son una clase separada y separable de la burguesía, que no tiene nada que ver con ella.

Volviendo a nuestra cuestión me pregunto si los jóvenes, estos jóvenes que practican el delito predatorio, no están postulándose como un sujeto separado y separable cuando usan la violencia de manera expresiva. El rechazo unánime que generan... ¿no les estaría confirmando que es un actor con vuelo propio? Son actores sin historia o con una historia que los pasó por arriba, actores que no tienen ni voz ni voto en la Historia con mayúscula pero que a través de la violencia ingresan a ella y dicen "yo existo", "aquí estoy", "yo también quiero decir algo", "esta es mi palabra".

El joven desordena el cotidiano con el delito violento y se gana por eso mismo la reprobación. Esa reprobación es un insumo moral para componer su identidad. Con la reprobación se da cuenta que se trata de una sociedad maniquea, partida en dos, que no hay reconciliación.

El joven lee en el cuerpo del otro, en la súplica de la víctima. El joven se da cuenta que dispone del otro y al hacerlo recupera al sujeto perdido. Y no solo eso sino que el sujeto objetivador, el sujeto que lo objetivó a él ahora es objetivado con su violencia. Entonces con esa violencia hace dos cosas: uno, recupera al sujeto que se le negaba, y dos: objetiva al otro sujeto (Sartre, 2003; Eribon, 2004).

Se dan cuenta que estamos entrando ahora en terreno sartreano. Para ponerlo con una pregunta: ¿Estamos hablando de los nuevos condenados de la tierra? ¿Un condenado producido por la violencia y que necesita de la violencia para forjar al sujeto nuevo? Esa violencia... ¿es otra partera de la historia?

Ahora bien, me parece que esa violencia no es una pedagogía para el otro. Si hay una pedagogía en la violencia es una suerte de auto-pedagogía. No creo que le esté enseñando nada al otro que la enfrenta o recibe en su cuerpo. La violencia no es un espejo donde pueda reflejarse la víctima. No hay una vocación pedagógica para el otro, ese otro que se mide con la violencia directa. Al contrario, la violencia le permite corroborar lo que ya sabía de antemano, una violencia que lo cierra más aún al otro, que le confirma sus prejuicios, y si no los tenía, se los implanta. La víctima no puede entender por qué tanta violencia, de donde viene esa violencia, que significa esa violencia. No se da cuenta que está pagando cuentas ajenas y por eso lo que percibe se le presenta como bestial, indescifrable.

Tampoco al joven le interesa saber nada del otro cuando ejerce la violencia. Esa violencia no es un saber-poder sino un poder a secas. La balanza se inclinó momentáneamente sobre su lado e intentará sacar provecho de la situación. Pero a través de la violencia el joven *se-da-cuenta*. Hay un *darse-cuenta* en esa violencia. Un *darse-cuenta* bastante destructivo, por cierto. Pero ese joven *se-da-cuenta* que existe, *se-da-cuenta* que tiene voz, *se-da-cuenta* que tiene la capacidad de decir algo, de hacerse escucha, de expresarse, *se-da-cuenta* que le van a llevar el apunte, que esta vez no van a hacer oídos sordos, y *se-da-cuenta* que puede hacer daño.

El odio como experiencia pre-política

No hay que apresurarse a postular para esos eventos un carácter político. No creo que haya política en el delito callejero. La supuesta política que suele atribuírsele es producto de las interpretaciones que romantizaron al pibe chorro que, dicho sea de paso, son tan perjudiciales como aquellas teorías que demonizan a los jóvenes que transgreden la ley. No hay horizonte político pero hay comunicación política, desde el momento que hay una puesta en escena de un problema (la desigualdad social y la incapacidad del sistema político para procesarla), pero esa expresividad no sólo no crea marcos para tratar ese problema sino que termina postulando/interpelando marcos o creando condiciones para que otros actores postulen otros marcos que, lejos de resolver el problema, terminan agravando su propia situación y la del resto.

Tampoco voy a decir que es un evento que impugna la política. No se trata de la *antipolítica* toda vez que abre un espacio de manifestación para mostrar algo.

Tampoco hay *contrapolítica* o *contracultura*. Al contrario, si los jóvenes cambian el botín por plata y con la plata se compran ropa deportiva cara, eso quiere decir que los pibes chorros son más pibes que chorros, es decir, hay una sobreidentificación con los valores que auspicia el mercado a través de sus objetos encantados (Tonkonoff, 2007).

En todo caso me atrevería a decir que se trata de eventos o experiencias *pre-políticas*. Cuando la política fracasa, resurgen formas de violencia que reclaman fundar otra política no necesariamente más democrática y pacíficas.

De modo que estamos ante una violencia prepolítica porque...

- a. No hay conciencia política: Decir que no hay voluntad política, no tiene vocación de organización, no hay programa o planificación, no quiere decir que no tenga un contenido político. Como venimos sosteniendo el delito se transforma en una caja de resonancia. Más allá de que el resto de la sociedad escuche ruido, la violencia es una manera de transmitir con sordina el descontento social.
- b. Es una respuesta individual y no colectiva. Sus protagonistas no tienen pretensiones de autopostularse como representantes de nadie. Antes bien es el resultado y la contrapartida de la pasividad general de los pobres ante el descontento.
- c. No genera empatía entre los pobres. En parte porque la mayoría de los victimarios suelen ponerlo los mismos pobres. No genera, entonces, un sistema de comunicación hacia dentro, no genera un foco que permita ganarse la identificación del resto, no son hechos hacia el cual pueda su entorno proyectar sus broncas o angustias. No creo que sean un factor intercomunicante del sentimiento colectivo, al contrario: generan malentendidos que contribuyen a romper o debilitar más aun las solidaridades en esos barrios.
- d. Es una respuesta espontánea que no anticipa ninguna lucha, que no se inscribe en ninguna lucha.

- e. No protesta contra el hecho de que sus pares sean pobres y estén oprimidos, sino contra el hecho de que la pobreza y la opresión resultan a veces excesivas. No buscan la igualdad sino poner en cuestión la desigualdad extrema.

Lo dicho hasta acá no implica afirmar que estemos ante lumpenes. No quiero reeditar la vieja teoría del lumpenaje o del lumpenproletariado que llevó a la izquierda a confundirse con la derecha, que llevó a la izquierda cuando fue gobierno a reeditar las mismas teorías de mano dura de la derecha (vaya por caso Cuba, Venezuela o Uruguay). No estamos ante salvajes irreductibles o criminales natos, hombres sin historia, siempre dispuestos a venderse al mejor postor. Pero tampoco me atrevería a ver rebeldía en sus acciones. No son rebeldes sui generis que se ganen la simpatía de sus barrios, o siquiera de su entorno grupal. Esto es una cuestión que merece ser explorada con detenimiento. Mientras tanto sostengo que no hay cuestionamiento en sus acciones sino impotencia, puro expresionismo.

Esta rabia, canalizada a través de la violencia expresiva, no es una violencia virtuosa, capaz de construir mejores condiciones y relaciones para plantear y resolver los problemas que están presentando en la escena pública. Está muy lejos de ser una violencia partera de la historia. Antes bien, me parece que alimenta los malentendidos sociales y generacionales. Peor aún: lleva a la violencia hacia los extremos, una violencia que corre el riesgo de que la violencia escale otra vez hacia los extremos y se transforme en linchamiento, gatillo fácil, tortura o encarcelamiento. Al contrario, estamos frente a una violencia circular, una violencia que gira en redondo dañando a las propias personas en situaciones similares.

Sin embargo el odio introduce algo que me parece fundamental: permite pensar la relación entre las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas, entre la pobreza y las formas en que se vive la pobreza, entre la desigualdad y la rabia. Insisto: No basta la pobreza sino la pobreza experimentada como algo injusto.

El delito predatorio violento es una explosión de rabia. Una explosión pública. La violencia quiere comunicar algo, pero casi nunca lo logra toda vez que la televisión la transforma rápidamente en escándalo, en un acontecimiento público que se gana la indignación y el escarnio público.

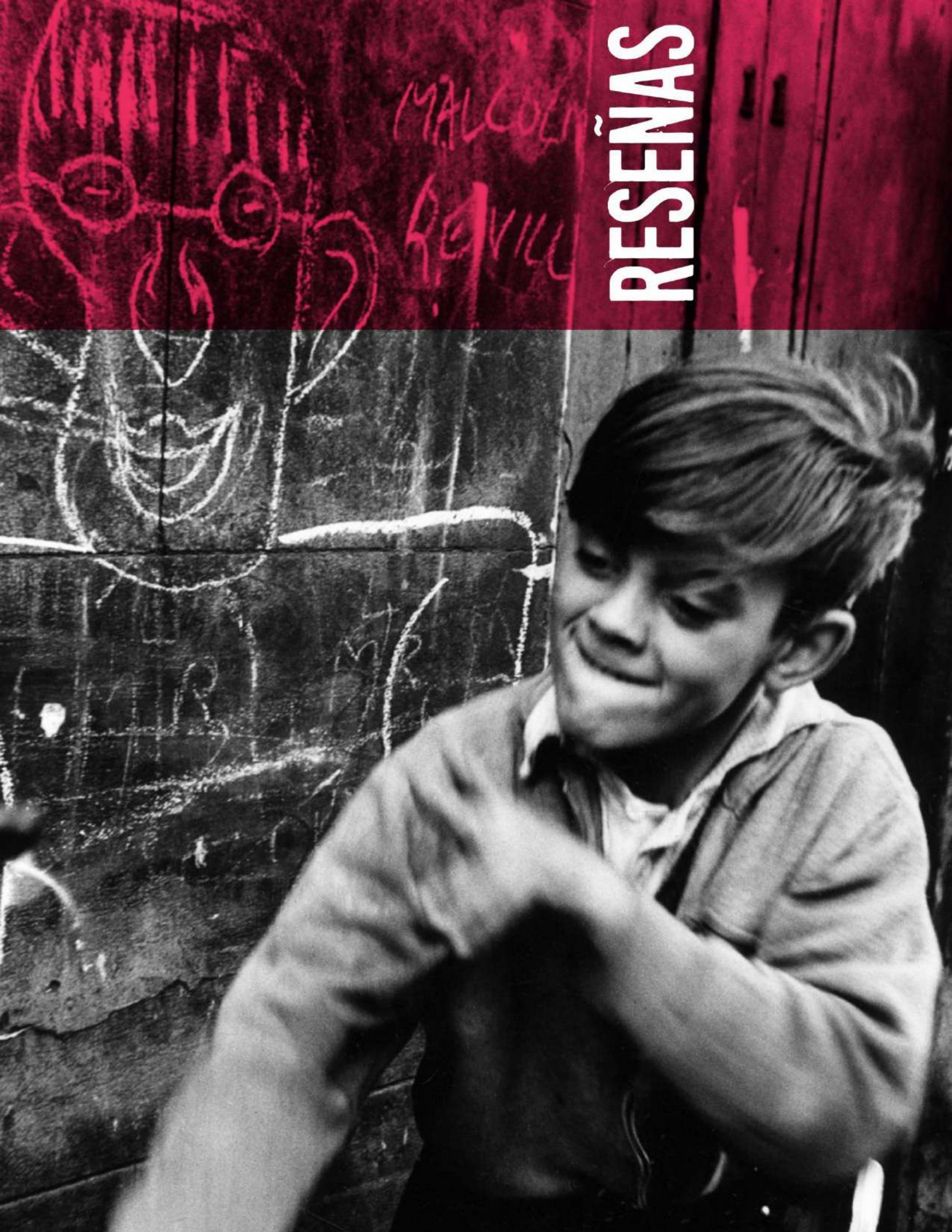
La impaciencia se convierte en rabia y la rabia se sostiene en el odio. Un odio que se alimentará todos los días con resentimiento. Que fue macerando más o menos solitariamente, que creció de manera oculta y rastrera, como las violetas (Nietzsche, 2000: 69). El odio puede ser una compensación de la falta de política, pero sigue siendo una variante de la impotencia social. Quiere suplir la falta de mediaciones políticas con una explosión que no construye nada, antes bien tiende a destruir o aumentar el poder de destrucción a su alrededor. Por eso, como decíamos con Baldwin al comienzo, si las personas se aferran a su odio con tanta tenacidad es porque íntimamente intuyen que cuando el odio desaparezca, deberán medirse con el dolor. Por eso riegan el odio con más violencia. La violencia es una válvula de escape a la bronca acumulada. Los jóvenes deben aprender a mantener los niveles de violencia adecuada. Tienen que ser lo suficientemente violentos para armarse de una fortaleza que les permita hacer frente a

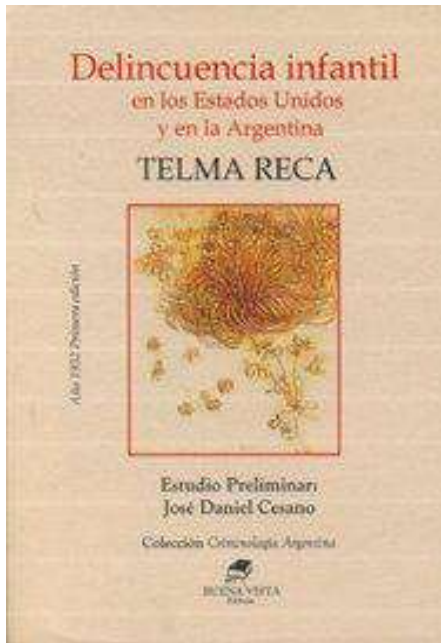
las múltiples humillaciones de las que son objeto cotidianamente, para no regalarse y llevar el mentón bien alto. Saben que el odio es una manera de preservar la dignidad frente a las injusticias sociales. Pero saben que un paso más allá, si se pasan de rosca, tendrán la jauría encima.

Bibliografía:

- Arendt, H.: "Sobre la violencia", en: *Crisis de la República*, Taurus: Madrid, 1999.
- Arendt, H.: *La condición humana*, Paidós: Buenos Aires, 2003.
- Bajtín, M.: *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2013.
- Carri, R.: *Isidro Velázquez: Formas prerrevolucionarias de la violencia*, Sudestada: Buenos Aires, 1968.
- Ciafardini, M.: *Delito urbano en la Argentina. Las verdaderas causas y las acciones posibles*, Ariel: Buenos Aires, 2006.
- Eribon, D.: *Una moral de lo minoritario. Variaciones sobre un tema de Jean Genet*, Anagrama: Barcelona, 2004.
- Eribon, D.: *Regreso a Reims*, Libros del Zorzal: Buenos Aires, 2015.
- Fanon, F.: *Los condenados de la tierra*, FCE: México, 1987.
- Genet, J.: *El enemigo declarado*, Errata Naturae: Madrid, 2010.
- Hobsbawm, E.: *Rebeldes primitivos*, Ariel: Barcelona, 1974.
- Hobsbawm, E.: *Bandidos*, Ariel: Barcelona, 1976.
- Nietzsche, F.: *La genealogía de la moral*, EDAF: Madrid, 2000.
- Sartre, J. P.: "Prefacio", en: Fanon, F.: *Los condenados de la tierra*, FCE: México, 1987.
- Sartre, J. P.: *San Genet, comediante y mártir*, Losada: Buenos Aires, 2003.
- Segato, R.: *La escritura en el cuerpo. De las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*, Tinta Limón: Buenos Aires, 2013.
- Segato, R.: *Las estructuras elementales de la violencia*, Prometeo: Buenos Aires, 2010.
- Sorel, G.: *Reflexiones sobre la violencia*, La Pléyade: Buenos Aires, 1967.
- Tonkonoff, S.: "Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropa deportiva", en: *La sociología ahora*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2007.
- Virno, P.: *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Buenos Aires, 2003.
- Young, J. y Lea, J.: *¿Qué hacer con la ley y el orden?*, Ediciones del Puerto: Buenos Aires, 2001.

RESEÑAS





Comentario a Telma Reca: *Delincuencia infantil: delincuencia infantil en los Estados Unidos y en la Argentina*, Buena Vista Editores: Córdoba, 2015, 259 páginas.

Nahuel Roldán

LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP

Esta obra que es una reedición de un texto de relevancia para los estudios sobre *criminalidad y niñez*, se incluye en la colección “Criminología Argentina” que dirige José D. Cesano y Jorge Nuñez en la editorial cordobesa, y que tiene como finalidad dar acceso, a los nuevos lectores e investigadores, a estudios que de otra forma serían de difícil revisión. Así entre otros, se han reeditado *Criminología* de José Ingenieros, *La delincuencia argentina ante algunas cifras y teorías* de Cornelio Moyano Gacitúa y *La criminalidad en Buenos Aires al margen de la estadística (1887 a 1912)* de Miguel Ángel Lancelotti.

Telma Reca fue una de esas intelectuales— como José Ingenieros—, que es ejemplo perfecto de los procesos de recepción de ideas en nuestro ámbito cultural. Estudiar los *viajes culturales* es central para desentrañar el *cómo* y

porqué se produjeron en nuestro país los programas políticos y sociales que determinaban la vida porteña—incluso a veces la vida nacional. En este sentido, la cuestión pivotea en poder reponer las posibilidades de viaje y producción de determinada teoría, la traducción y la distribución intelectual de una obra. Pero, fundamentalmente, en especial en el caso de Telma Reca, poder identificar los puntos de quiebre con la *reproducción*, y por tanto las formas de *producción* teórica nacional, es decir, el aporte que desde el pensamiento y la producción de ideas en las academias argentinas se hacía circular hacia otras latitudes. Incluso esto podría revisarse para el ámbito porteño y el interior del país, y observar como no existió en la primera parte del siglo XX un abordaje homogéneo sobre la cuestión de la infancia delincuente—por ejemplo, si lo comparamos con el abordaje que realizó Gregorio Bermann desde Córdoba, o Lanfranco Ciampi desde Rosario

La revisión del libro en cuestión nos obliga a repasar ciertos datos insoslayables. Telma Reca nació el 8 de enero de 1904. A pesar que en 1928 se graduó de médica en la Universidad de Buenos Aires, su trabajo profesional lo dedicó a la psiquiatría, convirtiéndose en una pionera en el campo de la psiquiatría infanto-juvenil en Argentina. La obra que se reedita funcionó en 1932 como tesis doctoral, publicada ese mismo año y galardonada con el Premio Eduardo Wilde. Esta tesis estuvo sostenida por una beca que Reca había obtenido en 1930, otorgada por el *Vassar College* de New York, para estudiar el bienestar e higiene infantil. En esta amplia temática Reca se concentra en la *delincuencia infantil*. Esta beca le permitió a la doctoranda realizar una estadía de diez meses en los Estados Unidos, visitando entre otras instituciones: las Cortes Juveniles de New York y Washington, la Judge Baker Foundation y la Child Guidance Clinic.

Antes de su tesis Reca ya había publicado dos artículos importantes en la *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal*—que en aquellos años ya dirigía Osvaldo Loudet. Los artículos se titulaban: “Concepto actual de la delincuencia infantil” y “Estudio social del niño delincuente”, ambos publicados en 1932. Varios lineamientos teóricos de estos artículos se encontrarán en el libro que ahora reseñamos—veremos algunos de ellos.

El libro cuenta con once capítulos. El primero es una revisión de las consideraciones generales sobre el problema de la delincuencia infantil hasta el año de su publicación. Este capítulo es una lectura obligatoria como estado de la cuestión de los estudios e investigaciones sobre niñez, juventud y delito en los Estados Unidos y Argentina en las primeras décadas del siglo XX. En los capítulos dos y tres se plantean las causas de la delincuencia infantil y la forma de contenerla: que es aquella que determina el tratamiento del niño problemático a través de un abordaje *preventivo-social*. Para Reca había factores de importancia en el análisis de la niñez delincuente, a saber: 1) la constitución de la familia: una familia desintegrada no puede aportar lo necesario a la formación del niño; 2) el desarrollo de la pobreza urbana: la urbanización precaria de casas hacinadas e insalubres, pero sobre todo el trabajo infantil coadyuva a una salud física y moral proclive a la desviación en los niños. El trabajo infantil va a recibir una atención especial por nuestra autora; 3) la condición de extranjero del niño: esto fue un punto importante en la obra de Reca por su experiencia en los Estados Unidos, y como la cuestión de la inmigración era una problemática central en los estudios que se venían realizando sobre la delincuencia y las pandillas, o el delito y la vida urbana de los inmigrantes desde la Escuela de Chicago; 4) la institución escolar: el colegio cuando refuerza el complejo de inferioridad del niño puede funcionar como

catalizador de la conducta criminógena; y por último, 5) la cárcel: la falta de espacios especiales de detención para menores, y por tanto el contacto que los niños van a tener con delincuentes de carrera implica la adquisición de hábitos desviados.

Como notará el lector de este libro, los cinco puntos que Reca enfatiza para el abordaje de la infancia criminal, son en su estructuración de tipo *ambiental*, cuestión que ciñe un rechazo al tipo *patológico puro*. Desde el capítulo cuatro hasta el diez, utilizando la estadística, estudios médicos y jurídicos, revisando la estructura de los tribunales de menores y el sistema de *probation*, Reca analiza con minuciosidad la cuestión de la delincuencia infantil en los Estados Unidos. La autora concluye su libro con un análisis de la “realidad” argentina sobre la problemática en cuestión en el capítulo once.



Comentario a Colectivos Juguetes Perdidos: *¿Quién lleva la gorra?*, Tinta Limón Ediciones: Buenos Aires, 2014, 160 páginas.

Lucas Pablo Beriain

LESyC, UNQ

“¿Quién lleva la gorra?” está firmado por el Colectivo Juguetes Perdidos, omitiendo detalles respecto a las identidades individuales de los autores que lo conforman (al menos en la portada). Son las banderas rojas, negras, “que guardan nombres”, como se explaya “El Indio” Solari en la canción que el Colectivo acertadamente se apropió. Y si siguiésemos con ánimos de buscar relaciones en la poesía de Patricio Rey y Sus Redonditos de Ricota diríamos que el nombre del libro podría surgir de la parte donde se hace referencia al gorro del diablo en la misma canción. Lo cierto es que los integrantes de Juguetes Perdidos se introducen y merodean, por la problemática que los (con)mueven desde una perspectiva grupal que desestabiliza—o bien, altera—, con sus formas, y lecturas semiestructuradas alejadas del mundo académico. Ese despojo lingüístico, y su nueva forma de encarar cuestiones que podrían estar enmarcadas en la filosofía, la antropología y la sociología, donde se mezcla lo coloquial, los

berretines y ciertas formalidades son, superficialmente, aquella característica de la prosa que embanderan. Pero, sin embargo, es bajo esa superficie donde se encuentra lo destacable de los textos que recopila el Colectivo.

El libro explora el mundo de los pibes y las pibas en los barrios. Habitando sus espacios y recopilando testimonios. La motivación de Juguetes Perdidos, como lo explican en el prólogo, parte de la desorientación. Nadie entiende nada hasta que los pibes empiezan a hablar, hasta que nos ponemos a escuchar. Es a través de ellos donde se da cuenta, y parece vislumbrarse, una reconfiguración, nunca total, de los espacios donde se mueven, dialogan, y ponen el cuerpo, y de los actores con los cuales interactúan en su cotidiano. Con lo cual ayudan a volver a pensar estos “nuevos” barrios. Y la desorientación inicial deja de ser tal para dar lugar a la creación de conceptos. Los cuales dejan abierto un abanico de posibilidades argumentativas y posteriores discusiones.

A la pregunta inicial “¿qué pasa en los barrios?” el Colectivo la responde con las voces de los pibes y sus posteriores reflexiones acerca de las percepciones que tuvieron en barrios puntuales del conurbano bonaerense bajo el rol de talleristas (figura que ponen en cuestión). Además del desarrollo de novedosos conceptos y neologismos que irán ampliándose en cada capítulo, hay lugar para insertar en algunos de ellos “apuntes a la salida de un taller” que les sirve para explayarse y profundizar en ideas puntuales, como en un raptó inmediato de percepciones frescas (por ejemplo, las reflexiones sobre el “descanso” entre los pibes como forma de desplazar la violencia y la noción de “descanso pibe”).

Una serie de definiciones enmarcan el trabajo de Juguetes Perdidos. Quizás las más sobresalientes sean la concepción de la *vida mula* y la figura de los *pibes silvestres*. A partir de la observación y participación de los encuentros en diferentes talleres ubicados en distintos barrios del conurbano bonaerense, el Colectivo logró crear categorías para aquello que percibían en las conversaciones con ellos. La *vida mula* es el puro movimiento, ese saltar de roles que los pibes llevan consigo y un eterno *continuum*. Definen la

vida mula como un *continuum* de trabajo, consumo, familia, códigos morales, etc. Que se aplica esencialmente a ellos dentro de estas reconfiguraciones de los nuevos barrios. A su vez no se trata—lo aclaran—de un *continuum* cerrado, sino que este círculo o línea infinita posee sus fugas, *rajes* que a su vez prometen una salida que puede ser creativa o no. Para decirlo con los autores: “cierto consumo te libera (el consumo pillo, el que corta y fuga, no cualquier o todo consumo), o cierta imagen de familia te puede rescatar, o cierta experimentación te puede abrir a otra cosa (...) o no, o puede ese corte e intento caer de vuelta en una moral, un código que lo reinserta en la cadena...”. La *vida mula* parece ser la imagen de lo interminable, de una infatigable ida cuesta abajo, en un exterior hostil pero donde el interior (del hogar) lo perciben como un espacio agrídulce: cárceles psíquicas y anímicas. Este tipo de categorías no sólo ayudan a entender cierta problemática, o ponerla en cuestión, en este caso la de los pibes en los nuevos barrios, sino que también su contenido posibilita repensarlas en otros ámbitos.

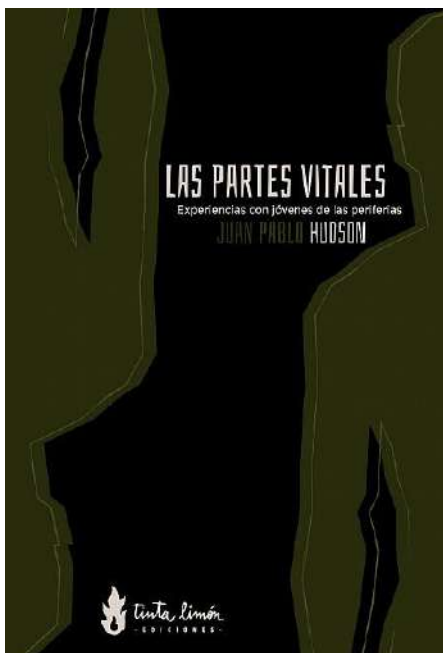
De esta categoría se desprende una definición que atraviesa todo el libro: *pibes silvestres*. ¿A qué se refieren? Ellos lo plantean como aquellos pibes que “están curtidos en la ambigüedad y en la amoralidad del consumo (en donde todo vale)” cuando se preguntan si serán el legado no-político de la década ganada para el futuro venidero. Porque desde ya presuponen que quedaron por fuera de la juventud militante, “por fuera del radar político”. Son estos pibes silvestres los que saltan de vida en vida, de rol en rol. Y lo que está más a su alcance es justamente la vida mula: trabajo, consumo, vida boba, frágiles estabilidades, y la “vida loca” como contracara de esa misma vida mula, etc. Entre paréntesis, aclaremos que los autores llaman “vida loca”, en contraposición a la vida mula, a aquella vía de escape brutal y agitadora a través de las promesas que abarcan el mundo de la vida-narco.

Si bien hacen referencia a Deleuze intercambiando un epígrafe a modo de broma—y provocación, en el mejor de los sentidos—con el grupo de cumbia Mala Fama, hay formas e

ideas que parecen partir de la base de otros pensadores que en ningún momento son nombrados. *¿Quién lleva la gorra hoy?* Es un libro sin fuentes o, en todo caso, la única autoridad que hay que escuchar es la voz de los pibes. Hay otras lecturas que se adivinan en el fraseo y el deseo detrás de esos conceptos que van creando. No sólo no hace falta nombrarlos, tampoco quieren hacerlo. Buscan una escritura que esté cerca de los pibes, alejada de las formalidades y convenciones del mundo académico. Por ejemplo, a la hora de nombrar el descanso pibe o esquina-transa, utilizan una unión entre dos términos que parecen tener una relación con las formas utilizadas por Deleuze en sus ensayos filosóficos al momento de dar cuenta de una figura o categoría a desarrollar. Juguetes Perdidos desde una perspectiva filosófica explican y/o ayudan a repensar el barrio construyendo, así como Deleuze proponía hacer de la filosofía el arte de la invención y de la creación de conceptos.

Lo mismo ocurre con buena parte de las argumentaciones, al menos de base, que manejan en los capítulos con la idea de los cuerpos dóciles y el disciplinamiento (“en cada choque con los pibes los gendarmes no sólo perciben “enemigos”, ven también—y sobre todo—cuerpos a disciplinar (...) moldear a los intratables (...) en las imágenes que circulan sobre las situaciones de *peaje gendarme*, se observa en acción el despliegue de una lógica de *servicio militar a cielo abierto...*”), cuya lectura nos remite directamente al Foucault de *Vigilar y Castigar*, como también a lo que Deleuze vino a reencauzar posteriormente.

Sin embargo, el conjunto de textos que integran *¿Quién lleva la gorra?* parece no tener como fin dar cuenta de las lecturas previas para exponer sus reflexiones o bien detallar y citar el origen de ciertas ideas que desarrollarán. Para quienes acostumbran a leer textos académicos estos les podría resultar incómodo debido a que las referencias no se especifican, no hay un índice bibliográfico, etc. Lo cual, a su vez, lo convierte en un libro singular, sin las ataduras científicas necesarias para que estén bajo su aprobación.



Comentario a Juan Pablo Hudson: *Las partes vitales: experiencias de jóvenes de las periferias*, Tinta Limón Ediciones: Buenos Aires, 2015, 208 páginas.

Esteban Rodríguez Alzueta

LESyC, UNQ

“Las partes vitales” de Juan Pablo Hudson es un libro escrito en Rosario sobre Rosario, o mejor aún, sobre las experiencias de los jóvenes en la periferia rosarina. Porque Rosario es una ciudad donde habitan muchos mundos. El mundo de los jóvenes de la periferia no es experimentado de la misma manera por los adultos que transitan las mismas calles. Más aún, los jóvenes no viven esas calles de la misma manera. Una periferia que se parece cada vez más a cualquier periferia. Una periferia cada vez más violenta, donde la frontera entre lo legal y lo ilegal se hace cada vez más difusa y compleja. En los últimos años Rosario ha estado en la tapa de todos los diarios y no es para menos. Rosario, se ha dicho, es la ciudad más violenta de la Argentina. En el 2009 se produjeron 124 asesinatos, en el 2011 la cifra ascendió a 164, en

el 2013 alcanzó el record histórico con 264 casos y en el 2014, después del desembarco de la Gendarmería, se produjeron tan sólo 14 casos menos que el año anterior. Es decir, en Rosario hay 20 homicidios cada cien mil personas, lo que la convierte en la ciudad más violenta del país. No es una violencia al boleo: el 90% de los casos tiene lugar en la periferia y en el 2014 el 70% tenía menos de 35 años. Los muertos los ponen los jóvenes varones y morochos de la periferia. La fuerza letal no es una violencia instrumental para cometer un robo, sino una violencia interpersonal y, por añadidura, expresiva, dispuesta para acumular prestigio o señalar los contornos de un territorio en disputa. Un territorio con el que se identifican.

Una pregunta recorre el libro de Hudson, una pregunta que se intuye página tras página, pero que recién al final se formula. Una pregunta, entonces, sin respuesta o con respuestas muy provisionarias, que se fueron ensayando entre líneas a medida que se iba describiendo, no sin cierta perplejidad, el mundo de aquellos jóvenes. Esta es la cuestión: “¿Cómo fue que al mismo tiempo que avanzaban durante la última década las mejoras económicas, sociales y la ampliación de derechos, se consolidaron subjetividades capaces de desatar conflictos letales como los contemporáneos?” Hudson está pensando en la violencia que protagoniza la policía, pero también los transas y los pibes entre sí. Una violencia enredada con una misma puntería: los jóvenes que viven en la periferia. No habla de violencias encadenadas sino enredadas.

Juan Pablo hace suya la tesis de Rita Segato para pensar el lugar que tienen las mujeres en Ciudad Juárez. En ambos casos los cuerpos funcionan como bastidores. Si el prestigio se mide con el cuerpo, si hay que poner el cuerpo para hacerse respetar, entonces el cuerpo es la superficie donde se inscriben las relaciones de poder. Los cuerpos de los pibes y las pibas son cuerpos con cicatrices que siguen doliendo,

cuerpos postrados o mutilados, con miembros amputados. Cuerpos con secuelas irreversibles, que guardan imágenes que seguramente no olvidarán jamás. Cuerpos muchas veces silenciosos. Los cuerpos de los pibes hablan, son la expresión de las nuevas conflictividades sociales. No sólo porque suelen empilchar la moda de turno y las mejores marcas, o las remeras de su jugador favorito, sino porque son dueños de una potencia sin forma, una vitalidad que no siempre se plasma de acuerdo a sus intenciones. Lo digo con las palabras de Juan Pablo: “La multiplicación de heridos de armas de fuego deja al descubierto, aún más incluso que los asesinatos, un lenguaje propio de la violencia que va configurando las relaciones sociales. Cuando jóvenes como Aaron quedan vivos pero con graves secuelas físicas, se pone en escena un eficaz intento por transformar esa invalidez en un signo comunicacional para todos aquellos que se atreven a desafiar o tan sólo cuestionar los códigos imperantes. Se trata de un lenguaje comprensible para los diferentes actores que protagonizan esas economías, aunque cada vez más oscuro para el resto de una sociedad que únicamente puede traducirlo como espectacularizadas y fragmentadas noticias de la sección policiales.”

La realidad tiene muchos vericuetos y cada uno es depositario de una *parte* de la realidad. Una realidad fragmentada, con una trama cada vez más deshilachada. Ni siquiera el consumo tiene la capacidad de identificarlos. El consumo, hemos dicho en otro libro, “Hacer el bardo”, no genera conciencia social sino más ganas de seguir consumiendo. Y, por tanto, como ha sugerido el Colectivo Juguetes Perdidos, genera *engorre*, delación, violencia. A los objetos encantados hay que defenderlos, y cuando la policía no está presente o llega tarde, los vecinos tienen que ponerse la gorra. Incluso los más jóvenes. ¿Acaso los linchamientos sociales no son el complemento del consumo para todos, un

linchamiento cometido por adultos y jóvenes a la vez, por hombres y mujeres?

Una *parte* no es sólo una versión de las cosas sino la vivencia, la energía que demandan las cosas. Porque los pibes no son el mismo pibe. Los pibes no están solos, pero quedaron expuestos cuando la vida tiene lugar a cielo abierto. El piberío es un inconjunto; no hay bandas sino grupos que van mutando, que se agrandan o achican a medida que van cayendo. Pibes que van mariposeando de un grupo a otro grupo también. Pibes que viven de joda y aprendieron a pararse de palabra. Pero otras veces pibes muy silenciosos, que casi no hablan con nadie. A veces su silencio es el resultado de una vida enclaustrada. Cuando las madres tienen miedo y lo transmiten a sus hijos, se convierten en “sombras agobiantes”; la casa se transforma en una jaula y sus hijos se la pasan sentados frente al televisor o jugando a la play. Pibes “aniñados” cada vez más obesos y con ataques de ansiedad, que conocen la angustia muy temprano, que aprendieron de chico lo que es el “bajón”. Su silencio será candidato fijo al *bullying* escolar, el *verdugueo* policial y el *descanso* de los otros grupos de pares. La angustia pueden ser las zapatillas que no pueden comprarse, las que le acaban de arrebatar; otras veces, es la policía que no te deja entrar a la ciudad, la ausencia o presencia de un padre violento, un hermano preso, un trabajo que no sólo no alcanza para nada sino que encima le agrega más estigma al piberío demonizado. Son demasiados derroteros y no siempre se puede lidiar con todos ellos. Otras veces son los pibes que paran en la esquina de a la vuelta. Demasiadas broncas hay en los barrios. Cuando los barrios se comprimen, un simple mal entendido tiene el tamaño de un conflicto mayor, y cuando eso sucede las fronteras del barrio se van moviendo todo el tiempo de lugar. Demasiadas broncas para bajar la guardia. Si te relajás te regalás. Hay

que estar siempre atentos y ganarse el respeto en cada acción.

Rosario es una ciudad donde el mundo de las finanzas y el universo transa no son mundos apartes. La especulación inmobiliaria, los agronegocios, el contrabando y el tráfico de drogas están profundamente enraizados. Donde las policías han perdido capacidad para regular el territorio y procuran recobrarlo ejerciendo más violencia. Si las pequeñas bandas se han autonomizado, no es por la corrupción policial o política, sino, como bien ha dicho Carlos Varela—ex abogado de la familia Cantero—, “porque [en Rosario] la corrupción es muy barata”. Nuevas autoridades han surgido, aunque por el momento, como bien señala Hudson, no hay nadie que se imponga definitivamente sobre la otra.

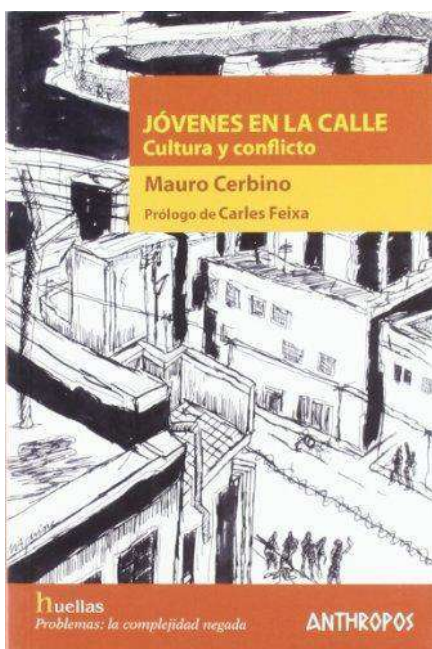
Rosario es una ciudad donde su trama social no puede contener las nuevas conflictividades sociales cuyo escenario principal es el cuerpo de los jóvenes. Donde el mundo de los mayores al no tener ya la capacidad para dar sentido al mundo de los jóvenes, marca rupturas generacionales. Tanto los padres como la escuela o los movimientos sociales, han perdido protagonismo para orientar la vida de los jóvenes. Y subrayo esto que señala Juan Pablo porque me parece de una gran agudeza: “Si ese saber ha perdido su carácter de experiencia válida es porque no garantiza recursos adecuados para habitar y lidiar con las fuerzas en pugna en la vida social. (...) Eso no significa desecharlos, puesto que ante determinadas situaciones tal vez funcione ponerlos en juego, sino aceptar que a priori no orientan ni iluminan”.

El libro es como un caleidoscopio: junta aquello que está separado, fragmentos luminosos, que tienen la capacidad de seguir brillando y producir nuevas imágenes. Porque debajo de cada derrotero, de cada biografía que transcribe, está la misma energía, más o menos

los mismos afectos, las mismas ganas de vivir y el temor a la muerte, la misma adrenalina que corre cuando la muerte acecha, el mismo entusiasmo frente a cada paso que dan cuando se corren del lugar asignado. Un entusiasmo que les devuelve ingenuidad y las ganas de seguir adelante. Por eso, que nadie se confunda con lo dicho hasta aquí. El libro de Juan Pablo Hudson es un libro que quiere contagiarse de la energía desbordante que despliegan los pibes y las pibas para lograr construir opciones disruptivas.

Dice el autor que después de cada encuentro con los pibes tenía la sensación de que ya no era el mismo. No lo dice para congraciarse una vez más con el papel que la universidad o la militancia suele asignarnos. No se trata de victimizar a los pibes para destacar nuestra solidaridad, y obtener de paso chapa de intelectual comprometido. Porque en la última década, y en paralelo a las tareas de las organizaciones de derechos humanos que fueron agregando a la violencia policial como problema, se han ido revictimizando a los pibes. En aquellos relatos los jóvenes son presentados sin capacidad de agenciamiento, como mero objetos de la violencia policial, la violencia transa, la violencia familiar, las violencias de los pares, la violencia de la droga. Pero lo cierto es que los jóvenes además de ser objetos de una máquina de inseguridad, son sujeto de prácticas afectivas a través de las cuales van modelando otras trayectorias para sus vidas. Tácticas y estrategias para hacer frente a las prácticas brutales y estigmatizantes, pero también, prácticas creativas para practicar la fuga hacia otros mundos posibles.

Juan Pablo Hudson se pelea consigo mismo, trata de no moralizar y correrse del lugar cómodo de la denuncia. El precio de la indignación es perder de vista la vitalidad que promete cada uno de aquellos jóvenes.



Comentario a Mauro Cerbino: *Jóvenes en la calle: Cultura y conflicto*, Anthropos: Barcelona, 2006, 124 páginas.

Manuel Vázquez

LESyC, UNQ

“Jóvenes en la Calle” no es un libro para aquel lector que está en búsqueda de cifras de delitos, víctimas y arrestos. Es el fruto de una investigación que se propuso ir más allá de las estadísticas y recuperar la voz de los jóvenes. Un trabajo cualitativo que se ha basado en la participación directa de los propios sujetos de estudio, indagando acerca de sus prácticas, percepciones y sentidos de la vida.

Mauro Cerbino es un antropólogo italiano, pero desarrolló su principal trayectoria académica en Ecuador. Allí direccionó su investigación hacia las organizaciones juveniles de la calle, las violencias y los medios de comunicación. Ha sido profesor en un sinnúmero de universidades ecuatorianas y actualmente es el coordinador del Departamento de Estudios Internacionales y

Comunicación de la sede Ecuador de la FLACSO.

Este libro es el resultado de una investigación etnográfica realizada durante los meses de diciembre de 2001 y febrero de 2002 en las ciudades de Quito, Guayaquil y Cuenca. La selección no es fortuita: se trata de los centros urbanos donde se concentra la mayor incidencia de violencia con relación a las pandillas. La investigación forma parte de un diagnóstico sobre niños y jóvenes en situación de riesgo desarrollado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) sede Ecuador para el Programa Nuestros Niños del Ministerio de Bienestar Social. La finalidad del diagnóstico fue proporcionar sustentos técnicos y teóricos para la formulación de políticas públicas para jóvenes. Este libro se configura como la etapa inicial de la reflexión del autor sobre el fenómeno pandillero.

Los autores y conceptos de los que se nutre el autor para reflexionar acerca de las pandillas juveniles son llamativos. Así lo describe muy gráficamente Carles Feixa en el prólogo del libro:

“me interesan las reflexiones teóricas, esbozos de pensamiento crítico que mezclan, como el bricolaje de las culturas juveniles, autores y conceptos aparentemente incompatibles: teorías anglosajones sobre etiquetaje social (de Goffman a Hall), las teorías francesas sobre discurso y poder (de Foucault a Derrida, pasando por Barthes y Lacan), los estudios italianos sobre hegemonía y subalternidad (de Gramsci a Canevacci) y los estudios latinoamericanos sobre culturas juveniles (de Martín-Barbero a Reguillo). En el cruce de estas distintas tradiciones teóricas nacionales y disciplinarias, Cerbino rescata ideas y

enfoques que contribuyen a dar luz al fenómeno de las pandillas juveniles y a sacarlos de los cajones estancos en los que lo habían reducido tanto las teorías criminológicas (que presentan a las bandas como síntoma de desorganización social), como a las teorías románticas emergentes (que ven en ellas instrumentos de liberación juvenil)”.

Desde el comienzo del ensayo, el autor nos advierte sobre el discurso dominante que opera relacionando directamente juventud y violencia. Su tesis parece ir en esa dirección: romper esta ligazón, esta representación ya instalada en el sentido común, y lograr una separación analítica entre violencia y pandilla.

Cerbino dedica unas páginas a comentar los aspectos metodológicos de su investigación. No escatima en detalles al momento de contar con qué herramientas y de qué manera se abordó el estudio, ni tampoco a la hora de exponer las dificultades que se le presentaron.

Inmediatamente después se focaliza en analizar el tratamiento mediático del tema. Reconoce que el alarmismo social, el tratamiento de emergencia y la reproducción estereotípica son rasgos centrales del discurso mediático, situación que deviene en un enfoque que tiende a desconocer la dimensión histórica de la problemática. El autor nos propone repensar el tema de las pandillas juveniles. Nos invita a pensar la violencia juvenil al lado de otras violencias, a situar a esos jóvenes. Comprenderlos junto a una sociedad en crisis, una sociedad que les expropia los lugares y las prácticas a través de los cuales deben construir su identidad.

Por eso la cuestión de la identidad es central en el análisis del autor. Y en esa construcción de identidad, donde el otro tiene un rol protagónico, entra en juego el papel de la

mirada. Es interesante el análisis que hace Cerbino acerca de la *mirada*. La mirada como uno de los momentos más conflictivos que se puede observar en los jóvenes pandilleros. La mayoría de las veces parece ser el inicio, la que se encarga de desatar la bronca y los actos violentos. Porque la mirada es indescifrable, es confusa, inquietante. Como vimos en “Hacer Bardo”, los vecinos mediante habladerías destilan frases filosas que tienen la capacidad de hacer daño. La mirada inquisidora también apunta y hiere, lastima, genera un vacío que los jóvenes no pueden llenar sino con un sentido negativo, una sanción. Se trata de “la mirada del gran otro, que juzga, desaprueba, estigmatiza y hace sentir inferior”.

Cerbino, entonces, intenta desvincular la violencia de la condición juvenil y a reconducirla a la relación con condiciones problemáticas generales de la cultura contemporánea. Ante la simplificación del discurso dominante que opera relacionando directamente juventud y violencia, el autor propone una mirada más compleja del asunto. Es claro que no desconoce la violencia en algunos sectores de la juventud, pero muy distinto es decir que los jóvenes son violentos. Cerbino entiende que “para dar sentido a sus mundos vitales, los jóvenes se organizan y se juntan; y a veces lo hacen por medio de formas violentas que les garanticen un modo de afirmarse, formas que no han sido inventadas por ellos, sino que provienen de lógicas dominantes que se mantienen y radicalizan en los actuales momentos, como aquellas que sostienen que para afirmarse en este mundo hay que inferiorizar o en todo caso disminuir al que está al lado”.

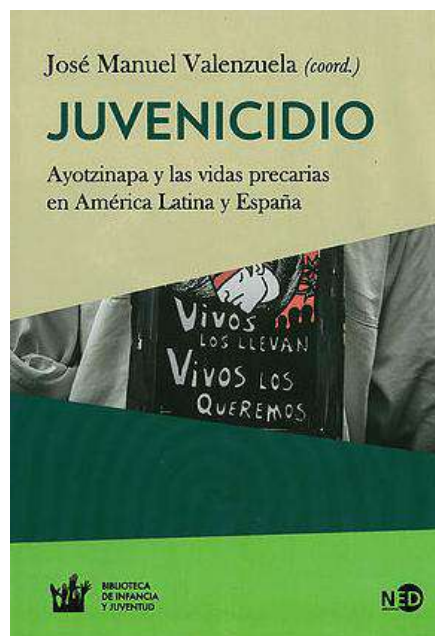
El autor realiza un completo análisis de la dimensión simbólica de la conflictividad (los colores, los collares, el territorio, el respeto, el honor, la masculinidad hegemónica), de los mapas emocionales juveniles (la pandilla como una comunidad emocional, el juego, el riesgo, la

diversión), del papel de las instituciones (estereotipos, represión, políticas policiales, la religión, la cárcel, el colegio, la familia).

Por último, aventura una serie de ideas y apreciaciones para una política de la juventud, concluyendo que para que éstas sean efectivas es necesario que tomen en cuenta los horizontes de creación simbólica potencial que configuran los mundos juveniles.

A lo largo de las páginas, el autor logra acercar al lector a las inquietudes, los temores, y las motivaciones que llevan a los jóvenes a formar parte de las pandillas. Y lo hace a través de una escritura dinámica, haciendo dialogar los aportes teóricos y sus reflexiones con los materiales etnográficos que proceden del trabajo de campo.

El libro constituye un interesante aporte al campo de la antropología urbana, a los estudios de las violencias sociales y culturales. La apuesta de Cerbino de mantener en el centro de análisis del pandillerismo los factores identitarios nos invita a adoptar una mirada cultural para observar y comprender de qué manera se estructuran y reproducen estas organizaciones juveniles.



Comentario a José Manuel Valenzuela (coord.): *Juvenicidio: Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*, Ned Ediciones: Barcelona; ITESO: Guadalajara; El Colegio de la Frontera Norte: Tijuana, 2015, 274 páginas.

Nahuel Damián Valdez

LESyC, UNQ

La masacre de Ayotzinapa, México, el 26 de septiembre de 2014, donde 43 estudiantes normalistas fueron secuestrados y desaparecidos por parte de fuerzas del estado y organizaciones criminales, es la expresión del “Juvenicidio”. En las últimas décadas, un fenómeno paralelo al femicidio ha sido el asesinato sistemático de jóvenes. El libro que nos ocupa pretende visibilizar este fenómeno, pero también comprenderlo para poder explicarlo. Un fenómeno que hay que leerlo al lado de la precarización y la demonización de la que son objeto los y las jóvenes, sobre todo, aquellos que ocupan los estratos más pobres de la sociedad.

El trabajo es una producción colectiva, coordinada por José Valenzuela, profesor-investigador del Departamento de Estudios

Culturales de El Colegio de la Frontera Norte y miembro del Sistema Nacional de Investigaciones del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en México. El libro cuenta con aportes de investigadores de distintos países de la región (México, Colombia, Brasil, Argentina) y España, entre ellos, Rossana Reguillo, Maritza Urteaga Castro Pozo, Hugo César Moreno, Alfredo Nateras, German Muñoz, Marisa Fefferman, Valeria Llobet, Carles Feixa, Àngels Cabasés y Agnès Pardell. La pregunta que vertebra el libro, con la que se miden los autores, es la siguiente: ¿Qué condiciones posibilitan el asesinato de determinados grupos de jóvenes?

“Juvenicidio” es el concepto propuesto por el compilador del libro para nombrar el fenómeno en cuestión. Se define como “juvenicidio” al proceso que, en su condición límite, habilita el asesinato de sectores o grupos específicos de la población joven. La noción va más allá de la violencia letal tratando de pensar los escenarios sociales que hacen viable estos asesinatos: escenarios caracterizados por procesos de precarización, vulnerabilidad, estigmatización, criminalización y muerte.

Para Valenzuela, la *precariedad* es uno de los factores que crea condiciones de posibilidad para el *juvenicidio*. La pobreza y la falta de oportunidades producen que un amplio sector de los jóvenes padezca condiciones de *vulnerabilidad*. Esa situación empeora cuando los jóvenes son identificados además como problema. En efecto, detrás de la precariedad están trabajando los procesos de estigmatización que se organizan en función de la etnia, el género y la clase social. Son estos procesos de estigmatización los que precisamente van a permitir la construcción de *identidades desacreditadas*, que van a ir aislando a los jóvenes, facilitando el juvenicidio.

No hay que perder de vista tampoco, que mientras gran parte de la población se encuentra sufriendo condiciones de pobreza, algunas

figuras públicas hacen presunción de sus lujos obtenidos en ocasiones a través de actos inmorales. Si a eso le sumamos la ruptura de los marcos axiológicos que definen los parámetros que tienen como referencia al bien y al mal, el desdibujamiento de las fronteras morales, entonces se incrementa la admiración y aceptación con figuras violentas de la sociedad. Todos estos factores impactarán en los jóvenes. Algunos de ellos apostando “a todo o nada”, irrumpiendo en el delito con el fin de conseguir dinero “rápido” y así intentar alcanzar los estilos de vida que tanto desean, aunque esto les implique soportar la muerte que les muerda los tobillos. En otras palabras, para Valenzuela, detrás de las espirales de violencia está el modelo económico y social impuesto en Latinoamérica que, cuando excluye a los jóvenes, propone carreras criminales exitosas que terminan agregándole más violencia a la vida cotidiana.

El juvenicidio, al igual que el femicidio, funciona como un sistema de clasificación social que, en sus formas más extremas, reproduce desigualdades al interior de la sociedad a través de la muerte de los sectores más vulnerables. La organización social a través de la letalidad sería imposible sin un *Estado adulterado*. La degradación de sus instituciones, el desprestigio y la desconfianza institucional producto de la permanencia de los procesos de corrupción e impunidad, crea un marco propiciatorio para la desaparición y asesinato de jóvenes.

En el segundo capítulo, Rossana Reguillo sostiene que el juvenicidio, lejos de ser un fenómeno aleatorio, constituye un “proyecto del necropoder”. Esto es así porque en la sociedad neoliberal hay un exterminio de los jóvenes en función del valor del cuerpo en la maquinaria de la necropolítica que funciona así: deja vivir, cuando el joven sirva para obtener ganancias, y hace morir en el caso de que el joven sea un obstáculo, un costo, una pérdida. Paradójicamente, el orden económico neoliberal

no sólo conduce a la muerte, también produce movilización frente a las violencias que nos habitan. Hechos como Ayotzinapa, generan puntos de inflexión, interpelan y sacuden a la población. Entre ellos a sectores de la juventud, quienes resisten y buscan incidir en las transformaciones de la sociedad. A veces, las respuestas son pequeñas manifestaciones de resistencias. En otras ocasiones, los jóvenes ocupan un rol protagónico en movilizaciones resonantes (Occupy Wall Street, Indignados o 15-M, Yo Soy 132, entre otras).

El tercer aporte, escrito entre los investigadores mexicanos, Urteaga Castro Pozo y Moreno, estudia el juvenicidio en México. Para estos autores, detrás del juvenicidio está la impunidad, pero también la criminalización a través de la sanción del estado de excepción instaurado por el Estado mexicano. Con el estado de excepción no solo se suspenden los derechos y garantías, sino que habilita a que la violencia letal recaiga sobre contingentes sociales enteros, en especial sobre grupos específicos de jóvenes más pobres que son, en última instancia, uno de los sectores más vulnerables. Al declararse la emergencia en materia de seguridad, se produce un proceso de desciudadanización a través de los cuales se incapacita a los jóvenes para que puedan hacer valer sus derechos. Jóvenes que, al ser referenciados como elementos extraños y peligrosos, merecen un trato particular: pueden ser “sacrificados” por “el bien de los ciudadanos”.

El siguiente trabajo pertenece a Nateras Domínguez quien abordará los *juvenicidios* en los países de Centroamérica, donde según el autor estamos frente a una suerte de “aniquilamiento identitario”. En estos países, los jóvenes que ingresan a las “pandillas”, son considerados un problema mayor que la pobreza o el desempleo. Las pandillas permiten no solo desplazar el centro de atención, de la cuestión social a la

cuestión policial, sino que se habilita el exterminio para solucionar ese flagelo. Prueba de ello son el endurecimiento de las leyes y la creación de planes de seguridad focalizados y fuerzas especiales para combatir a estos grupos.

En el artículo de Muñoz, que es un estudio de caso, se observa que en Colombia ningún gobierno o partido político ha visibilizado el problema del juvenicidio. Tampoco la sociedad civil. Al contrario, cuando la población naturaliza los hechos violentos garantiza la impunidad. Para el autor, los jóvenes son identificados como enemigos y la desaparición forzada o la muerte es considerada prueba suficiente de culpabilidad: “*de seguro esos muchachos no andaban recogiendo café*”. Muñoz cierra el capítulo con una conclusión sobradamente pesimista: “*¡Duro es decirlo, a Colombia no le duelen sus jóvenes!*”.

El juvenicidio en Brasil es abordado en dos trabajos: el artículo de Feffermann y el que escribieron Rangel y Oliveira. En los últimos años Brasil vivió un proceso de mejoras económicas y sociales. Sin embargo, el país sigue teniendo uno de los índices más altos del mundo en mortalidad infantil, una tendencia que sigue en aumento. Para Feffermann, la explicación de esa tendencia hay que buscarla en la ausencia del Estado como proveedor de bienestar, pero también en las políticas represivas de exterminio de los grupos juveniles estigmatizados como bandidos. Por su parte, Rangel y Oliveira sostienen que la causa principal tiene que ver con las prácticas policiales y militares violentas, es decir, con el trato letal de las fuerzas de seguridad, también naturalizadas por el resto de la sociedad. Dentro de la población joven brasileña la letalidad se distribuye desigualmente, siguiendo un patrón racial: los jóvenes negros e indígenas son las principales víctimas de juvenicidio.

En el capítulo que escribe Llobet se analiza el caso argentino. Para la autora, los jóvenes en ese

país han sido históricamente figuras merecedoras de afecto y temor, destinatarios de políticas de cuidado y control por parte del Estado. De hecho, durante los últimos años ha habido un incremento en las políticas de inclusión, al mismo tiempo que se fueron desplegando prácticas punitivas sobre estas poblaciones. El Estado argentino se muestra como un actor plural y contradictorio, generando políticas sociales de cuidado al mismo tiempo que aplica políticas persecución y represión hacia los jóvenes.

Finalmente, en el último trabajo, escrito entre Feixa, Cabasés y Pardell, se aplica la noción de juvenicidio a los jóvenes europeos, particularmente españoles. Consideran que la juventud se ha vuelto, incluso para los propios jóvenes, una especie de “enfermedad”. Por un lado, amplios sectores juveniles, excluidos del mundo del trabajo, deben vivir una situación de precariedad económica que les impide transitar de forma convencional hacia la vida adulta. Por el otro, los jóvenes desempleados son estigmatizados como “vagos”, es decir, culpados de la situación en la que se encuentran: “si no trabajan es porque no quieren trabajar”. El juvenicidio moral, entonces, es la consecuencia de la combinación de estas dos dimensiones: la violencia económica y la violencia simbólica.

A través de los capítulos, todos los autores aplican el modelo explicativo que proporciona la noción juvenicidio en distintos grupos de jóvenes muy heterogéneos (pobres, negros, indígenas) de diferentes países.

Si bien, como acabamos de mencionar, la obra cuenta con la aplicación de la hipótesis en casos dispares, extrañamente algunos grupos de jóvenes (mujeres, transgéneros, homosexuales) están ausentes o poco explorados. Resulta significativo ya que estos grupos constituyen poblaciones tradicionalmente invisibilizadas y sería interesante y oportuno saber de manera más detallada cómo se aplica el modelo

explicativo en estos grupos específicos. Quizás la ausencia de estudios sobre esas juventudes se deba a las limitaciones de cualquier libro para abarcar un relevamiento exhaustivo de todos los casos. Igualmente, sostenemos que es necesario saber un poco más, particularmente sobre esos grupos, para poder sostener la hipótesis de la obra y, en otro sentido más amplio, para colaborar en visibilizar esas comunidades.

No obstante ello, el libro ofrece un amplio abanico de estudios de casos para comprender y explicar el lugar que tiene la precarización y estigmatización en el asesinato de jóvenes, la compleja articulación de las violencias estructurales y simbólicas. Este libro es una herramienta significativa que, al tiempo que arroja luz sobre el fenómeno, viene a denunciar una práctica cada vez más regular, sobre todo en América Latina: el juvenicidio.



Comentario a Alfredo Nateras Domínguez (Comp.): *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas. Tomo 1: Violencias y Aniquilamiento*, Gedisa: Ciudad de México, 2016, 218 páginas.

Florencia Vallone y Jeremías Zapata
LESyC, UNQ

Pensar a las “juventudes” en relación con el contexto económico y socio cultural en el que se encuentran insertas es una de las claves principales para leer el libro del que se hace referencia. En *Violencias y Aniquilamiento*, primer tomo de *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas*, el escenario es México, haciéndose especial énfasis en aquellos Estados más afectados por el narcotráfico y la “guerra” que el país libra contra él.

“Violencias sociales” y “juventudes” son las variables que se cruzan en este primer libro. La propuesta que recorre a los cinco trabajos que lo conforman es reflexionar sobre México y su presente político para comprender a los y las jóvenes, y, a su vez, entender a los y las jóvenes para *conocer* sobre México. Para esto es importante saber que las juventudes están

“situadas” y “sitiadas”. “Situadas” porque siempre debe tenérselas en cuenta en contexto y “sitiadas” ya que se encuentran *encerradas* entre “violencias” llevadas a cabo tanto por el narcotráfico como por el Estado. Sin embargo, no debemos descartar que la marginalidad frente al mercado laboral formal y la educación, y la constante estigmatización mediática y social también recaen sobre juventudes que, a su vez, construyen “identidades” ligadas a “resistencias afectivas” que suelen ser violentas.

En “Vidas cotidianas y heridas sociales: crimen organizado y *juenicidio*”, Alfredo Nateras Domínguez observa que en la “guerra” contra el narcotráfico México ejerce violencia sobre la población en general y contra las juventudes en particular. La acción estatal, para el autor, puede infundir miedo en las mismas, pero también activar formas de resistencia que manifiestan descontento. Éstas se expresan en las corporalidades, los espacios y los territorios dando cuenta de afectos, emociones y experiencias de vidas ligadas a los jóvenes que integran “maras” y “pandillas”.

En relación a las “maras” y “pandillas”, Nateras expresa que también deben ser tenidas en cuenta en contexto, como producto histórico de procesos de migraciones forzadas provenientes de Honduras, El Salvador y Guatemala durante los años 90 y 2000. La observación que lleva adelante el autor en torno a las “maras” y “pandillas” resulta en una reflexión que implica la imposibilidad de comparación entre las mismas y las organizaciones criminales narcotraficantes, quienes poseen poder de fuego, influencia política, grandes sumas de dinero y una estructura compleja.

En el capítulo 2, “Asesinos *adolescentes, asesinados*”: *Representaciones de la adolescencia en Los olvidados*, de Luis Buñuel, Carles Feixa entiende que dicho director aporta una crítica interesante a la sociedad mexicana de los años ‘50, poniendo

el foco en los jóvenes “olvidados”. Según Feixa, el trabajo que hace Buñuel a la hora de producir su obra es parecido al método de los antropólogos que trabajan con bandas juveniles. Destaca que utilizó la *observación participante* y recurrió a la *investigación documental* para crear sus personajes. Para el autor, el film invita a una variedad de interpretaciones acerca de la representación cultural de la juventud, estando ésta por fuera del Estado de bienestar, expuesta a la explotación laboral y la ruptura de la familia tradicional. Propone una forma de lectura interesante de la película basándose en tres grandes claves. La primera de ellas tiene que ver con el “mundo interior” del adolescente, que se encuentra sumergido en una serie de conflictos familiares que repercuten en él afectiva y emocionalmente. En este punto existiría una relación entre problemas en las familias de los jóvenes, dada la desintegración de ellas, y acciones concretas o sueños que representan sus “frustraciones y esperanzas”.

En el segundo eje la lectura se centra en las “palomillas”, pandillas callejeras de México. Feixa realiza una doble interpretación de estos grupos urbanos: por un lado, se refiere a su dimensión estructural, haciendo alusión a las condiciones sociales que caracterizan a sus miembros. Por otro lado, distingue una dimensión simbólica, que tiene que ver con las imágenes culturales que estas “palomillas” desarrollan. Las mismas hablan un “lenguaje de argot verbal y no verbal”, “una estética corporal” que es anterior a las “modas” y actividades que se desarrollan, centralmente, en la vida callejera. Además, señala que no realizan una música particular ni otros tipos de expresiones culturales, como por ejemplo grafitis, lo cual da cuenta de que la película antecede a la cultura juvenil de masas.

Por último, el autor entiende a los miembros de las palomillas en relación a las instituciones y a su entorno social en general. Destaca que en la

película podemos encontrar instituciones visibles e instituciones ausentes. Las primeras están simbolizadas por un policía y el director de una granja/escuela, y en ellas vemos su carácter puramente represivo. En cuanto a las segundas, también la escuela y además las familias estructuradas.

Uno de los ejes transversales del libro, tiene que ver con las condiciones estructurales. Rogelio Marcial, en el artículo “Jóvenes, violencias y barrios en la capital jalisciense”, agrega otro factor: la desorganización y resquebrajamiento del tejido social, fenómenos que profundizan el individualismo y la incertidumbre en la vida de la población más joven. Marcial destaca que los jóvenes tienen dificultades para proyectarse en el futuro y agregarles estabilidad a sus biografías. El pasaje de la familia a la escuela y de esta al trabajo está lleno de obstáculos. Esa trayectoria inestable impide a los jóvenes marginados adecuar sus proyectos de vida a ideales comunes. En la desintegración de aquellas trayectorias, el estado tiene un papel protagónico no solo cuando se descompromete del mercado de trabajo, sino cuando criminaliza a las estrategias de sobrevivencia y pertenencia. En efecto, cuando la economía familiar se desfonda, en un contexto de desintegración familiar, los jóvenes buscan en la vida en la calle y en las relaciones con sus pares, la contención que no encuentran en sus hogares. Desarrollan otros estilos de vida y estrategias de sobrevivencia que se los llevarán puesto la “guerra a las drogas”.

Salvador Cruz Sierra en el artículo “Cambio y transformación de la identidad chola en el contexto de la narco violencia en Ciudad Juárez”, hace un recorrido histórico de la conformación de la identidad “chola”. Para el autor, ser “cholo” implica una manera de estar en el barrio. Ser “cholo” es ser “malandro”, llevar tatuajes, vestir de determinada manera, tener gustos de música peculiares, consumir

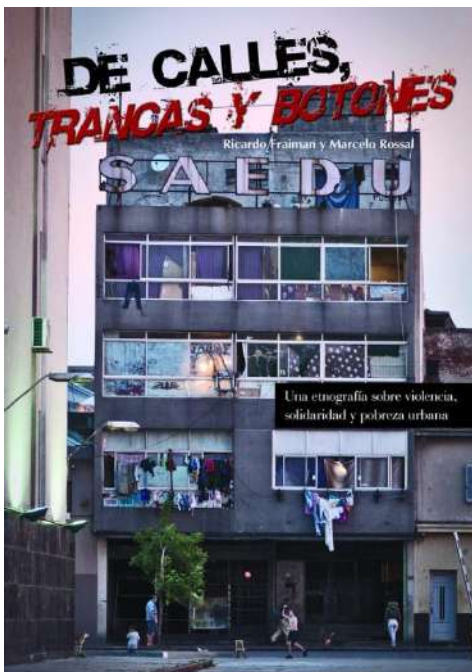
drogas, adquirir ciertas posturas corporales y hacer uso de la violencia. Modos de ser que se fueron componiendo colectivamente en los barrios donde habitaban. Además, es una identidad no sólo sobredeterminada por la clase social, sino por el género, vinculada con la heterosexualidad patriarcal. De hecho, la socialización violenta y machista con las mujeres y otros varones, es otro componente fundamental de la identidad chola. Una identidad cuyas prácticas, fueron subalternizadas por el resto de la sociedad y criminalizadas por el Estado mexicano. Para Cruz Sierra, la “guerra a las drogas” fue un antes y después para la identidad “chola”. La violencia que rodeó al narcotráfico en las últimas décadas despojó a los “cholos” de sus territorios y al hacerlo, las pandillas se fueron perdiendo. En efecto, las juventudes quedaron “atrapadas” en las disputas territoriales, entre distintos grupos del crimen organizado y las acciones del Estado. Muchos de los antiguos integrantes de aquellas pandillas, marginados del mercado laboral, empezaron a sumarse a las bandas narcos y se incrementaron los enfrentamientos entre los distintos grupos y los asesinatos de jóvenes.

El último artículo, “Sicariato juvenil en Juárez, narrativas en crisis”, es el resultado de un trabajo de campo en el cual Arturo Chacón logra entrevistar a R-4, un sicario narco. Primero se describe la vida privada y el trabajo de R-4 y luego se nos brinda un panorama de Ciudad Juárez. Porque para el autor existe una relación entre el sicariato y la estructura social. En efecto, cuando el mercado laboral formal ofrece a las juventudes mexicanas pocas chances para resolver problemas materiales, en un contexto de desintegración familiar, poco capital educativo acumulado, y consumo de drogas problemáticos, en ese contexto, queda un terreno fértil para que los cárteles narcos recluten a los jóvenes como asesinos profesionales. De hecho, el sicariato se ha

convertido en el quinto empleador del país. Pero el sicariato, además de ser una estrategia de sobrevivencia, se ha convertido en una estrategia de pertenencia, una manera de componer una identidad a través de los usos de la violencia extrema. La entrevista a R-4 permite pensar las prácticas del sicariato más allá de las determinaciones económicas, teniendo en cuenta el punto de vista de uno de sus protagonistas para comprender también las elecciones que se toman y, sobre todo, para tratar de describir y entender cómo es vivida la crueldad, que se busca con ella, qué se pone en juego a través de esa violencia que escala hacia los extremos.

El primer tomo del libro aporta una mirada estructural de las violencias que recaen sobre las juventudes mexicanas. Lejos de presentarnos a las mismas como meras víctimas pasivas de las condiciones en las cuales se encuentran, los artículos dejan entrever las diversas resistencias que las juventudes desarrollan frente a la estigmatización social y mediática, la criminalización estatal y las acciones del narcotráfico. Se trata de juventudes que si bien no son responsables del contexto violento en el cual viven, sí son sujetos capaces de forjar formas de estar en sus barrios. Aunque la paradoja es que esas identidades muchas veces implican que la violencia se redirecciona hacia pandillas rivales o distintos miembros de la sociedad.

En definitiva, “*Violencias y Aniquilamiento*”, primer tomo de “*Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas*”, es una invitación para comprender cómo las juventudes mexicanas aprenden a vivir en un mundo atravesado por violencias estructurales, estatales, mediáticas y criminales relacionadas al narcotráfico.



Comentario a Ricardo Fraiman y Marcelo Rossal: *De calles, tranças y botones. Una etnografía sobre violencia, solidaridad y pobreza urbana*, Editorial Ministerio del Interior: Montevideo, 2011, 279 páginas.

Esteban Rodríguez Alzueta
LESyC-UNQ

Ricardo Fraiman y Marcelo Rossal son dos antropólogos uruguayos, autores del libro *De calles, tranças y botones*. Se trata de una investigación etnográfica en el espacio público de la zona céntrica de la ciudad de Montevideo, lugares donde suelen confluír niños, niñas, adolescentes y jóvenes en “situación de calle” provenientes de distintos puntos del país. Una investigación que explora las distintas formas que asume la violencia y las solidaridades. Porque la pobreza no está hecha solamente de prácticas violentas sino también de experiencias de cuidado entre sí. No se pueden estudiar las violencias si al mismo tiempo no se exploran las estrategias creativas que van componiendo aquellos actores que viven a la intemperie para

hacer frente a todas las violencias con las que se miden diariamente. Porque la pobreza tiene que ver con las violencias estructurales pero también con la desidia, el destrato, las habladurías, la desconfianzas e las indiferencias, es decir, con las violencias burocráticas, pero también las violencias simbólicas de la sociedad civil que tienen la capacidad de dejar marcas de larga duración en la subjetividad de sus destinatarios. Los autores lo aclaran muy bien: No se trata de una investigación criminológica sino de una *investigación antropológica*; no se propone saber cuántos niños, niñas, adolescentes y jóvenes subsisten en situación de calle sino cómo han llegado a sostener su subsistencia y como desarrollan su vida cotidiana, más allá de las infracciones. Un enfoque—se dará cuenta el lector—que implica el involucramiento de los investigadores con los sujetos de estudio, tratando de reponer la palabra de los jóvenes para pensar los problemas con sus respectivos puntos de vista. En efecto, se trata de pensar estas problemáticas con el punto de vista de todos los actores involucrados. No buscan confirmar la pobreza existente sino de averiguar cómo viven la pobreza y la estigmatización, cómo, además, los vecinos y distintos funcionarios perciben a estos jóvenes, cómo aparecen referenciados es sus relatos.

Los investigadores, entonces, entrevistaron a jóvenes, pero también a los vecinos de los barrios Ciudad Vieja, Centro y Cordón, y los distintos funcionarios y profesionales que tienen algún tipo de intervención en estos barrios, a saber: policías, educadores del estado y distintas ONGs. Entre las violencias estructurales y las violencias simbólicas hay un *continuum* que se averigua en el cuerpo de estos jóvenes. Violencias hechas cuerpo, una alteridad que se expresa en el cuerpo, en sus hábitos. Vivir en la calle, a cielo abierto, implica medirse con el frío y el calor, con la lluvia, las drogas y el alcohol, las peleas, las palizas, las miradas desconfiadas y el

rencor de los vecinos o botones, con el sueño, el hambre y las enfermedades. Todo eso se resiente en el cuerpo, una fragilidad presente en cada conciencia. Pero los jóvenes son mucho más que un bastidor donde se inscribe su derrotero, las desigualdades y relaciones de poder, son protagonistas de distintas prácticas a través de las cuales buscan hacer frente esas violencias: la *joda* (el uso de drogas), la *viveza* (la astucia para inventarse trabajos), la *rapiña* (la comisión de delitos), la *mendicidad* (por lo menos mientras se es niño), etc.

Los jóvenes saben que el pasaje de la niñez a la adolescencia constituye un problema. Dejarán de ser vistos como *actores vulnerables* para pasar a ser *sujetos peligrosos*, fuente de riesgo, inseguridad. Se dan cuenta porque los vecinos ya no les convidan comida, porque agarran la cartera con más fuerza cuando se cruzan con ellos, porque esquivan las miradas, pero también porque las instituciones del estado que intervienen son otras. La mendicidad, por ejemplo, pero también el trato comprensivo de la policía comunitaria y la filantropía vecinal, tienen fecha de vencimiento y con ella pierden el derecho a la inocencia. Los jóvenes saben que cuando los cuerpos se *jubilán de niños* hay que ensayar otras prácticas para conseguir esos recursos y pasar inadvertidos.

Entre la violencia estructural y la violencia delictiva está la violencia institucional (los *trancas*), pero también la violencia que los vecinos (los *botones*) despliegan a través de las prácticas estigmatizadoras. Son mediaciones necesarias que contribuyen a perfilar trayectorias delictivas. En efecto, según los autores, en los márgenes del estado o en el centro de sus dispositivos represivos, en los lugares de transición, en las posibilidades que ellos ofrecen, en las oportunidades que les siguen negando, se juega la suerte de aquellos jóvenes, “sirven para consolidar la violencia estructural que será verificada como violencia física, interpersonal,

delictiva (sea doméstica o para obtener recursos mediante rapiñas), la que a su vez, vendrá a obliterar la violencia estructural mediante su hiperexposición”. La violencia institucional, lo que los autores llaman “situaciones de elusión institucional”, no es un factor menor sino decisivo a la hora de comprender las conflictividades delictivas que tanto preocupan a los vecinos. Eso y las etiquetas que aquellos mismos vecinos van construyendo y reproduciendo para nombrar a los jóvenes como peligrosos.

La investigación fue una iniciativa del Ministerio del Interior, con vistas a contar con mejores insumos, a calibrar las preguntas, para luego llevar adelante políticas de prevención social de la violencia. Una investigación pionera en Uruguay que tenía como telón de fondo los debates demagógicos en torno a la baja de la edad de punibilidad y el aumento de la represión.

Como se darán cuenta se trata de un libro difícil para cualquier funcionario, porque el libro los enfrentará con las prácticas contradictorias que el estado ensaya para hacer frente estas conflictividades. Un estado hecho con prácticas que sobreviven a la gestión de turno, prácticas contradictorias que terminan poniendo a las cosas en lugares cada vez más difíciles, reproduciendo las desigualdades y agravando los malentendidos. Un estado que está presente de manera contradictoria, jugando con dos manos—como le gustaba decir a Bourdieu—, al igual que los vecinos, que se debaten entre denunciarlos o apoyarlos con comida y ropa, u ofreciéndoles trabajos.

Con todo, no bastan las buenas intenciones, no alcanza con la voluntad política si al mismo tiempo no se persiste en el tiempo, no se desarrollan políticas públicas, pacientes y de larga duración, tratando de poner en crisis aquellas violencias visibles e invisibles que involucran a los jóvenes, pero sobre todo a los vecinos y los funcionarios del estado.



Comentario a Silvia Elizalde: *Tiempo de chicas: identidad, cultura y poder*, Grupo Editor Universitario: CABA, 2015, 64 páginas.

Sairi Maitén Pauni Jones

UBA—LESyC, UNQ

El libro *Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder*, de la Dra. en Antropología e Investigadora de CONICET Silvia Elizalde, busca explorar desde una perspectiva crítica de género, un conjunto de prácticas, significados y experiencias del mundo juvenil, poniendo especial atención a quienes han sido frecuentemente invisibilizadas en investigaciones similares: las chicas. Quizás sea este el primer punto a resaltar sobre este trabajo; en un campo donde ha predominado una lectura que no problematizó lo suficiente la diferencia político cultural del género¹ (Reguillo, 2012: 71), este libro viene a echar luz sobre la presencia femenina en las culturas juveniles.

La autora parte de la pregunta por las implicancias políticas en términos de lucha por la equidad de la cada vez más frecuente interpelación a las mujeres jóvenes en la industria cultural y del entretenimiento. Este cuestionamiento le permite presentar las distintas posiciones teóricas que buscan explicar el sentido de esta mayor visibilidad femenina juvenil.

El recorrido por este corpus teórico parte de un contrapunto entre quienes encuentran en esta mayor visibilidad juvenil femenina en la escena social y mediática una profundización de la naturalización del patriarcado, donde la imagen de las mujeres jóvenes se reduce a una particular posición *de-subjetivante* y *des-ciudadanizante* que muy lejos está de aportar fuerza política a los históricos reclamos de la lucha feminista.

Del otro lado, la autora ubica a las y los teóricos del post feminismo (también llamado feminismo de la tercera—o cuarta—ola), que encuentran que esta histórica visibilidad social ofrece mejores condiciones para avanzar en materia de reivindicaciones de género, en la medida en que las mujeres puedan aprovechar el lugar asignado por el mercado para empoderarse, ganar espacios y disputar sentidos en torno al lugar de la mujer en la esfera social.

La autora, por su parte, ubica su trabajo en una tercera posición, intermedia entre las anteriores, que busca explicar los puntos de contacto entre el accionar de las mujeres jóvenes en la actualidad y las demandas históricas del feminismo encarnadas por las generaciones pasadas. El trabajo de Elizalde se enmarcará en este posicionamiento en la medida en que se propone analizar cómo el feminismo y sus demandas históricas adquieren formas novedosas entre las jóvenes, aun cuando no

¹ Reguillo, R.: *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2012.

exista una conciencia política explícita de que esto sucede.

Un elemento muy importante que incorpora la autora al debate, valiéndose por supuesto de una discusión frecuente en este campo, tiene que ver con la diferencia de clase como elemento fundamental para comprender cómo opera la diferencia de género en la distribución desigual de oportunidades entre las nuevas generaciones. Incorporar la clase al debate le permite analizar cómo se dan en la realidad concreta de las jóvenes esos nuevos espacios de visibilidad que propone el mercado al explotar la potencialidad de la imagen juvenil femenina. Pero además, el cruce entre la diferencia de clase, la edad y el género constituye una trama que permitirá, a lo largo de todo el libro, echar luz sobre las realidades de distintos grupos de chicas que despliegan muy diversas estrategias para reducir las desigualdades que enfrentan por saberse mujeres, pobres y jóvenes.

De esta manera, el “pánico sexual”, concepto transversal a todos los capítulos y que da cuenta de la evaluación moral y el control ejercido sobre el cuerpo femenino, aparecerá de diferentes maneras según se trate de una artista joven de clase media, un grupo de chicas institucionalizadas o una chica de origen humilde, fan de un grupo de cumbia. La evaluación moral de la actuación de las chicas es problematizada a lo largo de todo el trabajo, en la medida en que permite desentrañar el modo en el que el *guión hegemónico del género* establece las formas legítimas de ser mujer joven en la sociedad.

La pregunta por las feminidades (y masculinidades) consagradas será también transversal al libro y guiará el análisis en cada capítulo de las múltiples y diversas prácticas y sentidos que despliegan las mujeres del universo juvenil que explora la autora en su trabajo de campo.

En el primer capítulo, la autora reconstruye la historia de vida de una joven artista plástica para analizar de qué manera aparecen ciertas consignas feministas resignificadas en la obra de una mujer joven que, aún sin reivindicarse como feminista, logra interpelar el discurso sexista al que se siente sometida.

La reconstrucción de esta biografía a partir de entrevistas con su protagonista y del análisis de su obra, le permite a la autora dar cuenta de la apropiación creativa que algunas mujeres logran hacer de las históricas demandas del género, desde una realidad concreta donde los mandatos sobre el cuerpo, el deseo y el “ser joven” son tensionados y puestos en disputa.

En el capítulo siguiente, se presentan algunos casos de mujeres jóvenes institucionalizadas en un Hogar de Convivencia luego de haber vivido en la calle o de haber atravesado distintos procesos de violencia, delincuencia y/o prostitución. En este fragmento del libro, la autora se propone explorar de qué manera estas chicas actúan el género y la sexualidad en marcos normativos institucionales estructurados en base a modelos genéricos restrictivos.

Aquí el marco teórico para la interpretación está fuertemente vinculado a los estudios de género de Judith Butler, en la medida en que permiten cuestionar los sentidos del “ser mujer” en estos contextos partiendo de una concepción del género como aparato de producción y normalización de lo masculino y lo femenino, cuyo carácter es siempre intrínsecamente indeterminado. Masculinidad y femineidad son, para Elizalde (2015) y en sintonía con Butler, configuraciones históricas de la identidad que forman parte de un proceso incompleto de producción de diferencias (p. 31).

Siendo esta la perspectiva teórica de la que se parte, la pregunta que despierta el trabajo con mujeres jóvenes institucionalizadas tiene que ver con las formas en que estas chicas gestionan su sexualidad en relación con las demandas

masculinas de sus pares, pero también con las restricciones que el marco institucional y que las propias dinámicas de sus barrios les imponen. Vuelve a aparecer, en definitiva, la pregunta transversal a todo el libro por los modos legítimos e ilegítimos de ser mujer. Categorías tales como “cachivache” o “novia” le permiten a la autora abordar el funcionamiento específico del género a partir de una serie de mecanismo complejos que operan como recursos para la negociación que definirá el “éxito” o “fracaso” de la feminidad (p. 33).

“Cachivache” y “novia” son dos extremos de un amplio conjunto de posiciones donde las chicas se mueven en función de su vínculo con sus pares varones. En esta negociación, la autora observa la reproducción del mandato de la feminidad tradicional obligatoria, que implica, entre otras cosas, la puesta en riesgo de la feminidad de estas jóvenes cuando son catalogadas como “cachivaches” por expresarse sexualmente con mayores grados de libertad. Sin embargo, y aquí radica uno de los aportes más relevantes del trabajo, Elizalde encuentra que el uso de estas categorías lejos está de comprobar una sumisión absoluta al mandato moral del amor romántico; contradictoriamente, las chicas que rechazan el lugar del “cachivache” como estereotipo de lo “no femenino” son las mismas que reivindican su autodeterminación a la hora de decidir sobre sus contactos sexuales.

Otra vez, la autora encuentra en el sentido común de estas jóvenes una apropiación de demandas históricas del feminismo, donde la lucha por una experimentación más libre de la sexualidad se combina contradictoriamente con la reproducción de sentidos hegemónicos sobre las formas aprobadas y desaprobadas de ejercer la feminidad, dando cuenta de la importancia de analizar género y sexualidad partiendo de las condiciones concretas materiales y simbólicas de las jóvenes de este estudio.

Esta preocupación por las condiciones concretas en las que opera el género le permite a la autora incorporar al análisis la experiencia de clase como elemento fundamental a la hora de comprender, por ejemplo, la lógica del “tener aguante” o del “hacerse la linda” que aparece en el trabajo de campo con chicas. “Tener aguante”, para estas jóvenes, es una expresión que combina mayores libertades sexuales con una capacidad de resistencia a las provocaciones y “aprietes” masculinos, y que les permite revertir el estigma de ser “chicas de la calle”, al presentarse como chicas desafiantes, superficialmente desreguladas, “con calle”.

Este movimiento de resignificación del estereotipo, al ser pensado en el marco concreto de existencia de estas chicas, da cuenta del modo en que la clase se articula con las regulaciones del género y la sexualidad, en tanto el “aguante” es asociado a la experiencia de vivir en la villa, mientras que “caretear” o “ser cheta” son acciones vinculadas a quienes habitan otros mundos materiales y simbólicos, propios de la clase media o alta. Al respecto, la autora señala que las chicas entrevistadas si bien construyen espacios de afirmación e interpelación a partir de una resignificación de los mandatos del género, también reproducen las desigualdades de las que son objeto en materia de normatividad sexual, en un movimiento complejo y contradictorio que, insiste, solo puede comprenderse en el análisis de los condiciones materiales y simbólicas específicas en las que actúan.

Finalmente, en el tercer y último capítulo la autora analiza un caso de gran trascendencia mediática donde una joven denunció a un reconocido músico de un grupo de cumbia en pleno auge. Nuevamente, guía el análisis la pregunta por las exigencias morales de la sociedad a la hora de aprobar o reprobar las formas de ser mujer que despliegan las jóvenes.

Con el caso que se analiza en esta parte del trabajo cobra importancia la noción de “pánico

sexual” presentada por la autora, en la medida en que permite pensar qué sospechas morales desató, para la opinión pública en general y para el discurso mediático en particular, el accionar de una joven pobre en el marco de una denuncia por abuso sexual.

Género, clase y edad nuevamente se cruzan en los *sentidos culturalmente disponibles de moral sexual*. La operación ideológica que supone el “pánico sexual” se manifestó, en este caso, en el repudio inmediato al accionar de la joven cristalizado principalmente en la objeción al modo en que ella hacía uso de su tiempo libre. En esta operación, el género es reducido a una marca de sexualidad biologizada que es convertida de manera inmediata en “alarmante”. Una chica, joven, pobre y “sola” (en tanto no se encontraba en compañía de otro hombre de su entorno al momento del ataque) se vuelve automáticamente un signo de perturbación moral, una víctima que exige un control mayor de su desempeño de feminidad. El miedo, señala la autora, no gira en torno a la falta de control social sobre “estas chicas” sino a la idea de que las mujeres jóvenes de los sectores populares estén “fuera de control”. El discurso mediático y la opinión pública (relevada en este caso a partir de los comentarios de lectores de los portales de noticias) confluyen en una respuesta de “pánico sexual” donde el género y la sexualidad femenina operan como elementos de alarma que inquietan y demandan un mayor control político del deseo de estos cuerpos jóvenes.

¿Cuáles son los nuevos modos de *estar siendo mujer* que circulan entre las mujeres jóvenes? ¿Qué es ser mujer para las chicas? ¿Qué batallas simbólicas y culturales implica la disputa por los sentidos en torno a las formas legítimas de construir y desplegar feminidad en el cotidiano? Estas son las preguntas que atraviesan *Tiempo de*

chicas. Interrogantes que aportan al debate en torno a las formas de sociabilidad juvenil desde un lugar por ahora débilmente explorado: el de las mujeres jóvenes de los sectores populares.

En su intento por abordar y responder estos interrogantes, la autora ofrece un análisis muy interesante de los modos en que género, sexualidad, clase y edad confluyen en condiciones específicas de vida de un grupo de jóvenes. Esta tarea analítica le permite dar cuenta del grado de complejidad con que estas chicas se reapropian y resignifican algunas demandas históricas del movimiento feminista, pero también reproducen y naturalizan preceptos hegemónicos de la ideología de género que sostiene al patriarcado. Lejos de una romantización del lugar a veces contestatario en el que ellas se ubican, la autora da cuenta de las tensiones que atraviesan en el difícil camino de conciliar lo que se espera de ellas en tanto mujeres con las posibilidades concretas de ejercer la feminidad en diálogo con sus deseos y expectativas.

Tiempo de chicas constituye un trabajo necesario para acercarnos al desafío de pensar el entramado de relaciones de poder en el que se sitúan los chicos y las chicas de los sectores populares, pero también para incluir en futuras investigaciones sobre los y las jóvenes al género como categoría analítica de incuestionable relevancia, que más que ubicar a los actores en sedimentos estancos de identidad, da cuenta del modo en que chicos y chicas “están haciéndose”. Elizalde logra, con este trabajo, instalar la pregunta por los modos en que los jóvenes en general, y las mujeres en particular, están desplegando estrategias de lucha contra las formas más severas de sexismo y “pánico sexual”, sin por eso escapar a las contradicciones que todos enfrentamos al momento de poner en tensión nuestro lugar en la sociedad.